

Taller de

Lecturas

Literarias II



Lic. Della C. Hinojosa V.

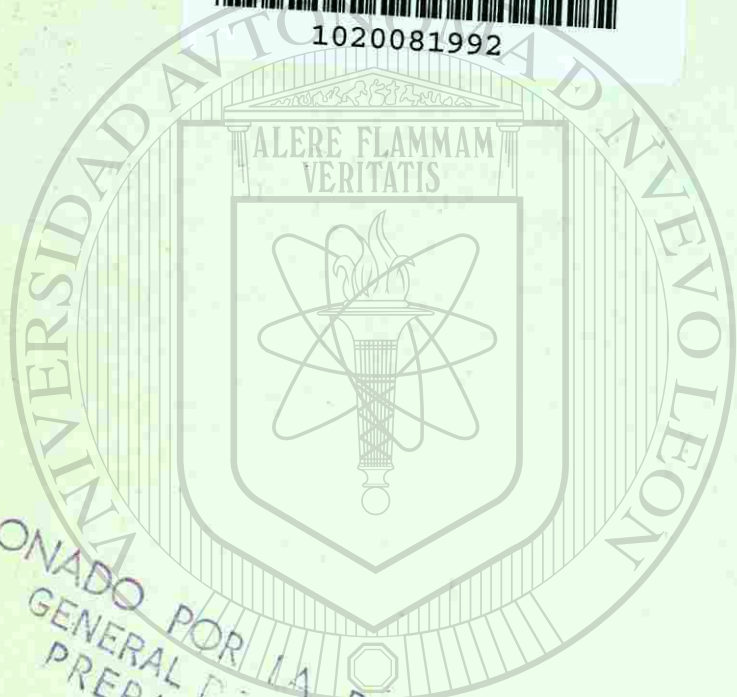
Tol
Lecturas Literarias || Mio. Dolia G. Minojona V.

PN508

H5
4 . 2



1020081992



DONADO POR LA DIRECCION
GENERAL DE LAS
PREPARATORIAS

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

80249
112
127



UNIVERSITARIO
735



Taller de Lecturas Literarias II

ANTOLOGIA
APUNTES LITERARIOS
ACTIVIDADES

JUANI

Lic. Delia C. Hinojosa V.



FONDO UNIVERSITARIO

84735

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PORTADA
Arq. Santiago Villarreal V.

RMMT 27-III-81

PN 508
H5
V.2

Taller de Lecturas Literarias II



U A N L

A N T O L O G I A

para el

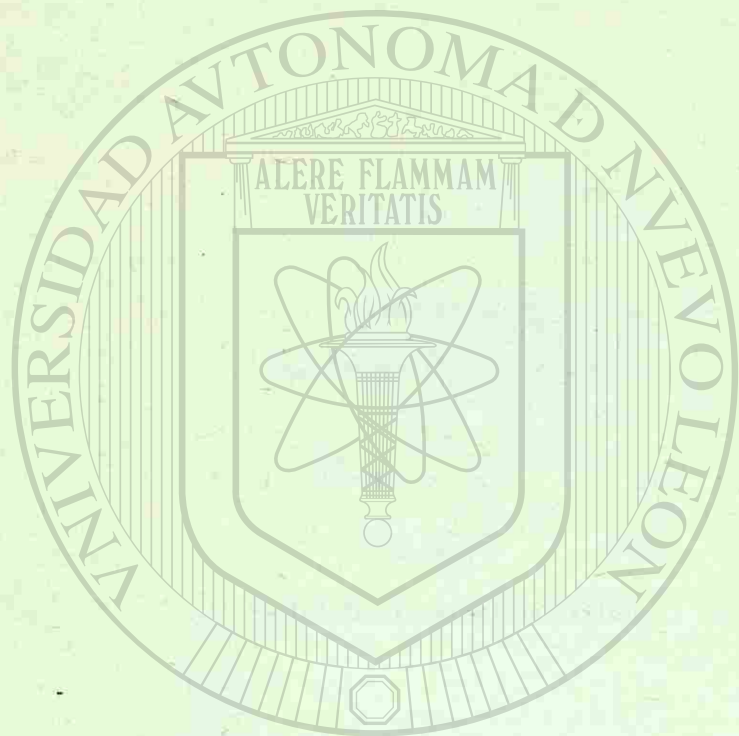
Taller de Lecturas Literarias II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



33518



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P R E S E N T A C I O N .

La Dirección General de Escuelas Preparatorias sigue cumpliendo con el objetivo de ofrecer al estudiante los textos básicos para el desarrollo de los programas vigentes y presenta a ustedes las ediciones para 1981.

En esta ocasión sale a la luz el Texto de Taller de Lecturas Literarias II, elaborado por la Lic. Delia Hinojosa V., maestra de amplia experiencia en el quehacer docente.

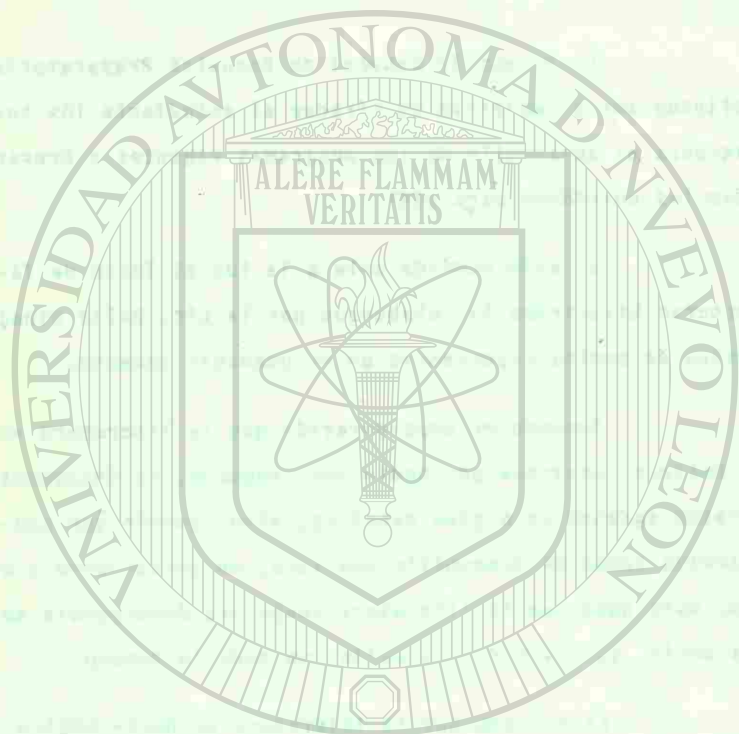
Tomando en consideración que la literatura no es sólo la belleza expresada por medio del lenguaje, ni únicamente el crear frases agradables o bien escritas; sino también que tengan un contenido capaz de transmitir una idea, un pensamiento o un sentimiento; esto hace que la literatura tenga una dependencia de la vida, es decir, su necesaria relación con todo lo humano.

Es por eso que la literatura es parte básica de la formación cultural del estudiante de Preparatoria, ya que -- por medio de ella se transmite el arsenal lingüístico, la intercomunicación entre los hombres, todo el mundo intelectual y espiritual del pasado y del presente.

Esperamos que este auxiliar de la enseñanza [®] sea de utilidad para estudiantes y maestros, para así cumplir mejor con nuestra misión en la Universidad, y por ende, en la Sociedad.

DIRECCION GENERAL DE ESCUELAS PREPARATORIAS

LIC. ELVA VILLARREAL VILLARREAL

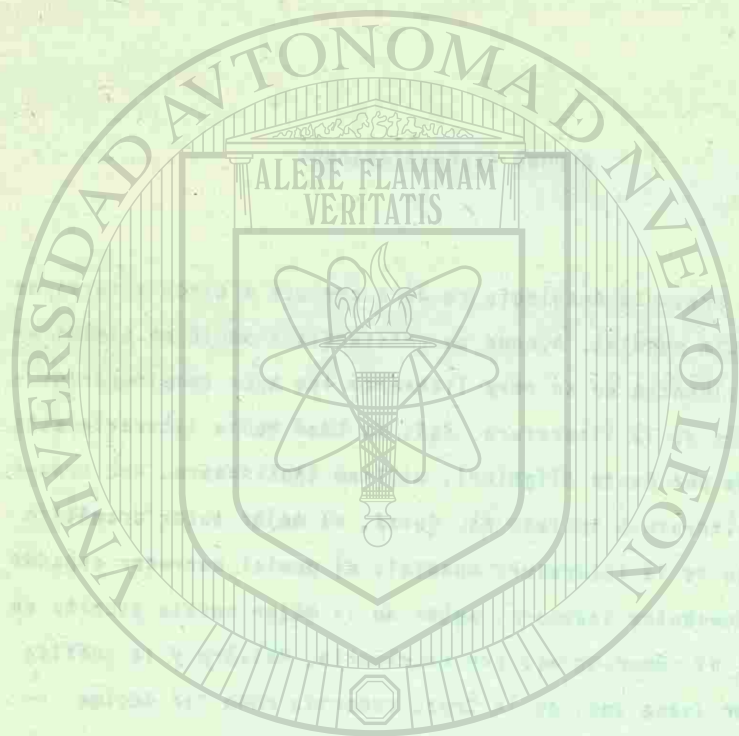


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALUMNO PREPARATORIANO:

La presente Antología te da a conocer a cinco autores de gran prestigio mundial. Aunque su existencia acaeció en siglos -- pasados la vigencia de su obra literaria los hace considerarlos -- como clásicos de la literatura. Así, la Edad Media literaria está representada por Dante Alighieri; William Shakespeare, que tras-- ciende la literatura inglesa es, quizá, el mejor autor dramático en el ámbito de la literatura mundial; el genial narrador español Miguel de Cervantes Saavedra, autor de la mejor novela escrita en castellano; el comediógrafo por excelencia, Molière y la poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, conocida como "la décima ---- musa".

Las lecturas de la Antología, apoyadas con recomendacio-- nes metodológicas adecuadas y con la asesoría del maestro, te ayu-- darán a reconocer los valores del texto; como obra de arte, forma de comunicación, fuente de recreación y producto de un hombre in-- fluenciado por su época.



DANTE

Dante Alighieri

LA DIVINA COMEDIA

(Síntesis argumental y
capítulos seleccionados).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

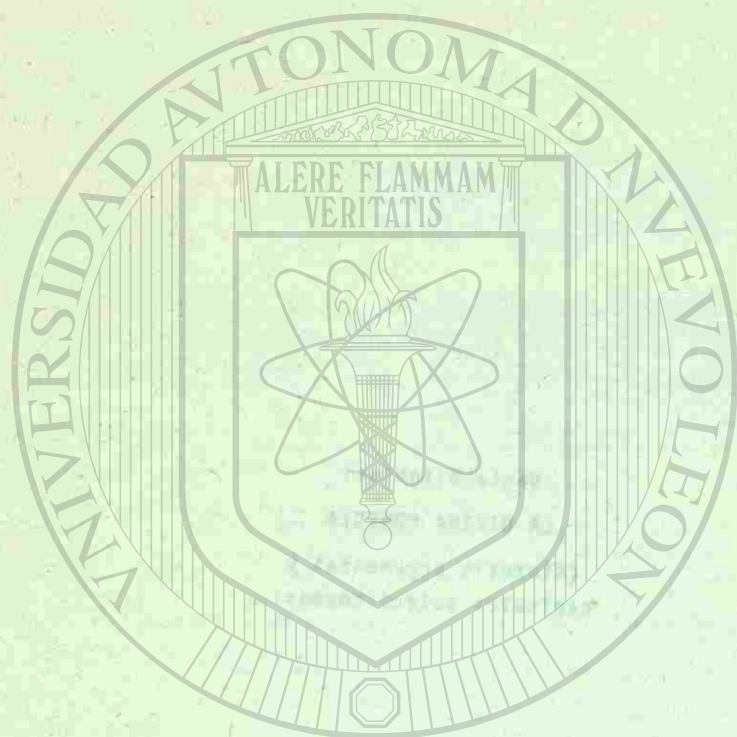
SINTESIS ARGUMENTAL DE

"LA DIVINA COMEDIA"

Infierno. El poeta se ha perdido en una selva oscura, de la que no encuentra la salida. De improviso se le aparece Virgilio, con misión delegada de Beatriz, que ha conseguido del señor, por intermedio de la virgen, que le sean mostrados a Dante los reinos eternos. Virgilio, por un camino subterráneo, único por el que se puede salir de la selva de la perdición - evitando la muerte, conduce a Dante al vestíbulo del Infierno. El Infierno es como un embudo monstruoso dispuesto en forma de vasto y asperísimo anfiteatro y dividido en círculos que van estrechándose hasta llegar al mismo centro de la tierra, donde habita Lucifer. El Infierno es, pues, un cono invertido, excavado en la propia Tierra.

Pasada la puerta donde campea el terrible letrero "Dejad aquí toda esperanza los que entráis", el primer círculo es el limbo. En él no hay tormentos, sino suspiros. No hay más que tinieblas, donde habitan las almas de los que murieron sin bautizar o de los hombres justos que, por haber vivido antes de Jesucristo, no conocieron la verdadera religión. En el segundo círculo están los lujuriosos, ya sufriendo los tormentos con dignos; en el tercero, los que se dejaron arrastrar por la gula; en el cuarto, los avaros y los pródigos; en el quinto, los fracundos.

Hasta este momento se ha pasado en forma somera por el relato, destinando un canto a cada círculo, mas los preliminares que describen los episodios de la selva oscura o del vestíbulo. Pero ya se va entrando en lo profundo del infierno y en pecadores de categoría especial. El círculo sexto lo ocupan los herejarcas y a ellos se destinan los cantos IX, X y XI. En el séptimo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

timo círculo están los culpables de violencia, subdivididos en apartados especiales: los que han cometido violencia contra el prójimo, contra sí mismos y contra Dios (cantos XII a XVII). - Finalmente, los círculos octavo y noveno los ocupan los fraudulentos y traidores, clasificados, los primeros, en diez grupos, y los segundos, en cuatro. A partir del séptimo círculo inclusive, se han pasado ya los muros de la ciudad de Dite, residencia personal de Satanás.

El referido círculo octavo, de fraudulentos, comprende separadamente a los seductores, los aduladores, los simoníacos, los adivinos, los barateros, los hipócritas, los ladrones, los malos consejeros, los sembradores de escándalos y los falsificadores. La riqueza de invención de los tormentos es extraordinaria y revela a veces la terrible indignación del poeta contra algunos vicios que corrompen la buena política de los príncipes. Así, por ejemplo, los aduladores están hundidos hasta el cuello en una laguna de excrementos. El noveno círculo, el de los traidores, comprende por separado a los traidores a la familia, a los traidores a la patria y a los traidores a sus huéspedes y a los que han traicionado a quienes les hicieron el bien. El máximo de éstos, Judas, está entre los dientes de Lucifer, al igual que Casio y Bruto, traidores al Imperio Romano. La descripción del octavo círculo ocupa los cantos XVIII al XXX, y la del noveno, del XXXI al XXXIV. Como ya se ha dicho, esta parte de la Divina Comedia tiene un canto más que cada una de las otras dos.

Purgatorio. Desde el centro de la Tierra, Dante sale, -- guiado por Virgilio, al hemisferio opuesto a aquél por donde entró y ve las estrellas desde la isla donde se alza la montaña del purgatorio. Esta es un cono truncado en posición normal, escalonado por una serie de circuitos o cornisas que rodean todo el monte, y que tienen cada vez cuanto más altas, una circunferencia más breve. De un lado tienen la muralla que sirve de base a la cornisa superior, y de otro, el abismo que termina en la inferior. La meseta que corona el cono truncado es la que ocupa el paraíso terrenal.

En la isla, guardada por Catón de Utica, se desarrollan los cantos I y II. El antepurgatorio, espacio interior a la puerta de acceso, está ocupado por las almas de los que se arrepintieron en el último minuto de la vida y han de aguardar tantos años como vivieron, a que les sea permitida la entrada en la vía de la purificación. Aquí se desarrollan los cantos III al IX, mientras Dante prosigue su ascensión, de momento muy áspera, guiado por Virgilio. Pasada la puerta, se van sucediendo las cornisas o circuitos, que son siete, como los pecados capitales, y en cada una de esas gradas del purgatorio se paga la retribución por uno de ellos: primero, la soberbia (cantos X al XII); segundo, la envidia (cantos XIII y XIV); tercero, la ira (cantos XV y XVI); cuarto, la pereza (cantos XVII y XVIII); quinto, la avaricia (cantos XIX al XXI); sexto, la gula (Cantos XXII al XXV), y séptimo, la lujuria (cantos XXVI y XXVII).

Está terminando la función encomendada a Virgilio, al que está vedado entrar en el cielo. En la etapa intermedia del paraíso terrenal (cantos XXVIII a XXXIII). Virgilio desaparece del lado de Dante y, por fin, ante los ojos atónitos del poeta está la imagen de Beatriz, la Teología, única guía posible para caminar por el cielo.

Paraíso. Del paraíso terrenal Dante asciende al paraíso verdadero atravesando, con la guía de Beatriz, los nueve cielos, esferas concéntricas luminosas y transparentes, sobre las cuales está el cielo empíreo, fijo, sede del mismo Dios, y en torno de él, las jerarquías celestiales y la rosa de los bienaventurados, -- iluminada directamente por el propio Señor de la creación. Los cielos móviles giran en torno el uno del otro, y forman en conjunto la esfera celeste, que gira a su vez en torno de la terrestre. Cada uno de los cielos se mueve con tanta mayor velocidad cuanto más lejos está de la Tierra. Todos los bienaventurados están en el cielo empíreo, pero se presentan ocasionalmente al poeta, guiado por Beatriz, mientras sube por los cielos móviles para darle idea del ascenso a la plena beatitud.

Los nueve cielos son: el cielo de la Luna (cantos I al IV), el cielo de Mercurio (cantos V al VII), el cielo de Venus (Cantos VIII y IX), el cielo del Sol (Cantos X al XIII), el cielo de Marte (Cantos XIV al XVII), el cielo de Júpiter (cantos XVIII al XX), el cielo de Saturno (cantos XXI al XXII), el cielo de las estrellas fijas (Cantos XXIII al XXVI), y el primer móvil, o cristalino (cantos XXVII al XXIX). En el cielo empíreo está Dios iluminando la rosa de los bienaventurados y rodeado de nueve círculos de jerarquías angélicas, y que son desde el círculo más alejado al más próximo a Dios: ángeles, arcángeles, principiantes, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines (cantos XXX al XXXIII).

El poema concluye con la palabra "estrellas", que es la misma con que concluyen el Purgatorio y el Infierno. Una minuciosa simetría exterior se corresponde con la ordenada construcción interna que se acaba de presentar.

Ahora, se pasará a la lectura directa de algunos cantos seleccionados de la Divina Comedia. El objetivo es que leas comprensivamente los textos y conozcas el sentido literal del poema, a la vez que adviertas los otros significados posibles.

Aunque el original está en verso -tercetos-, la traducción está en prosa. Aquí cabe señalar que traducir un texto es muy difícil, dificultad que se acrecienta si el original está en verso; de esto se concluye que el texto que leerás conserva las ideas, no así el ritmo, la rima y la melodía del lenguaje italiano.

INFIERNO
CANTO PRIMERO

A LA MITAD del viaje de nuestra vida¹ me encontré en una selva - oscura,² por haberme apartado del camino recto. ¡Ah! Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, - cuyo recuerdo renueva mi pavor, pavor tan amargo, que la muerte no lo es tanto. Pero antes de hablar del bien que allí encontré, revelaré las demás cosas que he visto. No sé decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una cuesta, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba, y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquél que saliendo anhelante fuera del piélago, - al llegar a la playa se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el lugar de que no salió nunca nadie vivo. Después de haber dado algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria playa, procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más abajo. Al principio de la cuesta aparecióseme una pantera ágil, de rápidos movimientos y cubierta de manchada piel. No se separaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino, que me volví muchas veces para retroceder. Era a tiempo que apuntaba el día, y el sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el amor divino imprimió el primer movimiento a todas las cosas bellas.³ Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien de aquella fiera de pintada piel. Pero no tanto que no me infundiera terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció: figuróseme que venía contra mí, con la cabeza alta y con un hambre tan rabiosa, que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su demacración, parecía cargada de deseos; loba que ha obligado a vivir miserable a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación, que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como el que gustoso atesora, se entristece y llora con todos sus pensamientos cuando llega el momento en que sufre una pérdida, así me hizo padecer aquella inquieta fie-

Los nueve cielos son: el cielo de la Luna (cantos I al IV), el cielo de Mercurio (cantos V al VII), el cielo de Venus (Cantos VIII y IX), el cielo del Sol (Cantos X al XIII), el cielo de Marte (Cantos XIV al XVII), el cielo de Júpiter (cantos XVIII al XX), el cielo de Saturno (cantos XXI al XXII), el cielo de las estrellas fijas (Cantos XXIII al XXVI), y el primer móvil, o cristalino (cantos XXVII al XXIX). En el cielo empíreo está Dios iluminando la rosa de los bienaventurados y rodeado de nueve círculos de jerarquías angélicas, y que son desde el círculo más alejado al más próximo a Dios: ángeles, arcángeles, principiantes, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines (cantos XXX al XXXIII).

El poema concluye con la palabra "estrellas", que es la misma con que concluyen el Purgatorio y el Infierno. Una minuciosa simetría exterior se corresponde con la ordenada construcción interna que se acaba de presentar.

Ahora, se pasará a la lectura directa de algunos cantos seleccionados de la Divina Comedia. El objetivo es que leas comprensivamente los textos y conozcas el sentido literal del poema, a la vez que adviertas los otros significados posibles.

Aunque el original está en verso -tercetos-, la traducción está en prosa. Aquí cabe señalar que traducir un texto es muy difícil, dificultad que se acrecienta si el original está en verso; de esto se concluye que el texto que leerás conserva las ideas, no así el ritmo, la rima y la melodía del lenguaje italiano.

INFIERNO
CANTO PRIMERO

A LA MITAD del viaje de nuestra vida¹ me encontré en una selva - oscura,² por haberme apartado del camino recto. ¡Ah! Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, - cuyo recuerdo renueva mi pavor, pavor tan amargo, que la muerte no lo es tanto. Pero antes de hablar del bien que allí encontré, revelaré las demás cosas que he visto. No sé decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una cuesta, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba, y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquél que saliendo anhelante fuera del piélago, - al llegar a la playa se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el lugar de que no salió nunca nadie vivo. Después de haber dado algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria playa, procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más abajo. Al principio de la cuesta aparecióseme una pantera ágil, de rápidos movimientos y cubierta de manchada piel. No se separaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino, que me volví muchas veces para retroceder. Era a tiempo que apuntaba el día, y el sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el amor divino imprimió el primer movimiento a todas las cosas bellas.³ Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien de aquella fiera de pintada piel. Pero no tanto que no me infundiera terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció: figuróseme que venía contra mí, con la cabeza alta y con un hambre tan rabiosa, que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su demacración, parecía cargada de deseos; loba que ha obligado a vivir miserable a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación, que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como el que gustoso atesora, se entristece y llora con todos sus pensamientos cuando llega el momento en que sufre una pérdida, así me hizo padecer aquella inquieta fie-

ra que, viniendo a mi encuentro, poco a poco me repella - - -
hacia donde el sol se calla. Mientras yo retrocedía hacia el va-
lle, se presentó a mi vista uno que por su prolongado silencio-
parecía mudo. Cuando le vi en aquel gran desierto:

-Piedad de mí-le grité-quienquiera que seas, sombra u hombre --
verdadero.

Respondíome:

No soy ya hombre, pero lo he sido; mis padres fueron lombardos y
ambos tuvieron a Mantua por patria. Nací "sub Julio", aunque al
go tarde, ⁴ y vi a Roma bajo el mandó del buen Augusto en tiem-
pos de los dioses falsos y engañosos. Poeta fui y canté a aquel
justo hijo de Anquises que volvió de Troya después del incendio
de la soberbia Ilión. Pero, ¿por qué te entregas de nuevo a tu
aflicción? ¿Por qué no asciendes al delicioso monte que es cau-
sa y principio de todo goce?

-¡Oh!, ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente que derrama tan an-
cho raudal de elocuencia? -le respondí ruboroso-. ¡Ah!, ¡honor y
antorcha de los demás poetas! Válganme para contigo el prolongado
estudio y el grande amor con que he leído y meditado tu obra. Tú
eres mi maestro y mi autor predilecto; tú solo eres aquél de quien
he imitado el bello estilo que me ha dado tanto honor. Mira esa
fiera debido a la cual retrocedía, líbrame de ella, famoso sabio,
⁵ porque a su aspecto se estremecen mis venas y late con precipita-
ción mi pulso.

-Te conviene seguir otra ruta -respondió al verme llorar - si --
quieres huir de este sitio salvaje; porque esa fiera que te hace
prorrumpir en tales lamentaciones no deja pasar a nadie por su ca-
mino, sino que se opone a ello matando al que a tanto se atreve.
Su instinto es tan malvado y cruel que nunca ve satisfechos sus
ambiciosos deseos, y después de comer tiene más hambre que antes.
Muchos son los animales a quienes se une y serán aún muchos más -
hasta que venga el Mastín ⁶ y la haga morir entre dolores. Este no
se alimentará de tierra ni de peltre, sino de sabiduría, de amor y
de virtud, y su patria estará entre Feltro y Feltro. Será la salva-
ción de esta humilde Italia, por quien murieron de sus heridas la
virgen Camila, Eurialo y Turno y Niso. ⁷ Perseguirá a la loba de --
ciudad en ciudad hasta que la haya arrojado en el infierno, de dónde

en otro tiempo la hizo salir la envidia. Ahora, por tu bien,
pienso y veo claramente que debes seguirme; yo seré tu guía
y te sacaré de aquí para llevarte a un lugar eterno, donde -
oirás aullidos desesperados; verás los espíritus dolientes de
los antiguos condenados que llaman a gritos a la segunda --
muerte; verás también a los que están contentos entre las -
llamas porque esperan, cuando llegue la ocasión, tener un -
puesto entre los bienaventurados. Si quieres en seguida su-
bir hasta ellos, te acompañará en este viaje un alma más dig-
na que yo, ⁸ te dejaré con ella cuando yo parta; pues el Em-
perador que reina en las alturas no quiere que por mediación
mía se entre en su ciudad, porque fui rebelde a su ley. El -
imperador en todas partes y reina arriba; arriba está su ciudad
y su alto solio: ¡Oh!, ¡Feliz el elegido para su reino! Y yo
le contesté:

-Poeta, te requiero por ese Dios a quien no has conocido, que
me hagas huir de este mal y de otro peor; condúceme adonde --
has dicho para que yo vea la puerta de San Pedro y a los que,
según dices, están tan desolados.

Entonces se puso en marcha y yo seguí tras él.

CANTO SEGUNDO

EL DIA terminaba; la atmósfera oscura de la noche invitaba a descansar de sus fatigas a los seres animados que existen sobre la -- tierra, y yo solo me preparaba a sostener los combates del camino -- y de las cosas dignas de compasión, que mi memoria trazará sin e -- quivocarse. ¡Oh Musas!, ¡oh alto ingenio!, venid en mi ayuda: ¡oh -- mente que escribiste lo que vi!, ahora aparecerá tu nobleza.

Yo comencé:

-Poeta que me guías, mira si mi virtud es bastante fuerte antes -- de aventurarme en tan profundo viaje. Tú dices que el padre de Sil -- vio, aún corruptible, pasó al siglo inmortal y pasó sensiblemente. ⁹ Si el adversario de todo mal le fue favorable, debiose a los gran -- des efectos que de él debían sobrevenir; y el por qué no parece in -- justo a un hombre de talento; pues en el Empíreo fue elegido para ser el padre de la fecunda Roma y de su imperio: el uno y la otra, a decir verdad, fueron establecidos en favor del sitio santo en don -- de reside el sucesor del gran Pedro. Durante este viaje por el que le elogias, oyó cosas que presagiaron su victoria y el manto papal. Después el Vaso de elección ¹⁰ fue transportado hasta el cielo para dar más firmeza a la fe, que es el principio del camino de la sal -- vación. Pero yo ¿por qué he de ir?, ¿quién me lo permite? Yo no -- soy Eneas ni San Pablo: ante nadie, ni ante mí mismo, me creo dig -- no de tal honor. Porque si me lanzo a tal empresa, temo por mi lo -- co empeño. Puesto que eres sabio, comprenderás las razones que me -- callo.

Y como aquel que no quiere ya lo que quería y, asaltado de una -- nueva idea, cambia de parecer, de suerte que abandona todo lo que -- había comenzado; así me sucedía en aquella oscura cuesta, porque, a fuerza de pensar, abandoné la empresa que había empezado con -- tanto ardor.

-Si he comprendido bien tus palabras--respondió, aquella sombra -- magnánima--, tu alma está traspasada de espanto, el cual se apode -- ra frecuentemente del hombre, y tanto, que le retrae de una empre -- sa honrosa, como una vana sombra hace a veces retroceder a una -- fiera cuando se introduce en la oscuridad. Para librarte de ese -- temor, te diré por qué he venido y lo que vi en el primer momen --

to en que me moviste a compasión. Yo estaba entre los que se hallan en suspenso, y me llamó una dama tan bienaventurada y tan bella, ¹¹ que le rogué me diera sus órdenes. Brillaban -- sus ojos más que la estrella y empezó a decirme con voz an -- gelical, en su lengua: "¡Oh alma cortés mantuana, cuya fama -- dura aún en el mundo y durará mientras su movimiento se pro -- longue! Mi amigo, que no lo es de la ventura, se ve tan emba -- razado en la playa desierta, que en medio del camino el mie -- do le ha hecho retroceder; y temo (por lo que he oído de él -- en el Cielo) que se haya extraviado ya y que yo haya acudido -- tarde en su socorro. Vé, pues, y con tus elocuentes palabras -- y con lo que se necesita para sacarle de su apuro, auxiliale -- tan bien, que yo quede consolada. Yo soy Beatriz, la que te -- hace marchar; vengo de un sitio adonde deseo volver: amor me -- impele y es el que me hace hablar. Cuando vuelva a estar de -- lante de mi Señor, le hablaré de ti bien y con frecuencia." -- Calló entonces y yo repuse: "¡Oh, mujer de virtud única, por -- quien la especie humana excede en dignidad a todos los seres -- contenidos bajo aquel Cielo que tiene los círculos más pequ -- ños! Tanto me place tu orden que si ya te hubiera obedecido, -- creería haber tardado: no tienes necesidad de expresarme más -- tus deseos. Mas dime: ¿por qué causa no temes descender al -- fondo de este centro desde lo alto de esos inmensos lugares, -- adonde ardes en deseos de volver?" "Puesto que tanto quieres -- saber, te diré brevemente -- respondiome -- por qué no temo -- venir a este abismo. Sólo deben temerse las cosas que pue -- den redundar en perjuicio de otros; pero no aquéllas que no -- inspiran este temor. Por la merced de Dios, estoy hecha de -- tal suerte que no me alcanzan vuestras miserias, ni puede -- prender en mí la llama de este incendio. Hay en el Cielo una -- Dama gentil ¹² que se conduce del obstáculo opuesto al que -- te envió, y que mitiga el duro juicio de la justicia divina. -- Ella se ha dirigido a Lucía ¹³ con sus ruegos y le ha dicho: -- "Tu fiel amigo tiene necesidad de ti y te lo recomiendo." -- Lucía, enemiga de todo corazón cruel, se ha conmovido e ido -- al lugar donde yo me encontraba sentada al lado de la anti -- gua Raquel. ¹⁴ y me ha dicho: "Beatriz, verdadera alabanza de

Dios, ¿no socorres a aquel que te amó tanto y que por ti salió de la vulgar esfera? ¿No oyes su queja conmovedora? ¿No ves la muerte contra quien combate sobre ese río, más formidable que el mismo -- mar? En el mundo no ha habido jamás una persona más pronta en -- correr hacia un beneficio ni en huir de un peligro, que yo, en --- cuanto oí tales palabras. Descendí desde mi dichoso puesto, fiando me en esa elocuente palabra que te honra y que honra a cuantos la han oído". Después de haberme hablado de este modo, volvió llorando hacia mí sus ojos brillantes, con lo que me hizo partir más pre -- suroso. Y me he dirigido a ti tal como ha sido su voluntad, y te -- he preservado de aquella fiera que te cerraba el camino más corto de la hermosa montaña. Pero ¿qué tienes? ¿por qué te suspendes?, ¿por qué abrigas tanta cobardía en tu corazón?, ¿por qué no tienes atrevimiento ni valor, cuando tres mujeres benditas cuidan de ti -- en la corte celestial y mis palabras te prometen tanto bien?

Y así como las florecillas, inclinadas y cerradas por la escarcha, se abren erguidas en cuanto el Sol las ilumina, así creció mi ab -- atido ánimo e inundó tal aliento mi corazón, que exclamé como un -- hombre decidido:

-¡Oh! ¡Cuán piadosa es la que me ha socorrido! ¡Y tú, alma bienhe -- chora, que has obedecido con tal prontitud las palabras de verdad que ella te ha dicho! Con las tuyas has preparado mi corazón de -- tal suerte, y les ha comunicado tanto deseo de emprender el gran -- viaje, que vuelvo a abrigar mi primer propósito. Ve, pues; que una sola voluntad nos dirija: tú eres mi guía, mi señor, mi maestro.

Así le dije, y en cuanto echó a andar, entré por el camino profun -- do y salvaje.

CANTO TERCERO

POR MI se va a la ciudad del llanto; por mí se va al eterno dolor; por mí se va hacia la raza condenada: la justicia animó a mí subli -- me arquitecto; me hizo la divina potestad, la suprema sabiduría y el primer amor. Antes que yo no hubo nada creado, a excepción de -- lo eterno, y yo duro eternamente. ¡Oh, vosotros los que entráis, -- abandonad toda esperanza! "

Vi escritas estas palabras con caracteres negros en el dintel de -- una puerta, por lo cual exclamé:

-Maestro, el sentido de estas palabras me causa pena.

Y él, como hombre lleno de prudencia, me contestó:

-Conviene abandonar aquí todo temor; conviene que aquí termine to -- da cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia.

Y después de haber puesto su mano en la mía, con rostro alegre que me reanimó, me introdujo en medio de las cosas secretas. Allí, ba -- jo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que al escucharlos comencé a llorar. Diversas -- lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncas acompañadas de palmadas, producían un tumulto que va rodando siempre por aquel espacio eternamente oscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, -- dije:

Maestro, ¿Qué es lo que oigo y qué gente es esa que parece doblega -- da por el dolor?

Me respondió:

Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aque -- llos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperio: están confun -- didas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí. El Cielo los lan -- zó de su seno por no ser menos hermoso; pero el profundo infierno no quiere recibirlos por la gloria que con ello podrían reportar -- los demás culpables.

muertas." Pero cuando vio que yo no me movía dijo: "Llegarás a la playa por otra orilla, por otro puerto, mas no por aquí: -- para llevarte se necesita una barca más ligera." 18

Y mi gufa le dijo:

-Carón, no te irrites. Así se ha dispuesto allí donde se puede todo lo que se quiere; y no me preguntes más.

Entonces se quietaron las velludas mejillas del barquero de las lívidas lagunas, que tenía círculos de llamas alrededor de sus ojos. Pero aquellas almas que estaban desnudas y fatigadas, no bien oyeron tan terribles palabras, cambiaron de color, rechinando los dientes, blasfemando de Dios, de sus padres, de la especie humana, del sitio y del día de su nacimiento, de la prole de su prole y de su descendencia: después se retiraron todas juntas, llorando fuertemente, hacia la orilla maldita en donde se espera a todo aquel que no teme a Dios. El demonio Carón, con ojos de ascuas, haciendo una señal, las fue reuniendo, golpeando con su remo a las que se rezagaban; y así como en otoño van cayendo las hojas una tras otra, hasta que las ramas han devuelto a la tierra todos sus despojos, del mismo modo -- los malvados hijos de Adán se lanzaban uno a uno desde la orilla, a aquella señal, como pájaros que acuden al reclamo. De esta suerte se fueron alejando por las negras ondas; pero antes de que hubieran saltado en la orilla opuesta, se reunió otra nueva muchedumbre en la que aquellas habían dejado.

-Hijo mío-me dijo el cortés Maestro-, los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países y se apresuran a atravesar el río, espolcados de tal suerte por la justicia divina, que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasa nunca un alma pura; por lo cual, si Carón se irrita contra ti, ya conoces ahora el motivo de sus desdeñosas palabras.

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombra campina, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la --- frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido - y caer como un hombre sorprendido por el sueño.

Y caer como un hombre sorprendido por el sueño.

que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido - frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento -- na, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la ---

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombra campina, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la ---

que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido - frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento -- na, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la ---

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombra campina, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la ---

que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido - frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento --

na, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la ---

que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido -

CANTO CUARTO

INTERRUMPIO mi profundo sueño un trueno tan fuerte, que me estremecí como hombre a quien se despierta a la fuerza: me levanté, y dirigiendo una mirada en derredor mío, fijé la vista para reconocer el lugar donde me hallaba. Vine junto al borde del triste valle, abismo de dolor, en que resuenan infinitos ayes semejantes a truenos. El abismo era tan profundo, oscuro y nebuloso, que en vano fijaba mis ojos en su fondo, pues no distinguía cosa alguna.

-Ahora descendamos allá abajo, al tenebroso mundo-me dijo el poeta muy pálido--: yo iré el primero; tú el segundo.

Yo, que había advertido su palidez, le respondí:

-¿Cómo he de ir yo, si tú que sueles desvanecer mis incertidumbres te atemorizas?

Y él repuso:

-La angustia de los desgraciados que están ahí abajo, refleja en mi rostro una piedad que tú tomas por terror. Vamos, pues; que la longitud del camino exige que nos apresuremos.

Y sin decir más, penetró y me hizo entrar en el primer círculo que rodea el abismo. Allí, según pude advertir, no se oían quejas, si no sólo suspiros, que hacían temblar la eterna bóveda, y que procedían de la pena sin tormento de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños. El buen Maestro me dijo:

-¿No me preguntas qué espíritus son los que estamos viendo? Quiero, pues, que sepas, antes de seguir adelante, que éstos no pecaron; y si contrajeron en su vida algunos méritos, no es bastante, pues no recibieron el agua del bautismo, que es la puerta de la Fe que forma tu creencia. Y si vivieron antes del cristianismo,--no adoraron a Dios como debían; yo también soy uno de ellos. Por tal falta y no por otra culpa estamos condenados, consistiendo nuestra pena en vivir con el deseo sin esperanza.

Un gran dolor afligió mi corazón cuando oí esto, porque conocí -- personas de mucho valor que estaban suspensas en el Limbo.

-Dime, Maestro y señor mío--le pregunté para afirmarme más en esta Fe que triunfa de todo error;--¿alguna de esas almas ha podido,

bien por sus méritos o por los de otros, salir del Limbo y alcanzar la bienaventuranza?

Y él, que comprendió mis palabras encubiertas y oscuras, repuso:

-Yo era recién llegado a este sitio, cuando vi venir a un Ser poderoso coronado con la señal de la victoria.¹⁹ Hizo salir de aquí el alma del primer padre, y la de Abel su hijo, y la de Noé; del legislador Moisés, tan obediente; la del patriarca Abraham y la del rey David; a Israel, con su padre y con sus hijos, y a Raquel por quien aquél hizo tanto;²⁰ y a otros muchos a quienes otorgó la bienaventuranza; pues debes saber que, antes de ellos, no se salvaban las almas humanas.

Mientras así hablaba, no dejábamos de andar; pero seguíamos avanzando siempre la selva, esto es, la selva que formaban los espíritus apiñados. Aún no estábamos muy lejos de la entrada del abismo, cuando vi un resplandor que triunfaba del hemisferio de las tinieblas; nos encontrábamos todavía a bastante distancia, pero no a tanta que no pudiera yo distinguir que aquel sitio estaba ocupado por personas dignas.

-Oh tú, que honras toda ciencia y todo arte, ¿quiénes son éstos cuyo valimiento debe ser tanto, que así están separados de los demás?

Y él a mí:

-La hermosa fama que aún se conserva de ellos en el mundo que habitas, los hace acreedores a esta gracia del cielo que de tal suerte los distingue.

Entonces oí una voz²¹ que decía: "¡Honrad al sublime poeta; regresa su sombra que se había separado de nosotros!" Cuando calló la voz, vi venir a nuestro encuentro cuatro grandes sombras cuyo rostro no manifestaba tristeza ni alegría. El buen maestro empezó a decirme:

-Mira aquel que tiene una espada en la mano y viene a la cabeza de los tres como su señor. Ese es Homero, poeta soberano; el otro es el satírico Horacio, Ovidio es el tercero y el último Lucano.--Cada cual merece, como yo, el nombre que antes pronunciaron unánimes; me honran y hacen bien.

De este modo vi reunida la hermosa escuela de aquel príncipe del sublime cántico, que vuela como el águila sobre todos los demás. Después de haber estado conversando entre sí un rato, se volvieron hacia mí dirigiéndome un amistoso saludo que hizo sonreír a mi Maestro; y me honraron aún más, puesto que me admitieron en su compañía, de suerte que fui el sexto entre aquellos grandes genios. Así seguimos hasta donde estaba la luz, hablando de cosas que es bueno callar, como bueno era hablar de ellas en el sitio en que nos encontrábamos. Llegamos al pie de un noble castillo, rodeado siete veces de altas murallas y defendido alrededor por un bello riachuelo. Pasamos sobre éste como sobre tierra firme; y atravesando siete puertas con aquellos sabios, llegamos a un prado de fresca verdura. Allí había personajes de mirada -- tranquila y grave, cuyo semblante revelaba una grande autoridad; hablaban poco y con voz suave. Nos retiramos luego hacia un extremo de la pradera; a un sitio despejado, alto y luminoso, desde donde podían verse todas aquellas almas. Allí, en pie sobre el verde esmalte, me fueron señalados los grandes espíritus, cuya contemplación me hizo estremecer de alegría. Allí vi a Electra con muchos de sus compañeros, entre los que conocí a Héctor y a Eneas; después a César, armado con sus ojos de ave de rapina. Vi en otra parte a Camila y a Pentesilea y vi al rey Latino, que estaba sentado al lado de su hija Lavinia; vi a aquel -- Bruto, que arrojó a Tarquino de Roma; a Lucrecia también, a Julia, a Marcia y a Cornelia, y a Saladino,²² que estaba solo y separado de los demás. Habiendo levantado después la vista, vi al maestro de los que saben,²³ sentado entre su filosófica familia. Todos le admiran, todos le honran; vi además a Sócrates y Platón que estaban más próximos a aquél que los demás; a Demócrito, que pretende que el mundo ha tenido por origen la casualidad; a Diógenes, a Anaxágoras y a Tales, a Empédocles, a Heráclito y a Zenón. Vi al buen observador de la realidad, es decir, a Dioscórides, y vi a Orfeo, a Tulio y a Lino, y al moralista Séneca; al geómetra Euclides, a Tolomeo, Hipócrates, Avicena y Galeno, y a Ayerrones, que hizo el gran comentario. No me es posible mencionarlos a todos, porque me arrastra el largo tema que he de seguir y muchas veces las palabras son breves para el asunto. Bien pron-

to la compañía de seis queda reducida a dos: mi sabio guía me conduce por otro camino fuera de aquella inmovilidad hacia una aura temblorosa, y llegó a un punto privado totalmente de luz.

CANTO QUINTO

ASI DESCENDI del primer círculo al segundo, que contiene menos-espacio pero mucho más dolor, y dolor punzante que origina des-garradores gritos. Allí estaba el horrible Minos²⁴ que, rechinando los dientes, examina las culpas de los que entran; juzga y -da a comprender sus órdenes por medio de las vueltas de su cola. Es decir, que cuando se presenta ante él un alma pecadora y le confiesa todas sus culpas, aquél gran conocedor de los pecados -ve qué lugar del infierno debe ocupar y se lo designa, ciñéndose al cuerpo la cola tantas veces cuantas sea el número del círculo a que debe ser enviada. Ante él están siempre muchas almas acudiendo por turno para ser juzgadas; hablan y escuchan y después son arrojadas al abismo.

-¡Oh, tú, que vienes a la mansión del dolor!--me gritó Minos -- cuando me vio, suspendiendo sus terribles funciones--; mira cómo entras y de quién te fías; no te alucine lo anchuroso de la entrada.

Entonces mi guía le preguntó:

-¿Por qué gritas? No te opongas a su viaje ordenado por el destino: así lo han dispuesto allí donde se puede lo que se quiere; y no preguntes más.

Empezaron a dejarse oír voces plañideras y llegué a un sitio -- donde hirieron mis oídos grandes lamentos. Entrábamos en un lugar que carecía de luz y que rugía como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. La tromba infernal -- que no se detiene nunca envuelve en su torbellino a los espíritus, les hace dar vueltas continuamente, y lo agita y les molesta; cuando se encuentran ante la ruinosa valla que los encierra, allí son los gritos, los llantos y los lamentos y las blasfemias contra la virtud divina. Supe que estaban condenados a semejante tormento los pecadores carnales que sometieron la razón a sus lascivos apetitos; y así como los estorninos vuelan en grandes y compactas bandadas en la estación de los fríos, así -- aquel torbellino arrastra a los espíritus malvados llevándolos de acá para allá, de arriba abajo, sin que abriguen nunca la es-

peranza de tener un momento de reposo ni de que su pena se amigore. Y del mismo modo que las grullas van lanzando sus tristes --acentos, formando todas una prolongada hilera en el aire, así también vi venir, exhalando gemidos, a las sombras arrastradas por --aquella tromba. Por lo cual pregunté:

-Maestro, ¿qué almas son éstas a quienes de tal suerte castiga ese aire negro?

-La primera de éstas de quienes deseas noticias--me dijo entonces-- fue emperatriz de una multitud de pueblos donde se hablaban diferentes lenguas, y tan dada al vicio de la lujuria, que permitió en sus leyes todo lo que excitaba el placer, para ocultar de este modo la abyección en que vivía. Es Semíramis, de quien se lee que sucedió a Nino y fue su esposa y reinó en la tierra en donde imperó el Sultán. La otra es la que se mató por amor y quebrantó la fe -- prometida a las cenizas de Siqueo.²⁵ Después sigue la lasciva Cleopatra. Ve también a Helena, que dio lugar a tan funestos tiempos; y ve al gran Aquiles, que al fin tuvo que combatir por el amor. Ve a Paris y a Tristán...²⁶

Y a más de mil sombras me fue enseñando y designando con el dedo, a quienes Amor había hecho salir de esta vida. Cuando oí a mi sabio nombrar las antiguas damas y los caballeros, me sentí dominado por la piedad y quedé como aturdido. Empecé a decir:

-Poeta, quisiera hablar a aquellas dos almas²⁷ que van juntas y parecen más ligeras que las otras impelidas por el viento.

Y él me contestó:

-Espera que estén más cerca de nosotros y entonces ruégales, por el amor que las conduce, que se dirijan hacia ti.

Tan pronto como el viento las impulsó hacia nosotros, alcé la voz -- diciendo:

-¡Oh almas atormentadas!, venid a hablarnos, si otro no se opone a -- ello.

Así como dos palomas, excitadas por sus deseos, se dirigen con las alas abiertas y firmes hacia el dulce nido, llevadas en el aire por una misma voluntad, así salieron aquellas dos almas de entre la multitud donde estaba Dido, dirigiéndose hacia nosotros a través del --aire malsano, atraídas por mi eficaz y afectuoso llamamiento.

¡Oh, ser gracioso y benigno, que viene a visitar en medio de este aire negruzco a los que hemos teñido el mundo de sangre! Si fuéramos amados por el Rey del universo, le rogaríamos por tu tranquilidad, ya que te compadece de nuestro acerbo dolor. Todo lo que te agrade oír y decir, te lo diremos y escucharemos con gusto mientras que siga el viento tan tranquilo como ahora. La tierra donde nací está situada en la costa donde desemboca el Po -- con todos sus afluentes para descansar en el mar.²⁸ Amor, que se apodera pronto de un corazón gentil, hizo que éste se prendara de aquel hermoso cuerpo que me fue arrebatado de un modo que aún me atormenta. Amor, que no dispensa de amar al que es amado, hizo que me entregara vivamente al placer de que se embriagaba éste, que, como ves, no me abandona nunca. Amor nos condujo a la misma muerte. Caína²⁹ espera al que nos arrancó la vida.

Tales fueron las palabras de las dos sombras. Al oír a aquellas almas atormentadas, bajé la cabeza y la tuve inclinada tanto tiempo, que el poeta me dijo:

¿En qué piensas?

-¡Ah-exclamé al contestarle-; cuán dulces pensamientos, cuántos deseos les han conducido a doloroso tránsito!

Después me dirigí hacia ellos, diciéndoles:

-Francisca, tus desgracias me hacen derramar tristes y compasivas lágrimas. Pero dime: en tiempo de los dulces suspiros ¿cómo os -- permitió Amor conocer vuestros secretos deseos?

Ella me contestó:

-No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria; y eso lo sabe bien tu Maestro. Pero si tienes tanto deseo de conocer cuál fue el principal origen de nuestro amor, haré como el -- que habla y llora a la vez. Leíamos un día por pasatiempo las aventuras de Lancelote,³⁰ y de qué modo cayó en las redes del Amor: -- estábamos solos y sin abrigar sospecha alguna. Aquella lectura hizo que nuestros ojos se buscaran muchas veces y que palidciera nuestro semblante; mas un solo pasaje fue el que decidió de nosotros. Cuando leíamos que la deseada sonrisa de la amada fue interrumpida por el beso del amante, éste, que jamás se ha de separar de mí, me besó tembloroso en la boca: el libro y quien lo escribió fue para nosotros otro Galeoto;³¹ aquel día ya no leímos más.

Mientras que un alma decía esto, la otra lloraba de tal modo que, movido de compasión, desfallecí como si me muriera, y caí como cae un cuerpo inanimado.

U A N I L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO TRIGESIMOCUARTO

"VEXILLA regis prodeunt inferni"³² hacia nosotros. Mira adelante-dijo mi Maestro-, a ver si lo distingues.

Como aparece a lo lejos un molino cuyas aspas hace girar el --- viento cuando éste arrastra una espesa niebla, o cuando anochece en nuestro hemisferio, así me pareció ver a gran distancia un artificio semejante; y luego, para resguardarme del viento, a falta de otro abrigo, me encogí detrás de mi Guía. Estaba ya (con pavor lo digo en mis versos) en el sitio donde las sombras se hallaban completamente cubiertas de hielo, y se transparentaban como paja en vidrio. Unas estaban tendidas, otras derechas; aquéllas con la cabeza, éstas con los pies hacia abajo, y otras por fin con la cabeza tocando a los pies como un arco. Cuando mi Guía -- creyó que habíamos avanzado lo suficiente para enseñarme la criatura que tuvo el más hermoso rostro, me dejó libre el paso e -- hizo que me detuviera.

-He ahí a Dite-me dijo-, y he aquí el lugar donde es preciso que te armes de fortaleza.

No me preguntes, lector, si me quedaría entonces helado y yerto; no quiero escribirlo, porque cuanto dijera sería poco. No quedé muerto ni vivo: piensa por ti, si tienes alguna imaginación, lo que me sucedería viéndome así privado de la vida sin estar muerto. El emperador del doloroso reino salía fuera del hielo desde la mitad del pecho: mi estatura era más proporcionada a la de un gigante, que la de uno de éstos a la longitud de los brazos de Lucifer; juzga, pues, cuál debe ser el todo que a semejante parte corresponda. Si fue tan bello como deforme es hoy, y osó levantar sus ojos contra su Creador, de él debe proceder sin duda todo mal. ¡Oh! ¡Cuánto asombro me causó al ver que su cabeza tenía tres rostros! Uno por delante, que era de color bermejo: los otros dos unían a éste sobre el medio de los hombros, y se juntaban por detrás en lo alto de la coronilla, siendo el de la derecha entre blanco y amarillo, según me pareció; el de la izquierda tenía el aspecto de los oriundos del valle del Nilo.³³ Debajo de cada rostro salían dos grandes alas, proporcionadas a la magnitud de tal pájaro; y no he visto jamás velas de buque compara-

bles a ellas: no tenían plumas, pues eran por el estilo de las del murciélago; y se agitaban de manera que producían tres vientos, -- con los cuales se helaba todo el Cocito. Con seis ojos lloraba Lucifer, y por las tres barbas corrían sus lágrimas mezcladas de -- baba sanguinolenta. Con los dientes de cada boca, a modo de agramadera, trituraba un pecador, de suerte que hacía tres desgraciados a un tiempo. Los mordiscos que sufría el de adelante no eran nada en comparación de los rasguños que le causaban las garras de Lucifer, dejándole a veces las espaldas enteramente desolladas.

-El alma que está sufriendo la mayor pena allá arriba-dijo el Maestro-es la de Judas Iscariote, que tiene la cabeza dentro de la boca de Lucifer y agita fuera de ella las piernas. De las otras dos que tienen la cabeza hacia abajo, la que pende de la boca negra es Bruto; mira cómo se retuerce sin decir una palabra: el otro, que -- tan membrudo parece, es Casio.³⁴ Pero se acerca la noche y es hora ya de partir, pues todo lo hemos visto.

Según le plugo, me abracé a su cuello; aprovechó el momento y el -- lugar favorable, y cuando las alas estuvieron bien abiertas, agarró se a las velludas costillas de Lucifer, y de pelo-en pelo descendió por entre el hirsuto costado y las heladas costras. Cuando llegamos al sitio en que el muslo se desarrolla justamente sobre el -- grueso de las caderas, mi Guía, con fatiga y con angustia, volvió su cabeza hacia donde aquél tenía las zancas y se agarró al pelo -- como un hombre que sube, de modo que creí que volvíamos al infierno.

-Sostente bien-me dijo jadeando como un hombre cansado-, que por -- esta escalera es preciso partir de la mansión del dolor.

Después salió fuera por la hendidura de una roca y me sentó sobre el borde de la misma, poniendo junto a mí su pie prudente. Yo le -- vanté mis ojos, creyendo ver a Lucifer como le había dejado; pero vi que tenía las piernas en alto. Si debí quedar asombrado, júzgue lo el vulgo, que no sabe qué punto es aquel por donde yo había pasado.

-Levántate-me dijo el Maestro-, la ruta es larga, el camino malo, -- y ya el Sol se acerca a la mitad de tercia.

El sitio donde nos encontrábamos no era como la galería de un palacio, sino una caverna de mal piso y escasa luz.

-Antes que yo salga de este abismo, Maestro mío, -le dije al ponerme en pie-, dime algo que me saque de confusiones. ¿Dónde está el hielo y cómo es que Lucifer está de ese modo invertido? ¿Cómo es que en tan pocas horas, ha recorrido el Sol su carrera de la noche a la mañana?

Me contestó:

-¿Te imaginas sin duda que estás aún al otro lado del centro, donde me cogí al pelo de ese miserable gusano que atraviesa el mundo? Allí te encontrabas mientras descendíamos; cuando me volví, pasaste el punto hacia el que converge toda la gravedad de la Tierra; y ahora estás bajo el hemisferio opuesto a aquel que cubre el árido desierto, y bajo cuyo más alto punto fue muerto el Hombre que nació y vivió sin pecado. Tienes los pies sobre una pequeña esfera, que por el otro lado mira a la Judesca.³⁵ Aquí amanece cuando allí anochece; y éste de cuyo pelo nos hemos servido como de una escala, permanece aún fijo del mismo modo que antes. Por esta parte cayó del cielo; y la tierra, que antes se mostraba en este lado, aterrORIZADA al verle, se hizo del mar un velo, y se retiró hacia nuestro hemisferio; y quizá también huyendo de él, dejó aquí este vacío la que aparece por acá formando un elevado monte.

Hay allá abajo una cavidad que se aleja tanto de Lucifer cuanto es la extensión de su tumba; cavidad que no puede reconocerse por la vista, sino por el rumor de un arroyuelo, que desciende por el cauce de un peñasco que ha perforado con su curso sinuoso y poco pendiente. Mi Guía y yo entramos en aquel camino oculto para volver al mundo luminoso; y sin concedernos el menor descanso, subimos, él delante y yo detrás, hasta que pude ver por una abertura redonda -- las bellezas que contiene el Cielo, y por allí salimos para volver a ver las estrellas.

PURGATORIO

CANTO PRIMERO

Ahora la navecilla de mi ingenio, que deja en pos de sí un mar tan cruel, desplegará las velas para navegar por mejores aguas; y cantará aquel segundo reino, donde se purifica el espíritu humano y se hace digno de subir al Cielo. Resucite aquí, pues, - la muerta poesía, ¡oh santas Musas!, pues que soy vuestro; y -- realce Calíope³⁶ mi canto, acompañándolo con aquella voz que -- produjo tal efecto en las desgraciadas Urracas, que desesperaron de alcanzar su perdón.³⁷

Un suave color de zafiro oriental, contenido en el sereno aspecto del aire puro hasta el primer cielo, reapareció delicioso a mi vista en cuanto salí de la atmósfera muerta, que me había -- contristado los ojos y el corazón. El bello planeta que convida a amar³⁸ hacía sonreír todo el Oriente, desvaneciendo al signo de Piscis, que seguía en pos de él. Me volví a la derecha, y -- dirigiendo mi espíritu hacia el otro polo, distinguí cuatro estrellas únicamente vistas por los primeros humanos.³⁹ El cielo -- parecía gozar con sus resplandores. ¡Oh Septentrión, sitio verdaderamente viudo, pues que te ves privado de admirarias! Cuando cesé en su contemplación, volvíme un tanto hacia el otro polo, de donde el Carro había desaparecido, y vi cerca de mí un anciano solo y digno, por su aspecto, de tanta veneración que un padre no puede inspirarla mayor a su hijo.³⁹ Llevaba una larga barba canosa, como sus cabellos, que le caía hasta el pecho, dividida en dos mechones. Los rayos de las cuatro luces⁴⁰ rodeaban de tal resplandor su rostro, que lo veía como si hubiese tenido el Sol ante mis ojos.

-¿Quiénes sois vosotros que, contra el curso del tenebroso río habéis huido de la prisión eterna?-dijo el anciano, agitando su barba venerable-. ¿Quién os ha guiado, o quién os ha servido de antorcha para salir de la profunda noche que hace sea continuamente negro el valle infernal? ¿Así se han quebrantado las leyes del abismo? ¿O se ha dado quizás en el Cielo un nuevo decreto que os permite, a pesar de estar condenados, venir a mis grutas?

El sitio donde nos encontrábamos no era como la galería de un palacio, sino una caverna de mal piso y escasa luz.

-Antes que yo salga de este abismo, Maestro mío, -le dije al ponerme en pie-, dime algo que me saque de confusiones. ¿Dónde está el hielo y cómo es que Lucifer está de ese modo invertido? ¿Cómo es que en tan pocas horas, ha recorrido el Sol su carrera de la noche a la mañana?

Me contestó:

-¿Te imaginas sin duda que estás aún al otro lado del centro, donde me cogí al pelo de ese miserable gusano que atraviesa el mundo? Allí te encontrabas mientras descendíamos; cuando me volví, pasaste el punto hacia el que converge toda la gravedad de la Tierra; y ahora estás bajo el hemisferio opuesto a aquel que cubre el árido desierto, y bajo cuyo más alto punto fue muerto el Hombre que nació y vivió sin pecado. Tienes los pies sobre una pequeña esfera, que por el otro lado mira a la Judesca.³⁵ Aquí amanece cuando allí anochece; y éste de cuyo pelo nos hemos servido como de una escala, permanece aún fijo del mismo modo que antes. Por esta parte cayó del cielo; y la tierra, que antes se mostraba en este lado, aterrORIZADA al verle, se hizo del mar un velo, y se retiró hacia nuestro hemisferio; y quizá también huyendo de él, dejó aquí este vacío la que aparece por acá formando un elevado monte.

Hay allá abajo una cavidad que se aleja tanto de Lucifer cuanto es la extensión de su tumba; cavidad que no puede reconocerse por la vista, sino por el rumor de un arroyuelo, que desciende por el cauce de un peñasco que ha perforado con su curso sinuoso y poco pendiente. Mi Guía y yo entramos en aquel camino oculto para volver al mundo luminoso; y sin concedernos el menor descanso, subimos, él delante y yo detrás, hasta que pude ver por una abertura redonda -- las bellezas que contiene el Cielo, y por allí salimos para volver a ver las estrellas.

PURGATORIO

CANTO PRIMERO

Ahora la navecilla de mi ingenio, que deja en pos de sí un mar tan cruel, desplegará las velas para navegar por mejores aguas; y cantará aquel segundo reino, donde se purifica el espíritu humano y se hace digno de subir al Cielo. Resucite aquí, pues, - la muerta poesía, ¡oh santas Musas!, pues que soy vuestro; y -- realce Calíope³⁶ mi canto, acompañándolo con aquella voz que -- produjo tal efecto en las desgraciadas Urracas, que desesperaron de alcanzar su perdón.³⁷

Un suave color de zafiro oriental, contenido en el sereno aspecto del aire puro hasta el primer cielo, reapareció delicioso a mi vista en cuanto salí de la atmósfera muerta, que me había -- contristado los ojos y el corazón. El bello planeta que convida a amar³⁸ hacía sonreír todo el Oriente, desvaneciendo al signo de Piscis, que seguía en pos de él. Me volví a la derecha, y -- dirigiendo mi espíritu hacia el otro polo, distinguí cuatro estrellas únicamente vistas por los primeros humanos.³⁹ El cielo -- parecía gozar con sus resplandores. ¡Oh Septentrión, sitio verdaderamente viudo, pues que te ves privado de admirarias! Cuando cesé en su contemplación, volvíme un tanto hacia el otro polo, de donde el Carro había desaparecido, y vi cerca de mí un anciano solo y digno, por su aspecto, de tanta veneración que un padre no puede inspirarla mayor a su hijo.³⁹ Llevaba una larga barba canosa, como sus cabellos, que le caía hasta el pecho, dividida en dos mechones. Los rayos de las cuatro luces⁴⁰ rodeaban de tal resplandor su rostro, que lo veía como si hubiese tenido el Sol ante mis ojos.

-¿Quiénes sois vosotros que, contra el curso del tenebroso río habéis huido de la prisión eterna?-dijo el anciano, agitando su barba venerable-. ¿Quién os ha guiado, o quién os ha servido de antorcha para salir de la profunda noche que hace sea continuamente negro el valle infernal? ¿Así se han quebrantado las leyes del abismo? ¿O se ha dado quizás en el Cielo un nuevo decreto que os permite, a pesar de estar condenados, venir a mis grutas?

Entonces mi Guía me indicó, por medio de sus palabras, de sus gestos y sus miradas, que debía mostrarme respetuoso, doblar la rodilla e inclinar la vista. Después le respondió:

-No vine por mi deliberación, sino porque una mujer, descendida del Cielo, me ha rogado que acompañe y ayude-a éste. Pero ya que es tu voluntad que te expliquemos más ampliamente-cuál sea nuestra verdadera condición, la mía no puede rehusarte nada. Este no ha visto aún su última noche; pero por su locura estuvo tan cerca de ello, que le quedaba poquísimo tiempo de vida. Así es que, según he dicho, fui enviado a su encuentro para salvarle, y no había otro camino más que éste, por el cual me he aventurado. Hele dado a conocer todos los réprobos, y ahora pretendo mostrarle aquellos espíritus que se purifican bajo tu jurisdicción. Sería largo de referir el modo como le he traído hasta aquí, de lo alto baja la virtud que me ayuda a conducirlo para verte y oírte. Dignate, pues, acoger su llegada benigneamente: va buscando la libertad, que es tan amada, como lo sabe el que por ella desprecia la vida. Bien lo sabes tú, que por ella no te pareció amarga la muerte en Utica, donde dejaste tu cuerpo, que tanto brillará en el gran día. No han sido revocados por nosotros los eternos decretos; pues éste vive, y Minos no me tiene en su poder, sino que pertenezco al círculo donde están los castos ojos de tu Marcia,⁴¹ que parece rogarte aún, ¡oh santo corazón!, que la tengas por compañera y por tuya. En nombre, pues, de su amor, accede a nuestra súplica y déjanos ir por tus siete reinos; le manifestaré mi agradecimiento hacia ti si permites que allá abajo se pronuncie tu nombre.

-Marcia fue tan agradable a mis ojos mientras pertencí a la Tierra -dijo él entonces-, que obtuvo de mí cuantas gracias quiso; ahora que habita a la otra parte del mar, no puedo ya conmovirme a causa de la ley que me impuso cuando salí fuera de mi cuerpo. Pero si una mujer del cielo te anima y te dirige, según dices, no tienes necesidad de tan laudatorios ruegos; me basta conque me supliques en su nombre. Ve, pues, y haz que ése se ciña con un junco sin hojas, y lávale el rostro de modo que quede borrada en él toda mancha; por

que no conviene que se presente con la vista ofuscada ante el primer ministro, que es de los del Paraíso. Esa pequeña isla que ves allá abajo produce en torno suyo, y por donde la combaten las olas, juncos en su tierra blanda y limosa. Ninguna clase de plantas que eche hojas o que se endurezca puede existir ahí, porque le sería imposible doblegarse a los embates de las olas. Después no volváis por esta parte; el sol naciente os indicará el modo de encontrar la más fácil subida del monte.

Al decir esto desapareció. Me levanté sin hablar, me coloqué junto a mi Guía y fijé en él los ojos. Entonces empezó a -- hablarme de este modo:

-Hijo mío, sigue mis pasos; volvamos atrás, porque esta llanura va descendiendo siempre hasta su último límite.

El alba vencía ya al aura matutina, que huía delante de ella, y desde lejos pude distinguir las ondulaciones del mar. Ibamos por la llanura solitaria, como el que busca la senda perdida y cree caminar en vano hasta que logra encontrarla. -- Cuando llegamos a un sitio en que el rocío resiste al calor del sol, y protegido por la sombra se desvanece poco a poco, puso mi Maestro suavemente sus dos manos abiertas sobre la fresca hierba; y yo, comprendiendo su intento, le presenté mis mejillas cubiertas aún de lágrimas, y en las que por su mediación apareció de nuevo el color de que las privó el Infierno.

Llegamos después a la playa desierta, que no vio nunca navegar por sus aguas a hombre alguno capaz de salir de ellas. -- Allí me hizo un cinturón, según la voluntad del otro; y, ¡oh maravilla!, cuando arrancó la humilde planta, volvió otra a renacer súbitamente en el mismo sitio de donde había arrancado aquella.

Ya estaba el Sol tocando el horizonte, cuyo círculo meridiano-cubre a Jerusalén con su punto más elevado; y ya la noche, formando un arco en oposición a él, salía fuera del Ganges con -- las Balanzas que se le caen de las manos cuando supera en extensión al día; de modo que allí, donde yo me encontraba, las --- blancas y sonrosadas mejillas de la bella Aurora, según iba -- creciendo, se tornaban de color de oro. Estábamos aún en la -- orilla del mar, como quien piensa en el camino que debe seguir y anda con el deseo sin que el cuerpo se mueva. Cuando he aquí que, así como al amanecer, por efecto de los densos vapores, se ve a Marte enrojecido hacia Poniente sobre las aguas-marinas, de igual modo me apareció -- ¡ojalá pudiese verla otra vez!-- una luz, la cual venía tan rápidamente por el mar, que ningún vuelo sería comparable a su celeridad. Un solo momento aparté de ella la vista para interrogar a mi Guía, y al punto volví a verla mucho más voluminosa y brillante; distinguiendo luego a cada lado de la misma una cosa blanca, sin saber lo -- que era, debajo de la cual descubría poco a poco otro objeto -- igualmente blanco. Aún no había pronunciado una palabra mi Maestro, cuando se vio que las primeras formas blancas eran alas; -- y entonces, habiendo conocido bien al gondolero, exclamó: --Dobla, dobla pronto la rodilla: he aquí el ángel de Dios; una las manos; nunca verás semejantes ministros del Señor. Mira cómo desdeña los medios humanos, pues no necesita remo ni otras velas que sus alas entre tan apartadas orillas. Mira cómo las tiene elevadas hacia el cielo, agitando el aire con las eternas plumas, que no se mudan como el cabello de los mortales.

Cuanto más se acercaba a nosotros el ave divina, más brillante aparecía; por lo cual, no pudiendo resistir su resplandor mis ojos, los incliné; y aquél se dirigió hacia la orilla en un -- esquivo airoso y ligero, que apenas se sumergía un poco en el agua. El celestial barquero estaba en la popa, y la bienaventuranza parecía estar escrita en su semblante. Más de cien espíritus, sentados en la barquilla, cantaban a coro; "In exitu -- Israel de Aegipto" y todo lo demás que sigue de este salmo.⁴²

El ángel les hizo la señal de la santa cruz, a cuya señal se arrojaron todos a la playa, y él se alejó con la misma velocidad con que había venido. La turba que dejó allí parecía -- llena de estupor en tal sitio, mirando y remirando en torno-suyo, como el que descubre cosas que no ha visto nunca. El -- Sol, que había arrojado con sus brillantes saetas al signo -- de Capricornio del centro del cielo, irradiaba por todas partes el día, cuando los recién llegados alzaron la frente hacia nosotros, diciéndonos:

--Si lo sabéis, indicadnos el camino que conduce a la montaña.

Virgilio respondió:

--¿Por ventura creéis que conocemos este sitio? Somos aquí tan nuevos como vosotros, y hemos llegado a él poco antes por otro camino tan rudo y áspero, que el subir esta montaña será para nosotros ahora cosa de juego.

Las almas, que advirtieron por mi respiración que yo estaba aún vivo, palidieron de asombro; y así como se agolpa la gente en derredor del mensajero coronado de olivo para oír sus noticias, sin temor de empujarse y pisarse unos a otros, -- así se agolparon en torno mío todas aquellas almas afortunadas, olvidando casi su deseo de ir a embellecerse. Vi una de ellas que se adelantó para abrazarme con tales muestras de -- afecto, que me movió a hacer lo mismo, con ella; pero, ¡oh sombras vanas, excepto para la vista! Tres veces quise rodearla con mis brazos, y otras tantas volvieron éstos a caer solos -- sobre mi pecho. Creo que la admiración debió pintarse en mi -- rostro, porque la sombra sonrió y se retiró; y yo, siguiéndola, continué avanzando. Me dijo con voz suave que me detuviese; conocí entonces quién era, y habiéndole rogado que se parase un momento para hablarme, respondióme:

--Lo mismo que te amaba con mi cuerpo mortal, te amo también-- desprendido de él; por eso me detengo; pero tú ¿por qué vienes aquí?

--Casella mío,⁴³ hago este viaje para volver al mundo de los vivos, donde permanezco aún; pero a ti, ¿cómo es que se te ha -- negado por tanto tiempo el venir a este sitio?

Me respondió:

-Si Aquel que conduce a quien y cómo le place me ha negado muchas veces este pasaje, no se ha cometido conmigo ninguna injusticia; porque es justa la voluntad a quien obedece.

En verdad, de tres meses a esta parte⁴⁴ ha recogido sin oposición a cuantos han querido entrar en su nave; así es que yo, que me encontraba en la playa donde el Tíber se mezcla con las saladas ondas del mar, fui acogido benignamente por él.⁴⁵ A la embocadura de aquel río dirige ahora su vuelo; pues allí se reúnen siempre los que no descienden hacia el Aqueronte.

Y yo dije:

-Si alguna nueva ley no te quita la memoria o el uso de aquellos cantos amorosos, que solían calmar todos mis deseos, dignate consolar un poco mi alma, que viniendo aquí con su cuerpo, se ha angustiado tanto.

"Amor, que dentro de mi mente habla",⁴⁶ empezó él a cantar tan dulcemente, que su dulzura aún resuena en mi corazón. Mi Maestro y yo y las sombras que allí estaban parecíamos tan contentos, como si no tuviéramos otra cosa en que pensar. Estábamos absortos y atentos a sus notas, cuando apareció el venerable anciano exclamando: -¿Qué es esto, espíritus perezosos? ¿Qué negligencia, qué demora es ésta? Corred al monte a purificaros de vuestros pecados, que no permiten que Dios se os manifieste.

Del mismo modo que las palomas, cuando están reunidas en torno a su alimento, cogiendo el grano y quietas, sin hacer oír sus acostumbrados arrullos, si acontece algo que las asuste, abandonan súbitamente la comida, porque las asalta un cuidado mayor, así vi yo aquellas almas recién llegadas abandonar el canto y desbandarse por la costa, como quien corre sin saber adónde va; y no menos rápidamente huimos también nosotros.

CANTO TERCERO

Mientras la repentina fuga dispersaba por la campiña aquellas almas, que se volvían hacia la montaña donde la razón divina las aguija, me acerqué a mi fiel compañero; porque, ¿cómo hubiera podido sin él seguir mi viaje?, ¿quién me habría sostenido al subir por la montaña? Me pareció que mi Guía estaba por sí mismo arrepentido de su flaqueza. ¡Oh conciencia digna y pura!, ¡qué amargo roedor es para ti la más pequeña falta! Cuando sus pies cesaron de caminar con aquella precipitación que se aviene mal con la majestad de la persona, mi mente, deseando el pensamiento que la inquietaba, concentró su atención, como deseosa de recibir las nuevas impresiones; y me puse a contemplar el monte más alto de cuantos hacia el Cielo se elevan sobre las aguas. El Sol, que a mis espaldas despedía su rubicunda luz, quedaba interceptado por mi cuerpo, en el que se apoyaban sus rayos; y cuando vi que sólo delante de mí se obscurecía la tierra, volvíme de lado, temeroso de haber sido abandonado. Mi Protector entonces empezó a decirme, vuelto hacia mí:

-¿Por qué desconfías aún? ¿Crees que no estoy contigo y que ya no te guío? Ahora es ya por la tarde allá donde está sepultado el cuerpo, dentro del cual hacía yo sombra. Nápoles lo posee, porque lo han quitado de Brindis.⁴⁷ Si, pues, ninguna sombra se proyecta delante de mí, no debes admirarte de ello más que de ver cómo los cielos no interceptan unos a otros el paso de sus luces. La Virtud divina hace que semejantes cuerpos sean aptos para sufrir tormentos, calor y frío; mas no ha querido revelarnos cómo opera tal maravilla. Insensato es el que espera que nuestra razón pueda recorrer las infinitas vías de que dispone el que es una substancia en tres personas. Seres humanos, contentaos con el "quia",⁴⁸ pues si os fuera dable verlo todo, no habría sido necesario que pariese María; y habéis visto deseirlo en vano a tales hombres que, a ser posible, hubieran satisfecho ese deseo, el cual forma su eterno suplicio: hablo de Aristóteles, de Platón y otros muchos.

En este punto inclinó la frente sin decir nada más, y quedó como turbado. Llegamos en tanto al pie del monte, cuyas rocas encontramos tan escarpadas, que las piernas más ágiles nos hubieran sido inútiles. El camino más desierto, el más áspero entre Lerici y Turbía,⁴⁹ es, comparado con aquél, una ramba suave y anchurosa.

-¿Quién sabe ahora-dijo mi Maestro deteniendo sus pasos-hacia qué mano es accesible la costa, de modo que pueda subir el que no tiene alas?

Y mientras él tenía los ojos bajos, meditando qué camino se guiríamos, y yo miraba hacia arriba alrededor de las rocas, apareció por la izquierda una multitud de almas que se dirigían hacia nosotros, aunque no lo parecía; tanta era la lentitud con que caminaban.

-Levanta los ojos-dije a mi Maestro-; he aquí quien nos podrá aconsejar, si es que no puedes aconsejarte a ti mismo.

Miróme entonces, y con rostro franco respondió:

-Vamos allá, pues ellos vienen muy despacio; y tú no pierdas la esperanza, hijo querido.

Habríamos andado mil pasos, y aún distaba de nosotros aquella muchedumbre tanto espacio cuanto podría recorrer una piedra lanzada por un buen hondero, cuando se arrimaron todos a los duros peñascos de la escarpada orilla, permanecieron firmes y apretados entre sí, como se detiene a mirar aquel que queda.

-¡Oh muertos en la gracia de Dios, espíritus ya elegidos! -- empezó a decir Virgilio-; por aquella paz que, según creo, esperaréis todos vosotros, decíme por qué parte declina esta montaña, de modo que sea posible ascender a ella; pues al -- que mejor conoce el valor del tiempo, le es más desagradable perderlo.

Como las ovejas que salen de su redil una a una, dos a dos y tres a tres, mientras las otras se detienen tímidamente inclinando hacia la tierra sus ojos y su hocico, y lo mismo que hace la primera hacen las demás, deteniéndose a su lado si se detiene, sencillas y tranquilas, y sin darse cuenta de por -- qué lo hacen, así vi yo moverse para venir hacia nosotros --

Las primeras almas de aquella temerosa y afortunada grey, de rostro púdico y de honesto continente. Cuando vieron que la luz se interrumpía en el suelo a mi mano derecha, de modo -- que se proyectaba la sombra desde mí a la gruta, se detuvieron y aun retrocedieron algún tanto, y todos los que venían detrás, sin saber porqué, hicieron lo mismo.

-Sin que me lo preguntéis, os confieso que este que aquí veis es un cuerpo humano; por cuya causa la luz del Sol aparece cortada en el suelo. No os asombréis; pero creed que si pretende trepar esta escarpada costa, lo hace inducido por virtud celestial.

Así habló mi Maestro; y aquella noble multitud nos dijo:

-Pues volvedos atrás y caminad delante de nosotros.

Y al mismo tiempo nos hacían señas con el dorso de las manos.

Uno de ellos exclamó:

-Quienquiera que seas, andando como vas, vuelve el rostro -- hacia mí, y procura recordar si me has visto en el mundo alguna vez.

Yo me volví hacia él, y le miré fijamente: era rubio, hermoso y de gentil aspecto; pero tenía la ceja partida de un golpe. Cuando le manifesté humildemente que no le había visto nunca, me dijo:

-¡Mira, pues!

Y enseñóme una herida en la parte superior de su pecho. Después añadió sonriendo:

-Yo soy Manfredo,⁵⁰ nieto de la emperatriz Constanza; por lo cual te ruego, que cuando vuelvas a la Tierra, vayas a visitar a mi graciosa hija,⁵¹ madre del honor de Sicilia y de Aragón, y le digas la verdad, si es que se ha dicho lo contrario. Después de tener atravesado mi cuerpo por dos heridas mortales, me volví llorando hacia Aquel que voluntariamente perdona. Mis pecados fueron horribles; pero la bondad infinita tiene tan largos los brazos, que recibe a todo el que se vuelve hacia ella. Si el Pastor de Cosenza,⁵² que fue enviado por Clemente para darme caza, hubiese leído bien en aquella página -- de Dios, mis huesos estarían aún en la cabeza del puente, cerca de Benavento, bajo la salvaguardia de las pesadas piedras.

Ahora los moja la lluvia; el viento los impele fuera del reino, casi a la orilla del Verde, donde los hizo transportar con cirios apagados. Pero por su maldición no se pierde el amor de Dios de tal modo, que no vuelva nunca, mientras reverdezca la flor de la esperanza. Es verdad que el que -- muere contumaz para con la santa Iglesia, por más que al -- fin se arrepienta, debe estar en la parte exterior de esta montaña un espacio de tiempo treinta veces mayor del que vivió en contumacia, a menos que no se abrevie la duración de este decreto merced a eficaces oraciones. Calcula, pues, lo dichoso que puedes hacerme, revelando a mi buena Constanza cómo me has visto y la prohibición que pesa sobre mí, que puede alzarse por los ruegos de los que existen allá arriba.

CANTO CUARTO

Quando por efecto del placer o del dolor de que se siente -- afectada alguna de nuestras facultades, el alma entera se -- concentra en esa facultad, parece que no atiende a ninguna -- otra; y esto demuestra el error de los que creen que en nosotros arde un alma sobre otra alma.⁵⁴ Por eso mismo, cuando se oye o ve alguna cosa que absorbe fuertemente el alma en su -- contemplación, el tiempo se desliza sin que el hombre se -- perciba de ello; porque una es la facultad que escucha, y -- otra la que cautiva por completo el alma: ésta está como atada; aquélla es libre. Yo adquirí una prueba de esta verdad -- oyendo y admirando a aquel espíritu; pues había el Sol ascendido cincuenta grados sobre el horizonte, sin que yo lo echase de ver, cuando llegamos a un punto en que las almas exclamaron a una voz: "Aquí está el objeto de vuestra demanda."

Cualquier portillo de los que suele tapar el labriego con un manojo de espinos, cuando maduran las uvas, es mayor que el sendero por donde subimos solos mi Maestro y yo, cuando la multitud de almas se separó de nosotros. Bastan los pies para ir a San Leo, para bajar a Noli, para ascender hasta la elevada cumbre de Bismantua; pero aquí es preciso que el hombre vuele; quiero decir, como volaba yo, conducido por las ligeras alas y por las plumas de un gran deseo, detrás de Aquel que reanimaba mi esperanza y me iluminaba. Ibamos subiendo por el sendero excavado en el peñasco, cuyas quebradas rocas nos estrechaban por ambos lados, y el suelo que pisábamos -- nos obligaba a ayudarnos con pies y manos. Cuando llegamos a sitio descubierto, sobre el rellano de la alta base del -- monte, dije:
-Maestro mío, ¿qué camino seguiremos?

Y él me contestó:

-No des ningún paso hacia abajo; prosigue subiendo detrás de mí a la cima de este monte, hasta que se nos aparezca algún-experto guía.

La cima era tan alta, que no podía alcanzarla la vista, y la subida mucho más empinada que la línea que divide en dos partes el cuadrante. Yo estaba ya cansado, y entonces exclamé:

-¡Oh amado Padre! Vuélvete, y mira que me quedo aquí solo, - si no te detienes.

-Hijo mío, haz por llegar hasta aquel punto- respondió mostrándome una prominencia que rodeaba por aquel lado toda la montaña.

Sus palabras me aguijonearon de tal modo, que me esforcé cuanto pude trepando hasta donde él estaba, tanto que puse mis plantas sobre aquella especie de cornisa. Nos sentamos allí ambos, vueltos hacia Levante, por cuyo lado habíamos subido; pues suele agradar la contemplación del camino que uno ha hecho. Primeramente dirigí los ojos al fondo, después los levanté hacia el Sol, y me admiraba de que éste nos iluminase por la izquierda.

El poeta observó que me quedaba estupefacto, mirando el carro de la luz que iba a pasar entre nosotros y el Aquilón; por lo cual me dijo:

-Si Cástor y Pólux estuvieran en compañía de aquel espejo que ilumina al mundo tanto por arriba como por abajo, verías al Zodiaco refulgente girar más próximo aún a las Osas, a no ser que saliese fuera de su antiguo camino.^{5b} Y si quieres comprender cómo puede suceder esto, reconcentra tu pensamiento, y considera que el monte Sión está situado sobre la Tierra, relativamente a éste, de modo que ambos tienen un mismo horizonte y diferentes hemisferios; por lo cual, si tu inteligencia te permite discernir con claridad, verás cómo el camino que por su mal no supo recorrer Featón, debe ir necesariamente por un lado de este monte, al paso que va por el opuesto lado de aquel otro.

-En verdad, Maestro mío-le contesté-, nunca había visto tan claramente como ahora distingo estas cosas, para cuya comprensión no me parecía bastante apto mi ingenio. Por las razones que me has dado entiendo que el círculo intermedio del primer móvil, llamado Ecuador en alguna ciencia, y que permanece siem

pre entre el Sol y el invierno, dista de aquí tanto hacia Septentrión, cuanto los Hebreos lo veían hacia la parte cálida. Pero, si te place, quisiera saber cuánto hemos de andar aún; - pues el monte se eleva más de lo que puede alcanzar mi vista.

-Esta montaña es tal- me respondió-, que siempre cuesta trabajo empezar a subirla, y cuanto más va para arriba es menos fatigoso. Cuando te parezca tan suave, que subas ligeramente por ella como van por el agua las naves, entonces habrás llegado al fin de este sendero: espera, pues, a conseguirlo para descansar de tu fatiga. Y no respondo más, pues sólo esto tengo por cierto.

Cuando hubo terminado de decir estas palabras, resonó cerca de nosotros una voz que decía: "Quizá te veas precisado antes a sentarte." Al sonido de aquella voz, volvímonos, y vimos a la izquierda un gran peñasco, en el que no habíamos reparado antes ninguno de los dos. Nos dirigimos hacia allí, donde estaban algunos espíritus reposando a la sombra detrás del peñasco, como quien lo hace por indolencia. Uno de ellos, que me parecía cansado, estaba sentado con las rodillas abrazadas, reposando sobre ellas su cabeza.

-¡Oh amado Señor mío! -dije entonces-: contempla a ése, que se muestra más negligente que si fuese hermano de la pereza.

Entonces se volvió hacia nosotros, y nos examinó, dirigiendo su mirada sobre los muslos, y diciendo:

-Ve, pues, allá arriba, tú que eres tan valiente.

Conocí entonces quién era; y aquella fatiga que agitaba todavía un poco mi respiración, no me impidió acercarme a él. Cuando estuve a su lado, alzó apenas la cabeza, diciendo:

-¿Has comprendido bien por qué el Sol dirige su carro por tu izquierda?

Sus perezosos movimientos y sus lacónicas palabras hicieron asomar una sonrisa a mis labios, y dije:

-Belacqua,⁵⁶ ahora ya no me conduelo de ti: pero dime, ¿Por qué estás aquí sentado? ¿Esperas algún guía, o es que has -vuelto a tus antiguas costumbres?

Contestome:

-¡Oh, hermano! ¿Para qué he de ir arriba, si no ha de permítirme llegar al sitio de la expiación el Angel de Dios, que está sentado a su puerta? Antes que yo entre por ella, es -necesario que el cielo dé tantas vueltas en torno mío, cuantas dio en el transcurso de mi vida, por haber aplazado los buenos suspiros hasta la hora de mi muerte; a no ser que me auxilie una plegaria, que se eleve de un corazón que viva -en gracia. ¿De qué sirven las demás, si no han de ser oídas en el cielo?

Ya el Poeta subía delante de mí diciendo:

-No te detengas más: mira que el Sol toca al Meridiano, y la Noche cubre ya con su pie la costa de Marruecos.

CANTO QUINTO

Me había alejado ya de aquellas sombras, y seguía las huellas de mi Guía, cuando detrás de mí, y señalándome con el dedo, -gritó una de ellas:

-Mirad; no se nota que el Sol brille a la izquierda de aquél -de más abajo, que marcha al parecer como un vivo.

Al oír estas palabras, volví la cabeza, y vi que las sombras -miraban con admiración, no solamente a mí, sino también a la -luz interceptada por mi cuerpo.

-¿Por qué se turba tanto tu ánimo-dijo el Maestro-, que así -acortas el paso? ¿Qué te importa lo que allí murmuran? Sígueme, y deja que hable esa gente. Sé firme como una torre, cuya cúspide no se doblega jamás al embate de los vientos: el hombre en quien bulle pensamiento sobre pensamiento, siempre --aleja de sí el fin que se propone; porque el uno debilita la actividad del otro.

¿Qué otra cosa podría yo contestarle sino: "Ya voy?" Así lo -hice, cubierto algún tanto de aquel color que hace a veces al hombre digno de perdón. En tanto, de través por la cuesta venían hacia nosotros algunas almas volando, versículo a versículo, el "Miserere".⁵⁷ Cuando observaron que yo no daba paso al través de mi cuerpo a los rayos solares, cambiaron su canto en un "¡oh!" ronco y prolongado: y dos de ellas, a guisa -de mensajeros, corrieron a nuestro encuentro, diciendo:

-Hacednos sabedores de vuestra condición.

Mi Maestro contestó:

-Podéis iros y referir a los que os han enviado, que el cuerpo de éste es de verdadera carne. Si se han detenido, según me figuro, por ver su sombra, bastante tienen con tal respuesta: honrenle, porque podrá serles grato.

Jamás he visto a prima noche los vapores encendidos, ni a puesta del Sol las exhalaciones de Agosto, hendir el Cielo sereno tan rápidamente como corrieron aquellas almas hacia sus compañeras; y una vez allí, regresaron adonde estábamos, juntas con las demás, como escuadrón que corre a rienda suelta.

Esa gente que se agolpa hacia nosotros es numerosa-dijo el Poeta, y vienen a dirigirte alguna súplica: tú, sin embargo, sigue -- adelante, y escucha mientras andas.

-¡Oh, alma, que para llegar a la felicidad, vas con los miembros con que naciste! -venían gritando-: modera un poco tu paso. Repara si has conocido a alguno de nosotros, de quien puedas llevar -- allá noticias. ¡Ah! ¿Por qué te vas? ¿Por qué no te detienes? - Todos hemos terminado nuestros días por muerte violenta, y fuimos pecadores hasta la última hora: entonces la luz del Cielo iluminó nuestra razón tan bien, que, arrepentidos y perdonados, abandonamos la vida en la gracia de Dios, que nos abraza por el gran deseo que tenemos de verle.

Yo les contesté:

-Aun cuando no reconozco las desfiguradas facciones de ninguno de vosotros, no obstante, si deseáis de mí algo que sea posible, espíritus bien nacidos, yo lo haré por aquella paz que se me hace -- buscar de mundo en mundo, siguiendo los pasos de este Guía.

Uno de ellos empezó diciendo:

-Todos confiamos en tu benevolencia sin necesidad de que lo jures, a no ser que la impotencia destruya tu buena voluntad. Yo, que hablo solo antes que los demás, te ruego que si ves alguna vez aquel país que se extiende entre la Romanía y el de Carlos,⁵⁸ me concedas en Pano el don de tus preces, a fin de que los buenos rueguen allí por mí, de modo que yo pueda purgar mis graves pecados. De allí fui⁵⁹ pero las profundas heridas por donde salió la sangre en la que me asentaba, me fueron hechas en el territorio de los Antenóridas, donde creía encontrarme más seguro. El de Este lo ordenó, porque me odiaba mucho más de lo que le permitía la justicia; pero si yo hubiese huido hacia la Mira, cuando llegué a Oriaco, aún estaría -- allá donde se respira: corrí al pantano, donde las cañas y el lodo

me embarazaron tanto, que caí, y vi formarse en tierra un lago con la sangre de mis venas.

Después me dijo otro:

-¡Ay! Así se cumpla el deseo que te conduce a esta elevada montaña, dignate auxiliar al mío con obras de piedad. Yo fui de Montefeltro, y soy Buonconte.⁶¹ Ni Juana ni los otros se cuidan de mí; por lo -- cual voy entre estos con la cabeza baja.

Le pregunté:

-¿Qué violencia o qué ventura te sacó fuera de Campaldino, que no -- se supo nunca dónde está tu sepultura?

-¡Oh!-me respondió-; al pie del Casentino corre un río llamado Archiano, que nace en el Apenino encima del Ermo. Allí donde pierde -- su nombre, llegué yo con el cuello atravesado, huyendo a pie y ensangrentando la llanura. Allí perdí la vista, y mi última palabra -- fue el nombre de María; allí caí, y no quedó más que mi carne. Te -- diré la verdad, y tú la referirás entre los vivos: el ángel de Dios me cogió, y el del Infierno gritaba: "Oh tú, venido del Cielo: ¿Por qué me lo quitas? Te llevas la parte eterna de éste por una pequeña lágrima que me le arrebató; pero yo trataré de diferente modo la -- otra parte." Tú sabes bien cómo se condensa en el aire ese húmedo -- vapor, que se convierte en lluvia en cuanto sube hasta donde le sorprende el frío: pues bien, el demonio, juntando a su entendimiento aquella malevolencia que sólo procura hacer daño, con el poder inherente a su naturaleza, agitó el vapor y el viento. En cuanto se -- extinguió el día, cubrió de nieblas el valle desde Pratomagno hasta -- el Apenino, e hizo tan denso aquel cielo, que el espeso aire se convirtió en agua: cayó lluvia, y el agua que la tierra no pudo absorber fue a parar a los barrancos, y uniéndose a la de los torrentes, se precipitó hacia el río real con tal rapidez, que nada podía contenerla. El Archiano furioso encontró mi cuerpo helado en su embocadura, lo arrastró hacia el Arno, y separó mis brazos que había puesto en cruz sobre el pecho cuando me venció el dolor. Después de -- haberme volteado por sus orillas y su fondo, me cubrió y rodeó con la arena que había hecho desprenderse de los campos.

-¡Ah!, cuando vuelvas al mundo, y hayas descansado de tu largo viaje, continuó un tercer espíritu luego que hubo acabado de hablar el segundo-, acuérdate de mí, que soy la Pía.⁶² Siena me hizo, y las -- Marismas me deshicieron: bien lo sabe aquel que, siendo ya viuda, -- me puso en el dedo su anillo enriquecido de piedras preciosas.

CANTO TRIGESIMOSEGUNDO

Estaban mis ojos tan fijos y atentos para calmar su sed de diez años, que tenía embotados los otros sentidos, encontrando además aquéllos por todas partes obstáculos que no les permitían cuidarse de ninguna otra cosa; así es que la santa sonrisa los atraía con sus antiguas redes. Pero por fuerza me obligaron aquellas diosas a volver la cabeza hacia la izquierda, porque les oía decir: "Mira demasiado fijamente"; y la disposición en que se encuentran los ojos cuando acaban de ser heridos por los rayos del Sol, me dejó por algún tiempo sin vista, mas cuando se repusieron los míos ante otro pequeño resplandor (y digo pequeño, comparándolo con la gran luz de que me había separado forzosamente), vi que el glorioso ejército se había vuelto hacia la derecha, recibiendo en el rostro los rayos del Sol y los de las siete llamas. Así como para salvarse una cohorte, se retira cobijada bajo los escudos, y se vuelve con su estandarte antes de que haya terminado por completo su evolución, así la milicia -- del reino celestial que precedía al carro desfiló toda, antes de que éste hubiera vuelto su lanza. En seguida las mujeres se volvieron a colocar cerca de las ruedas, y el Grifo puso en movimiento el carro bendito, de tal modo que no se agitó ninguna de sus plumas. La hermosa Dama⁶³ que me hizo vadear el río, Estacio y yo seguíamos a la rueda que describió al girar el arco menor. Caminando de esta suerte a través de la alta selva deshabitada -- por culpa de aquella que creyó a la serpiente, ajustaba mis pasos al cántico de los ángeles. Una flecha despedida del arco recorre quizá en tres veces el espacio que habíamos avanzado, -- cuando bajó Beatriz. Oí que todos murmuraban: "¡Adán!" En seguida rodearon un árbol enteramente despojado de hojas y flores en todas sus ramas. Su copa, que se extendía a medida que el árbol se elevaba, sería, a causa de su altura, admirada por los indios en sus selvas.

-¡Bendito seas, oh Grifo, que con tu pico no arrancaste nada de este tronco al gusto, después que, por haberlo probado, se inclinó al mal el apetito humano!

Así exclamaron todos en derredor del árbol robusto; y el animal de doble naturaleza respondió:

-De ese modo se conserva la semilla de toda justicia.

Y volviéndose al timón de que había tirado, lo condujo al pie de la planta, viuda de sus hojas, y dejó atado a ella el carro que era de ella. Así como nuestras plantas se ponen turgentes -- cuando la gran luz desciende mezclada con aquella que irradia -- detrás de los celestes Peces,⁶⁴ y luego se reviste cada una con su propio color antes que el Sol guíe sus caballos bajo otra estrella, de igual modo se renovó el árbol cuyas ramas estaban antes tan desnudas, adquiriendo colores menos vivos que los de la rosa, pero más que los de la violeta. Yo no pude entender, ni aquí abajo se canta, el himno que aquella gente entonó entonces, ni tampoco pude oír todo el canto hasta el fin. Si me fuera posible describir cómo se adormecieron aquellos despiadados ojos que tan cara pagaron su excesiva vigilancia, oyendo las aventuras de Siringa,⁶⁵ representaría, como un pintor que copia un modelo, el modo como me dormí; pero hágalo quienquiera que sepa figurar bien el sueño.

Paso, pues, al momento en que me desperté, y digo que un resplandor desgarró el velo de mi sueño, al mismo tiempo que me gritaba una voz: "Levántate; ¿qué haces?" Como Pedro, Juan y Santiago,⁶⁶ conducidos a ver las florecitas del manzano, que hace a los ángeles codiciosos de su fruta y perpetuas las bodas -- en el cielo; y aterrados por el esplendor divino, volvieron ensí al oír la palabra que ha interrumpido sueños mayores, y vieron su compañía mermada por la ausencia de Moisés y Elías, y -- cambiada la túnica de su Maestro, así desperté yo, viendo inclinada sobre mí a aquella compasiva mujer que había guiado anteriormente mis pasos por el río; lleno de inquietud dije:

-¿Dónde está Beatriz?

A lo que me contestó:

-Mírala sentada sobre las raíces y bajo el nuevo follaje de ese árbol.⁶⁷ Mira la compañía que la rodea:⁶⁸ los otros⁶⁹ se van hacia arriba tras el Grifo, entonando cánticos más dulces y más profundos.

Ignoro si fue más difusa su respuesta; porque se hallaba otra vez ante mis ojos aquella que me impedía fijar la atención en ninguna otra cosa. Estaba sentada ella sola en la tierra verdadera, como dejada allí para custodiar el carro que vi atar a la biforme fiera. En torno suyo formaban un círculo las siete Ninfas, teniendo en las manos aquellas luces que no puede apagar el Aquilón ni el Austro,

-Poco tiempo habitarás esta selva, y serás eternamente conmigo ciudadano de aquella Roma donde Cristo es romano.⁷⁰ Por lo tanto, fija tus ojos en este carro para bien del mundo que vi ve mal, y cuando vuelvas a él, escribe lo que has visto.

Así habló Beatriz; y yo, enteramente sumiso a sus órdenes, puse mi mente y mis ojos donde ella quiso. Nunca tan velozmente partió el rayo de condensada nube, cuando cae del más remoto confín del aire, como vi yo al ave de Júpiter precipitarse y bajar por el árbol, rompiendo su corteza, ya que no las flores y hojas nuevas: y con toda su fuerza hirió al carro, y le hizo vacilar, como nave combatida por la tempestad que las olas derriban, ora a babor, ora a estribor.⁷¹ Vi luego introducirse en el carro triunfal una zorra, que parecía no haber tomado jamás ningún buen alimento: pero reprendiéndole mi Dama sus feas culpas, la obligó a huir tan precipitadamente como lo permitieron sus descarnados huesos.⁷² En seguida, por donde mismo había venido antes, vi al águila⁷³ descender a la caja del carro, y dejarla cubierta de sus plumas: y semejante a la voz que sale de un corazón contristado, salió del cielo una voz que dijo: "¡Ay, navecilla mía, cuán mal cargada estás!" Después me pareció que se abría la tierra entre las dos ruedas, y vi salir un dragón⁷⁴ que hincó su maligna cola en el carro, y retirándola luego como la avispa su aguijón, se llevó consigo una parte del fondo, y se alejó muy contento. Lo que quedó del carro, como la tierra fértil que se cubre de grama, se cubrió de la pluma ofrecida por el águila, quizá con intención casta y benigna,⁷⁵ y de ella se cubrieron una y otra rueda y la lanza en menos tiempo del que mantiene un suspiro la boca abierta. Transformado de esta suerte el edificio santo, salieron de sus diversas partes varias cabezas, tres de ellas sobre la lanza, y las restantes, una en cada ángulo. Las pri-

meras tenían cuernos como los bueyes; pero las otras sólo tenían un cuerno por frente: jamás se han visto semejantes monstruos.⁷⁶

Tan segura como una fortaleza sobre una alta montaña, vi sentada en el carro a una prostituta desenvuelta, paseando sus miradas - en torno suyo.⁷⁷ Y como para impedir que se la quitaran, vi un gigante colocado en pie junto a ella, y ambos se besaban de vez en cuando; mas habiendo ella vuelto hacia mí sus ojos codiciosos y errantes, el feroz amante la azotó desde la cabeza a los pies. Después, lleno de suspicacia y de cruel ira, desató el monstruoso carro, y lo arrastró tan lejos por la selva,⁷⁸ que tras de ella se ocultaron a mi vista la prostituta y la nueva fiera.

PARAISO

CANTO PRIMERO

La gloria de Aquel que todo lo mueve se difunde por el universo, y resplandece en unas partes más y en otras menos. Yo estuve en el cielo que recibe mayor suma de su luz, y vi tales cosas que ni sabe ni puede referirlas el que desciende de allá arriba; por que nuestra inteligencia, al acercarse al fin de sus deseos, profundiza tanto, que la memoria no puede volver atrás. Sin embargo, todo cuanto mi mente haya podido atesorar de lo concerniente al reino santo, será después objeto de mi cántico.

¡Oh buen Apolo! Haz de mí para este último trabajo un vaso lleno de tu valor, tal como lo exiges para conceder tu laurel amado; - pues si hasta aquí tuve bastante con una cima del Parnaso, ahora necesito las dos para entrar en el resto de mi carrera.⁷⁹ Entra - en mi seno, e inspírame el aliento de que estabas poseído cuando sacaste los miembros de Marsias fuera de su piel.⁸⁰

¡Oh divina virtud! Si te prestas a mí, de modo que yo pueda poner de manifiesto la sombra del reino bienaventurado estampada en mi cabeza, me verás acudir a tu árbol querido y coronarme entonces de aquellas hojas; pues el asunto de mi canto y tu favor me harán digno de ello.

Tan pocas veces, ¡oh Padre!, se recoge el lauro del triunfo, ya como César, ya como poeta (por culpa y vergüenza de la humana -- voluntad), que cuando alguno arde en deseos de alcanzarlo, el follaje penéico debería difundir la alegría en la feliz deidad délfica.⁸¹ A una pequeña chispa sigue una gran llama: quizá después de mí habrá quien ruegue con mejor voz para que responda Cirra.

La lámpara del mundo se presenta a los mortales por diferentes aberturas; pero cuando se deja ver por aquella en que se unen -- cuatro círculos formando tres cruces, entonces sale con mejor curso y con mejor estrella, y modela y sella más a su modo la cera de nuestro mundo. Por aquella abertura se había hecho allí de -- día, y aquí de noche: casi todo aquel hemisferio estaba ya blanco, y la otra parte negra, cuando vi a Beatriz vuelta hacia el -

lado izquierdo, mirando al Sol; jamás lo ha mirado un águila con tanta fijeza. Y así como un segundo rayo sale del primero, y se remonta a lo alto, semejante al peregrino que quiere volverse, así la acción de Beatriz, penetrando por mis ojos en mi imaginación, originó la mía, y fijé los ojos en el Sol contra nuestra costumbre. Muchas cosas son allí permitidas a nuestras facultades, que no lo son aquí, por ser aquel lugar creado para residencia propia de la especie humana. Me fue imposible mirar por mucho tiempo al Sol; pero no tan poco, que no le viera centellear en torno suyo, como el hierro que sale candente del fuego; y de pronto me pareció que un nuevo día se unía al día, como si Aquel que puede hubiese adornado el Cielo con otro Sol.

Beatriz miraba fijamente las eternas esferas, y yo fijé mis -- ojos en ella, desviándolos de allá arriba: contemplándola, me transformé interiormente, como Glauco al gustar la hierba que le hizo en el mar compañero de los otros Dioses.⁸² No es posible significar con palabras el acto de pasar a un grado superior la naturaleza humana; pero baste el citado ejemplo a quien la gracia divina reserve tal experiencia.

¡Oh Amor, que gobiernas el cielo! Tú, que me elevaste con tu luz, sabes si yo era entonces solamente aquella parte de mí -- que primero creaste. Cuando la rotación de los cielos, que eternizas por el deseo que éstos tienen de poseerte, atrajo mi atención con su armonía, que regularizas y distribuyes, me pareció que entonces se encendía con la llama del Sol tanto espacio -- del cielo, que ni las lluvias ni los ríos han ocasionado jamás tan extenso lago. La novedad de los sonidos y tan gran resplandor me abrasaron de tal modo en el deseo de conocer su causa, -- que jamás he sentido tan punzante aguijón. Así es que Ella, -- que veía mi interior como yo mismo, abrió su boca para calmar mi excitado ánimo, antes que yo la abriera para preguntarle, y empezó a decir:

-Tú mismo te atontas con tus falsas ideas, de tal modo que no ves lo que verías si las hubieras desechado. No estás ya en la Tierra, según te figuras: el rayo, huyendo de la-

región donde se forma, no corre tan velozmente como tú asciendes hacia ella.

Si vi desvanecida mi primera duda, gracias a sus palabras son -- rientes y breves, me vi en cambio más envuelto en otra nueva, y dije:

-Ya me contemplo con placer libre de mi primitiva admiración; -- mas ahora me asombra cómo es que puedo atravesar por entre estos cuerpos leves.

Por lo cual Beatriz, lanzando un piadoso suspiro, dirigió hacia mí sus ojos con aquel aspecto de que se reviste la madre al oír un desvarío de su hijo, y repuso:

-Todas las cosas guardan un orden entre sí; y este orden es la -- forma, que hace al universo semejante a Dios. Aquí ven las altas criaturas el signo de la eterna sabiduría, que es el fin para -- que se ha creado el orden antedicho. En el de que hablo, todas -- las naturalezas propenden y, según su diversa esencia, se aproxima más o menos a su principio. Así es que se dirigen a diferentes puertos por el gran mar del ser, y cada una con el instinto que se le concedió para que la lleve al suyo. Este instinto es -- el que conduce al fuego hacia la Luna; el que promueve los primeros movimientos del corazón de los mortales, y el que concentra y hace compacta a la Tierra. Y este arco se dispara, no tan sólo contra las criaturas desprovistas de inteligencia, sino contra -- las que tienen inteligencia y amor. La Providencia, que todo lo ordena, hace con su luz que esté tranquilo el cielo en el que -- gira aquel que tiene mayor velocidad: allí es donde ahora, como a sitio designado, nos lleva la virtud de la cuerda de aquel -- arco ⁸³ que dirige todo cuanto despide hacia un objeto agradable. Bien es verdad que, así como la forma no guarda muchas veces armonía con las intenciones del arte, porque la materia es sorda -- para contestar, así de esta dirección se desvía tal vez la -- criatura que tiene el poder de inclinarse hacia otro lado, por -- más que esté impulsada de aquel modo, y cae (como se puede ver -- caer al fuego desde una nube), si su primer impulso la tuerce hacia la tierra por un falso placer. No debes, pues, a lo que pienso,

admirarte más de tu ascensión, que de ver a un río descender desde lo alto de una montaña hasta su base. Lo maravilloso -- en ti sería que, libre de todo obstáculo, te hubieras sentado abajo, como lo sería el que la viva llama permaneciese -- quieta y apegada a la tierra.

Dicho esto, elevó sus ojos al Cielo.

CANTO SEGUNDO

¡Oh vosotros, que, deseosos de escucharme, habéis seguido en una pequeña barca tras de mi bajel que navega cantando; virad para ver de nuevo vuestras playas! No os internéis en el piélago, porque quizá, perdiéndome yo, quedaríais perdidos. El agua por donde sigo no fue jamás recorrida; Minerva sopla en mi vela. Apolo me conduce y las nueve Musas me enseñan las Osas. Y vosotros los que, en corto número, levantasteis ha tiempo las miradas hacia el pan de los ángeles,⁸⁴ del cual se vive aquí pero sin que nadie quede harto, bien podéis dirigir vuestra nave por el alta mar, siguiendo mi estela sobre el agua que se reúne en breve. Aquellos gloriosos héroes⁸⁵ que pasaron a Colcos no se admiraron cuando vieron a Jasón convertido en boyero, como os admiraréis ahora vosotros. La innata y perpetua sed del dei forme reino nos hacía ir tan veloces, como veloz vais al mismo cielo. Beatriz miraba hacia arriba, y yo la miraba a ella; y quizá en menos tiempo del en que se coloca un dardo, y se despide del arco y vuela, me vi llegado a un punto donde una cosa admirable atrajo mis miradas; por lo cual, Aquella para quien no podían estar ocultos mis sentimientos, vuelta hacia mí, tan agradable como bella, me dijo:

-Eleva tu agradecida mente hacia Dios, que nos ha transportado a la primera estrella.⁸⁶

Parecíame que se extendiese sobre nosotros una nube lúcida, densa, sólida y bruñida, como un diamante herido por los rayos del Sol. La eterna margarita nos recibió dentro de sí; como el agua que, permaneciendo unida, recibe un rayo de luz. Si yo era cuerpo, y si en la Tierra no se concibe cómo una dimensión⁸⁷ pueda admitir a otra, según debe suceder si un cuerpo penetra en otro, debería abrasarnos mucho más el deseo de contemplar aquella esencia, en que se ve cómo Dios y nuestra naturaleza se unieron.⁸⁸ Allí se verá esto que creemos por la fe; pero sin demostración alguna, pues será conocido por sí mismo, como la primera verdad en que el hombre cree. Yo respondí:

-Señora, con tanto reconocimiento como cabe en mí, doy gracias a Aquel que me ha alejado del mundo mortal. Pero decidme: ¿qué son las obscuras señales de este cuerpo, que allá abajo en la Tierra dan ocasión a algunos para inventar patrañas sobre Caín?⁸⁹

Sonriose un poco, y me dijo:

-Si la opinión de los mortales se extravía donde la llave de los sentidos no puede abrir, no deberían en verdad punzarte desde -- ahora las flechas de la admiración; pues ves que, si la razón -- sigue a los sentidos, debe tener muy cortas las alas; pero dime -- qué es lo que tú piensas con respecto a esto.

Le contesté:

-Lo que aquí arriba me parece de diferente forma, creo que deber ser producido por cuerpos enrarecidos y por cuerpos densos.

Ella repuso:

-Verás de un modo cierto que tu creencia está basada en una idea falsa, si escuchas bien el argumento que voy a oponerte. La octava esfera os muestra muchas luces, las cuales puede verse que -- presentan aspectos diferentes así en calidad como en cantidad. -- Si esto fuera efecto solamente del enrarecimiento y la densidad, en todas ellas habría una sola e idéntica virtud, aunque distribuida en más o menos abundancia y proporcionalmente a sus respectivas masas. Siendo diversas las virtudes, necesariamente han de ser fruto de principios formales; y éstos, menos uno, quedarían destruidos por tu raciocinio. Además, si el enrarecimiento fuese la causa de aquellas manchas acerca de las cuales me preguntas, -- entonces, o el planeta estaría en algunos puntos privado de su materia de parte a parte, o bien del modo que en un cuerpo alternan lo graso y magro, así el volumen de éste se compondría de hojas diferentes. Si fuese cierto lo primero, se manifestaría en los eclipses de Sol, porque la luz de éste pasaría a través de la Luna, como atraviesa por cualquier cuerpo enrarecido. Esto no es así: por lo tanto hemos de examinar el otro supuesto; y si -- llego también a anularlo, verás demostrado lo falso de tu opinión.

Si ese cuerpo enrarecido no llega de un lado a otro de la Luna, es preciso que termine en algún punto donde su contrario no deje pasar la luz, y que el otro rayo reverbere desde allí, como el color se refleja en un cristal que está forrado de estaño. Pero tú dirás que el rayo aparece aquí más obscuro que en otras partes, porque se refracta desde mayor profundidad. De esta réplica puede librarte la experiencia, si haces uso de ella alguna vez, por ser la fuente de donde manan los arroyos de vuestras artes. Toma tres espejos: coloca dos de ellos delante de ti a igual distancia, y el otro un poco más lejos: después fija tus ojos entre los dos primeros. Vuelto así hacia ellos, dispón que a tu espalda se eleve una luz que ilumine los tres espejos, y vuelva a ti reflejada por todos: entonces, aun cuando la luz reflejada sea menos intensa en el más distante, verás que resplandece igualmente en los tres. Desvanecido ya el primer error de tu entendimiento, como a impulso de los cálidos rayos se desvanecen el color y el frío primitivos de la nieve, quiero mostrarte ahora una luz tan viva, que apenas aparezca sentirás sus destellos. Dentro del Cielo de la divina paz⁹⁰ se mueve un cuerpo, en cuya virtud reside el ser de todo su contenido. El Cielo siguiente,⁹¹ que tiene tantas estrellas, distribuye aquel ser entre diversas esencias, distintas de él y que en él están contenidas. Los demás cielos,⁹² por varios y diferentes modos, disponen para sus fines aquellas cosas distintas que hay en cada uno y sus influencias. Estos órganos del mundo van así descendiendo de grado en grado, como ahora ves, de suerte que adquieren del superior la virtud que comunican al inferior. Repara bien cómo voy por este camino hacia la verdad que deseas, a fin de que después sepas por ti solo vencer toda dificultad. El movimiento y la virtud de las sagradas esferas deben proceder de los bienaventurados motores,⁹³ como del artífice procede la obra del martillo. Aquel cielo, al que tantas luces hermocean, recibe forma y virtud de la inteligencia profunda que lo mueve, y se transforma en su sello, y así como el alma dentro de vuestro polvo se extiende a los diferentes miembros, aptos para distintas facultades, así la inteligencia⁹⁴ despliega por las estrellas su bondad multiplicada, girando sobre su unidad. Cada virtud se une de distinto modo con el precioso cuerpo⁹⁵ a quien vivifica, y en el cual se in-

funde como en vosotros la vida. Por la plácida naturaleza de donde se deriva,⁹⁶ esa virtud mezclada a los cuerpos celestes brilla en ellos, como la alegría en una pupila ardiente. De ella procede la diferencia que se observa de luz a luz, y no de los cuerpos densos y enrarecidos; ella es el principio formal que produce lo obscuro y lo claro, según su bondad.

CANTO TERCERO

Aquel Sol que primeramente abrasó de amor mi corazón⁹⁷ me había descubierto, con sus pruebas y refutaciones, el dulce aspecto de una hermosa verdad; y yo, para confesarme desengañado y persuadido, levanté la cabeza tanto como era necesario, a fin de declararlo resueltamente. Pero apareció una visión, la cual -- haciéndose perceptible me atrajo de tal modo hacia sí, que ya no me acordé de mi confesión. Así como a través de cristales tersos y transparentes, o de aguas nítidas y tranquilas, aunque no tan profundas que se obscurezca el fondo, llegan a nuestra vista las imágenes tan debilitadas, que una perla en una frente blanca no la distinguirían más débilmente nuestros ojos, así -- vi yo muchos rostros prontos a hablarme; por lo cual caí en el error contrario a aquel que inflamó el amor entre un hombre y una fuente.⁹⁸ En cuanto las distinguí, creyendo que fuesen imágenes reflejadas en un espejo,⁹⁹ volví los ojos para ver los -- cuerpos a que correspondían; y como nada vi, los dirigí de nuevo hacia delante, fijándolos en mi dulce Guía, que sonriéndose despedía vívidos destellos de sus santos ojos.

-No te asombres porque me sonría de tu pueril pensamiento-me dijo-; pues no se apoya todavía tu pie sobre la verdad, y como de costumbre, te inclina a las ilusiones. Esas que ves son verdaderas substancias,¹⁰⁰ relegadas aquí por haber faltado a sus votos. Por consiguiente, habla con ellas, y oye y cree lo que te digan; pues la verdadera luz que las regocija no permite -- que se tuerzan sus pasos.

Y yo me dirigí a la sombra que parecía más dispuesta a hablar, y empecé a decirle, como hombre a quien su mismo deseo le quita el valor:

--¡Oh espíritu bien creado, que bajo los rayos de la vida eterna sientes la dulzura que no se comprende nunca si no se ha -- gustado! Me será muy grato que te dignes decirme tu nombre y -- cuál es vuestra suerte,

A lo que contestó pronta y con risueños ojos:

-Nuestra caridad nunca cierra sus puertas a un deseo justo, -- siendo como aquélla que quiere que se le asemeje toda su corte.¹⁰¹ Yo fui en el mundo una virgen religiosa; y si tu mente me contempla bien, no me ocultará a tus recuerdos el ser hoy -- la más bella, sino que reconocerás que yo soy Piccarda:¹⁰² -- colocada aquí con estos otros bienaventurados, soy como ellos -- bienaventurada en la esfera más lenta. Nuestros afectos a -- quienes sólo inflama el amor del Espíritu Santo, se regocijan en el orden designado por él, y nos ha cabido en suerte este sitio que parece tan bajo, porque descuidamos nuestros votos, y en parte no fueron observados.

A lo que le contesté:

-En vuestros admirables rostros resplandece no sé qué de divino, que cambia el primer aspecto que de vosotras se ha conservado. Por eso no fui más presto en recordar; pero ahora viene en mi ayuda lo que tú me dices, de suerte que me es más fácil reconocerte. Mas dime: vosotras que sois aquí felices ¿deseáis estar en otro lugar más elevado para ver más o para haceros -- más amigas? Sonriose un poco mirando a las otras sombras, y en seguida me respondió tan plentera, que parecía arder en el primer fuego del amor:

-Hermano, la virtud de la caridad calma nuestra voluntad, y -- esa virtud nos hace querer solamente lo que tenemos, y no apetecer nada más. Si deseáramos estar más elevadas, nuestro -- anhelo estaría en desacuerdo con la voluntad de Aquél que nos reúne aquí; desacuerdo que no admiten las esferas celestiales, como verás si consideras bien que aquí es condición necesaria estar unidas a Dios por medio de la caridad, y la naturaleza de esta misma caridad. También es esencial a nuestra existencia bienaventurada uniformar la propia voluntad a la de Dios, de modo que nuestras mismas voluntades se refundan en una. -- Así es que al estar como estamos, distribuidas de grado en grado por este reino, place a todo él, porque place al Rey cuya voluntad forma la nuestra. En su voluntad está nuestra paz; -- ella es el mar adonde va a parar todo lo que ha creado, o lo que hace la naturaleza.

Entonces comprendí claramente por qué en el Cielo todo es Paraíso, por más que la gracia del Supremo Bien no llueva en todas partes por igual. Pero, así como suele suceder que un manjar nos sacie, y que sintamos aún apetito por otro, de suerte que pedimos éste y rechazamos aquél, así hice yo con el gesto y la palabra para saber por ella cuál fue el tejido cuya lanzadera no continuó manejando hasta el fin.

-Una virtud perfecta, un mérito eminente colocan en un cielo más alto a una mujer¹⁰³ -me dijo-, según cuya regla se lleva allá abajo en vuestro mundo el hábito y el velo monacal, a fin de que hasta la muerte se viva noche y día con aquel esposo, a quien es grato todo voto que la caridad hace conforme a su deseo. Por seguirla, hui del mundo jovencita aún, y me encerré en su hábito, y prometí observar la regla de su orden. Posteriormente, algunos hombres, -- más habituados al mal que al bien, me arrebataron de la dulce clausura. ¡Dios sabe cuál fue después mi vida!¹⁰⁴ Lo que digo de mí, entiende que lo digo asimismo de esta otra alma esplendente que se te muestra a mi derecha, y en quien brilla toda la luz de nuestra esfera: monja fue, y también le arrebataron de la cabeza la sombra de las sagradas tocás; pero cuando volvió al mundo, contra su gesto y contra ley, no se despojó jamás del velo de su corazón. Esa es la luz de la gran Constanza que del segundo príncipe poderoso de la casa de Suabia engendró al tercero, última potencia de esta raza.¹⁰⁵

Así me habló y empezó después a cantar "Ave María", y cantando desapareció, como una cosa pesada a través del agua profunda. Mi vista, que la siguió tanto cuanto le fue posible, después que la perdió, se volvió hacia el objeto de su mayor deseo, y se fijó enteramente en Beatriz; pero ésta lanzó tales fulgores sobre mi mirada, que no los pude sufrir en el primer momento, por cuya causa tardé más en preguntarle.

CANTO CUARTO

Un hombre, libre de elegir entre dos manjares igualmente distantes de él y que exciten del mismo modo su apetito, moriría de hambre antes de llevarse a la boca uno de ambos. De igual suerte permanecería inmóvil un cordero entre dos hambrientos lobos, temiéndoles igualmente, o un perro entre dos gamos. Por esta razón no me culpo ni me alabo de haber callado, teniéndome en suspenso igualmente -- dos dudas; pues mi silencio era necesario. Yo callaba; pero tenía pintado en el rostro mi deseo, y en él aparecía más clara mi pregunta que si la hubiera expresado por medio de palabras. Beatriz hizo lo que Daniel¹⁰⁶ al librar a Nabucodonosor de aquella cólera que le había hecho cruel injustamente, y me dijo:

-Bien veo cómo te atrae uno y otro deseo, de modo que tu curiosidad se liga a sí misma de tal suerte, que no se manifiesta con palabras. Tú raciocinas así: si la buena voluntad persevera, ¿por qué razón la violencia ajena ha de disminuir la medida de mi mérito? También te ofrece motivo de duda el que las almas, al parecer, vuelvan a las estrellas, según la sentencia de Platón.¹⁰⁷ Tales son las cuestiones que pesan igualmente sobre tu voluntad; pero antes me ocuparé en lo que tiene más hiel.¹⁰⁸ El serafín que más goce de Dios; Moisés, Samdel, cualquiera de los dos Juanes¹⁰⁹ que quieras escoger, María misma, no tiene su asiento en un cielo distinto de aquél donde moran esos espíritus que aquí te han aparecido, ni su estado de beatitud tiene fijada más ni menos duración, sino que todos embellecen el primer círculo, y gozan de una vida diferentemente feliz, según que sienten más o menos el Espíritu eterno. Aquí se aparecieron, no porque les haya tocado en suerte esta esfera; -- sino para significar que ocupan en la celestial, la parte menos elevada. Así es preciso hablar a vuestro espíritu, porque sólo comprende por medio de los sentidos lo que hace después digno de la inteligencia. Por eso la Escritura, atemperándose a vuestras facultades, atribuye a Dios pies y manos, mientras que ella lo ve de otro modo; y la Santa Iglesia os representa bajo formas humanas -- a Gabriel y a Miguel y al que sanó a Tobías.¹¹⁰ Lo que Timeo dice acerca de las almas no es figurado, como aquí se ve, pues parece que siente lo que afirma. Dice que --

el alma vuelve a su estrella, creyendo que se desprendió de ella cuando la naturaleza la unió a su forma. Tal vez su opinión sea diferente de lo que expresan sus palabras, y es posible que la intención de éstas no sea irrisoria. Si quiere decir que la influencia operada por las estrellas se convierte en honor o en vituperio de las mismas, quizá haya dado su flecha en el blanco de una verdad. Este principio, mal comprendido, extravió a casi todo el mundo, haciendo que corriese a invocar a Júpiter, a Mercurio y a Marte. La otra duda que te agita tiene menos veneno, porque su malignidad no te podría alejar de mí. Que nuestra justicia parezca injusta a los ojos de los mortales, es un argumento de fe y no de herética malicia; pero como puede vuestro discernimiento penetrar bien esta verdad, te dejaré satisfecho según desees. Si hay verdadera violencia cuando el que la sufre no se adhiere en nada a aquél que la comete, aquellas almas no pueden servirse de ella como excusa; porque la voluntad, si no quiere, no se aquieta, sino que hace lo que naturalmente hace el fuego, aunque la tuerzan mil veces con violencia. Por lo cual, si la voluntad se doblega poco o mucho, sigue a la fuerza; y así hicieron aquellas, pues pudieron haber vuelto al sagrado lugar. Si su voluntad hubiera sido firme, como lo fue la de Lorenzo sobre las parri-llas,¹¹¹ y como la de Mucio al ser tan severo con su mano,¹¹² ella misma las habría vuelto al camino de donde las habían separado, en cuanto se vieron libres; pero una voluntad tan sólida es muy rara. Por estas palabras, si es que las has recogido como debes, queda destruido el argumento que te hubiera importunado aún muchas veces. Pero se atraviesa otra dificultad ante tus ojos, y tal que por ti mismo no sabrías salir de ella; antes bien, te rendirías fatigado. He dado como cierto a tu mente que el alma bienaventurada no podía mentir, porque está siempre próxima a la primera Verdad; y luego habrás podido oír por Piccarda, que Constantza había guardado su inclinación al velo, de manera que parece contradecirme. Muchas veces, hermano, sucede que por huir de un peligro, se hace con repugnancia aquello que no debería hacerse; como Alameón, que a instancias de su padre, mató a su propia madre, y por no faltar a la piedad, se hizo despiadado.¹¹³ Con respecto a este punto, quiero que sepas que, si la fuerza y la volun-

tad obran de acuerdo, resulta que no pueden excusarse las faltas. La voluntad en absoluto no consciente el daño; pero lo consciente en cuanto teme caer en mayor pena oponiéndose a él. Cuando Piccarda, pues, se expresa como lo ha hecho, entiende que habla de la voluntad absoluta, y yo de la otra,¹¹⁴ de suerte que ambas decíamos la verdad.

Tales fueron las ondulaciones del santo arroyo que salía de la fuente de donde fluye toda verdad, y que aquietaron todos mis deseos.

¡Oh amada del primer Amante! ¡Oh divina-dije en seguida, cuyas palabras me inundan comunicándome tal calor que me reaniman cada vez más! No es tan profunda mi afección, que baste a devolveros gracia por gracia; pero que responda por mí Aquél que todo lo ve y lo puede. Bien veo que nuestra inteligencia no queda nunca satisfecha, si no la ilumina aquella Verdad, fuera de la cual no se difunde ninguna otra. En cuanto ha podido alcanzarla, descansa en ella como la fiera en su cubil; y puede indudablemente conseguirla; de lo contrario, todos nuestros deseos serían vanos. De este deseo de saber nace, como un retoño, la duda al pie de la verdad; siendo esto un impulso de la naturaleza que guía de grado en grado nuestra inteligencia al conocimiento de Dios. Esto mismo me invita, esto mismo me anima, Señora, a pedirnos reverentemente que me aclaréis otra verdad que encuentro oscura. Quiero saber si el hombre puede satisfaceros, con respecto a los votos quebrantados, por medio de otras buenas acciones que no sean pocas en vuestra balanza.

Beatriz me miró con los ojos llenos de amorosos destellos, y tan divinos, que sintiendo mi fuerza vencida, me volví y quedé anonadado con los ojos bajos.

CANTO QUINTO

Si te parezco más radiante en el fuego de este amor de lo que suele verse en la tierra, hasta el punto de superar la fuerza de tus ojos, no debes asombrarte, porque esto procedé de una vista perfecta que, distinguiendo bien los objetos, se dirige con más rapidez hacia el bien. Veo claramente cómo resplandece ya en tu inteligencia la eterna luz, que contemplada una sola vez enciende un perpetuo amor. Y si -- otra cosa seduce el vuestro, sólo es un vestigio mal conocido del resplandor que aquí brilla. Tú quieres saber si con otras buenas acciones puede satisfacerse el voto no cumplido, de modo que el alma esté segura de todo debate con la justicia divina.

Así empezó Beatriz este canto, y como hombre que no interrumpe su razonamiento, continuó de este modo su santa enseñanza:

-El mayor don que Dios, en su liberalidad, nos hizo al crearnos, como más conforme a su bondad, y el que más aprecia, fue el del libre albedrío de que estuvieron y están dotadas únicamente las criaturas inteligentes. Ahora conocerás, si raciocinas según este principio, el alto valor del voto, si éste es tal que Dios consienta cuando tú con -- sientes; porque al cerrarse el pacto entre Dios y el hombre, se le sacrifica ese tesoro de que hablo, y se le sacrifica por su propio acto. Así, pues, ¿qué se podrá dar en cambio de esto? Si crees que puedes -- hacer buen uso de lo que ya has ofrecido, es como si quisieras hacer una buena obra con una cosa mal adquirida. Ya conoces, pues, la importancia del punto principal: pero como la Santa Iglesia da sobre esto sus dispensas, lo cual parece contrario a la verdad que te he descubierto, es preciso que continúes sentado un poco a la mesa, porque el pesado alimento que has tomado requiere alguna ayuda para ser digerido. Abre el espíritu a lo que te presento y enciérralo en ti mismo, pues no -- proporciona ciencia alguna el oír sin retener. Dos cosas son necesarias en la esencia de este sacrificio: una es la materia del voto, y otra el pacto que se forma con Dios. Este último no se borra jamás, -- si no es observado, y acerca de ello te he hablado antes en términos precisos. Por esta causa fue necesario que los Hebreos continuasen --

ofreciendo, aunque alguna de sus ofrendas fuese permutada, como debes saber. Respecto a la que te he dado a conocer -- como materia del voto, puede ser tal que no se cometa yerro alguno al cambiarla en otra materia: pero que ninguno por su propia autoridad mude el fardo de su espalda, sin -- la vuelta de la llave blanca y de la llave amarilla:¹¹⁵ -- crea que todo cambio es insensato, si la cosa abandonada -- no se contiene en la elegida, como el cuatro está contenido en el seis. Todo lo que pese tanto por su valor, que -- incline hacia su lado la balanza, no puede reemplazarse -- con otra cosa. Que los mortales no tomen a broma el voto. Sed fieles, y al comprometeros no seáis ciegos como lo fue Jephthé¹¹⁶ en su primera ofrenda, porque más le valiera haber dicho: "Hice mal", que hacer otra cosa peor al cumplir su voto: tan insensato como a él puedes suponer al gran -- jefe de los Griegos,¹¹⁷ quien obligó a Ifigenia a llorar su hermoso rostro, e hizo llorar por ella a sabios e ignorantes, cuando oyeron hablar de tal sacrificio. Cristianos, sed más pausados en vuestras acciones; no seáis como la -- pluma a todo viento, ni creáis que toda agua pueda lavaros. Tenéis el Antiguo y el Nuevo Testamento, y el Pastor de la Iglesia que os guía: baste esto para vuestra salvación. Si os dice otra cosa el espíritu del mal, sed hombres, y no -- locas ovejas, de suerte que el judío no se ría de vosotros entre vosotros. No hagáis como el cordero, que deja la leche de su madre, y sencillo y alegre, combate a su placer consigo mismo.

Así me habló Beatriz, según lo escribo: después se volvió anhelante hacia aquella parte donde el mundo es más vivo. Su silencio y la mudanza de su semblante impusieron silencio a mi ávido espíritu, que tenía ya preparadas nuevas -- preguntas. Y como la saeta que da en el blanco antes de -- que haya quedado en reposo la cuerda, así corríamos hacia el segundo reino.¹¹⁸ Allí vi yo tan contenta a mi Dama -- cuando penetró en la luz de aquel cielo, que el planeta se volvió más resplandeciente. Y si la estrella se transformó y rió, ¿cuánto más alegre estaría yo, que por mi naturale-

za soy en todos sentidos transmutable? Así como en un vivero que está tranquilo y puro, acuden solícitos los peces al objeto procedente del exterior, por creerlo su pasto, así vi yo más de mil almas esplendorosas acudir hacia nosotros, y a cada cual de ---- ellas se oía exclamar: "¡He ahí quién acrecentará nuestros amores!" Y tan pronto como cada una se nos acercaba, conocíase su júbilo por el claro fulgor que de ella salía. Piensa, lector, -- cuál sería tu impaciente anhelo de saber, si lo que aquí empieza no siguiese adelante, y por ti comprenderás cuánto sería mi deseo de conocer la condición de estas almas, en cuanto se presentaron a mi vista.

-¡Oh bien nacido, a quien está concedida la gracia de ver los -- tronos del triunfo eterno, antes de haber abandonado la milicia de los vivos! Nosotros nos abramos en el fuego que se extiende por todo el cielo: así pues, si deseas que te iluminemos acerca de nuestra suerte, puedes saciarte según tu deseo.

Así me dijo uno de aquellos espíritus piadosos, y Beatriz añadió: -Dí, dí con toda confianza, y créelos como a Dioses.

-Veo bien cómo anidas en tu propia luz, y que la despidas por -- tus ojos, para que resplandezcan cuando ríes; pero no sé quién eres, ni por qué ocupas, ¡oh alma digna!, el grado de la esfera que se oculta a los mortales con los rayos de otro.¹¹⁹

Esto dije dirigiéndome al alma resplandeciente que me había hablado; por lo cual se volvió más luminosa de lo que antes era. Lo mismo que el Sol, que a sí mismo se oculta por su excesiva luz, cuando el calor ha destruido los densos vapores que la amortiguan, así aquella santa figura se ocultó, a causa de su alegría, - en su mismo fulgor, y encerrada de aquel modo me contestó como se verá en el canto siguiente.

CANTO TRIGESIMOTERCERO

Virgen madre, hija de tu hijo,¹²⁰ la más humilde al par que la más alta de todas las criaturas, término fijo de la voluntad eterna,¹²¹ tú eres la que has ennoblecido de tal suerte la humana naturaleza, - que su Hacedor no se desdenguó de convertirse en su propia obra.¹²² En tu seno se inflamó el amor cuyo calor ha hecho germinar esta -- flor en la paz eterna. Eres aquí para nosotros meridiano Sol de caridad, y abajo para los mortales vivo manantial de esperanza. Eres tan grande, señora, y tanto vales, que todo el que desea alcanzar -- alguna gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas. Tu benignidad no sólo socorre al que te implora, sino que muchas veces se anticipa espontáneamente a la súplica. En ti se reúnen la -- misericordia, la piedad, la magnificencia, y todo cuanto bueno existe en la criatura. Este, pues, que desde la más profunda laguna del universo hasta aquí ha visto una a una todas las existencias espirituales, te suplica le concedas la gracia de adquirir tal virtud, - que pueda elevarse con los ojos hasta la salud suprema. Y yo, que nunca he deseado ver más de lo que deseo que él vea, te dirijo todos mis ruegos, y te suplico que no sean vanos, a fin de que disipes con los tuyos todas las nieblas procedentes de su condición mortal, de suerte que pueda contemplar abiertamente el sumo placer. Te ruego además, ¡oh Reina, que puedes cuanto quieres!, que conserves puros sus afectos después de tanto ver; que tu custodia triunfe de -- los impulsos de las pasiones humanas: mira a Beatriz cómo junta sus manos con todos los bienaventurados para unir sus plegarias a las -- mías."

Los ojos que Dios ama y venera,¹²³ fijos en el que por mí oraba, me demostraron cuán gratos le son los devotos ruegos. Después se elevaron hacia la Luz eterna en la cual no es creíble que la mirada de -- criatura alguna pueda fijarse tan abiertamente. Y yo, que me acerca al fin de todo anhelo, puse término en mí, como debía, al ardor del deseo. Bernardo sonriéndose me indicaba que mirase hacia arriba; pero yo había hecho ya por mí mismo lo que él quería: porque mi vista, adquiriendo más y más pureza y claridad, penetraba gradual --

mente en la alta luz que tiene en sí misma la verdad de su existencia. Desde aquel instante, lo que vi excede a todo humano lenguaje, que es impotente para expresar tal visión, y la memoria se rinde a tanta grandeza. Como el que ve soñando, y después del sueño conserva impresa la sensación que ha recibido, sin que le quede otra cosa en la mente, así estoy yo ahora; pues casi ha cesado del todo mi visión, y aún destila en mi pecho la dulzura que nació de ella. Del mismo modo ante el Sol pierde su forma la nieve, y así también se dispersaban al viento, en las ligeras hojas, las sentencias de la Sibila.

¡Oh luz suprema que te elevas tanto sobre los pensamientos de los mortales! Presta a mi mente algo de lo que parecías, y has que mi lengua sea tan potente, que pueda dejar a lo menos un destello de tu gloria a las generaciones venideras; pues si se muestra algún tanto a mi memoria y resuena lo mínimo en mis versos, se podrá concebir más tu victoria.

Por la intensidad del vivo rayo que soporté sin cegar, creo que me habría perdido, si hubiera separado de él mis ojos; y recuerdo que por esto fui tan osado para sostenerlo, que uní mi mirada con el Poder infinito. ¡Oh gracia abundante, por la cual tuve atrevimiento para fijar mis ojos en la Luz eterna, hasta tanto que consumí toda mi fuerza visiva! En su profundidad vi que se contiene ligado con vínculos de amor en un volumen, todo cuanto hay esparcido por el universo: substancias, accidentes y sus cualidades, unido todo de tal manera, que cuanto digo no es más que una pálida luz. Creo que vi la forma universal de este nudo, por que, recordando estas cosas, me siento poseído de mayor alegría. Un solo punto me causa mayor olvido, que el que han causado veinticinco siglos transcurridos desde la empresa que hizo a Neptuno admirarse de la sombra de Argos.¹²⁴ Así es que mi mente en suspenso miraba fija, inmóvil y atenta, y continuaba mirando con ardor creciente. El efecto de esta luz es tal, que no es posible consentir jamás en separarse de ella para contemplar otra cosa; porque el bien, que es objeto de la voluntad, se encierra todo en ella, y fuera de ella es defectuoso lo que allí perfecto. Desde este punto, a causa de lo poco que recuerdo, mis palabras se-

rán más breves que las de un niño cuya lengua se baña todavía en la leche materna. No porque hubiese más de un simple aspecto en la viva luz que yo miraba, pues siempre es tal como antes era, sino porque mi vista se avaloraba contemplándola, su apariencia única se me representaba en otra forma según iba alternándose mi aptitud visiva. En la profunda y clara subsistencia¹²⁵ de la alta luz se me aparecieron tres círculos de tres colores y de una sola dimensión:¹²⁶ el uno parecía reflejado por otro como Iris por Iris, y el tercero parecía un fuego procedente de ambos por igual.¹²⁷ ¡Ah!, ¡cuán escasa y débil es la lengua para decir mi concepto! Y éste lo es tanto, comparado a lo que ví, que la palabra "poco" no basta para expresar su pequeñez.

¡Oh Luz eterna, que en ti solamente resides, que sola te comprendes, y que siendo por ti a la vez inteligente y entendida, te amas y te complaces en ti misma!¹²⁸ Aquél de tus círculos, que parecía proceder de ti como el rayo reflejado procede del rayo directo, cuando mis ojos lo contemplaron en torno, parecióme que dentro de sí con su propio color representaba nuestra efigie,¹²⁹ por lo cual mi vista estaba fija atentamente en él. Como el geómetra que se dedica con todo empeño a medir el círculo,¹³⁰ y por más que piensa no encuentra el principio que necesita,¹³¹ lo mismo estaba yo ante aquella nueva imagen. Yo quería ver cómo correspondía la efigie al círculo, y cómo a él estaba unida;¹³² pero no alcanzaban a tanto mis propias alas,¹³³ si no hubiera sido iluminada mi mente por un resplandor,¹³⁴ merced al cual fue satisfecho su deseo.

Aquí faltó la fuerza a mi elevada fantasía; pero ya eran movidos mi deseo y mi voluntad, como rueda cuyas partes giran todas igualmente, por el Amor que mueve el Sol y las demás estrellas.

NOTAS EXPLICATIVAS

1.- Cuando Dante tenía treinta y cinco años. "Nuestra vida se desarrolla a manera de arco, ascendiendo y descendiendo... Resulta difícil saber cuál es el punto más elevado de este arco, pero creo que en la mayoría de los casos está situado entre los treinta y los cuarenta años, y opino que en los que poseen una naturaleza perfecta reside en los treinta y cinco años." Así se expresa en el Convivio IV, 23, el propio Dante quien, nacido en 1265, cumplía su 35º aniversario en 1300, precisamente el año del célebre Jubileo ordenado por Bonifacio VIII, y al cual se refiere en el Canto XVIII del infierno.

2.- Aunque algunos han pensado que esta selva obscura simboliza la vida miserable de Dante, privado en el destierro hasta de lo más necesario, y otros los desórdenes morales y políticos de Italia en general y de Florencia en particular, pensamos que se refiere más bien a la propia vida equivocada y disoluta de su juventud. Sobre todo, teniendo en cuenta que el mismo poeta habla en el Convivio IV, 24 de "la selva de errores de esta vida" y en el Purgatorio XXXIII de la suya propia como de una vida pecadora.

3.- Era una creencia medieval que el mundo había creado en primavera, con el sol en Aries, el mismo día de la encarnación y de la muerte de Cristo.

4.- En tiempo de Julio César. Virgilio nació el 70 a. C., cuando César tenía 31 años. Fue asesinado el 44 a. C., cuando el poeta latino apenas tenía 26.

5.- Sabios llama Dante a los poetas dignos de particular consideración como Virgilio, Estacio, Homero, Horacio, Ovidio y Lucano. Y conviene advertir aquí que el vate mantuano disfrutaba en la Edad Media, por obra, sobre todo, de su IV Egloga y del Canto VI de la Eneida, de no menor fama como profeta y adivino que como poeta. Tal vez haya sido esa una de las principales razones por las que Dante le escogiera para gufa en el otro mundo.

6.- El mastín- y no lebrél, como suele traducirse de ordinario la palabra Veltro- simbolizaría a un importante personaje del siglo XIV, de quien Dante esperaba la salvación de Italia: Con Grande della Scala, Castruccio Castracani, Enrique de Luxemburgo..., sobre todo si se quiere ver en la loba el símbolo de la sociedad corrompida de su tiempo. Que si no se reconoce en ella más que la alegoría moral de la incontinencia, no tenía por qué pensar el poeta en el emperador ni en ningún otro caudillo, sino simple y sencillamente en Jesucristo, como Redentor de la humanidad pecadora.

7.- Camila, hija de Metabo, rey de los volscos, murió combatiendo contra los troyanos de Eneas; Turno, rey de los rútuos fue muerto por Eneas; Euríalo y Niso, dos jóvenes troyanos que cayeron en combate ante los volscos. Son héroes de los últimos cantos de la Eneida.

8.- Beatriz.

9.- En la Eneida VI, 236 ss. cuenta Virgilio cómo Eneas, padre de Silvio, bajó, vivo todavía, con la Sibila a visitar el Infierno y allí obtuvo de su padre Anquises la revelación de la futura grandeza romana.

10.- Así es llamado el apóstol San Pablo, (Hechos de los Apóstoles, IX, 15), que, como él mismo atestigua (II Corintios. XII, 2), fue arrebatado hasta el tercer cielo.

11.- Beatriz, a quien Dante había ya cantado en su Vita Nova. Ella acompañará al poeta en el Paraíso, como Virgilio lo va a hacer en el Infierno y en el Purgatorio. Si éste simboliza en la Divina Comedia a la recta Razón humana, libre de las pasiones y de los atractivos del mal, Beatriz es figura de la Verdad sobrenatural, revelada por el Espíritu Santo, de la Teología.

12.- La Virgen María, cuya intervención en favor de Dante simboliza la misericordia divina. Nótese que Dante no menciona los nombres de Cristo y de la Virgen en todo el infierno, como si temiese profanarlos.

13.- La Virgen y mártir de Siracusa, que es invocada a causa de su nombre, en las enfermedades de los ojos. Simboliza aquí a la gracia iluminante. Dante confiesa tenerle particular devoción y más tarde le ayudará ella a entrar en el Purgatorio y en el Paraíso.

14.- La segunda mujer del patriarca Jacob, símbolo de la vida contemplativa.

15.- La mayor parte de los comentaristas creen que se refiere al papa Celestino V, quien, trasladado de su humilde retiro eremítico a la silla de San Pedro, renunció al sumo pontificado a los seis meses de su elección, el 13 de diciembre de 1294, debido, según creían muchos de sus contemporáneos, Dante entre ellos, a las intrigas del -- que había de ser su sucesor con el nombre de Bonifacio VIII. Ni se opone a esta interpretación, que hace aparecer a un papa como primer condenado en la Divina Comedia, el hecho de que Celestino fuera canonizado en 1313, porque probablemente el decreto jamás llegó a conocimiento del poeta.

16.- El Aqueronte, río que, según la creencia de la antigüedad clásica, tenían que atravesar las almas camino del infierno.

17.- Caronte o Carón, hijo del Erebo y de la Noche, barquero del Infierno, como Catón lo será del Purgatorio.

18.- Alude Carón al camino y a la barca que lleva las almas al Purgatorio.

19.- Cristo, cuyo nombre, por reverencia, jamás pronuncia Dante en el infierno.

20.- Israel o Jacob y su padre Isaac. Para poder obtener a Raquel por esposa, tuvo Jacob que servir al padre de -- aquélla durante siete años y después durante otros siete.

21.- Debe ser la voz de Homero, que viene precediendo a los otros tres como señor y que aquí mismo es proclamado "príncipe del sublime canto" o sea, del canto épico.

22.-Saladino, sultán de Egipto y de Siria (1137-1193) fue -- muy celebrado aun entre los cristianos por sus altas virtudes guerreras y civiles. En el Convivio IV, II, lo enumera entre los príncipes más liberales.

23.-Aristóteles, el gran maestro de la filosofía escolástica.

24.-Minos, mítico hijo de Júpiter y de Europa, justo rey y legislador de Creta, era uno de los tres jueces del Infierno.

25.-Dido, reina de Cartago, que habiendo prometido permanecer fiel a su marido Siqueo aun después de su muerte, se enamoró de Eneas y abandonada por éste se suicidó.

26.- Tristán, el héroe de la novela medieval francesa, enamorado de Isolda.

27.-Francisca de Rímini y Pablo Malatesta.

28.-En Ravena.

29.- La Caína es la primera y más externa de las cuatro regiones del último círculo del Infierno, el Cocito. Es el lugar -- destinado a los condenados que traicionaron a sus propios parientes. Paola y Francesca fueron muertos por su hermano y esposo. Gianciotto.

30.-Héroe de los poemas de la Tabla Redonda, que cuentan sus amores con Ginebra, la esposa del rey Artús de Bretaña.

31.- En el poema, Galeoto pide a Ginebra que bese a Lancelote, que se mostraba demasiado tímido en su presencia.

- 32.- "Los estandartes del rey de los Infiernos avanzan."-Imitación del primer verso del himno que entona la Iglesia ante el estandarte de la Cruz, y que aquí aplica irónicamente - Virgilio hablando de Lucifer.
- 33.- Evidentemente, con esta triplicidad en la unidad, Lucifer es contrapuesto a Dios uno y trino. Pero para algunos los tres rostros simbolizan Ignominia, Odio e Impotencia; para otros Avaricia, Envidia e Ignorancia, o Ira, Avaricia, Envidia. Alguno ha pensado hasta en las tres partes del mundo entonces conocido, o en Roma, Florencia y Francia (!). Si ese Lucifer de las tres caras es la antítesis de la Trinidad divina, siendo ésta Poder, Sabiduría y Amor, los tres rostros figurarán lo contrario: Impotencia, Ignorancia y Odio.
- 34.- Al lado de Judas, que traicionó a Jesús, coloca Dante a los asesinos de César, fundador del Imperio romano. Es que para el florentino (Monarchia III, 16) los emperadores romanos son los vicarios temporales de Dios y, como tales, tan necesarios como los vicarios espirituales de Cristo para el bien de la sociedad humana.
- 35.- La Judea o Judesca, última región del Cocito.
- 36.- Sería propiamente la de la poesía épica; aquí es invocada como la mayor de ellas, tal como la describe Ovidio, Metamorfosis V. 662.
- 37.- Las nueve hijas de Piero, rey de Tesalia en Macedonia, que habiendo desafiado a las Musas, fueron vencidas y transformadas en urracas. Las mismas Musas son llamadas Piérides.
- 38.- La estrella de Venus, que por entonces se encontraba en el signo de Piscis.
- 39.- La Cruz del Sur, que Dante podía conocer por los relatos de navegantes.

- 40.- Catón el joven, que se mató en Utica por no caer en manos de César. También Virgilio le coloca en el Eliseo como el gislador de las almas piadosas.
- 41.- Simbolizan las cuatro virtudes cardinales.
- 42.- La mujer de Catón.
- 43.- "Cuando Israel salió de Egipto", es el comienzo del salmo 114, que se canta en los enterramientos. Simboliza al alma que sale del pecador.
- 44.- Músico y cantor florentino que compuso música para algunas canciones de Dante.
- 45.- Desde Navidad de 1299, en que había comenzado el Jubileo.
- 46.- Así como las almas de los condenados se reunían a orillas del Aqueronte, las de los que van al Purgatorio lo hacen en la desembocadura del Tíber, donde las esperan los ángeles. Símbolo del gremio de la Iglesia, dentro del cual únicamente se puede salvar el hombre.
- 47.- Así comienza la canción de Dante, comentada en el tratado III del Convivio, para demostrar que la "donna gentile" en ella celebrada es la Filosofía. Parece que Casella le había puesto música.
- 48.- El cadáver de Virgilio fue trasladado de Brindis a Nápoles, por voluntad de Augusto.
- 49.- Según Aristóteles la demostración es de dos clases: una llamada propter quod, que es cuando los efectos se deducen de las causas, y otra llamada quia, y es cuando las causas se deducen de los efectos por lo cual este período debe interpretarse del modo siguiente: Contentaos, ¡oh humanos!, con

Las demostraciones que se pueden deducir de los efectos, por los cuales se viene en conocimiento de sus causas, y no pretendáis conocer más de lo que los hechos os demuestran: que en las cosas que son superiores a la inteligencia humana y a la fuerza de la razón, se ejercita la fe.

- 50.- La ribera ligur, que se extiende entre esos dos lugares.
- 51.- Hijo del emperador Federico II, que tuvo por madre a Constanza, esposa de Enrique VI. Fue derrotado y muerto en Benevento por el ejército de Carlos de Anjou en 1266.
- 52.- Constanza, esposa de Pedro III de Aragón, de quien nacieron Jaime, que sucedió a su padre en Aragón y Federico, que fue rey de Sicilia.
- 53.- El obispo Bartolomé Pignatelli, de quien se contaba que había hecho desenterrar, por orden de Clemente IV, los restos de -- Manfredo que había muerto excomulgado, y los había arrojado fuera del reino de Nápoles.
- 54.- Los maniqueos y varios filósofos contemporáneos del poeta, -- que admitían la existencia de dos almas en cada hombre: la vegetativa y la intelectual.
- 55.- Quiere decir: Si el sol no estuviese, como está ahora, en -- Aries, sino en Géminis, situado más al norte, tú, Dante, verías la parte del Zodíaco que aparece enrojecida porque es -- aquélla en la que está el sol ahora, moverse y girar todavía más al norte.
- 56.- Un florentino, fabricante de instrumentos musicales, con quien debía tener Dante gran familiaridad.
- 57.- El Salmó L, uno de los siete penitenciales que comienza con -- esa palabra.
- 58.- La Marca de Ancona, gobernada por Carlos de Anjou.

- 59.- Habla aquí Jacobo del Cassero, de Fano, que por haber infamado el nombre de Azzo III de Este, marqués de Ferrara, fue asaltado y muerto por los sicarios de éste, en 1298, -- cuando se dirigía a Milán para ser podestá.
- 60.- Padua, fundada por Antenor.
- 61.- Buonconte de Montefeltro, hijo de Guido, a quien Dante encontró en el Canto XXVII del Infierno, entre los que aconsejaron el fraude. Fue capitán de los gibelinos de Arezzo en la batalla de Campaldino, 1289, en la que perdió la -- vida. Juana era su mujer.
- 62.- Pía de Tolomei, natural de Siena, casó con Nello o Paganello Pannocchieschi, señor del castillo della Pietra, en la Marisma Toscana, el cual, creyéndola infiel, le dio muerte en 1295, mandando, según refiere algún comentarista, arrojarla por una ventana.
- 63.- Siempre Matilde.
- 64.- La "gran luz" es la del Sol. La que "irradia detrás de los celestes Peces" es la de Aries, bajo cuya constelación empieza la primavera.
- 65.- Para dormir a Argos, que cuidaba a Io, no encontró Mercurio recurso mejor que el de contarle los amores de Pan y Si -- ringa.
- 66.- Son los apóstoles que Jesucristo llevó consigo cuando la -- Transfiguración. Toda la comparación resulta un tanto enrevesada.
- 67.- Beatriz, que representa la autoridad espiritual de la Iglesia, está sentada sobre las raíces del árbol del Imperio, -- es decir, en Roma.

- 68.- Las siete virtudes, teniendo en sus manos los siete candelabros.
- 69.- Los treinta y un ancianos y los cuatro animales.
- 70.- La Roma celestial, el Paraíso.
- 71.- El águila, símbolo de las persecuciones que dañaron más al Imperio romano que a la joven Iglesia.
- 72.- La zorra figura a la herejía, cuyos ataques fueron confutados por los Padres de la Iglesia. Más particularmente a la herejía de Arrio.
- 73.- Aquí el águila es figura del emperador y más precisamente de Constantino, que donó lo que debía ser suyo (las plumas): -- sus territorios y su autoridad política.
- 74.- Representa la obra de Satanás, que priva a la Iglesia del espíritu de pobreza y de humildad. Otros piensan en Mahoma o en el cisma de oriente.
- 75.- Constantino estaba animado de buenas intenciones cuando hizo su donación a la Iglesia, pero los resultados fueron funestos.
- 76.- El carro de la Iglesia toma así la figura de la Bestia del Apocalipsis XVII, 1-18. Las siete cabezas son los siete pecados capitales: los tres primeros-Soberbia, Envidia, Ira-llevan dos cuernos porque ofenden a Dios y al prójimo, mientras que los otros cuatro están dirigidos contra Dios solamente.
- 77.- Figura de la Curia Romana en aquellos tiempos. El gigante sería Felipe el Hermoso-alto, como todos los Capetos-. El simbolismo restante requeriría una minuciosa y no siempre satisfactoria explicación.

- 78.- Alude al traslado de la sede pontificia de Roma a Aviñón, en 1305.
- 79.- El monte Parnaso tenía dos cimas: Nisa y Cirra: una consagrada a las Musas y otra a Apolo. Dante las toma aquí como símbolos de la ciencia humana y de la divina.
- 80.- Marsias, sátiro de frigia, desafió a Apolo en el arte de tocar la flauta, y el dios, después de vencerle, le desolló.
- 81.- El follaje del laurel (llamado penéico porque Dafnis, convertida en laurel por escapar al amor de Apolo, era hija del río Peneo) debería, cuando alguno lo desea y lo procura, alegrar a los dios de Delfos. Apolo, ya alegre por naturaleza.
- 82.- Glauco, pescador de Beocia, que se convirtió en dios marino después de comer cierta yerba.
- 83.- El instinto natural de la felicidad.
- 84.- La Sabiduría; más particularmente, la ciencia divina o Teología.
- 85.- Los Argonautas que siguiendo a Jasón en su empresa de conquistar el vellocino de oro, le vieron arar el campo con dos toros que respiraban fuego.
- 86.- La luna, a la que denominará enseguida "margarita" ®
- 87.- Cómo un cuerpo (la luna), puede, conservando sus dimensiones, ser penetrado por otro cuerpo. (el mío).
- 88.- El misterio de la Encarnación divina.
- 89.- Las manchas de la Luna, que, según el vulgo, eran Cain con un haz de leña.

- 90.-El Empíreo, dentro del cual se mueve el Primer Móvil, que influye en todo lo que en él se contiene, esto es, en los cielos inferiores.
- 91.-El Cielo cristalino o de las estrellas fijas.
- 92.-Los siete cielos inferiores; los de los planetas.
- 93.-Los ángeles encargados del gobierno de cada uno de los orbes.
- 94.-La mente angélica.
- 95.-Cuerpo celeste, estrella; precioso porque es incorruptible.
- 96.-De Dios, que es felicidad por esencia.
- 97.-Beátriz.
- 98.-Alude a la fábula de Narciso, que se enamoró de sí mismo, -- creyendo que era una persona real su imagen reflejada en el agua.
- 99.-Es en el cielo de la Luna donde Dante percibirá todavía y por última vez apariencia humana, aunque tenue y pálida, a las almas de los bienaventurados. En los cielos superiores ya no verá más que llamas.
- 100.-Seres reales aparecen aquí, aunque tengan su sede en el Empíreo, como todos los bienaventurados. El por qué lo sabremos más adelante (Paraíso IV, 28 ss). Dante coloca en la Luna aquellas almas que no tuvieron constancia, porque de la Luna proviene, según la astrología, la mutabilidad que el hombre experimenta en sus deseos.
- 101.-La caridad de Dios, a quien todos los bienaventurados deben asemejarse.
- 102.-Hija de Simón y hermana de Forese y de Corso Donati, de quien ha hablado ya en el Canto XXIV del Purgatorio. Monja en el --

- Convento de Santa Clara de Monticelli, su hermano Corso, que había prometido su mano al caballero florentino Rossellino de la Tosa, la sacó del claustro no obstante la oposición de Piccarda, de la abadesa y de todas las religiosas.
- 103.- Santa Clara de Asís, a cuya orden pertenecía Piccarda.
- 104.- Quiere la tradición que Piccarda enfermase, por especial favor de Dios, poco después de su matrimonio y que falleciese muy pronto.
- 105.- Dante sigue la leyenda de que Constanza, 1154-1198, hija póstuma de Roger I, último rey normando de Nápoles, fue sacada de un convento de la ciudad de Palermo por voluntad del arzobispo de aquella ciudad y casada con Enrique VI de Suabia, con el que tuvo a Federico II, último emperador de aquella casa.
- 106.-Interpretando el sueño del rey de Babilonia que, encolerizado, quería dar muerte a sus sabios porque no habían sabido descifrarlo.
- 107.-Opina Platón en el Timeo que las almas preexistían ya en las estrellas antes de encarnarse en los cuerpos, y que retornan a ellas después de la muerte.
- 108.-La teoría de Platón, porque se opone a la doctrina cristiana de la creación de las almas.
- 109.-El Bautista ó el Evangelista.
- 110.-El arcángel Rafael, que devolvió la vista al anciano Tobías.
- 111.-San Lorenzo mártir, diácono de Roma, sufrió el martirio en tiempo de Valeriano (258). Demandado por el prefecto de la ciudad para que le enseñase el tesoro de la Iglesia, Lorenzo le mostró a los pobres y desvalidos diciendo que ellos --

eran su tesoro. Después de ser golpeado y azotado fue colocado sobre una ardiente parrilla, desde la que burionamente pedía al verdugo que le diese la vuelta para que la otra -- parte de su cuerpo fuese igualmente tostada.

112.-C. Mucio Cordo Scévola, el joven romano que metió al fuego aquella mano que había errado el golpe cuando trató de matar a Porsenna.

113.-A su regreso de la expedición contra Tebas, dio muerte a la madre Erifile por obedecer a su padre Amfiarao. cfr. Purgatorio XII, 49 ss.

114.-La voluntad relativa, que no conciente absolutamente al -- mal, sino sólo en parte, para evitar un mal que cree mayor.

115.-Que nadie cambie a su arbitrio la materia del voto, sino sólo con la autorización del sacerdote. La autoridad sacerdotal está expresada aquí con la vuelta de las dos llaves, una de plata y otra de oro, que ya habíamos encontrado en Purgatorio IX.

116.-Juez de Israel que prometió alocadamente a Dios sacrificarle, si regresaba vencedor, el primer ser de su casa que le saliese al encuentro: fue precisamente su hija.

117.-Agamenón.

118.-El segundo de los cielos de la cosmografía de Ptolomeo es el de Mercurio.

119.-Mercurio se oculta la mayor parte del tiempo a nuestra vista por su proximidad al Sol.

120.-Este primer verso descubre la privilegiada condición de María: virgen y Madre al mismo tiempo, hija de Dios y madre -- suya.

121.-Un decreto eterno de Dios había determinado que el género humano sería redimido por el Verbo encarnado en María.

122.-El Hacedor de la humana naturaleza es el Verbo, según San Juan I, 3: per ipsum (Verbum) omnia facta sunt; y ese Verbo no se desdeñó de convertirse en obra de la humana naturaleza cuando se hizo carne en el seno de la Virgen.

123.-Los ojos de la Virgen María.

124.-El haber perdido aquella visión, aunque no durase más que un instante, produce en mí un olvido mayor que el que un espacio de veinticinco siglos lo ha producido en la empresa de los Argonautas. El dios del mar, Neptuno, se llenó de estupor cuando vio la sombra de Argos. la primera que se proyectaba en la superficie del mar.

125.-Llámase subsistencia, en la terminología escolástica, aquello que existe por sí mismo y no en otra cosa, es decir, el propio Dios.

126.-Las tres personas de la Santísima Trinidad.

127.-El arco-iris está siempre acompañado de un segundo arco concéntrico y semejante al primero. El primer círculo es el Padre, el segundo, El Hijo, y el tercero, un fuego procedente igualmente del Padre y del Hijo, es el Espíritu Santo.

128.-Tenemos en estos tres versos una perífrasis, una especie de definición de Dios uno y Trino.

129.-El segundo de los círculos antedichos reflejaba misteriosamente la imagen humana de Cristo.

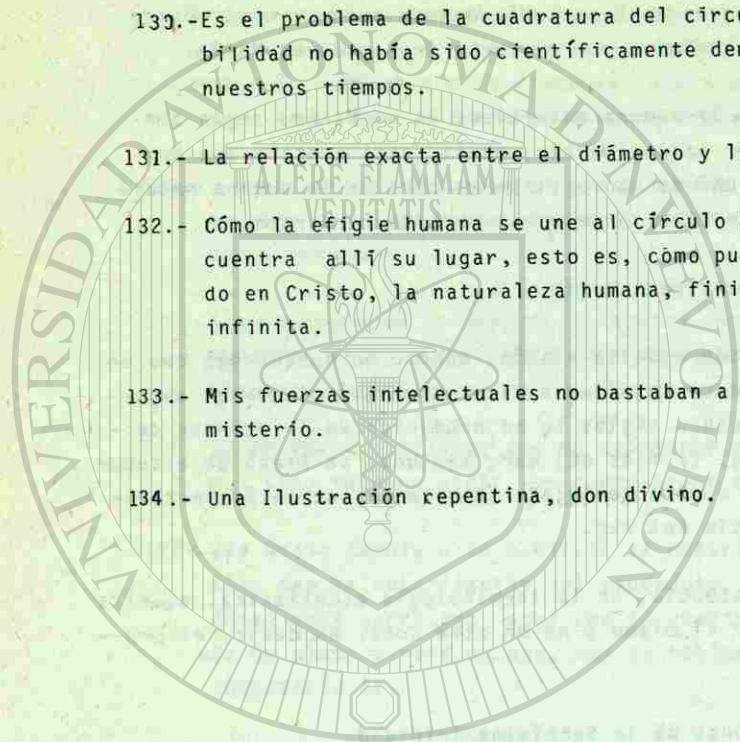
130.-Es el problema de la cuadratura del círculo, cuya insolubilidad no había sido científicamente demostrada hasta -- nuestros tiempos.

131.- La relación exacta entre el diámetro y la circunferencia.

132.- Cómo la efigie humana se une al círculo y qué manera encuentra allí su lugar, esto es, cómo pueden formar un todo en Cristo, la naturaleza humana, finita, y la divina, infinita.

133.- Mis fuerzas intelectuales no bastaban a comprender tal -- misterio.

134.- Una Ilustración repentina, don divino.



JUANIL

R O M E O Y J U L I E T A

WILLIAM SHAKESPEARE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



130.-Es el problema de la cuadratura del círculo, cuya insolubilidad no había sido científicamente demostrada hasta -- nuestros tiempos.

131.- La relación exacta entre el diámetro y la circunferencia.

132.- Cómo la efigie humana se une al círculo y qué manera encuentra allí su lugar, esto es, cómo pueden formar un todo en Cristo, la naturaleza humana, finita, y la divina, infinita.

133.- Mis fuerzas intelectuales no bastaban a comprender tal -- misterio.

134.- Una Ilustración repentina, don divino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

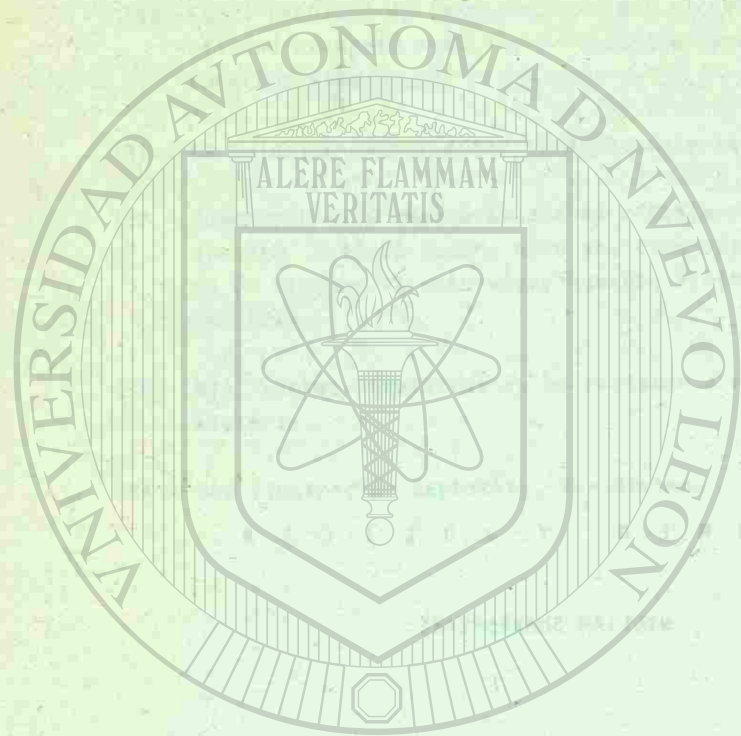
R O M E O Y J U L I E T A

WILLIAM SHAKESPEARE



PERSONAJES

ESCALA, Príncipe de Verona.
 PARIS, pariente del Príncipe.
 MONTESCO.
 CAPULETO.
 Un viejo de la familia Capuleto.
 ROMEO, hijo de Montesco.
 MERCUTIO, amigo de Romeo.
 BENVOLIO, sobrino de Montesco.
 TEOBALDO, sobrino de Capuleto.
 FR. LORENZO, FR. JUAN, de la Orden de San Francisco.
 BALTASAR, criado de Romeo.
 SANSON, Gregorio, criados de Capuleto.
 PEDRO, criado del ama de Julieta.
 ABRAHAM, criado de Montesco.
 Un boticario.
 Tres músicos.
 Dos pajes de Paris.
 Un Oficial.
 La señora de Montesco.
 La señora de Capuleto.
 JULIETA, hija de Capuleto.
 El ama de Julieta.

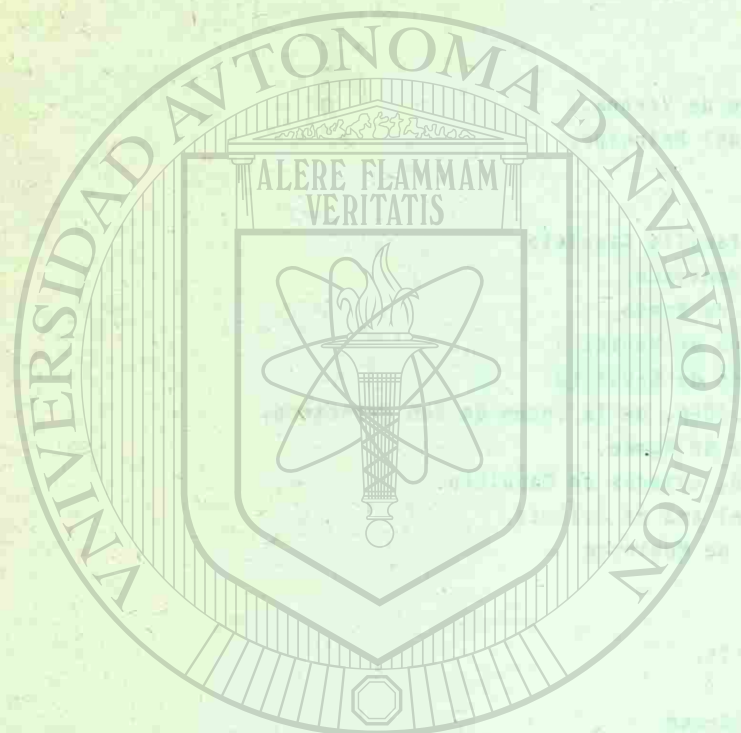


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CIUDADANOS DE VERONA, ALGUACILES, GUARDIAS, ENMASCARADOS, etc., CORO

La escena pasa en Verona y en Mantua. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



P R O L O G O

CORO.- En la hermosa Verona, donde acaecieron estos amores, dos familias rivales igualmente nobles habían derramado, por sus odios mutuos, mucha inculpada sangre. Sus inocentes hijos pagaron la pena de estos rencores, que trajeron su muerte y el fin de su triste amor. Sólo dos horas va a durar en la escena este odio secular de razas. Atended al triste enredo, y - suplicaréis con vuestra atención lo que falte a la tragedia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Una plaza de Verona

(Sansón y Gregorio con espadas y broqueles)

Sansón.- A fe mía, Gregorio, que no hay por qué bajar la cabeza.

Gregorio.- Eso sería convertirnos en bestias de carga.

Sansón.- Quería decirte que, si nos hostigan, debemos responder.

Gregorio.- Sí: soltar la albarda.

Sansón.- Yo, si me pican, fácilmente salto.

Gregorio.- Pero no es fácil picarte para que saltes.

Sansón.- Basta cualquier gozquejo de casa de los Montescos para hacerme saltar.

Gregorio.- Quien salta, se va. El verdadero valor está en quedarse firme en su puesto. Eso que llamas saltar es huir.

Sansón.- Los perros de esa casa me hacen saltar primero y me parran después. Cuando topo de manos a boca con hembra o -- varón de casa de los Montescos, pongo pies en pared.

Gregorio.- ¡Necedad insigne! Si pones pies en pared, te caerás -- de espaldas.

Sansón.- Cierto, y es condición propia de los débiles. Los Montescos al medio de la calle, y sus mozas a la acera.

Gregorio.- Esa discordia es de nuestros amos. Los criados no tenemos que intervenir en ella.

Sansón.- Lo mismo da. Seré un tirano. Acabaré primero con los hombres y luego con las mujeres.

Gregorio.- ¿Qué quieres decir?

Sansón.- Lo que tú quieras. Sabes que no soy rana.

Gregorio.- No eres ni pescado ni carne. Sacá tu espada, que aquí vienen dos criados de casa Montesco.

Sansón.- Ya está fuera la espada: entra tú en lid y yo te defenderé.

Gregorio.- ¿Por qué huyes, volviendo las espaldas?

Sansón.- Por no asustarte.

Gregorio.- ¿Tú asustarme a mí?

Sansón.- Procedamos legalmente. Déjalos empezar a ellos.

Gregorio.- Les haré una mueca al pasar, y veremos cómo lo toman.

Sansón.- Veremos si se atreven. Yo me chuparé el dedo, y buena -- vergüenza será la suya si lo toleran.

(Abraham y Baltasar.)

Abraham.- Hidalgo, ¿os estáis chupando el dedo porque nosotros pasamos?

Sansón.- Hidalgo, es verdad que me chupo el dedo.

Abraham.- Hidalgo, ¿os chupáis el dedo porque nosotros pasamos?

Sansón (a Gregorio).- ¿Estamos dentro de la ley, diciendo que sí?

Gregorio (A Sansón).- No por cierto.

Sansón.- Hidalgo, no me chupaba el dedo porque vosotros pasabais, pero la verdad es que me lo chupo.

Gregorio.- ¿Queréis armar cuestión, hidalgo?

Abraham.- Ni por pienso, señor mío.

Sansón.- Si queréis armarla, aquí estoy a vuestras órdenes. Mi amo es - tan bueno como el vuestro.

Abraham.- Pero mejor, imposible.

Sansón.- Está bien, hidalgo.

Gregorio (A Sansón).- Dile que el nuestro es mejor, porque aquí se acerca un pariente de mi amo.

Sansón.- Es mejor el nuestro, hidalgo.

Abraham.- Mentira.

Sansón.- Si sois hombre, sacad vuestro acero. Gregorio: acuérdate de tu sabia estocada. (Pelean.) (Llegan Benvolio y Teobaldo.)

Benvolio.- Envainad, majaderos. Estáis peleando sin saber por qué.

Teobaldo.- ¿Por qué desnudáis los aceros? Benvolio, ¿quieres ver tu --- muerte?

Benvolio.- Los estoy poniendo en paz. Envaina tú, y no busques quimeras.

Teobaldo.- ¡Hablarle de paz cuando tengo el acero en la mano! Más odiosa me es tal palabra que el infierno mismo, más que Montesco, -- más que tú. Ven, cobarde. (Reúne gente de uno y otro bando. Trábase la riña.)

CIUDADANOS.- Venid con palos, con picas, con hachas. ¡Mueran Capuletos y Montescos! (Entran Capuleto y la señora de Capuleto.)

CAPULETO.- ¿Qué voces son ésas? Dadme mi espada.

SEÑORA.- ¿Qué espada? Lo que te conviene es una muleta.

CAPULETO.- Mi espada, mi espada, que Montesco viene blandiendo contra -- mí la suya tan vieja como la mía. (Entran Montesco y su ---- mujer.)

MONTESCO.- ¡Capuleto infame, déjame pasar, aparta!

SEÑORA.- No te dejaré dar un paso más. (Entra el príncipe con su séqui-- to.)

PRINCIPE.- ¡Rebeldes, enemigos de la paz, derramadores de sangre huma-- na! ¿No queréis oír? Humanas fieras que apagáis en la fuente sangrienta de vuestras venas el ardor de vuestras iras, arrojad en seguida a tierra las armas fratricidas y escuchad mi -- sentencia. Tres veces, por vanas quimeras y fútiles motivos, habéis ensangrentado las calles de Verona, haciendo a sus ha-

bitantes, aun los más graves e ilustres, empuñar las enmohecidas alabardas, y cargar con el hierro sus manos envejecidas por la paz. Si volvéis a turbar el sosiego de nuestra ciudad, me responderéis con -- vuestras cabezas. Basta por ahora; retiraos todos. Tú, Capuleto, -- vendrás conmigo. Tú, Montesco, irás a buscarme dentro de poco a la -- Audiencia, donde te hablaré más largamente. Pena de muerte a quien -- permanezca aquí. (Vase.)

MONTESCO.- ¿Quién ha vuelto a comenzar la antigua discordia? ¿Estabas tú cuando principié, sobrino mío?

BENVOLIO.- Los criados de tu enemigo estaban ya lidiando con los nues-- tros cuando llegué, y fueron inútiles mis esfuerzos para separarlos. Teobaldo se arrojó sobre mí, blandiendo el hierro que azotaba el aire despreciador de sus furiosos. Al ruido de las estocadas acorre gente -- de una parte y otra, hasta que el Príncipe separó a unos y otros.

SEÑORA DE MONTESCO.- ¿Y has visto a Romeo? ¡Cuánto me alegro de que no se hallara presente!

BENVOLIO.- Sólo faltaba una hora para que el sol amaneciese por las -- doradas puertas del Oriente, cuando salí a pasear, sólo con mis cuida-- dos, al bosque de sicomoros que crece al poniente de la ciudad. Allí estaba tu hijo. Apenas le vi me dirigí a él, pero se internó en lo -- más profundo del bosque. Y como yo sé que en ciertos casos la compa-- ñía estorba, seguí mi camino y mis cavilaciones, huyendo de él con -- tanto gusto como él de mí.

SEÑORA DE MONTESCO.- Dicen que va allí con frecuencia a juntar su --- llanto con el rocío de la mañana y contar a las nubes sus querellas, y apenas el sol, alegría del mundo, descorre los sombríos pabellones del tálamo de la aurora, huye Romeo de la luz y torna a casa, se en-- cierra sombrío en su cámara, y para esquivar la luz del día, crea ar-- tificialmente una noche. Mucho me apena su estado, y sería un dolor que su razón no llegase a dominar sus caprichos.

BENVOLIO.- ¿Sospecháis la causa, tío?

MONTESCO.- No la sé ni puedo indagarla.

BENVOLIO.- ¿No has podido arrancarle ninguna explicación?

MONTESCO.- Ni yo, ni nadie. No sé si pienso bien o mal; pero él es -- el único consejero de sí mismo. Guarda con avaricia su secreto y se consume en él, como el gusano herido por el gusano antes de desarro-- llarse y encantar al sol con su hermosura. Cuando yo sepa la causa -- de su mal, procuraré poner remedio.

BENVOLIO.- Aquí está. O me engaña el cariño que le tengo, o voy a -- saber pronto la causa de su mal.

MONTESCO.- ¡Oh, si pudieses con habilidad descubrir el secreto! Ven, esposa. (Entra Romeo.)

BENVOLIO.- Muy madrugador estás.

ROMEO.- ¿Tan joven está el día?

BENVOLIO.- Aún no han dado las nueve.

ROMEO.- ¡Tristes horas, cuán lentamente camináis! ¿No era mi padre quien salía ahora de aquí?

BENVOLIO.- Sí por cierto. Pero ¿qué dolores son los que alargan --- tanto las horas de Romeo?

ROMEO.- El carecer de lo que las haría cortas.

BENVOLIO.- ¿Cuestión de amores?

ROMEO.- Desvíos.

BENVOLIO.- ¿De amores?

ROMEO.- Mi alma padece el implacable rigor de sus desdenes.

BENVOLIO.- ¿Por qué el amor que nace de tan débiles principios, impera luego con tanta tiranía?

ROMEO.- ¿Por qué, si pintan ciego al amor, sabe elegir tan extrañas sendas a su albedrío? ¿Dónde vamos a comer hoy? ¡Válgame -- Dios! Cuéntame lo que ha pasado. Pero no, ya lo sé. Hemos encontrado el amor junto al odio; amor discorde, odio amante; rara confusión de la naturaleza, caos sin forma, materia grave a la vez que ligera, fuerte y débil, humo y plomo, fuego helado, salud que fallece, sueño que vela, esencia incógnita. No puedo acostumbrarme a tal amor. ¿Te ríes? ¡Vive Dios!...

BENVOLIO.- No, primo. No me río, antes lloro.

ROMEO.- ¿De qué, alma generosa?

BENVOLIO.- De tu desesperación.

ROMEO.- Es prenda del amor. Se agrava el peso de mis penas sabiendo que tú también las sientes. Amor es fuego aventado por el aura de un suspiro; fuego que arde y centellea en los ojos del amante. O más bien es torrente desbordado que las lágrimas acrecen. ¿Qué más podré decir de él? Diré que es locura sabia, hiel que emponzoña, dulzura embriagadora. Quédate, adiós, primo.

BENVOLIO.- Quiero ir contigo. Me enojaré si me dejas así, y no te enojas.

ROMEO.- Calla, que el verdadero Romeo debe andar en otra parte.

BENVOLIO.- Dime el nombre de tu amada.

ROMEO.- ¿Quieres oír gemidos?

BENVOLIO.- ¡Gemidos! ¡D o n o s a idea! Dime formalmente quién es.

ROMEO.- ¿Dime formalmente?... ¡Oh, qué frase tan cruel! Decid que haga testamento al que está padeciendo horribilmente. Primo, estoy enamorado de una mujer.

BENVOLIO.- Hasta ahí ya lo comprendo.

ROMEO.- Has acertado. Estoy enamorado de una mujer hermosa.

BENVOLIO.- ¿Y será fácil dar en ese blanco tan hermoso?

ROMEO.- Vanos serían mis tiros, porque ella, tan casta como Diana la cazadora, burlará todas las pueriles flechas del rapaz alado. Su recato la sirve de armadura. Huye de las palabras de amor, -- evita el encuentro de otros ojos, no la rinde el oro. Es rica, -- porque es hermosa. Pobre, porque cuando muera, sólo quedarán despojados de su perfección soberana.

BENVOLIO.- ¿Está ligada a Dios por algún voto de castidad?

ROMEO.- No es ahorro el suyo, es desperdicio, porque esconde avaramente su belleza, y priva de ella al mundo. Es tan discreta y tan hermosa, que no debiera complacerse en mi tormento, pero aborrece el amor, y ese voto es la causa de mi muerte.

BENVOLIO.- Déjate de pensar en ella.

ROMEO.- Enséñame a dejar de pensar.

BENVOLIO.- Haste libre. Fíjate en otras.

ROMEO.- Así brillará más y más su hermosura. Con el negro antifaz resalta más la blancura de la tez. Nunca olvida el don de la vista quien una vez la perdió. La belleza de una dama medianamente bella, sólo sería un libro donde leer que era mayor la perfección de mi adorada. ¡Adiós! No sabes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO.- Me comprometo a destruir tu opinión.

Calle

(Capuleto, Paris y un criado)

CAPULETO.- La misma orden que a mí obliga a Montesco, y a nuestra edad no debía ser difícil vivir en paz.

PARIS.- Los dos sois iguales en nobleza y no debierais estar discordes. ¿Qué respondéis a mi petición?

CAPULETO.- Ya he respondido. Mi hija acaba de llegar al mundo. -- Aún no tiene más que catorce años, y no estará madura para el matrimonio, hasta que pasen lo menos dos veranos.

PARIS.- Otras hay más jóvenes y que son ya madres.

CAPULETO.- Los árboles demasiado tempranos no prosperan. Yo he -- confiado mis esperanzas a la tierra y ellas florecerán. -- De todas suertes, Paris, consulta tú su voluntad. Si ella consiente, yo consentiré también. No pienso oponerme a -- que elija con toda libertad entre los de su clase. Esta -- noche, según costumbre inmemorial, recibo en casa a mis -- amigos; uno de ellos, vos. Deseo que piséis esta noche el modesto umbral de mi casa, donde veréis brillar humanas -- estrellas. Vos, como joven lozano, que no holláis como yo las pisadas del invierno frío, disfrutaréis de todo. Allí oiréis un coro de hermosas doncellas. Oídlas, vedlas, y -- elegid entre todas la más perfecta. Quizá después de maduro examen, os parecerá mi hija una de tantas. Tú, (al -- criado) vete recorriendo las calles de Verona, y a todos aquéllos cuyos nombres verás escritos en este papel, invi talos para esta noche en mi casa. (Vanse Capuleto y Paris.)

CRIADO.- ¡Pues es fácil encontrarlos a todos! El zapatero está -- condenado a usar la vara, el sastre la horma, el pintor -- el pincel, el pescador las redes, y yo a buscar a todos -- aquéllos cuyos nombres están escritos aquí, sin saber qué nombres son los que aquí están escritos. Denme su favor -- los sabios. Vamos.

(Benvolio y Romeo)

BENVOLIO.- No digas eso. Un fuego apaga otro, un dolor mata otro dolor, a una pena antigua otra nueva. Un nuevo amor puede curarte del antiguo.

ROMEO.- Curarán las hojas del plátano.

BENVOLIO.- ¿Y qué curarán?

ROMEO.- Las desolladuras.

BENVOLIO.- ¿Estás loco?

ROMEO.- ¡Loco! Estoy atado de pies y manos como los locos, encerrado en cárcel asperísima, hambriento, azotado y atormentado. (Al criado.) Buenos días, hombre.

CRIADO.- Buenos días. ¿Sabéis leer, hidalgo?

ROMEO.- Ciertamente que sí.

CRIADO.- ¡Raro alarde! ¿Sabéis leer sin haberlo aprendido? ¿Sabéis leer lo que ahí dice?

ROMEO.- Si el concepto es claro y la letra también.

CRIADO.- ¿De verdad? Dios os guarde.

ROMEO.- Espera, que probaré a leerlo. "El señor Martín, y su mujer e hijas; el conde Anselmo y sus hermanas; la viuda de Viturbio; el señor Plasencio y sus sobrinas; Mercurio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto con su mujer e hijas; Rosalía mi sobrina, Livia, Valencio y su primo Teobaldo; Lucía y la hermosa Elena" ¡Lucida reunión! ¿Y dónde es la fiesta?

CRIADO.- Allí.

ROMEO.- ¿Dónde?

CRIADO.- En mi casa, a cenar.

ROMEO.- ¿En qué casa?

CRIADO.- En la de mi amo.

ROMEO.- Lo primero que debí preguntarte es su nombre.

CRIADO.- Os lo diré sin ambages. Se llama Capuleto y es generoso y rico. Si no sois Montesco, podéis ir a beber a la fiesta. Id, os lo ruego. (Vase.)

BENVOLIO.- Rosalía, a quien adoras, asistirá a esta fiesta con todas las bellezas de Verona. Allí podrás verla y compararla contra que yo te enseñaré, y el cisne te parecerá grajo.

ROMEO.- No permite tan indigna traición la santidad de mi amor. -- Ardan mis verdaderas lágrimas, ardan mis ojos (que antes se ahogaban) si tal herejía cometen. ¿Puede haber otra más hermosa -- que ella? No la ha visto desde la creación del mundo, el sol -- que lo ve todo.

BENVOLIO.- Tus ojos no ven más que lo que les halaga. Vas a pesar ahora en tu balanza a una mujer más bella que ésa, y verás cómo tu señora pierde de los quilates de su peso, cotejada con ella.

ROMEO.- Iré, pero no quiero ver tal cosa, sino gozarme en la contemplación de mi cielo.

ESCENA III

En casa de Capuleto

(La señora de Capuleto y el Ama)

SEÑORA.- Ama, ¿Dónde está mi hija?

AMA.- Sea en mi ayuda mi probada paciencia de doce años. Ya la llamé. Cordero, Mariposa. Válgame Dios. ¿Dónde estará esa niña? Julieta...

JULIETA.- ¿Quién me llama?

AMA.- Tu madre.

JULIETA.- Señora, aquí estoy. Dime qué sucede.

SEÑORA.- Sucede que... Ama, déjanos a solas un rato... Pero no, quédate. Deseo que oigas nuestra conversación. Mi hija está en una edad decisiva.

AMA.- Ya lo creo. No me acuerdo qué edad tiene exactamente.

SEÑORA.- Todavía no ha cumplido los catorce.

AMA.- Apostaría catorce dientes (¡Ay de mí, no tengo más que cuatro!) a que no son catorce. ¿Cuándo llega el día de los Angeles?

SEÑORA.- Dentro de dos semanas.

AMA.- Sean pares o nones, ese día, en anocheciendo, cumple Julieta -- años. ¡Válgame Dios! La misma edad tendrían ella y mi Susana. Bien, Susana ya está con Dios, no merecía yo tanta dicha. Pues como iba diciendo, cumplirá catorce años la tarde de los Angeles. ¡Vaya si los cumplirá! Me acuerdo bien. Hace once años, -- cuando el terremoto, la quitamos el pecho. Jamás confundo aquel día con ningún otro del año. Debajo del palomar, sentada al sol, unté mi pecho con acíbar. Vos y mi amo estabais en Mantua. ¡Me acuerdo tan bien! Pues como digo, la tonta de ella, apenas probó el pecho y lo halló tan amargo, ¡qué furiosa se puso contra mí! ¡Temblaba el palomar! Once años van de esto. Ya se tenía en pie, ya corría... tropezando a veces. Por cierto que el día antes se había hecho un chichón en la frente, y mi marido (¡Dios le tenga en gloria!) con qué gracia levantó a la niña y le dijo: "Vaya, ¿te has caído de frente? No caerás así cuando te entre el juicio. ¿Verdad, Julieta?" Sí, respondió la inocente limpiándose las lágrimas. El tiempo hace verdades las burlas. Mil años que viviera, me acordaría de esto. "¿No es verdad, Julieta?" y ella lloraba y decía que sí.

SEÑORA.- Basta ya. Cállate, por favor te lo pido.

AMA.- Me callaré, señora; pero no puedo menos de reirme, acordándome que dijo sí, y creo que tenía en la frente un chichón tamaño -- como un huevo, y lloraba que no había consuelo para ella.

JULIETA.- Cállate ya; te lo suplico.

AMA.- Bueno, me callaré. Dios te favorezca, porque eres la niña más -- hermosa que he criado nunca. ¡Qué grande sería mi placer en -- verla casada!

JULIETA.- Aún no he pensado en tanta honra.

AMA.- ¡Honra! Pues si no fuera por haberte criado yo a mis pechos, te diría que habías mamado leche de discreción y sabiduría.

SEÑORA.- Ya puedes pensar en casarte. Hay en Verona madres de familia menores que tú, y yo misma lo era cuando apenas tenía tu edad. En dos palabras, aspira a tu mano el gallardo Paris.

AMA.- ¡Niña mía! ¡Vaya un pretendiente! Si parece de cera.

SEÑORA.- No tiene flor más linda la primavera de Verona.

AMA.- ¡Eso, una flor! Sí que es flor, ciertamente.

SEÑORA.- Quiero saber si le amarás. Esta noche ha de venir. Verás -- escrito en su cara todo el amor que te profesa. Fíjate en su rostro y en la armonía de sus facciones. Sus ojos servirán de comentario a lo que haya de confuso en el libro de su persona. Este libro de amor, desencuadrado todavía, merece una espléndida cubierta. El mar se ha hecho para el pez. Toda belleza gana en contener otra belleza. Los áureos broches del libro esmaltan la áurea narración. Todo lo que él tenga, será tuyo. Nada perderás en ser su mujer.

AMA.- ¿Nada? Disparate será el pensarlo.

SEÑORA.- Di si podrás llegar a amar a Paris.

JULIETA.- Lo pensaré, si es que el ver predispone a amar. Pero el dardo de mis ojos sólo tendrá la fuerza que le preste la obediencia. (Entra un criado.)

CRIADO.- Los huéspedes se acercan. La cena está pronta. Os llaman. -- La señorita hace falta. En la cocina están diciendo mil pestes del ama. Todo está dispuesto. Os suplico que vengáis en seguida.

SEÑORA.- Vámonos tras ti, Julieta. El Conde nos espera.

AMA.- Niña, piensa bien lo que haces.

ESCENA IV

Calle

(ROMEO, MERCUTIO, BENVOLIO y máscaras con teas encendidas)

ROMEO.-¿Pronunciaremos el discurso que traíamos compuesto, o entraremos sin preliminares?

BENVOLIO.-Nada de rodeos. Para nada nos hace falta un Amorcillo de la tón con venda por pañuelo y con arco, espanta pájaros de doncellas. Para nada repetir con el apuntador, en voz medrosa, un prólogo inútil. Mídanos por el compás que quieran, y hagamos nosotros unas cuantas mudanzas de baile.

ROMEO.-Dadme una tea. No quiero bailar. El que está a oscuras necesita luz.

MERCUTIO.-Nada de eso, Romeo; tiene que bailar.

ROMEO.-No por cierto. Vosotros lleváis zapatos de baile, y yo estoy como tres en un zapato, sin poder moverme.

MERCUTIO.-Pídele sus alas al Amor, y con ellas te levantarás de la tierra.

ROMEO.-Sus flechas me han herido de tal modo, que ni siquiera sus plumas bastan para levantarme. Me ha atado de tal suerte, que no puedo pasar la raya de mis dolores. La pesadumbre me ahoga.

MERCUTIO.-No has debido cargar con tanto peso al amor, que es muy delicado.

ROMEO.-¡Delicado el amor! Antes duro y fuerte y punzante como el cardo.

MERCUTIO.-Si es duro, sé tú duro con él. Si te hiere, hiérole tú, y verás cómo se da por vencido. Dadme un antifaz para cubrir mi rostro. ¡Una máscara sobre otra máscara!

BENVOLIO.-Llamad a la puerta, y cuando estemos dentro, cada uno baile como pueda.

ROMEO.-¡Una antorcha! Yo, imitando la frase de mi abuelo, seré quien lleve la luz en esta empresa, porque el gato escaldado huye del agua.

MERCUTIO.-De noche todos los gatos son pardos, como decía muy bien el Condestable. Nosotros te salvaremos de tus miras. Si haces esto. La luz se extingue.

ROMEO.-No por cierto.

MERCUTIO.-Mientras andamos en vanas palabras, se gastan las antorchas. Entiende tú bien lo que quiero decir.

ROMEO.-¿Tienes ganas de entrar en el baile? ¿Crees que eso tiene sentido?

MERCUTIO.-¿Y lo dudas?

ROMEO.-Tuve anoche un sueño.

MERCUTIO.- Y yo otro esta noche.

ROMEO.-¿Y a qué se reduce tu sueño?

MERCUTIO.- Comprendí la diferencia que hay del sueño a la realidad.

ROMEO.- En la cama fácilmente se sueña.

MERCUTIO.- Sin duda te ha visitado la reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña como el ágata que brilla en el anillo de un regidor. Su carroza va arrastrada por caballos leves como átomos, y sus radios son patas de tarántula, las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna: huesos de grillo e hilo de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura librea, dos veces más pequeño que el insecto que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro discurre de noche y día por cabezas enamoradas, y les hace concebir vanos deseos, y anda por las cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados, y sueñan con procesos. Recorre los labios de las damas, y sueñan con besos. Anda por las narices de los pretendientes, y sueñan que han alcanzado un empleo. Azota con la punta de un rabo de puerco las orejas del cura, produciendo en ellas sabroso cosquilleo, indicio cierto de beneficio o canonjía cercana. Se adhiere al cuello del soldado, y le hace soñar que vence y triunfa de sus enemigos y los degüella con su truculento acero toledano, hasta que oyendo los sones del cercano tambor, se despierta sobresaltado, reza un padre nuestro y vuelve a dormirse. La reina Mab es quien enreda de noche las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, e infecta el lecho de la cándida virgen, y despierta en ella por primera vez impuros pensamientos.

ROMEO.- Basta, Mercutio. No prosigas en esa charla impertinente.

MERCUTIO.- De sueños voy hablando, fantasmas de la imaginación dormida, que en su vuelo excede la ligereza de los aires, y es más mutable que el viento.

BENVOLIO.- Tú sí que estás arrojando vientos y humo por esa boca. Ya nos espera la cena, y no es cosa de llegar tarde.

ROMEO.- Demasiado temprano llegaréis. Téme que las estrellas están de mal talante, y que mi mala suerte va a empezarse en este banquete, hasta que llegue la negra muerte a cortar esta inútil existencia. Pero en fin, el piloto de mi nave sabrá guiarla. Adelante, amigos míos.

BENVOLIO.- A son de tambores.

ESCENA V

Sala en casa de Capuleto

(Músicos y Criados)

CRIADO 1o.-¿Dónde anda Cacerola, que ni limpia un plato, ni nos ayuda en nada?

CRIADO 2o.-¡Qué pena me da ver la cortesía en tan pocas manos, y éstas sucias!

CRIADO 1o.-Fuera los bancos, fuera el aparador. No perdáis de vista la plata. Guardadme un pedazo del pastel. Decid al portero que deje entrar a Elena y a Susana la molinera. ¡Cacerola!

CRIADO 2o.-Aquí estoy, compañero.

CRIADO 1o.-Todos te llaman a comparecer en la sala.

CRIADO 2o.- No puedo estar en dos partes al mismo tiempo. Compañeros, acabad pronto, y el que quede sano, que cargue con todo. (Entran Capuleto, su mujer, Julieta, Teobaldo, y convidados con máscaras.)

CAPULETO.-Celebro vuestra venida. Os invitan al baile los ligeros pies de estas damas. A la danza, jóvenes. ¿Quién se resiste a tan imperiosa tentación? Ni siquiera la que por melindre dice que tiene callos. Bien venidos seáis. En otro tiempo también yo gustaba de enmascaramme, y de oír al oído de las hermosas secretos que a veces no les desagradaban. Pero el tiempo llevó consigo tales flores. Celebro vuestra venida. Comience la música. ¡Que pasen delante las muchachas! (Comienza el baile.) ¡Luz, más luz! ¡Fuera las mesas! Nada de fuego, que hartó calor hace. ¡Cómo te agrada el baile, picarillo! Una silla a mi primo, que nosotros no estamos para danzas. ¿Cuándo hemos dejado la máscara?

EL PRIMO DE CAPULETO.-¡Dios mío! Hace más de 30 años.

CAPULETO.-No tanto, primo. Si fue cuando la boda de Lucencio. Por Pentecostés hará 25 años.

EL PRIMO DE CAPULETO.-Más tiempo hace, porque su hijo ha cumplido los treinta.

CAPULETO.-¿Cómo, si hace dos años aún no había llegado a la mayor edad?

ROMEO.- (A su criado.) ¿Dime, qué dama es la que enriquece la mano de ese galán con tal tesoro?

CRIADO.-No la conozco.

ROMEO.-El brillo de su rostro afrenta al del sol. No merece la tierra tan soberano prodigio. Parece entre las otras, como paloma entre gallos. Cuando el baile acabe, me acercaré a ella, y estrecharé su mano con la mía. No fue verdadero mi antiguo amor, que nunca belleza como ésta vieron mis ojos.

TEOBALDO.-Por la voz parece Montesco. (Al criado.) Tráeme la espada. ¿Cómo se atreverá ese malvado a venir con máscara a perturbar nuestra fiesta? Juro por los huesos de mi linaje que sin cargo de conciencia - le voy a quitar la vida.

CAPULETO.-¿Por qué tanta ira, sobrino mío?

TEOBALDO.-Sin duda es un Montesco, enemigo jurado de mi casa, que ha venido aquí para burlarse de nuestra fiesta.

CAPULETO.-¿Es Romeo?

TEOBALDO.- El infame Romeo.

CAPULETO.-No más, sobrino. Es un perfecto caballero, y todo Verona se hace lenguas de su virtud, y aunque me dieras cuantas riquezas hay en la ciudad, nunca le ofendería en mi propia casa. Así lo pienso. Si en algo me estimas, ponle alegre semblante, que esa indignación y esa mirada torva no cuadran bien en una fiesta.

TEOBALDO.-Cuadra, cuando se introduce en nuestra casa tan ruin huésped. ¡No lo consentiré!

CAPULETO.-Sí lo consentirás. Te lo mando. Yo sólo tengo autoridad aquí. ¡Pues no faltaba más! ¡Favor divino! ¡Maltratar a mis huéspedes dentro de mi propia casa! ¡Armar quimera con ellos, sólo por echárselas de valiente!

TEOBALDO.-Tío, esto es una afrenta para nuestro linaje.

CAPULETO.-Lejos, lejos de aquí. Eres un rapaz incorregible. Cara te va a costar la desobediencia. ¡Ea, basta ya! Manos quedas... Traed luces... Yo te haré estar quedo. ¡Pues esto sólo faltaba! ¡A bailar, niñas!

TEOBALDO.-Mis carnes se estremecen en la dura batalla de mi repentino furor y mi ira comprimida. Me voy, porque esta injuria que hoy paso, ha de traer amargas hieles.

ROMEO.- (Cogiendo la mano de Julieta.) Si con mi mano he profanado tan divino altar, perdonadme. Mi boca borrará la mancha, cual peregrino ruboroso, con un beso.

JULIETA.-El peregrino ha errado la senda aunque parece devoto. El palmero sólo ha de besar manos de santo.

ROMEO.-¿Y no tiene labios el santo lo mismo que el romero?

JULIETA.-Los labios del peregrino son para rezar.

ROMEO.-¡Oh, qué santa! Truequen pues de oficio mis manos y mis labios. Recé el labio y concededme lo que pido.

JULIETA.-El santo oye con serenidad las súplicas.

ROMEO.- Pues oídme serena mientras mis labios rezan y los vuestros me purifican. (La besa.)

JULIETA.- En mis labios queda la marca de vuestro pecado.

ROMEO.-¿Del pecado de mis labios? Ellos se arrepentirán con otro beso. (torna a besarla.)

JULIETA.-Besáis muy santamente.

AMA.- Tu madre te llama.

ROMEO.-¿Quién es su madre?

AMA.-La señora de esta casa, dama tan sabia como virtuosa. Yo crié a su hija, con quien ahora poco estabais hablando. Mucho dinero necesita quien haya de casarse con ella.

106.

ROMEO.- ¿Con que es Capuleto? ¡Hado enemigo!

BENVOLIO.- Vámonos, que se acaba la fiesta.

ROMEO.- Harta verdad es, y bien lo siento.

CAPULETO.- No os vayáis tan pronto, amigos. Aún os espera una parca cena. ¿Us vais? Tengo que daros a todos -- las gracias. Buenas noches, hidalgos. ¡Luces, luces, aquí! Vámonos a acostar. Ya es muy tarde, -- primo mío. Vámonos a dormir. (Quedan solas Julieta y el Ama.)

JULIETA.- Ama, ¿sabes quién es este mancebo?

AMA.- El mayorazgo de Fiter.

JULIETA.- ¿Y aquel otro que sale?

AMA.- El joven Petrucio, si no me equivoco.

JULIETA.- ¿Y el que va detrás... aquél que no quiere bailar?

AMA.- Lo ignoro.

JULIETA.- Pues trata de saberlo. Y si es casado, el sepulcro será mi lecho de bodas.

AMA.- Es Montesco, se llama Romeo, único heredero de esa infame estirpe.

JULIETA.- ¡Amor nacido del odio, harto pronto te he visto, -- sin conocerte! ¡Harto tarde te he conocido! Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al único hombre a quien debo aborrecer.

AMA.- ¿Qué estás diciendo?

JULIETA.- Versos, que me dijo uno bailando.

AMA.- Te están llamando. Ya va.

No te detengas, que ya se han ido todos los huéspedes.

EL CORO.- Ved cómo muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y cómo la sustituye una pasión nueva. Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. El, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el cebo sabroso del amor. Ni él ni ella pueden declarar su anhelo. Pero la -- pasión buscará medios y ocasión de manifestarse.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Plaza pública, cerca del jardín de Capuleto.

(ROMEO, BENVOLIO y MERCUTIO)

ROMEO.- ¿Cómo me he de ir de aquí, si mi corazón queda en esas tapias, y mi cuerpo inerte viene a buscar su centro?

BENVOLIO.- ¡Romeo, primo mío!

MERCUTIO.- Sin duda habrá recobrado el juicio e ídose a acostar.

BENVOLIO.- Para acá viene: le he distinguido a lo lejos saltando la tapia de una huerta. Dadle voces, Mercutio.

MERCUTIO.- Le voy a exorcizar como si fuera el diablo. ¡Romeo, amante insensato, esclavo de la pasión! Ven en forma de suspiro amoroso: respóndeme con un verso solo en -- que aconsonen bienes con desdenes, y donde eches un -- requiebro a la madre del Amor y al niño ciego, que -- hirió con sus dardos al rey Cofetua, y le hizo enamorarse de una pobre zagala. ¿Ves? no me contesta ni -- da señales de vida. Conjúrote por los radiantes ojos, y por la despejada frente, y por los róseos labios, y por el breve pie y los llenos muslos de Rosalía, que te aparezcas en tu verdadera forma.

BENVOLIO.- Se va a enfadar, si te oye.

MERCUTIO.- Verás como no: se enfadaría, si me empeñase en encerrar a un demonio en el círculo de su dama, para que ella le conjurase; pero ahora veréis cómo no se enfada con tan santa y justa invocación, como es la del -- nombre de su amada.

BENVOLIO.- Sígueme: se habrá escondido en esas ramas para pasar la noche. El amor, como es ciego, busca tinieblas.

MERCUTIO.- Si fuera ciego, erraría casi siempre sus tiros.* Buenas noches, Romeo. Voyme a acostar, porque la yerba -- está demasiada fría para dormir. ¿Vámonos ya?

BENVOLIO.- Vamos, ¿a qué empeñarnos en buscar al que no quiere ser encontrado?

*Suprime un juego de palabras semi-obsceno, y no de -- fácil traducción en castellano.

106.

ROMEO.- ¿Con que es Capuleto? ¡Hado enemigo!

BENVOLIO.- Vámonos, que se acaba la fiesta.

ROMEO.- Harta verdad es, y bien lo siento.

CAPULETO.- No os vayáis tan pronto, amigos. Aún os espera una parca cena. ¿Us vais? Tengo que daros a todos -- las gracias. Buenas noches, hidalgos. ¡Luces, luces, aquí! Vámonos a acostar. Ya es muy tarde, -- primo mío. Vámonos a dormir. (Quedan solas Julieta y el Ama.)

JULIETA.- Ama, ¿sabes quién es este mancebo?

AMA.- El mayorazgo de Fiter.

JULIETA.- ¿Y aquel otro que sale?

AMA.- El joven Petrucio, si no me equivoco.

JULIETA.- ¿Y el que va detrás... aquél que no quiere bailar?

AMA.- Lo ignoro.

JULIETA.- Pues trata de saberlo. Y si es casado, el sepulcro será mi lecho de bodas.

AMA.- Es Montesco, se llama Romeo, único heredero de esa infame estirpe.

JULIETA.- ¡Amor nacido del odio, harto pronto te he visto, -- sin conocerte! ¡Harto tarde te he conocido! Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al único hombre a quien debo aborrecer.

AMA.- ¿Qué estás diciendo?

JULIETA.- Versos, que me dijo uno bailando.

AMA.- Te están llamando. Ya va.

No te detengas, que ya se han ido todos los huéspedes.

EL CORO.- Ved cómo muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y cómo la sustituye una pasión nueva. Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. El, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el cebo sabroso del amor. Ni él ni ella pueden declarar su anhelo. Pero la -- pasión buscará medios y ocasión de manifestarse.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Plaza pública, cerca del jardín de Capuleto.

(ROMEO, BENVOLIO y MERCUTIO)

ROMEO.- ¿Cómo me he de ir de aquí, si mi corazón queda en esas tapias, y mi cuerpo inerte viene a buscar su centro?

BENVOLIO.- ¡Romeo, primo mío!

MERCUTIO.- Sin duda habrá recobrado el juicio e ídose a acostar.

BENVOLIO.- Para acá viene: le he distinguido a lo lejos saltando la tapia de una huerta. Dadle voces, Mercutio.

MERCUTIO.- Le voy a exorcizar como si fuera el diablo. ¡Romeo, amante insensato, esclavo de la pasión! Ven en forma de suspiro amoroso: respóndeme con un verso solo en -- que aconsonen bienes con desdenes, y donde eches un -- requiebro a la madre del Amor y al niño ciego, que -- hirió con sus dardos al rey Cofetua, y le hizo enamorarse de una pobre zagala. ¿Ves? no me contesta ni -- da señales de vida. Conjúrote por los radiantes ojos, y por la despejada frente, y por los róseos labios, y por el breve pie y los llenos muslos de Rosalía, que te aparezcas en tu verdadera forma.

BENVOLIO.- Se va a enfadar, si te oye.

MERCUTIO.- Verás como no: se enfadaría, si me empeñase en encerrar a un demonio en el círculo de su dama, para que ella le conjurase; pero ahora veréis cómo no se enfada con tan santa y justa invocación, como es la del -- nombre de su amada.

BENVOLIO.- Sígueme: se habrá escondido en esas ramas para pasar la noche. El amor, como es ciego, busca tinieblas.

MERCUTIO.- Si fuera ciego, erraría casi siempre sus tiros.* Buenas noches, Romeo. Voyme a acostar, porque la yerba -- está demasiada fría para dormir. ¿Vámonos ya?

BENVOLIO.- Vamos, ¿a qué empeñarnos en buscar al que no quiere ser encontrado?

*Suprime un juego de palabras semi-obsceno, y no de -- fácil traducción en castellano.

ESCENA II

Jardín de Capuleto

ROMEO.- ¡Qué bien se burla del dolor ajeno quien nunca sintió dolores...! (Pónese Julieta a la ventana.) ¿Pero qué luz es la que asoma por allí? ¿El sol que sale ya por los balcones de oriente? Sal, hermoso sol, y mata de envidia con tus rayos a la luna, que está pálida y ojeriza porque vence tu hermosura cualquier ninfa de tu coro. Por eso se viste de amarillo color. ¡Qué necio el que se arree con sus galas marchitas! ¡Es mi vida, es mi amor el que aparece! ¿Cómo podría yo decirle que es señora de mi alma? Nada me dijo. Pero --- ¿qué importa? Sus ojos hablarán y yo responderé. ¡Pero qué atrevimiento es el mío, si no me dijo nada! Los dos más hermosos luminares del cielo la suplican que les sustituya durante su ausencia. Si sus ojos resplandecieran como astros en el cielo, bastaría su luz para ahogar los restantes, --- como el brillo del sol mata el de una antorcha. ¡Tal torrente de luz brotaría de sus ojos, que haría despertar a las aves a media noche, y entonar su canción como si hubiese venido la aurora! Ahora pone la mano en la mejilla. ¿Quién pudiera tocarla como el guante que la cubre?

JULIETA.- ¡Ay de mí!

ROMEO.- ¡Habló! Vuelvo a sentir su voz. ¡Ángel de amores que en --- medio de la noche te me apareces, cual nuncio de los cielos a la atónita vista de los mortales, que deslumbrados le miran traspasar con vuelo rapidísimo las esferas, y mecerse --- en las alas de las nubes!

JULIETA.- ¡Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? ¿Por qué no reniegas del nombre de tu padre y de tu madre? Y si no tienes --- valor para tanto, ámame, y no me tendré por Capuleto.

ROMEO.- ¿Qué hago, seguirla oyendo o hablar?

JULIETA.- No eres tú mi enemigo. Es el nombre de Montesco que llevas. ¿Y qué quiere decir Montesco? No es pie ni mano ni brazo, ni semblante ni pedazo alguno de la naturaleza humana. ¿Por --- qué no tomas otro nombre? La rosa no dejaría de ser rosa, y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo. De --- igual suerte, mi querido Romeo, aunque tuviese otro nombre, conservaría todas las buenas cualidades de su alma, que no le vienen por herencia. Deja tu nombre, Romeo, y en cambio de tu nombre que no es cosa alguna sustancial, toma toda mi alma.

ROMEO.- Si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo y que he perdido el nombre de Romeo.

JULIETA.- ¿Y quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?

ROMEO.- No sé de cierto mi nombre, porque tú aborreces ese nombre, --- amada mía, y si yo pudiera, lo arrancarí de mi pecho.

JULIETA.- Pocas palabras son las que aún he oído de esa boca, y sin --- embargo, te reconozco. ¿No eres Romeo? ¿No eres de la familia de los Montescos?

ROMEO.- No seré ni una cosa ni otra, ángel mío, si cualquiera de las dos te enfada.

JULIETA.- ¿Cómo has llegado hasta aquí, y para qué? las paredes de --- esta puerta son altas y difíciles de escalar, y aquí podrías tropezar con la muerte, siendo quien eres, si alguno de mis parientes te hallase.

ROMEO.- Las paredes salté con las alas que me dio el amor, ante --- quien no resisten aun los muros de roca. Ni siquiera a tus parientes temo.

JULIETA.- Si te encuentran, te matarán.

ROMEO.- Más homicidas son tus ojos, diosa mía, que las espadas de --- veinte parientes tuyos. Mirame sin enojos, y mi cuerpo se --- hará invulnerable.

JULIETA.- Yo daría un mundo por que no te descubrieran.

ROMEO.- De ellos me defiende el velo tenebroso de la noche. Más que --- ro morir a sus manos, amándome tú, que esquivarlos y salvarme de ellos, cuando me falte tu amor.

JULIETA.- ¿Y quién te guió aquí?

ROMEO.- El amor que me dijo dónde vivías. De él me aconsejé, él guió --- mis ojos que yo le había entregado. Sin ser nauchero, te juro que navegaría hasta la playa más remota de los mares por conquistar joya tan preciada.

JULIETA.- Si el manto de la noche no me cubriera, el rubor de virgen --- subiría a mis mejillas, recordando las palabras que esta noche me has oído. En vano quisiera corregirlas o desmentirlas... ¡Resistencias vanas! ¿Me amas? Sé que me dirás que sí, y que yo lo creeré. Y sin embargo, podrías faltar a tu juramento, porque dicen que Jove se ríe de los perjuros de los amantes. Si me amas de veras, Romeo, dílo con sinceridad, y si --- me tienes por fácil y rendida al primer ruego, dímelo también, para que me ponga esquivo y ceñuda, y así tengas que --- rogarme. Mucho te quiero, Montesco, mucho, y no me tengas --- por liviana, antes he de ser más firme y constante que aquellas que parecen desdinosas porque son astutas. Te confesaré que más disimulo hubiera guardado contigo, si no me hubieses oído aquellas palabras que, sin pensarlo yo, te revelaron --- todo el ardor de mi corazón. Perdóname, y no juzgues ligereza este rendirme tan pronto. La soledad de la noche lo ha --- hecho.

ROMEO.- Júrote, amada mía, por los rayos de la luna que platean la --- copa de estos árboles...

JULIETA.- No jures por la luna, que en su rápido movimiento cambia --- de aspecto cada mes. No vayas a imitar su inconstancia.

ROMEO.- ¿Pues por quién juraré?

JULIETA.- No hagas ningún juramento. Si acaso, jura por ti mismo, --- por tu persona que es el dios que adoro y en quien he de --- creer.

ROMEO.- ¡Ojalá que el fuego de mi amor...!

JULIETA.- No jures. Aunque me llene de alegría el verte, no quiero esta noche oír tales promesas que parecen violentas y -- demasiado rápidas. Son como el rayo que se extingue, apenas aparece. Aléjate ahora: quizá cuando vuelvas haya -- llegado a abrirse, animado por las brisas del estío, el capullo de esta flor. Adiós, ¡y ojalá aliente tu pecho en tan dulce calma como el mío!

ROMEO.- ¿Y no me das más consuelo que ése?

JULIETA.- ¿Y qué otro puedo darte esta noche?

ROMEO.- Tu fe por la mía.

JULIETA.- Antes te la di que tú acertaras a pedírmela. Lo que siento es no poder dártela otra vez.

ROMEO.- ¿Pues qué? ¿Otra vez quisieras quitármela?

JULIETA.- Sí, para dártela otra vez, aunque esto fuera codicia de un bien que tengo ya. Pero mi afán de dártelo todo es -- tan profundo y tan sin límite como los abismos de la -- mar. ¡Cuanto más te doy, más quisiera darte!... Pero oigo ruido dentro. ¡Adiós! No engañes mi esperanza... Ama, allá voy... Guárdame fidelidad, Montesco mío. Espera un instante, que vuelvo en seguida.

ROMEO.- ¡Noche, deliciosa noche! Sólo temo que, por ser de noche, no pase todo esto de un delicioso sueño.

JULIETA.- (Asomada otra vez a la ventana.) Sólo te diré dos palabras. Si el fin de tu amor es honrado, si quieres casarte, avisa mañana al mensajero que te enviaré, de cómo y cuándo quieres celebrar la sagrada ceremonia. Yo te sacrificaré mi vida e iré en pos de ti por el mundo.

AMA.- (Llamando dentro.) ¡Julieta!

JULIETA.- Ya voy. Pero si son torcidas tus intenciones, suplicote que...

AMA.- ¡Julieta!

JULIETA.- Ya corro... Suplicote que desistas de tu empeño y me -- dejes a solas con mi dolor. Mañana irá el mensajero...

ROMEO.- Por la gloria...

JULIETA.- Buenas noches.

ROMEO.- No. ¿Cómo han de ser buenas sin tus rayos? El amor va en -- busca del amor como el estudiante huyendo de sus libros, y el amor se aleja del amor como el niño que deja sus juegos para tornar al estudio.

JULIETA.- (Otra vez a la ventana.) ¡Romeo! ¡Romeo! ¡Oh, si yo tuviese la voz del cazador de cetrería, para llamar de lejos a los halcones! Si yo pudiera hablar a gritos, penetraría mi voz hasta en la gruta de la ninfa Eco, y llegaría a ensordecirla repitiendo el nombre de mi Romeo.

ROMEO.- ¡Cuán grato suena el acento de mi amada en la apacible noche, protectora de los amantes! Más dulce es que música en oído atento.

JULIETA.- ¡Romeo!

ROMEO.- ¡Alma mía!

JULIETA.- ¿A qué hora irá mi criado mañana?

ROMEO.- A las nueve.

JULIETA.- No faltará. Las horas se me harán siglos hasta que ésa llegue. No sé para qué te he llamado.

ROMEO.- ¡Déjame quedar aquí hasta que lo pienses!

JULIETA.- Con el contento de verte cerca me olvidaré eternamente de lo que pensaba, recordando tu dulce compañía.

ROMEO.- Para que siga tu olvido no he de irme.

JULIETA.- Ya es de día. Vete... Pero no quisiera que te alejaras -- más que el breve trecho que consiente alejarse al pajarillo, la niña que le tiene sujeto de una cuerda de seda, y que a veces le suelta de la mano, y luego le coge ansiosa, y le vuelve a soltar...

ROMEO.- ¡Ojalá fuera yo ese pajarillo!

JULIETA.- ¿Y qué quisiera yo sino que lo fueras? aunque recelo que miscaricias habrían de matarte. ¡Adiós, adiós! Triste -- es la ausencia y tan dulce la despedida, que no sé cómo arrancarme de los hierros de esta ventana.

ROMEO.- ¡Que el sueño descansé en tus dulces ojos y la paz en tu -- alma! ¡Ojalá fuera yo el sueño, ojalá fuera yo la paz en que se duerme tu belleza! De aquí voy a la celda donde -- mora mi piadoso confesor, para pedirle ayuda y consejo en este trance.

FRAY LORENZO.- Ya la aurora se sonríe mirando huir a la oscura noche. Ya con sus rayos dora las nubes de oriente. Huye la noche con perzozos pies, tropezando y cayendo como un beodo, al ver la lumbre -- del sol que se despierta y monta en el carro de Titán. Antes que -- tienda su dorada lumbre, alegrando el día y enjugando el llanto que vertió la noche, ha de llenar este cesto de bien olientes flores y de yerbas primorosas. La tierra es a la vez cuna y sepultura de la naturaleza, y su seno educa y nutre hijos de varia condición; pero ninguno tan falto de virtud que no dé aliento o remedio o solaz al hombre. Extrañas son las virtudes que derramó la pródiga mano de la naturaleza, en piedras, plantas y yerbas. No hay ser inútil sobre -- la tierra, por vil y despreciable que parezca. Por el contrario, el ser más noble, si se emplea con mal fin, es dañino y abominable. El bien mismo se trueca en mal y el valor en vicio, cuando no sirve a un fin virtuoso. En esta flor que nace duermen escondidos a la vez medicina y veneno, los dos nacen del mismo origen, y su olor comuni -- ca deleite y vida a los sentidos; pero si se aplica al labio, esa -- misma flor tan aromosa mata el sentido. Así es el alma humana; dos monarcas imperan en ella: uno la humildad, otro la pasión; cuando -- ésta predomina, un gusano roedor consume la planta.

ROMEO.- Buenos días, padre.

FRAY LORENZO.- El sea en tu guarda. ¿Quién me saluda con tan dulces -- palabras al apuntar el día? Levantado y a tales horas, revela sin -- duda intranquilidad de conciencia, hijo mío. En las pupilas del an -- ciano viven los cuidados veladores, y donde reina la inquietud ¿có -- mo habitará el sosiego? Pero en lecho donde reposa la juventud, aje -- na de todo pesar y duelo, infunde en los miembros deliciosa calma -- el blando sueño. Tu visita tan de mañana me indica que alguna tris -- te ocasión te hace abandonar tan pronto el lecho. Y si no...será -- que has pasado la noche desvelado.

ROMEO.- ¡Eso es, y descansé mejor que dormido!

FRAY LORENZO.- Perdónete Dios. ¿Estuviste con Rosalía?

ROMEO.- ¿Con Rosalía? Ya su nombre no suena dulce en mis oídos, ni -- pienso en su amor.

FRAY LORENZO.- Bien haces. Luego ¿dónde estuviste?

ROMEO.- Te lo diré sin ambages. En la fiesta de nuestros enemigos los Capuletos, donde a la vez herí y fui herido. Sólo tus manos podrán sanar a uno y otro contendiente. Y con esto verás que no conservo -- rencor a mi adversario, puesto que intercedo por él como si fuese -- amigo mío.

FRAY LORENZO.- Dime con claridad el motivo de tu visita, si es que -- puedo ayudarte en algo.

ROMEO.- Pues te diré en dos palabras que estoy enamorado de la hija -- del noble Capuleto, y que ella me corresponde con igual amor. Ya -- está concertado todo --sólo falta que vos bendigáis esta unión. Lue -- go os diré con más espacio dónde y cómo nos conocimos y nos juramos -- constancia eterna. Ahora lo que importa es que nos caséis al instante.

FRAY LORENZO. ¡Por vida de mi padre San Francisco! Qué pronto ol -- vidaste a Rosalía, en quien cifrabas antes tu cariño! El amor -- de los jóvenes nace de los ojos y no del corazón. ¡Cuánto llo -- raste por Rosalía! y ahora tanto amor y tanto enojo se ha disipado -- como el eco. Aún no ha disipado el sol los vapores de tu llanto. Aún resuenan en mis oídos tus quejas. Aún se ven en tu rostro -- las huellas de antiguas lágrimas. ¿No decías que era más bella -- y gentil que ninguna? y ahora te has mudado. ¡Y luego acusáis -- de inconstantes a las mujeres! ¿Cómo buscáis firmeza en ellas, -- si vosotros les dais el ejemplo de olvidar?

ROMEO.- ¿Pero vos no reprobabais mi amor por Rosalía?

FRAY LORENZO.- Yo no reprobaba tu amor, sino tu idolatría ciega.

ROMEO.- ¿Y no me dijisteis que hiciera todo lo posible por ah -- gar ese amor?

FRAY LORENZO.- Pero no para que de la sepultura de ese amor bro -- tase otro amor nuevo y más ardiente.

ROMEO.- No os enojéis conmigo, porque mi señora me quiere tanto -- como yo a ella y con su amor responde al mío, y la otra no.

FRAY LORENZO.- Es que Rosalía quizá adivinara la ligereza de tu -- amor. Ven conmigo, inconstante mancebo. Yo te ayudaré a conse -- guir lo que deseas para que esta boda sea lazo de amistad que -- extinga el rencor de vuestras familias.

ROMEO.- Vamos, pues, sin detenernos.

FRAY LORENZO.- Vamos con calma para no tropezar.

ESCENA IV.-

Calle

(BENVOLIO y MERCUTIO)

MERCUTIO.-¿Dónde estará Romeo? ¿Pareció anoche por su casa?

BENVOLIO.-Por casa de su padre no estuvo. Así me lo ha dicho su criado.

MERCUTIO.-¡Válgame Dios! Esa pálida muchachuela, esa Rosalía de duras entrañas acabará por tornarle loco.

BENVOLIO.-Teobaldo, el primo de Capuleto, ha escrito una carta al padre de Romeo.

MERCUTIO.-Sin duda será cartel de desafío.

BENVOLIO.-Pues Romeo es seguro que contestará.

MERCUTIO.-Todo el mundo puede responder a una carta.

BENVOLIO.-Quiero decir que Romeo sabrá tratar como se merece al dueño de la carta.

MERCUTIO.-¡Pobre Romeo! Esa rubia y pálida niña le ha atravesado el corazón a estocadas, le ha traspasado los oídos con una canción de amor, y el centro del alma con las anchas flechas del volador Cupido...¿Y quién resistirá a Teobaldo?

BENVOLIO.-¿Quién es Teobaldo?

MERCUTIO.-Algo más que el rey de los gatos; es el mejor y más diestro esgrimidor. Maneja la espada como tú la lengua, guardando tiempo, distancia y compás. Gran cortador de ropillas. Espadachín, espadachín de profesión, y muy enterado del inmortal pasado, del punto reverso y del par.

BENVOLIO.-¿Y qué quieres decir con eso?

MERCUTIO.-Mala landre devore a esos nuevos elegantes que han venido con gestos y cortesías a reformar nuestras antiguas costumbres.

¡Qué buena espada, qué buen mozo, qué hermosa mujer! "Decidme, abuelos míos, ¿no es mala vergüenza que estemos llenos de estos moscones extranjeros, estos pardonez moi, tan ufanos con sus nuevas galas y tan despreciadores de lo antiguo? ¡Oh, necedad insigne! (Sale Romeo.)

BENVOLIO.-¡Aquí tienes a Romeo! ¡Aquí tienes a Romeo!

MERCUTIO.-Bien roma trae el alma. No eres carne ni pescado. ¡Oh materia digna de los versos del Petrarca! Comparada con su amor, Laura era una fregona, sino que tuvo mejor poeta que la celebrase: Dido una zagala; Cleopatra una gitana; Hero y Elena dos ramerás; y Ciste, a pesar de sus negros ojos, no podría competir con la suya. Bon jour, Romeo. Saludo francés corresponde a vuestras calzas francesas. Anoche nos dejaste en blanco.

ROMEO.-¿Qué dices de dejar en blanco?

MERCUTIO.-Que te despediste a la francesa. ¿Lo entiendes ahora?

ROMEO.-Perdón, Mercutio: Tenía algo que hacer, y no estaba el tiempo para cortesías.

MERCUTIO.-¿De suerte que tú también las usas a veces y doblas las rodillas?

ROMEO.-Luego no soy descortés, porque eso es hacer genuflexiones.

MERCUTIO.-Dices bien.

ROMEO.-Pero aquello de que hablábamos es cortesía y no genuflexión.

MERCUTIO.-Es que yo soy la flor de la cortesía.

ROMEO.-¿Cómo no dices la flor y nata?

MERCUTIO.-Porque la nata la dejo para ti*

ROMEO.-Cállate.

MERCUTIO.-¿Y no es mejor esto que andar en lamentaciones exóticas? Ahora te reconozco: eres Romeo, nuestro antiguo y buen amigo. Andabas hecho un necio con ese amor insensato. (Entran Pedro y el Ama.)

MERCUTIO.-Vela, vela.

BENVOLIO.-Y sondos: una saya y un sayal.

AMA.-¡Pedro!

PEDRO.-¿Qué?

AMA.-Tráeme el abanico.

MERCUTIO.-Dáselo, Pedro, que siempre será más agradable mirar su abanico que su cara.

AMA.-Buenas tardes, señores.

MERCUTIO.-Buenas tardes, hermosa dama.

AMA.-¿Pues hemos llegado a la tarde?

MERCUTIO.-No, pero la mano lasciva del reloj está señalando las doce.

AMA.-¡Jesús, qué hombre!

MERCUTIO.-Un hombre que Dios crió, para que luego echase él mismo a perder la obra divina.

AMA.-Bien dicho. Para que echase su obra a perder... ¿Pero me podría decir alguno de vosotros dónde está el joven Romeo?

ROMEO.-Yo te lo podré decir, y por cierto que ese joven será ya más viejo cuando le encontréis, que cuando empezabais a buscarlo. Yo soy Romeo, a falta de otro más joven.

AMA.-¿Lo decís de veras?

MERCUTIO.-¿Conque a falta de otro mejor, os parece joven? Discretamente lo entendéis.

AMA.-Si verdaderamente sois Romeo, tengo que deciros secretamente una palabra.

BENVOLIO.-Si querrá citarle para esta noche...

MERCUTIO.-¿Es una alcahueta, una perra?... ¡Oh, oh! ...

*Siguen otros juegos de palabras, difíciles de poner en castellano, so pena de sustituir otros.

ROMEO.-¿Qué ruido es éste?

MERCUTIO.-No es que haya encontrado yo ninguna liebre, ni es cosa de seguir la liebre, aunque como dice el cantar. "En cuaresma -- bien se puede comer una liebre vieja, pero tan vieja llega a poderse, si se la guarda, que no hay quien la pueda mascar." ¿Vas a casa de tu padre, Romeo? Allí iremos a comer.

ROMEO.-Voy con vosotros.

MERCUTIO.-Adiós, hermosa vieja; hermosa, hermosa, hermosa. (Vanse él y Benvolio.)

AMA.-Bendito sea Dios, que ya se fue éste. ¿Me podríais decir (a Romeo) quién es este majadero tan pagado de sus chistes?

ROMEO.-Ama, es un amigo mío que se escucha a sí mismo y gusta de referirse sus gracias, y que habla más en una hora que lo que escuchas tú en un mes.

AMA.-Pues si se atreve a hablar mal de mí, él me lo pagará, aunque vengan en su ayuda otros veinte de su calaña. Y si yo misma no puedo, otros sacarán la cara por mí. Pues no faltaba más. ¡El grandísimo impertinente! ¿Si creerá que yo soy una mujer de ésas? ...Y tú, (a Pedro) que estás ahí tan reposado y dejas que cualquiera me insulte.

PEDRO.-Yo no he visto que nadie os insulte, porque si lo viera, - no tardaría un minuto en sacar mi espada. Nadie me gana en valor cuando mi causa es justa, y cuando me favorece la ley.

AMA.-¡Válgame Dios! todavía me dura el enojo y las carnes me tiemblan... Una palabra sola, caballero. Como iba diciendo, mi señorita me manda con un recado para vos. No voy a repetiros todo lo que me ha dicho. Pero si vuestro objeto es engañarla, ciertamente que será cosa indigna, porque mi señorita es una muchacha joven, y el engañarla sería muy mala obra, y no tendría perdón de Dios.

ROMEO.-Ama, puedes jurar a tu señora que...

AMA.-¡Bien, bien, así se lo diré, y ha de alegrarse mucho! ...

ROMEO.-¿Y qué le vas a decir, si todavía no me has oído nada?

AMA.-Le diré que protestáis, lo cual, a fe mía, es obrar como caballero.

ROMEO.-Dile que invente algún pretexto para ir esta tarde a confesarse al convento de Fray Lorenzo, y él nos confesará y casará. Toma este regalo.

AMA.-No aceptaré ni un dinero, señor mío.

ROMEO.-Yo te lo mando.

AMA.-¿Conque esta tarde? Pues no faltará.

ROMEO.-Espérame detrás de las tapias del convento, y antes de una hora, mi criado te llevará una escala de cuerdas, para poder yo subir por ella hasta la cima de mi felicidad. Adiós y séme fiel. Yo te lo premiaré todo. Mis recuerdos a Julieta.

AMA.-Bendito seáis. Una palabra más.

ROMEO.-¿Qué, ama?

AMA.-¿Es de fiar vuestro criado? ¿Nunca oísteis que a nadie ffa sus secretos el varón prudente?

ROMEO.-Mi criado es fiel como el oro.

AMA.-Bien, caballero. No hay señorita más hermosa que la mía. ¡Y si la hubierais conocido cuando pequeña! ...¡Ah! Por cierto que hay en la ciudad un tal Paris que de buena gana la abordaría. Pero ella, bendita sea su alma, más quisiera a un sapo feísimo que a él. A veces me divierto en enojarla, diciéndole que Paris es mejor mozo que vos, y así vierais cómo se pone entonces! Más pálida que la cera. Decidme ahora: ¿Romero y Romeo no tienen la misma letra inicial?

ROMEO.-Verdad es que ambos empiezan por R.

AMA.-Eso es burla. Yo sé que vuestro nombre empieza con otra letra menos áspera...¡Si vierais qué graciosos equívocos hace con vuestro nombre y con Romero! Gusto os diera oírla.

ROMEO.-Recuerdos a Julieta.

AMA.-Sí que se los daré mil veces. ¡Pedro!

PEDRO.-¡Qué!

AMA.-Toma el abanico, y gufame.

ESCENA V

Jardín de Capuleto
(JULIETA y el AMA)

JULIETA.-Las nueve eran cuando envié al ama, y dijo que antes de media hora volvería. ¿Si no lo habrá encontrado? ¡Pero sí! ¡Qué torpe y perezosa! Sólo el pensamiento debiera ser nuncio del amor. El corre más que los rayos del sol cuando ahuyentan las sombras de los montes. Por eso pintan al amor con alas. - Ya llega el sol a la mitad de su carrera. Tres horas van pasadas desde las nueve a las doce, y él no vuelve todavía. Si -- ella tuviese sangre juvenil y alma, volvería con las palabras de su boca; pero la vejez es pesada como un plomo. (Salen el Ama y Pedro.) ¡Gracias a Dios que viene! Ama mía, querida ama. ... ¿qué noticias traes? ¿Hablaste con él? Que se vaya Pedro.

AMA.-Vete, Pedro.

JULIETA.-Y bien, ama querida. ¡Qué triste estás! ¿Acaso traes malas noticias? Dímelas, a lo menos, con rostro alegre. Y si son buenas, no las echés a perder con esa mirada torva.

AMA.-Muy fatigada estoy. ¡Qué quebrantados están mis huesos!

JULIETA.-¡Tuvieras tus huesos tú y yo mis noticias! Habla, por Dios, ama mía.

AMA.-¡Señor, qué prisa! Aguarda un poco. ¿No me ves sin aliento?

JULIETA.-¿Cómo sin aliento, cuando te sobra para decirme que no le tienes? Menos que en volverlo a decir, tardarías en darme las noticias. ¿Las traes buenas o malas?

AMA.-¡Qué mala elección de marido has tenido! ¡Vaya, que el tal Romeo! Aunque tenga mejor cara que los demás, todavía es mejor su pie y su mano y su gallardía. No diré que la flor de -- los cortesanos, pero tengo para mí que es humilde como una oveja. ¡Bien has hecho, hija! y que Dios te ayude. ¿Has comido en casa?

JULIETA.-Calla, calla: eso ya me lo sabía yo. ¿Pero, qué hay de la boda? dímelo.

AMA.-¡Jesús! ¡qué cabeza la mía! Pues, y la espalda... ¡Cómo me mortifican los riñones! La culpa es tuya que me haces andar por esos andurriales, abriéndome la sepultura antes de tiempo.

JULIETA.-Mucho siento tus males, pero acaba de decirme, querida ama, lo que te contestó mi amor.

AMA.-Habló como un caballero lleno de discreción y gentileza; puedes creerme. ¿Dónde está tu madre?

JULIETA.-¿Mi madre? Allí dentro. ¡Vaya una pregunta!

AMA.-¡Válgame Dios! ¿Te enojas conmigo? ¡Buen emplasto para curar mis quebraduras! Otra vez vas tú misma a esas comisiones.

JULIETA.-Pero ¡qué confusión! ¿Qué es, en suma, lo que te dijo Romeo?

AMA.-¿Te dejarán ir sola a confesar?

JULIETA.-Sí.

AMA.-Pues allí mismo te casarás. Vete a la celda de Fray Lorenzo. Ya se cubren de rubor tus mejillas con tan sencilla -- nueva. Vete al convento. Yo iré por otra parte a buscar la -- escalera con que tu amante ha de escalar el nido del amor. -- A la celda, pues, y yo a comer.

JULIETA. ¡Y yo a mi felicidad, ama mía!

ESCENA VI

Celda de Fray Lorenzo

(FRAY LORENZO y ROMEO)

FRAY LORENZO.-¡El cielo mire con buenos ojos la ceremonia que vamos a cumplir, y no nos castigue por ella en adelante!

ROMEO.-¡Así sea, así sea! Pero por muchas penas que vengan, no bastarán a destruir la impresión de este momento de ventura. - Junta nuestras manos, y con tal que yo pueda llamarla mía, no temeré ni siquiera a la muerte, verdugo del amor.

FRAY LORENZO.-Nada violento es duradero: ni el placer ni la pena; ellos mismos se consumen como el fuego y la pólvora al usarse. La excesiva dulcedumbre de la miel empalaga al labio. Ama, pues, con templanza. (Sale Julieta.) Aquí está la dama; su pie es tan leve que no desgastará nunca la eterna roca; tan ligera que puede correr sobre las telas de araña sin romperlas.

JULIETA.-Buenas tardes, reverendo confesor.

FRAY LORENZO.-Romeo te dará las gracias en nombre de los dos.

JULIETA.-Por eso le he incluido en el saludo. Si no, pecaría él de exceso de cortesía.

ROMEO.-¡Oh, Julieta! Si tu dicha es como la mía y puedes expresarla con más arte, alegre con tus palabras el aire de este aposento y deja que tu voz proclame la ventura que hoy agita el alma de los dos.

JULIETA.-El verdadero amor es más pródigo de obras que de palabras; más rico en la esencia que en la forma. Sólo el pobre - cuenta su caudal. Mi tesoro es tan grande que yo no podría contar ni siquiera la mitad.

FRAY LORENZO.-Acabemos pronto. No os dejaré solos hasta que os ligue la bendición nupcial.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Plaza de Verona

(MERCUTIO, BENVOLIO)

BENVOLIO.-Amigo Mercutio, pienso que debíamos refrenarnos porque hace mucho calor, y los Capuletos andan encalabrados, y ya sabes que en verano hierve mucho la sangre.

MERCUTIO.-Tú eres uno de esos hombres que cuando entran en una taberna, ponen la espada sobre la mesa como diciendo: "ojalá que no te necesite", y luego, a los dos tragos, la sacan sin que nadie les provoque.

BENVOLIO.-¿Dices que yo soy de éstos?

MERCUTIO.-Y de los más temibles espadachines de Italia, tan fácil de entrar en cólera como de provocar a los demás.

BENVOLIO.-¿Por qué dices eso?

MERCUTIO.-Si hubiera otro como tú, pronto os mataríais. Capaz eres de reñir por un solo pelo de la barba. Donde nadie veía ocasión de camorra, la ves tú. Llena está de riña tu cabeza, como de yema un -- huevo, y eso que a porrazos te han puesto tan blanda como una yema la cabeza. Reñiste con uno porque te vio en la calle y despertó a tu perro que estaba durmiendo al sol. Y con un sastre porque estreñó su ropa nueva antes de Pascua, y con otro porque ataba sus zapatos con cintas viejas. ¿Si vendrás tú a enseñarme moderación y prudencia?

BENVOLIO.-Si yo fuera tan camorrista como tú, ¿quién me aseguraría la vida ni siquiera un cuarto de hora?... Mira, aquí vienen los Capuletos.

MERCUTIO.-¿Y qué se me da a mí, vive Dios?

(Teobaldo y otros.)

TEOBALDO.-Estad cerca de mí, que tengo que decirles dos palabras. Buenas tardes, hidalgos. Quisiera hablar con uno de vosotros.

MERCUTIO.-¿Hablar sólo? más valiera que la palabra viniese acompañada de algo, v. g., de un golpe.

TEOBALDO.-Hidalgo, no dejaré de darle si hay motivo.

MERCUTIO.-¿Y no podéis encontrar motivo sin que os lo den?

TEOBALDO.-Mercutio, tú estás de acuerdo con Romeo.

MERCUTIO.-¡De acuerdo! ¿Has creído que somos músicos? Pues aunque - lo seamos, no dudes que en esta ocasión vamos a desafinar. Yo te haré bailar con mi arco de violín. ¡De acuerdo! ¡Válgame Dios!

BENVOLIO.-Estamos entre gentes. Buscad pronto algún sitio retirado, donde satisfaceros, o desocupad la calle, porque todos nos están mirando.

MERCUTIO.-Para eso tienen ojos. No me voy de aquí por dar gusto a nadie.

ESCENA VI

Celda de Fray Lorenzo

(FRAY LORENZO y ROMEO)

FRAY LORENZO.-¡El cielo mire con buenos ojos la ceremonia que vamos a cumplir, y no nos castigue por ella en adelante!

ROMEO.-¡Así sea, así sea! Pero por muchas penas que vengan, no bastarán a destruir la impresión de este momento de ventura. - Junta nuestras manos, y con tal que yo pueda llamarla mía, no temeré ni siquiera a la muerte, verdugo del amor.

FRAY LORENZO.-Nada violento es duradero: ni el placer ni la pena; ellos mismos se consumen como el fuego y la pólvora al usarse. La excesiva dulcedumbre de la miel empalaga al labio. Ama, pues, con templanza. (Sale Julieta.) Aquí está la dama; su pie es tan leve que no desgastará nunca la eterna roca; tan ligera que puede correr sobre las telas de araña sin romperlas.

JULIETA.-Buenas tardes, reverendo confesor.

FRAY LORENZO.-Romeo te dará las gracias en nombre de los dos.

JULIETA.-Por eso le he incluido en el saludo. Si no, pecaría él de exceso de cortesía.

ROMEO.-¡Oh, Julieta! Si tu dicha es como la mía y puedes expresarla con más arte, alegra con tus palabras el aire de este aposento y deja que tu voz proclame la ventura que hoy agita el alma de los dos.

JULIETA.-El verdadero amor es más pródigo de obras que de palabras; más rico en la esencia que en la forma. Sólo el pobre - cuenta su caudal. Mi tesoro es tan grande que yo no podría contar ni siquiera la mitad.

FRAY LORENZO.-Acabemos pronto. No os dejaré solos hasta que os ligue la bendición nupcial.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Plaza de Verona

(MERCUTIO, BENVOLIO)

BENVOLIO.-Amigo Mercutio, pienso que debíamos refrenarnos porque hace mucho calor, y los Capuletos andan encalabrados, y ya sabes que en verano hierve mucho la sangre.

MERCUTIO.-Tú eres uno de esos hombres que cuando entran en una taberna, ponen la espada sobre la mesa como diciendo: "ojalá que no te necesite", y luego, a los dos tragos, la sacan sin que nadie les provoque.

BENVOLIO.-¿Dices que yo soy de éstos?

MERCUTIO.-Y de los más temibles espadachines de Italia, tan fácil de entrar en cólera como de provocar a los demás.

BENVOLIO.-¿Por qué dices eso?

MERCUTIO.-Si hubiera otro como tú, pronto os mataríais. Capaz eres de reñir por un solo pelo de la barba. Donde nadie veía ocasión de camorra, la ves tú. Llena está de riña tu cabeza, como de yema un -- huevo, y eso que a porrazos te han puesto tan blanda como una yema la cabeza. Reñiste con uno porque te vio en la calle y despertó a tu perro que estaba durmiendo al sol. Y con un sastre porque estreñó su ropa nueva antes de Pascua, y con otro porque ataba sus zapatos con cintas viejas. ¿Si vendrás tú a enseñarme moderación y prudencia?

BENVOLIO.-Si yo fuera tan camorrista como tú, ¿quién me aseguraría la vida ni siquiera un cuarto de hora?... Mira, aquí vienen los Capuletos.

MERCUTIO.-¿Y qué se me da a mí, vive Dios?

(Teobaldo y otros.)

TEOBALDO.-Estad cerca de mí, que tengo que decirles dos palabras. Buenas tardes, hidalgos. Quisiera hablar con uno de vosotros.

MERCUTIO.-¿Hablar sólo? más valiera que la palabra viniese acompañada de algo, v. g., de un golpe.

TEOBALDO.-Hidalgo, no dejaré de darle si hay motivo.

MERCUTIO.-¿Y no podéis encontrar motivo sin que os lo den?

TEOBALDO.-Mercutio, tú estás de acuerdo con Romeo.

MERCUTIO.-¡De acuerdo! ¿Has creído que somos músicos? Pues aunque - lo seamos, no dudes que en esta ocasión vamos a desafinar. Yo te haré bailar con mi arco de violín. ¡De acuerdo! ¡Válgame Dios!

BENVOLIO.-Estamos entre gentes. Buscad pronto algún sitio retirado, donde satisfaceros, o desocupad la calle, porque todos nos están mirando.

MERCUTIO.-Para eso tienen ojos. No me voy de aquí por dar gusto a nadie.

TEOBALDO.-Adiós, señor. Aquí está el doncel que buscábamos. (Entra Romeo.)

MERCUTIO.-Mátenme si él lleva los colores de vuestro escudo. Aunque de fijo os seguirá al campo, y por eso le llamáis doncel.

TEOBALDO.-Romeo, sólo una palabra me consiente decirte el odio que te profeso. Eres un infame.

ROMEO.-Teobaldo, tales razones tengo para quererte que me hacen perdonar hasta la bárbara grosería de ese saludo. Nunca he sido infame. No me conoces. Adiós.

TEOBALDO.-Mozuelo imberbe, no intentes cobardemente excusar los agravios que me has hecho. No te vayas y defiéndete.

ROMEO.-Nunca te agravié. Te lo afirmo con juramento. Al contrario, hoy te amo más que nunca, y quizá sepas pronto la razón de este cariño. Vete en paz, buen Capuleto, nombre que estimo tanto como el mío.

MERCUTIO.-¡Qué extraña cobardía! Decídanlo las estocadas. Teobaldo, espadachín, ¿quieres venir conmigo?

TEOBALDO.-¿Qué me quieres?

MERCUTIO.-Rey de los gatos, sólo quiero una de tus siete vidas, y luego aporrearte a palos las otras seis. ¿Quieres tirar de las orejas a tu espada y sacarla de la vaina? Anda presto, porque si no, la mía te calentará tus orejas antes que la saques.

TEOBALDO.-Soy contigo.

ROMEO.-Detente, amigo Mercutio.

MERCUTIO.-Adelante, hidalgo. Enseñadme ese quite. (Se baten.)

ROMEO.-Saca la espada, Benvolio. Separémoslos. ¡Qué afrenta, hidalgos! ¡Oíd, Teobaldo! ¡Oye, Mercutio! ¿No sabéis que el Príncipe ha prohibido sacar la espada en las calles de Verona? Deteneos, Teobaldo y Mercutio. (Se van Teobaldo y sus amigos.)

MERCUTIO.-Mal me han herido. ¡Mala peste a Capuletos y Montescos! Me hirieron y no los herí.

ROMEO.-¿Te han herido?

MERCUTIO.-Un arañazo, nada más, un arañazo, pero necesita cura. -- ¿Dónde está mi paje, para que me busque un cirujano? (Se va el paje.)

ROMEO.-No temas. Quizá sea leve la herida.

MERCUTIO.-No es tan honda como un pozo, ni tan ancha como el pórtico de una iglesia, pero basta. Si mañana preguntas por mí, verásme tan callado como un muerto. Ya estoy escabechado para el otro mundo. Mala landre devore a vuestras dos familias. ¡Vive Dios! ¡Que un perro, una rata, un ratón, un gato mate así a un hombre! Un matón, un pícaro que pelea contra los ángulos y reglas de la esgrima ¿Para qué te pusiste a separarnos? Por debajo de tu brazo me ha herido.

ROMEO.-Fue con buena intención.

MERCUTIO.-Llévame de aquí, Benvolio, que me voy a desmayar. ¡Mala landre devore a entrambas casas! Ya soy una gusanera. ¡maldita -- sea la discordia de Capuletos y Montescos! (Vanse.)

ROMEO.-Por culpa mía sucumbe este noble caballero, tan cercano -- deudo del Príncipe. Estoy afrentado por Teobaldo, por Teobaldo -- que ha de ser mi pariente dentro de poco. Tus amores, Julieta, -- me han quitado el brío y ablandado el temple de mi acero.

BENVOLIO (que vuelve).-¡Ay, Romeo! Mercutio ha muerto. Aquella alma audaz, que hace poco despreciaba la tierra, se ha lanzado ya -- a las nubes.

ROMEO.-Y de este día sangriento nacerán otros que extremarán la -- copia de mis males.

BENVOLIO.-Por allí vuelve Teobaldo.

ROMEO.-Vuelve vivo y triunfante. ¡Y Mercutio muerto! Huye de mí, -- dulce templanza. Sólo la ira guía mi brazo. Teobaldo, ese mote de infame que tú me diste, yo te lo devuelvo ahora, porque el alma de Mercutio está desde las nubes llamando a la tuya, y tú o yo o los dos hemos de seguirle forzosamente.

TEOBALDO.-Pues vete a acompañarle tú, necio, que con él ibas siempre.

ROMEO.-Ya lo decidirá la espada. (Se baten, y cae herido Teobaldo)

BENVOLIO.-Huye, Romeo. La gente acude y Teobaldo está muerto. Si te alcanzan, vas a ser condenado a muerte. No te detengas como -- pasmado. Huye, huye.

ROMEO.-Soy triste juguete de la suerte.

BENVOLIO.-Huye, Romeo. (Acude gente.)

CIUDADANO 1o.-¿Por dónde habrá huido Teobaldo, el asesino de Mercutio?

BENVOLIO.-Ahí yace muerto Teobaldo.

CIUDADANO 1o.-Seguidme todos. En nombre del Príncipe lo mando. -- (Entran el Príncipe con sus guardias, Montescos, Capuletos, etc.)

EL PRÍNCIPE.-¿Dónde están los promovedores de esta reyerta?

BENVOLIO.-Ilustre Príncipe, yo puedo referiros todo lo que aconteció. Teobaldo mató al fuerte Mercutio, vuestro deudo, y Romeo mató a Teobaldo.

LA SEÑORA DE CAPULETO.-¡Teobaldo! ¡Mi sobrino, hijo de mi hermano! ¡Oh, Príncipe! un Montesco ha asesinado a mi deudo. Si sois justo, dadnos sangre por sangre. ¡Oh, sobrino mío!

PRÍNCIPE.-Dime con verdad, Benvolio. ¿Quién comenzó la pelea?

BENVOLIO.-Teobaldo, que luego murió a manos de Romeo. En vano Romeo con dulces palabras le exhortaba a la concordia, y le traía al recuerdo vuestras ordenanzas: todo esto con mucha cortesía y apacible ademán. Nada bastó a calmar los furios de Teobaldo que, ciego de ira, arremetió con el acero desnudo contra el infeliz Mercutio. Mercutio le resiste primero a hierro, y apartando de sí la suerte, quiere arrojarla del lado de Teobaldo. Este le esquiva con ligereza. Romeo se interpone, clamando: "Paz, paz, amigos." En pos de su lengua va su brazo a interponerse entre las armas matadoras,

pero de súbito, por debajo de ese brazo, asesta Teobaldo una estocada que arrebató la vida al pobre Mercutio; Teobaldo huye a toda prisa, pero a poco rato vuelve y halla a Romeo, cuya cólera está llana. Arrójanse como rayos al combate, y antes de poder atravesarme yo, cae Teobaldo y huye Romeo. Esta es la verdad lisa y llana, por vida de Benvolio.

LA SEÑORA DE CAPULETO.-No ha dicho verdad. Es pariente de los Montescos, y la afición que les tiene le ha obligado a mentir. Más de veinte espadas se desenvainaron contra mi pobre sobrino. Justicia, Príncipe. Si Romeo mató a Teobaldo, que muera Romeo.

PRINCIPE.-El mató a Mercutio, según se infiere del relato. ¿Y -- quién pide justicia por una sangre tan cara?

MONTESCO.-No era Teobaldo el deudor, aunque fuese amigo de Mercutio, ni debía haberse tomado la justicia por su mano, hasta que las leyes decidiesen.

PRINCIPE.-En castigo, yo te destierro. Vuestras almas están cegadas por el encono, y a pesar vuestro he de haceros llorar la muerte de mi deudo. Seré inaccesible a lágrimas y a ruegos. No me digáis palabra. Huya Romeo: porque si no huye, le alcanzará la muerte. Levantad el cadáver. No sería clemencia perdonar al homicida.

ESCENA II

Jardín en casa de Capuleto

(JULIETA y el AMA)

JULIETA.-Corred, corred a la casa de Febo, alados corceles del Sol. El látigo de Faetón os lance al ocaso. Venga la dulce noche a tender sus espesas cortinas. Cierra ¡oh Sol! tus penetrantes ojos, y deja que en el silencio venga a mí mi Romeo, e invisible se lance en mis brazos. El amor es ciego y ama la noche, y a su luz misteriosa cumplen sus citas los amantes. Ven, majestuosa noche, matrona de humilde y negra túnica, y enséñame a perder en el blando juego, donde las vírgenes empeñan su castidad. Cubre con tu manto la pura sangre que arde en mis mejillas. Ven, noche; ven, Romeo, tú que eres mi día en medio de esta noche, tú que ante sus tinieblas pareces un copo de nieve sobre las negras alas del cuervo. Ven, tenebrosa noche, amiga de los amantes, y vuélveme a mi Romeo. Y cuando muera, convierte tú cada trozo de su cuerpo en una estrella relumbrante, que sirva de adorno a tu manto, para que todos se enamoren de la noche, desenamorándose del Sol. Ya he adquirido el castillo de mi amor, pero aún no le poseo. Ya estoy vendida, pero no entregada a mi señor. ¡Qué día tan largo! tan largo como víspera de domingo para el niño que ha de estrenar en él un traje nuevo. Pero aquí viene mi ama, y me traerá noticias de él. (Llega el ama con una escala de cuerdas.) Ama, ¿qué noticias traes? ¿Esa es la escala que te dijo Romeo?

AMA.-Sí, ésta es la escala.

JULIETA.-¡Ay, Dios! ¿Qué sucede? ¿Por qué tienes las manos cruzadas?

AMA.-¡Ay, señora! murió, murió. Perdidas somos. No hay remedio... -- Murió. Le mataron... Está muerto.

JULIETA.-¿Pero cabe en el mundo tal maldad?

AMA.-En Romeo cabe. ¿Quién pudiera pensar tal cosa de Romeo?

JULIETA.-¿Y quién eres tú, demonio, que así vienes a atormentarme? -- Suplicio igual sólo debe de haberle en el infierno. Dime, ¿qué pasa? ¿Se ha matado Romeo? Dime que sí, y esta palabra basta. Será más homicida que mirada de basilisco. Di que sí o que no, que vive o que muere. Con una palabra puedes calmar o serenar mi pena.

AMA.-Sí, yo he visto la herida. La he visto por mis ojos. Estaba -- muerto: amarillo como la cera, cubierto todo de grumos de sangre -- cuajada. Yo me desmayé al verle.

JULIETA.-¡Estalla, corazón mío, estalla! ¡ojos míos, yaceréis desde ahora en prisión tenebrosa, sin tornar a ver la luz del día! -- ¡Tierra, vuelve a la tierra! Sólo resta morir, y que un mismo túmulo cubra mis restos y los de Romeo.

AMA.-¡Oh, Teobaldo, amigo mío, caballero sin igual, Teobaldo! ¿Por qué he vivido yo para verte muerto?

JULIETA.-Pero ¡qué confusión es ésta en que me pones! ¿Dices que -- Romeo ha muerto, y que ha muerto Teobaldo, mi dulce primo? Toquen, -- pues, la trompeta del juicio final. Si esos dos han muerto, ¿qué im

porta que vivan los demás?

AMA.-A Teobaldo mató Romeo, y éste anda desterrado.

JULIETA.- ¡Válgame Dios! ¿Conque Romeo derramó la sangre de Teobaldo? ¡Alma de sierpe, oculta bajo capa de flores! ¿Qué dragón tuvo jamás tan espléndida gruta? Hermoso tirano, demonio angelical, cuervo -- con plumas de paloma, cordero rapaz como lobo, materia vil de forma celeste, santo maldito, honrado criminal, ¿en qué pensabas, naturaleza de los infiernos, cuando encerraste en el paraíso de ese cuerpo el alma de un condenado? ¿Por qué encuadernaste tan bellamente un libro de tan perversa lectura? ¿Cómo en tan magnífico palacio pudo habitar la traición y el dolo?

AMA.-Los hombres son todos unos. No hay en ellos verdad, ni fe, ni constancia. Malvados, pérfidos, trapaceros... ¿Dónde está mi escudero? Dame unas gotas de licor. Con tantas penas voy a envejecer antes de tiempo. ¡Qué afrenta para Romeo!

JULIETA.- ¡Maldita la lengua que tal palabra osó decir! En la noble cabeza de Romeo no es posible deshonra. En su frente reina el honor como soberano monarca. ¡Qué necia yo que antes decía mal de él!

AMA.-¿Cómo puedes disculpar al que mató a tu primo?

JULIETA.-¿Y cómo he de decir mal de quien es mi esposo? Mató a mi -- primo, porque si no, mi primo le hubiera matado a él. ¡Atrás, lágrimas mías, tributo que erradamente ofrecí al dolor, en vez de ofrecerle al gozo! Vive mi esposo, a quien querían dar muerte, y su matador yace por tierra. ¿A qué es el llanto? Pero creo haberte oído otra palabra que me angustia mucho más que la muerte de Teobaldo. En vano me esfuerzo por olvidarla. Ella pesa sobre mi conciencia, como puede pesar en el alma de un culpable el remordimiento. Tú dijiste que Teobaldo había sido muerto y Romeo desterrado. Esta palabra desterrado me pesa más que la muerte de diez mil Teobaldos. ¡No bastaba con la muerte de Teobaldo, o es que las penas se deleitan con la compañía y nunca vienen solas! ¿Por qué cuando dijiste: "ha muerto Teobaldo", no añadiste: "tu padre o tu madre, o los dos"? Aun entonces no hubiera sido mayor mi pena. ¡Pero decir: Romeo desterrado! Esta palabra basta a causar la muerte a mi padre y a mi madre, y a Romeo y a Julieta. "¡Desterrado Romeo!" Dime, ¿podrá encontrarse término o límite a la profundidad de este abismo? ¿Dónde están mi padre y mi madre? Dímelo.

AMA.-Llorando sobre el cadáver de Teobaldo. ¿Quieres que te acompañe allá?

JULIETA.-Ellos con su llanto enjugarán las heridas. Yo, entre tanto, lloraré por el destierro de Romeo. Toma tú esa escalera, a quien su ausencia priva de su dulce objeto. Ella debía haber sido camino para mi lecho nupcial. Pero yo moriré virgen y casada. ¡Adiós, escala de cuerda! ¡Adiós, nodriza! Me espera el tálamo de la muerte.

AMA.-Retírate a tu aposento. Voy a buscar a Romeo sin pérdida de tiempo. Está escondido en la celda de fray Lorenzo. Esta noche vendrá a verte.

JULIETA.-Dale en nombre mío esta sortija, y dile que quiero oír su postrera despedida.

ESCENA III

Celda de Fray Lorenzo

(FRAY LORENZO Y ROMEO)

FRAY LORENZO.-Ven, pobre Romeo. La desgracia se ha enamorado de tí y el dolor se ha desposado contigo.

ROMEO.- Decíme, padre. ¿Qué es lo que manda el Príncipe? ¿Hay alguna pena nueva que yo no haya sentido?

FRAY LORENZO.- Te traigo la sentencia del Príncipe.

ROMEO.- ¿Y cómo ha de ser si no es de muerte?

FRAY LORENZO.- No. Es algo menos dura. No es de muerte sino de destierro.

ROMEO.- ¡De destierro! Clemencia, padre. Decid de muerte. El destierro me infunde más temor que la muerte. No me habléis de destierro.

FRAY LORENZO.- Te manda salir de Verona, pero no temas: ancho es el mundo.

ROMEO.- Fuera de Verona no hay mundo, sino purgatorio, infierno y desesperación. Desterrarme de Verona es como desterrarme de la Tierra. Lo mismo da que digáis muerte que destierro. Con una hacha de oro cortáis mi cabeza, y luego os reís del golpe mortal.

FRAY LORENZO.- ¡Oh, qué negro pecado es la ingratitud! Tu crimen merecía muerte, pero la indulgencia del Príncipe trueca la muerte en destierro, y aún no se lo agradeces.

ROMEO.- Tal clemencia es crueldad. El cielo está aquí donde vive Julieta. Un perro, un ratón, un gato pueden vivir en este cielo y verla. Sólo Romeo no puede. Más prez, más gloria, más felicidad tiene una mosca o un tábano inmundo que Romeo. Ellos pueden tocar aquella blanca y maravillosa mano de Julieta, o posarse en sus benditos labios, en esos labios tan llenos de virginal modestia que juzgan pecado el tocarse. No lo hará -- Romeo. Le mandan volar y tiene envidia a las moscas que vuelan. ¿Por qué decís que el destierro no es la muerte? ¿no tenéis algún veneno sutil, algún hierro aguzado que me diese la muerte más pronto que esa vil palabra "desterrado"? Eso es lo que en el infierno se dicen unos a otros los condenados. ¿Y tú, sacerdote, confesor mío y mi amigo mejor, eres el que vienes a matarme con esa palabra?

FRAY LORENZO.- Oye, joven loco y apasionado.

ROMEO.- ¿Vais a hablarme otra vez del destierro?

FRAY LORENZO.-Yo te daré tal filosofía que te sirva de escudo y vaya aliviándote.

ROMEO.-¡Destierro! ¡Filosofía! Si no basta para crear otra - Julieta, para arrancar un pueblo de su lugar, o para hacer variar de voluntad a un príncipe, no me sirve de nada, ni la -- quiero, ni os he de oír.

FRAY LORENZO.-¡Ah, hijo mío! Los locos no oyen.

ROMEO.-¿Y cómo han de oír, si los que están en su seso no tienen ojos?

FRAY LORENZO.-Te daré un buen consejo.

ROMEO.-No podéis hablar de lo que no sentís. Si fuerais joven, y recién casado con Julieta, y la adoraseis ciegamente como yo, y hubierais dado muerte a Teobaldo, y os desterrasen, os arrancaríais los cabellos al hablar, y os arrastraríais por el suelo como yo, midiendo vuestra sepultura. (Llaman dentro.)

FRAY LORENZO.-Llaman. Levántate y ocúltate, Romeo.

ROMEO.-No me levantaré. La nube de mis suspiros me ocultará de los que vengan.

FRAY LORENZO.-¿No oyes? ¿Quién va?... Levántate, Romeo, que te van a prender... Ya voy... Levántate. Pero, Dios mío, ¡qué terquedad, qué locura! Ya voy. ¿Quién llama? ¿Qué quiere decir -- esto?

AMA. (dentro).-Dejadme entrar. Traigo un recado de mi ama Julieta.

FRAY LORENZO.-Bienvenida seas. (Entra el ama).

AMA.-Decidme, santo fraile. ¿Dónde está el esposo y señor de -- mi señora?

FRAY LORENZO.-Mírale ahí tendido en el suelo y apacentándose -- de sus lágrimas.

AMA.-Lo mismo está mi señora: enteramente igual.

FRAY LORENZO.-¡Funesto amor! ¡Suerte cruel!

AMA.-Lo mismo que él: llorar y gemir. Levantad, levantad del -- suelo: tened firmeza varonil. Por amor de ella, por amor de -- Julieta. Levantaos, y no lancéis tan desesperados ayes.

ROMEO.-Ama.

AMA.-Señor, la muerte lo acaba todo.

ROMEO.-Decías no sé qué de Julieta. ¿Qué es de ella? ¿No llama asesino a mí que manché con sangre la infancia de nuestra ventura? ¿Dónde está? ¿Qué dice?

AMA.-Nada, señor. Llorar y más llorar. Unas veces se recuesta en el lecho, otras se levanta, grita: "Teobaldo, -- Romeo", y vuelve a acostarse.

ROMEO.-Como si ese nombre fuera bala de arcabuz que la -- matase, como lo fue la infame mano de Romeo que mató a -- su pariente. Decidme, padre, ¿en qué parte de mi cuerpo -- está mi nombre? Decídmelo, porque quiero saquear su odio -- sa morada. (Saca el puñal.)

FRAY LORENZO.-Detén esa diestra homicida. ¿Eres hombre? -- Tu exterior dice que sí, pero tu llanto es de mujer, y -- tus acciones de bestia falta de libre albedrío. Horror -- me causas. Juro por mi santo hábito que yo te había creí -- do de voluntad más firme. ¡Matarte después de haber mata -- do a Teobaldo! y matar además a la dama que sólo vive -- por ti. Píame, ¿por qué maldices de tu linaje, y del cie -- lo y de la tierra? Todo lo vas a perder en un momento, -- y a deshonorar tu nombre y tu familia, y tu amor y tu -- juicio. Tienes un gran tesoro, tesoro de avaro, y no lo -- empleas en realizar tu persona, tu amor y tu ingenio. -- Ese tu noble apetito es figura de cera, falta de aliento viril. Tu amor es perjurio y juramento vacío, y profana -- ción de lo que juraste, y tu entendimiento, que tanto -- realce daba a tu amor y a tu fortuna, es el que ciega y -- descamina a tus demás potencias, como soldado que se in -- flama con la misma pólvora que tiene, y perece víctima -- de su propia defensa. ¡Alienta, Romeo! Acuérdate que vi -- ve Julieta, por quien hace un momento hubieras dado la -- vida. Este es un consuelo. Teobaldo te buscaba para ma -- tarte, y le mataste tú. He aquí otro consuelo. La ley te condenaba a muerte, y la sentencia se conmutó en destie -- rro. Otro consuelo más. Caen sobre ti las bendiciones, -- del cielo, y tú, como mujer liviana, recibes de mal ro -- stro a la dicha que llama a tus puertas. Nunca favorece -- Dios a los ingratos. Vete a ver a tu esposa: sube por la -- escala, como lo dejamos convenido. Consuéla, y huye de -- su lado antes que amezca. Irás a Mantua, y allí perma -- necerás hasta que se pueda divulgar tu casamiento, he -- chas las paces entre vuestras familias y aplacada la in -- dignación del príncipe. Entonces volverás, mil veces más -- alegre que triste te vas ahora. Vete, nodriza. Mil re -- cuerdos a tu ama. Haz que todos se recojan presto, lo -- cual será fácil por el disgusto de hoy. Dile que allá va -- Romeo.

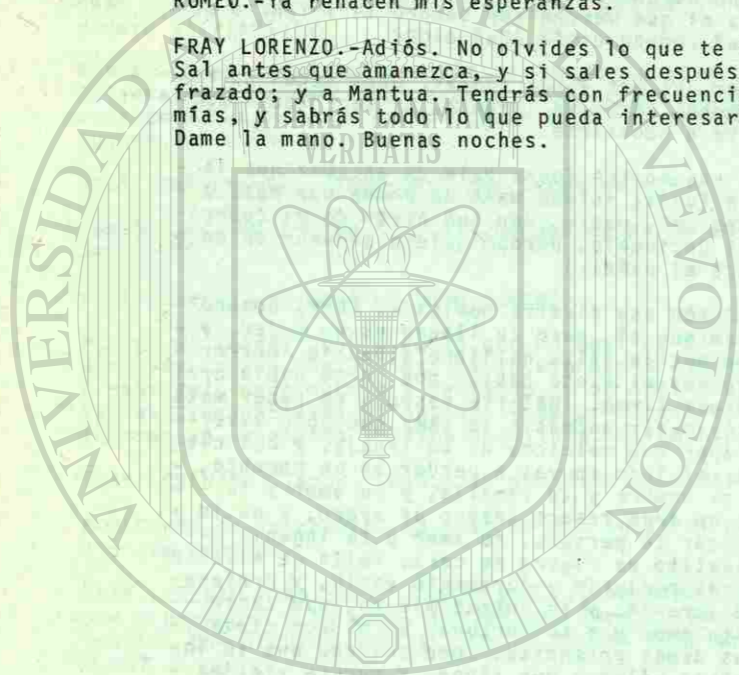
AMA.-Toda la noche me estaría oyéndoos. ¡Qué gran cosa es el saber! Voy a animar a mi ama con vuestra venida.

ROMEO.-Sí: dile que se prepare a reñirme.

AMA.-Toma este anillo que ella me dio, y vete, que ya cierra la noche. (Vase)

ROMEIO.-Ya renacen mis esperanzas.

FRAY LORENZO.-Adiós. No olvides lo que te he dicho. - Sal antes que amanezca, y si sales después, vete disfrazado; y a Mantua. Tendrás con frecuencia noticias mías, y sabrás todo lo que pueda interesarte. Adiós.- Dame la mano. Buenas noches.



ESCENA IV

Sala en casa de Capuleto
(CAPULETO, SU MUJER, el AMA y CRIADOS)

CAPULETO.-La reciente desgracia me ha impedido hablar con mi hija. Tanto ella como yo queríamos mucho a Teobaldo. Pero la muerte es forzosa. Ya es tarde para que esta noche nos veamos, y a fe mía os juro que si no fuera por vos, ya hace una hora que me habría acostado.

PARIS.-Ni es ésta ocasión de galanterías sino de duelo. Dad mis recuerdos a vuestra hija.

CAPULETO.-Paris, os prometo solemnemente la mano de mi hija. Creo que ella me obedecerá. Puedo asegurároslo. Esposa mía, antes de acostarte, ve a contarle el amor de Paris, y dile que el miércoles próximo...Pero, ¿qué día es hoy?

PARIS.-Lunes.

CAPULETO.-¡Lunes! Pues no puede ser el miércoles. Que sea el jueves. Dile que el jueves se casará con el conde. ¿Estáis contento? No tendremos fiesta. Sólo convidaré a los amigos íntimos, porque estando tan fresca la muerte de Teobaldo, el convidar a muchos parecería indicio de poco sentimiento. ¿Os parece bien el jueves?

PARIS.-¡Ojalá fuese mañana!

CAPULETO.Adelante, pues: que sea el jueves. Avisa a Julieta antes de acostarte. Adiós, amigo. Alumbradme. Voy a mi alcoba. Es tan tarde, que pronto amanecerá. Buenas noches.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA V

Galería cerca del cuarto de Julieta, con una ventana que da al jardín

(ROMEO Y JULIETA)

JULIETA.-¿Tan pronto te vas? Aún tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa a cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío.

ROMEO.-Es la alondra que anuncia el alba; no es el ruiseñor. Mira, -- amada mía, cómo se van tiñendo las nubes del oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir, o si no, aquí me espera la muerte.

JULIETA.-No es ésa luz de la aurora. Te lo aseguro. Es un meteoro que desprende de su lumbre el Sol para guiarte en el camino de Mantua. -- Quédate. ¿Por qué te vas tan luego?

ROMEO.-¡Que me prendan, que me maten! Mandándolo tú, poco importa. Diré que aquella luz gris que allí veo no es la de la mañana, sino el pálido reflejo de la luna. Diré que no es el canto de la alondra el que resuena. Más quiero quedarme que partir. Ven, muerte, pues Julieta lo quiere. Amor mío, hablemos, que aún no amanece.

JULIETA.-Sí, vete, que es la alondra la que canta con voz áspera y -- destemplada. ¡Y dicen que son armoniosos sus sonos, cuando a nosotros viene a separarnos! Dicen que cambia de ojos como el sapo. ¡Ojalá cambiara de voz! Maldita ella que me aparta de tus atractivos. Vete, que cada vez se clarea más la luz.

ROMEO.-¿Has dicho la luz? No, sino las tinieblas de nuestro destino. (Entra el ama.)

AMA.-¡Julieta!

JULIETA.-¡Ama!

AMA.-Tu madre viene. Ya amanece. Prepárate y no te descuides.

ROMEO.-¡Un beso! ¡Adiós, y me voy! (Vase por la escala.)

JULIETA.-¿Te vas? Mi señor, mi dulce dueño, dame nuevas de ti todos -- los días, a cada instante. Tan pesados corren los días infelices, que temo envejecer antes de tornar a ver a mi Romeo.

ROMEO.-Adiós. Te mandaré noticias mías y mi bendición por todos los me dios que yo alcance.

JULIETA.-¿Crees que volveremos a vernos?

ROMEO.-Sí, y que en dulces coloquios de amor recordaremos nuestras angustias de ahora.

JULIETA.-¡Válgame Dios! ¡Qué présaga tristeza la mía! Parece que te -- veo difunto sobre un catafalco. Aquél es tu cuerpo, o me engañan los ojos.

ROMEO.-Pues también a ti te ven los míos pálida y ensangrentada. ¡Adiós, adiós! (Vase.)

JULIETA.-¡Oh, fortuna! te llaman mudable: a mi amante fiel poco le importan tus mudanzas. Sé mudable en buena hora, y así no le detendrás -- y me le restituirás luego.

SEÑORA DE CAPULETO (dentro).- Hija, ¿estás despierta?

JULIETA.-¿Quién me llama? Madre, ¿estás despierta todavía o te -- levantas ahora? ¿Qué novedad te trae a mí? (Entra la señora de Capuleto.)

SEÑORA DE CAPULETO.-¿Qué es esto, Julieta?

JULIETA.-Estoy mala.

SEÑORA DE CAPULETO.-¿Todavía lloras la muerte de tu primo? ¿Crees que tus lágrimas pueden devolverle la vida? Vana esperanza. Cesen tu llanto, que aunque es signo de amor, parece locura.

JULIETA.-Dejadme llorar tan dura suerte.

SEÑORA DE CAPULETO.-Eso es llorar la pérdida y no al amigo.

JULIETA.- Llorando la pérdida, lloro también al amigo.

SEÑORA DE CAPULETO.-Más que por el muerto ¿lloras por ese infame-- que le ha matado?

JULIETA.-¿Qué infame, madre?

SEÑORA DE CAPULETO.-Romeo.

JULIETA.(aparte).-¡Cuánta distancia hay entre él y un infame! (Alto.) Dios le perdona como le perdono yo, aunque nadie me ha angustiado -- tanto como él.

SEÑORA DE CAPULETO.-Eso será porque todavía vive el asesino.

JULIETA.-Sí, y donde mi venganza no puede alcanzarle. Yo quisiera vengar a mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO. Ya nos vengaremos. No llores. Yo encargué a uno de Mantua, donde ese vil ha sido desterrado, que le envenenen con alguna mortífera droga. Entonces irá a hacer compañía a Teobaldo, y tú quedarás contenta y vengada.

JULIETA.-Satisfecha no estaré, mientras no vea a Romeo...muerto... -- Señora, si hallas alguno que se comprometa a darle el tósigo, yo misma le prepararé, y así que lo reciba Romeo, podrá dormir tranquilo. -- Hasta su nombre me es odioso cuando no le tengo cerca, para vengar en él la sangre de mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO.-Busca tú el modo de preparar el tósigo, mientras yo busco a quien ha de administrárselo. Ahora oye tú una noticia agradable.

JULIETA.-¡Buena ocasión para gratas nuevas! ¿Y cuál es, señora?

SEÑORA DE CAPULETO.-Hija, tu padre es tan bueno que, deseando consolar te, te prepara un día de felicidad que ni tú ni yo esperábamos.

JULIETA.-¿Y qué día es ése?

SEÑORA DE CAPULETO.-Pues es que el jueves por la mañana, temprano, el conde Paris, ese gallardo y discreto caballero, se desposará contigo en la iglesia de San Pedro.

JULIETA.-Pues te juro por la iglesia de San Pedro, y por san Pedro -- purísimo, que no se desposará. ¿A qué es tanta prisa? ¿Casarme con él cuando todavía no me ha hablado de amor? Decid a mi padre, señora, -- que todavía no quiero casarme. Cuando lo haga, con juramento os digo que antes será mi esposo Romeo, a quien aborrezco, que Paris. ¡Vaya -- una noticia que me traéis!

SEÑORA DE CAPULETO.-Aquí viene tu padre. Díselo tū, y verás cómo no le agrada. (Entran Capuleto y el ama.)

CAPULETO.-A la puesta del sol cae el rocío, pero cuando muere el hijo de mi hermano, cae la lluvia a torrentes. ¿Aún no ha acabado el aguacero, niña? Tu débil cuerpo es nave y mar y viento. - En tus ojos hay marea de lágrimas, y en ese mar navega la barca de tus ansias, y tus suspiros son el viento que la impele. Dime, esposa, ¿has cumplido ya mis órdenes?

SEÑORA DE CAPULETO.-Sí, pero no lo agradece. ¡Insensata! Con su sepulcro debía casarse.

CAPULETO.-¿Eh? ¿Qué es eso, esposa mía? ¿Qué es eso de no querer y no agradecer? ¿Pues no la enorgullece el que la hayamos encontrado para esposo un tan noble caballero?

JULIETA.-¿Enorgullecerme? No... agradecer, sí. ¿Quién ha de estar orgullosa de lo que aborrece? pero siempre se agradece la buena voluntad, hasta cuando nos ofrece lo que odiamos.

CAPULETO.-¿Qué retóricas son ésas! "¡Enorgullecerse!" "... "Sí y no". "¡Agradecer y no agradecer!" ... Nada de agradecimientos ni de orgullo, señorita. Prepárate a ir por tus pies el jueves próximo a la iglesia de San Pedro a casarte con Paris, o si no, te llevo arrastrando en un zarzo, histérica, nerviosa, pálida, necia!

SEÑORA DE CAPULETO.-¿Estás en ti? Cállate.

JULIETA.-Padre mío, de rodillas os pido que me escuchéis una palabra sola.

CAPULETO.-¡Escucharte! ¡Necia, malvada! Oye, el jueves irás a San Pedro, o no me volverás a mirar la cara. No me supliques ni me digas una palabra más. El pulso me tiembla. Esposa mía, yo siempre creí que era poca bendición de Dios el tener una hija sola, pero ahora veo que es una maldición, y que aun ésta sobra.

AMA.-¡Dios sea con ella! No la maltratéis, señor.

CAPULETO.-¿Y por qué no, entremetida vieja? Cállate, y habla con tus iguales.

AMA.-A nadie ofendo...no puede una hablar.

CAPULETO.-Calla, cigarrón, y vete a hablar con tus comadres, que aquí no metes baza.

SEÑORA DE CAPULETO. Loco estás.

CAPULETO.-Loco, sí. De noche, de día, de mañana, de tarde, durmiendo, velando, solo y acompañado, en casa y en la calle, siempre fue mi empeño el casarla, y ahora que le encuentro un joven de gran familia, rico, gallardo, discreto, lleno de perfecciones, según dicen, contesta esta mocosa que no quiere casarse, que no puede amar, que es muy joven. Pues bien; te perdonaré si no te casas, pero no vivirás un momento aquí. Poco falta para el jueves. Piénsalo bien. Si consientes, te casarás con mi amigo. Si no, te ahorcarás, o irás pidiendo limosna, y te morirás de hambre por esas calles, sin que ninguno de los míos te socorra. Piénsalo bien, que yo cumplo siempre mis juramentos. (Vase.)

JULIETA.-¿Y no hay justicia en el cielo que conozca todo el abismo de mis males? No me dejes, madre. Dilatad un mes, una semana -- el casamiento, o si no, mi lecho nupcial será el sepulcro de Teo-

baldo.

SEÑORA DE CAPULETO.-Nada me digas, porque no he de responderte. Decídetes como quieras. (Se va.)

JULIETA.-¡Válgame Dios! Ama mía, ¿qué haré? Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo. ¿Y cómo ha de volver a la tierra mi fe, si mi esposo no la envía desde el cielo? Aconséjame, con suélame. ¡Infeliz de mí! ¿Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra un ser tan débil como yo? ¿Qué me dices? ¿Ni una palabra que me consuele?

AMA.-Sólo te diré una cosa. Romeo está desterrado, y puede apostarse doble contra sencillo a que no vuelve a verte, o vuelve ocultamente, en caso de volver. Lo mejor sería, pues, a mi juicio, que te casaras con el conde, que es mucho más gentil y discreto caballero que Romeo. Ni un águila tiene tan verdes y vivos los ojos como Paris. Este segundo esposo te conviene más que el primero. Y además, al primero puedes darle por muerto. Para ti como si lo estuviera.

JULIETA.-¿Hablas con el alma?

AMA.-Con el alma, o maldita sea yo.

JULIETA.-Así sea.

AMA.-¿Por qué?

JULIETA.-Por nada. Buen consuelo me has dado. Vete, di a mi madre que he salido. Voy a confesarme con fray Lorenzo, por el enojo que he dado a mi padre.

AMA.-Obras con buen seso. (Vase.)

JULIETA.-¡Infame vieja! ¡Aborto de los infiernos! ¿Cuál es mayor pecado en ti: querer hacerme perjura, o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pusiste por las nubes? Maldita sea yo si vuelvo a aconsejarme de ti. Sólo mi confesor me dará amparo y consuelo, a lo menos fuerzas para morir.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Celda de Fray Lorenzo

(FRAY LORENZO y PARIS)

FRAY LORENZO.- ¿El jueves dices? Pronto es.

PARIS.- Así lo quiere Capuleto, y yo lo deseo también.

FRAY LORENZO.- ¿Y todavía no sabéis si la novia os quiere? Mala manera es ésa de hacer las cosas, a mi juicio.

PARIS.- Ella no hace más que llorar por Teobaldo y no tiene tiempo para pensar en amores, porque el amor huye de los duelos. A su padre le acongoja el que ella se angustie tanto, y por eso quiere hacer la boda cuanto antes, para atajar ese diluvio de lágrimas, que pudiera parecer mal a las gentes. Esa es la razón de que nos apresuremos.

FRAY LORENZO (Aparte).- ¡Ojalá no supiera yo las verdaderas causas de la tardanza! Conde Paris, he aquí la dama que viene a mi celda.

PARIS.- Bien hallada, señora y esposa mía.

JULIETA.- Lo seré cuando me case.

PARIS.- Eso será muy pronto: el jueves.

JULIETA.- Será lo que sea.

PARIS.- Claro es. ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA.- Con vos me confesaría si os respondiera.

PARIS.- No me neguéis que me amáis.

JULIETA.- No os negaré que quiero al padre.

PARIS.- Y le confesaréis que me tenéis cariño.

JULIETA.- Más valdría tal confesión a espaldas vuestras, que cara a cara.

PARIS.- Las lágrimas marchitan vuestro rostro.

JULIETA.- Poco hacen mis lágrimas: no valía mucho mi rostro antes que ellas le ajasen.

PARIS.- Más la ofenden esas palabras que vuestro llanto.

JULIETA.- Señor, en la verdad no hay injuria, y más si se dice frente a frente.

PARIS.- Mío es ese rostro del cual decís mal.

JULIETA.- Vuestro será quizá, puesto que ya no es mío. Padre, ¿podéis oírme en confesión, o volveré al Avemaría?

FRAY LORENZO.- Pobre niña, dispuesto estoy a oírte ahora. Dejados solos, conde.

PARIS.- No seré yo quien ponga obstáculos a tal devoción. Julieta, adiós. El jueves muy temprano te despertaré. (Vase.)

JULIETA.- Cerrad la puerta, padre, y venid a llorar conmigo: ya no hay esperanza ni remedio.

FRAY LORENZO.- Julieta, ya sé cuál es tu angustia, y también -- ella me tiene sin alma. Sé que el jueves quieren casarte con el Conde.

JULIETA.- Padre, no me digáis que dicen tal cosa, si al mismo tiempo no discurrís, en vuestra sabiduría y prudencia, algún modo de evitarlo. Y si vos no me consoláis, yo con un puñal sabré remediarme. Vos, en nombre del Señor, juntasteis mi mano con la de Romeo, y antes que esta mano, donde fue por vos estampado su sello, consienta en otra unión, o yo mancille su fe, -- matarános este hierro. Aconsejadme bien, o el hierro sentenciará el pleito que ni vuestras canas ni vuestra ciencia saben resolver. No os detengáis; respondedme o muero.

FRAY LORENZO.- Hija mía, detente. Aún veo una esperanza, pero -- tan remota y tan violenta, como es violenta tu situación actual. Pero ya que prefieres la muerte a la boda con Paris, pasarás -- por algo que se parezca a la muerte. Si te atreves a hacerlo, -- yo te daré el remedio.

JULIETA.- Padre, a trueque de no casarme con Paris, mandadme -- que me arroje de lo alto de una torre, que recorra un camino infestado por bandoleros, que habite y duerma entre sierpes y -- osos, o en un cementerio, entre huesos humanos que crujan por -- la noche y amarillas calaveras, o enterradme con un cadáver reciente. Todo lo haré, por terrible que sea, antes que ser infiel al juramento que hice a Romeo.

FRAY LORENZO.- Bien: vete a tu casa, fingete alegre: di que te casarás con Paris. Mañana es miércoles: por la noche quédate -- sola, sin que te acompañe ni siquiera tu ama, y cuando estés -- acostada, bebe el licor que te doy en esta ampolleta. Un sueño frío embargará tus miembros. No pulsarás ni alentarás, ni darás señal alguna de vida. Huirá el color de tus rosados labios y -- mejillas, y le sucederá una palidez térrea. Tus párpados se -- cerrarán como puertas de la muerte que excluyen la luz del día, y tu cuerpo quedará rígido, inmóvil, frío como el mármol de un sepulcro. Así permanecerás cuarenta y dos horas justas, y entonces despertarás como de un apacible sueño. A la mañana anterior habrá venido el novio a despertarte, te habrá creído muerta, y ataviándose, según es uso, con las mejores galas, te habrán llevado en ataúd abierto al sepulcro de los Capuletos. Durante tu sueño, yo avisaré por carta a Romeo; él vendrá en seguida, y -- velaremos juntos hasta que despiertes. Esa misma noche Romeo -- volverá contigo a Mantua. Es el único modo de salvarte del peligro actual, si un vano y mujeril temor no te detiene.

JULIETA.- Dame la ampolleta y no hablemos de temores.

FRAY LORENZO.- Tómala. Valor y fortuna. Voy a enviar a un lego con una carta a Mantua.

JULIETA.- Dios me dé valor, aunque ya le siento en mí. Adiós, padre mío.

ESCENA II

Casa de Capuleto

(CAPULETO, su MUJER, el AMA y CRIADOS)

CAPULETO (a un criado).- Convidarás a todos los que van en esta lista. Y tú buscarás veinte cocineros.

CRIADO lo.- Los buscaré tales que se chupen el dedo.

CAPULETO.- ¡Rara cualidad!

CRIADO 2o.- Nunca es bueno el cocinero que no sabe chuparse los dedos, ni traeré a nadie que no sepa.

CAPULETO.- Vete, que el tiempo apremia y nada tenemos dispuesto. ¿Fué la niña a confesarse con fray Lorenzo?

AMA.- Sí

CAPULETO.- Me alegro: quizá él pueda rendir el ánimo de esa niña mal criada.

AMA.- Vedla, qué alegre viene del convento.

CAPULETO (a Julieta).- ¿Dónde has estado, terca?

JULIETA.- En la confesión, donde me arrepentí de haberos desobedecido. Fray Lorenzo me manda que os pida perdón, postrada a vuestros pies. Así lo hago, y desde ahora prometo obedecer cuanto me mandareis.

CAPULETO.- ¡Id en busca de Paris, y que lo prevenga todo para la comida que ha de celebrarse mañana.

JULIETA.- Vi a ese caballero en la celda de fray Lorenzo, y le concedí cuanto podía concederle mi amor, sin agravio del decoro.

CAPULETO.- ¡Cuánto me alegro! Levántate: has hecho bien en todo. Quiero hablar con el Conde. (A un criado.) Dile que venga. ¡Cuánto bien hace este fraile en la ciudad!

JULIETA.- Ama, ven a mi cuarto, para que dispongamos juntas las galas de desposada.

SEÑORA DE CAPULETO.- No, eso debe hacerse el jueves; todavía hay tiempo.

CAPULETO.- No, ahora, ahora; mañana temprano a la iglesia. (Se van Julieta y el ama.)

SEÑORA DE CAPULETO.- Apenas nos queda tiempo. Es de noche.

CAPULETO.- Todo se hará, esposa mía. Ayuda a Julieta a vestirse. Yo no me acostaré, y por esta vez seré guardián de la casa. ¿Qué es eso? ¿Todos los criados han salido? Voy yo mismo en busca de Paris para avisarle que mañana es la boda. Este cambio de voluntad me da fuerzas y mocedad nueva.

ESCENA III

Habitación de Julieta

(JULIETA y SU MADRE)

JULIETA.- Sí, ama, sí; este traje está mejor, pero yo quisiera quedarme sola esta noche, para pedir a Dios en devotas oraciones que me ilumine y guíe en estado tan lleno de peligros. (Entra la señora de Capuleto.)

SEÑORA DE CAPULETO.- Bien trabajáis. ¿Queréis que os ayude?

JULIETA.- No, madre. Ya estarán escogidas las galas que he de vestirme mañana. Ahora quisiera que me dejaseis sola, y que el ama se velase en vuestra compañía, porque es poco el tiempo y falta mucho que disponer.

SEÑORA DE CAPULETO.- Buenas noches, hija. Vete a descansar, que falta te hace. (Vase.)

JULIETA.- ¡Adiós! ¡Quién sabe si volveremos a vernos! Un miedo he lado corre por mis venas y casi apaga en mí el aliento vital. -- ¿Les diré que vuelvan? Ama... Pero ¿a qué es llamarla? Yo sola debo representar esta tragedia. Ven a mis manos, ampolla. Y si este licor no produjese su efecto, ¿tendría yo que ser esposa del Conde? No, no, jamás; tú sabrás impedirlo. Aquí, aquí le tengo guardado. (Señalando el puñal.) ¿Y si este licor fuera un veneno preparado por el fraile para matarme y eludir su responsabilidad por haberme casado con Romeo? Pero mi temor es vano. ¡Si dicen que es un santo! ¡Lejos de mí tan ruines pensamientos! ¿Y si me despierto encerrada en el ataúd, antes que vuelva Romeo? ¡Qué horror! En aquel estrecho recinto, sin luz, sin aire... me voy a ahogar antes que él liegue. Y la espantosa imagen de la muerte... y la noche... y el horror del sitio... la tumba de mis mayores... aquellos huesos amontonados por tantos siglos... el cuerpo de Teobaldo que está en putrefacción muy cerca de allí... los espíritus que, según dicen, interrumpen... de noche, el silencio de aquella soledad... ¡Ay, Dios mío! ¿no será fácil que al despertarme, respirando aquellos miasmas, oyendo aquellos lúgubres gemidos que suelen entorpecer a los mortales, aquellos gritos semejantes a las quejas de la mandrágora cuando se le arranca del suelo... no es fácil que yo pierda la razón, y empiece a jugar en mi locura con los huesos de mis antepasados, o a despojar de su velo funeral el cadáver de Teobaldo, o a machacarme el cráneo con los pedazos del esqueleto de alguno de mis ilustres mayores? Ved... Es la sombra de mi primo que viene con el acero desnudo, buscando a su matador Romeo. ¡Detente, Teobaldo! ¡A la salud de Romeo! (Bebe.)

ESCENA IV

Casa de Capuleto

(La SEÑORA y el AMA)

SEÑORA DE CAPULETO.- Toma las llaves: tráeme más especias.

AMA.- Ahora piden clavos y dátiles.

CAPULETO.- (Que entra.) Vamos, no os detengáis, que ya ha sonado por segunda vez el canto del gallo. Ya tocan a maitines. Son las tres. Tú, Angela, cuida de los pasteles y no reparéis en el gasto.

AMA.- Idos a dormir, señor impertinente. De seguro que por pasar la noche en vela, amanecéis enfermo mañana.

CAPULETO.- ¡Qué bobería! Muchas noches he pasado en vela sin tanto motivo, y nunca he enfermado.

SEÑORA DE CAPULETO.- Sí, buen ratón fuiste en otros tiempos. Ahora ya velo yo, para evitar tus veladas.

CAPULETO.- ¡Ahora celos! ¿Qué es lo que traes, muchacho?

CRIADO lo. El cocinero lo pide. No sé lo que es.

CAPULETO.- Vete corriendo, busca leña seca. Pedro te dirá dónde puedes encontrarla.

CRIADO lo.- Yo la encontraré, no necesito molestar a Pedro. (Se van.)

CAPULETO.- Dice bien, a fe mía. ¡Es gracioso ese galopín! Por vida mía. Ya amanece. Pronto llegará Paris con música, según anunció. ¡Ahí está! ¡Ama, mujer mía, venid aprisa! (Suena música.) (Al ama.) Vete, despierta y viste a Julieta, mientras yo hablo con Paris. Y no te detengas mucho, que el novio llega. No te detengas.

ESCENA V

Aposento de Julieta. Esta, en el lecho

(EL AMA y la SEÑORA)

AMA.- ¡Señorita, señorita! ¡Cómo duerme! ¡Señorita, novia, cordero mío! ¿No despiertas? Haces bien: duerme para ocho días, que mañana ya se encargará Paris de no dejarte dormir. ¡Válgame Dios, y cómo duerme! Pero es necesario despertarla. ¡Señorita, señorita! No falta más sino que venga el Conde y te halle en la cama. Bien te asustarías. Dime, ¿no es verdad? ¿Vestida estás, y te volviste a acostar? ¿Cómo es esto? ¡Señorita, señorita!... ¡Válgame Dios! ¡Socorro, que mi ama se ha muerto! ¿Por qué he vivido yo para ver esto? Maldita sea la hora en que nací. ¡Esencias, pronto! ¡Señor, señora, acudid!

SEÑORA DE CAPULETO. O (Entrando.) ¿Por qué tal alboroto?

AMA.- ¡Día aciago!

SEÑORA DE CAPULETO.- ¿Qué sucede?

AMA.- Ved, ved. ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO.- ¡Dios mío, Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Vida mía! Abre los ojos, o déjame morir contigo. ¡Favor, favor! (Entra Capuleto.)

CAPULETO.- ¿No os da vergüenza? Ya debía de haber salido Julieta. Su novio la está esperando.

AMA.- ¡Si está muerta! ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO.- ¡Aciago día! ¡Muerta, muerta!

CAPULETO.- ¡Dejádmela ver! ¡Oh, Dios, qué espanto! ¡Helada su sangre, rígidos sus miembros! ¡Huyó la rosa de sus labios! ¡Yace tronchada como la flor por prematura y repentina escarcha! ¡Hora infeliz!

AMA.- ¡Día maldito!

SEÑORA DE CAPULETO.- ¡Aciago día!

CAPULETO.- La muerte que fiero la arrebató, traba mi lengua e impide mis palabras. (Entran Fray Lorenzo, Paris y músicos.)

FRAY LORENZO.- ¿Cuándo puede ir la novia a la iglesia?

CAPULETO.- Sí irá, pero para quedarse allí. En vísperas de boda, hijo mío, vino la muerte a llevarse a tu esposa, flor que deshojó inclemente la Parca. Mi yerno y mi heredero es el sepulcro: él se ha desposado con mi hija. Yo moriré también y él heredará todo lo poco que poseo.

PARIS.- ¡Yo que tanto deseaba ver este día, y ahora es tal vista la que me ofrece!

SEÑORA DE CAPULETO.- ¡Infeliz, maldito, aciago día! ¡Hora la más terrible que en su dura peregrinación ha visto el tiempo! ¡Una hija sola! ¡Una hija sola, y la muerte me la lleva! ¡Mi esperanza, mi consuelo, mi ventura!...

AMA.- ¡Día aciago y horroroso, el más negro que he visto nunca! ¡El más horrendo que ha visto el mundo! ¡Aciago día!

PARIS.- ¡Y yo burlado, herido, descasado, atormentado! ¡Cómo te mofas de mí, cómo me conculcas a tus plantas, fiera muerte! ¡Ella, mi amor, mi vida, muerta ya!

CAPULETO.- ¡Y yo despreciado, abatido, muerto! Tiempo cruel, ¿por qué viniste con pasos tan callados a turbar la alegría de nuestra fiesta? ¡Hija mía, que más que mi hija era mi alma! ¡Muerta, muerta, mi encanto, mi tesoro!

FRAY LORENZO.- Callad, que no es la queja remedio del dolor. Antes vos y el cielo poseáis a esa doncella: ahora el cielo sólo la posee, y en ello gana la doncella. No pudisteis arrancar vuestra parte a la muerte. El cielo guarda para siempre la suya. ¿No queríais verla honrada y ensalzada? ¿Pues a qué vuestro llanto, cuando Dios la ensalza y encumbra más allá del firmamento? No amáis a vuestra hija tanto como la ama Dios. La mejor esposa no es la que más vive en el mundo, sino la que muere joven y recién casada. Detened vuestros tras lágrimas. Cubrid su cadáver de romero y llevadla a la iglesia según costumbre, ataviada con sus mejores galas. La naturaleza nos obliga al dolor, pero la razón se ríe.

CAPULETO.- Los preparativos de una fiesta se convierten en los de un entierro: nuestras alegres músicas en solemne doblar de campanas: el festín en comida funeral: los himnos en trenos: las flores en adornos de ataúd... todo en su contrario.

FRAY LORENZO.- Retiraos, señor, y vos, señora, y vos, conde Paris. Preparense todos a enterrar este cadáver. Sin duda el cielo está enojado con vosotros. Ved si con paciencia y mansedumbre lográis desarmar su cólera. (Vanse.)

MUSICO 1o.- Recojamos los instrumentos, y vámonos.

AMA.- Recogedlos, sí, buena gente. Ya veis que el caso no es para música.

MUSICO 1o.- Más alegre podía ser. (Entra Pedro)

PEDRO.- ¡Oh, músicos, músicos! "La paz del corazón" "La paz del corazón" Tocad por vida mía "La paz del corazón".

MUSICO 1o.- ¿Y por qué "la paz del corazón"?

PEDRO.- ¡Oh, músicos! porque mi corazón está tañendo siempre "mi dolorido corazón". Cantad una canción alegre, para que yo me distraiga.

MUSICO 1o.- No es ésta ocasión de canciones.

PEDRO.- ¿Y por qué no?

MUSICO 1o.- Claro que no.

PEDRO.- Pues entonces yo os voy a dar de veras.

MUSICO 1o.- ¿Qué nos darás?

PEDRO.- No dinero ciertamente, pues soy un pobre lacayo, pero os daré que sentir.

MUSICO 1o.- ¡Vaya con el lacayo!

PEDRO.- Pues el cuchillo del lacayo os marcará cuatro puntos en la cara. ¿Venirme a mí con corchetes y bemoles? Yo os enseñaré la solfa.

MUSICO 1o.- Y vos la notaréis, si queréis enseñárnosla.

MUSICO 2o.- Envainad la daga y sacad a plaza vuestro ingenio.

PEDRO.- Con mi ingenio más agudo que un puñal os traspasaré, y por ahora envaino la daga. Respondedme finalmente: "La música argentina", ¿y qué quiere decir "la música argentina"? ¿Por qué ha de ser argentina la música? ¿Qué dices a esto, Simón Bordon?

MUSICO 1o.- ¡Toma! Porque el sonido de la plata es dulce.

PEDRO.- Está bien, ¿y vos, Hugo Rabel, qué decís a esto?

MUSICO 2o.- Yo digo "música argentina", porque el son de la plata hace tañer a los músicos.

PEDRO.- Tampoco está mal. ¿Y qué dices tú, Jaime Clavija?

MUSICO 3o.- Ciertamente que no sé qué decir.

PEDRO.- Os pido que me perdonéis la pregunta. Verdad es que sois el cantor. Se dice "música argentina", porque a músicos de vuestra calaña nadie los paga con oro cuando tocan.

MUSICO 1o.- Este hombre es un pícaro.

MUSICO 2o.- Así sea su fin. Vamos allá a aguardar la comitiva fúnebre, y luego a comer.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Calle de Mantua

(ROMEO y BALTAŠAR)

ROMEO.- Si hemos de confiar en un dulce y agradable sueño, alguna gran felicidad me espera. Desde la aurora pensamientos de dicha -- agitan mi corazón, rey de mi pecho, y como que me dan alas para -- huir de la tierra. Soñe con mi esposa y que me encontraba muerto. ¡Raro fenómeno: que piense un cadáver! Pero con sus besos me hubiera trocado por un emperador. ¡Oh, cuán dulces serán las realidades del amor, cuando tanto lo son las sombras! (Entra Baltasar.) ¿Traes alguna nueva de Verona? ¿Te ha dado Fray Lorenzo alguna carta para mí? ¿Cómo está mi padre? ¿Y Julieta? Nada malo puede sucederme si ella está buena.

BALTAŠAR.- Pues ya nada malo puede sucederte, porque su cuerpo reposa en el sepulcro, y su alma está con los ángeles. Yace en el panteón de su familia. Y perdonadme que tan pronto haya venido a traeros tan mala noticia, pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

ROMEO.- ¿Será verdad? ¡Cielo cruel, yo desafío tu poder! Dadme papel y plumas. Busca esta tarde caballos, y vámonos a Verona esta -- noche.

BALTAŠAR.- Señor, dejadme acompañaros, porque vuestra horrible palidez me anuncia algún mal suceso.

ROMEO.- Nada de eso. Déjame en paz y obedece. ¿No traes para mí -- carta de Fray Lorenzo?

BALTAŠAR.- Ninguna.

ROMEO.- Lo mismo da. Busca en seguida caballos, y en marcha. (Se va Baltasar.) Sí, Julieta, esta noche descansaremos juntos. ¿Pero cómo? ¡Ah, infierno, cuán presto vienes en ayuda de un ánimo desesperado! Ahora me acuerdo que cerca de aquí vive un boticario de torvo ceño y mala catadura, gran herbolario de yerbas medicinales. El hambre le ha convertido en esqueleto. Del techo de su lóbrega covacha tiene colgados una tortuga, un cocodrilo y varias pieles de forrados peces; y en cajas amontonadas, frascos vacíos y verdosos, viejas semillas, cuerdas de bramante, todo muy separado para aparentar más. Yo, al ver tal miseria, he pensado que aunque está prohibido, so pena de muerte, el despachar veneno, quizá este infeliz, si se lo pagaran, lo vendería. Bien lo pensé, y ahora voy a ejecutarlo. Cerrada tiene la botica. ¡Hola, eh! (Sale el Boticario.)

BOTICARIO.- ¿Quién grita?

ROMEO.- Oye. Tu pobreza es manifiesta. Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo que, apenas circule por las venas, extinga el aliento vital tan rápidamente como una bala de cañón.

BOTICARIO.- Tengo esos venenos, pero las leyes de Mantua condenan a muerte al que los venda.

ROMEO.- Y en tu pobreza extrema ¿qué te importa la muerte? Bien clara se ve el hambre en tu rostro, y la tristeza y la desesperación. ¿Tiene el mundo alguna ley para hacerte rico? Si quieres salir de -- pobreza, rompe la ley y recibe mi dinero.

BOTICARIO.- Mi pobreza lo recibe, no mi voluntad.

ROMEO.- Yo no pago tu voluntad, sino tu pobreza.

BOTICARIO.- Este es el ingrediente: desleídllo en agua o en un licor cualquiera, bebedlo y caeréis muerto en seguida, aunque tengáis la fuerza de veinte hombres.

ROMEO.- Recibe tú el dinero. El es la verdadera ponzoña, engendrada de más asesinatos que todos los venenos que no debes vender. La venta la he hecho yo, no tú. Adiós: compra pan y cúbrete. No un veneno, sino una bebida consoladora llevo conmigo al sepulcro de Julieta.

ESCENA II

Celda de fray Lorenzo

(FRAY JUAN y FRAY LORENZO)

FRAY JUAN.- ¡Hermano mío, santo varón!

FRAY LORENZO.- Sin duda es Fray Juan el que me llama. Bien venido seáis de Mantua; ¿qué dice Romeo? Dadme su carta, si es que traéis alguna.

FRAY JUAN.- Busqué a un fraile descalzo de nuestra orden para que me acompañara. Al fin le encontré, curando enfermos. La ronda, al vernos salir de una casa, temió que en ella hubiese peste. Sellaron las puertas y no nos dejaron salir. Por eso se desbarató el -- viaje a Mantua.

FRAY LORENZO.- ¿Y quién llevó la carta a Romeo?

FRAY JUAN.- Nadie: aquí está. No pude encontrar siquiera quién os la devolviese. Tal miedo tenían todos a la peste.

FRAY LORENZO.- ¡Qué desgracia! ¡Por vida de mi padre San Francisco! Y no era carta inútil, sino con nuevas de grande importancia. Puede ser muy funesto el retardo. Fray Juan, búscame en seguida un azadón y llévale a mi celda.

FRAY JUAN.- En seguida, hermano. (Vase.)

FRAY LORENZO.- Sólo tengo que ir al cementerio, porque dentro de -- tres horas ha de despertar la hermosa Julieta de su desmayo. Mucho se enojará conmigo porque no di oportunamente aviso a Romeo. Volveré a escribir a Mantua, y entre tanto la tendré en mi celda esperando a Romeo. ¡Pobre cadáver vivo encerrado en la cárcel de un muerto!

ESCENA III

Cementerio, con el panteón de los Capuletos.

(PARIS y un PAJE con flores y antorchas)

PARIS.- Dame una tea. Apartate: no quiero ser visto. Ponte al pie -- de aquel arbusto y estate con el oído fijo en la tierra, para que -- nadie huelle el movedizo suelo del cementerio, sin notarlo yo. Apenas sientas a alguno, da un silbido. Dame las flores y obedece.

PAJE.- Así lo haré; (aparte) aunque mucho temor me da el quedarme -- solo en este cementerio.

PARIS.- Vengo a cubrir de flores el lecho nupcial de la flor más -- hermosa que salió de las manos de Dios. Hermosa Julieta, que moras entre los coros de los ángeles, recibe este mi postrer recuerdo. -- Viva, te amé: muerta, vengo a adornar con tristes ofrendas tu sepulcro. (El paje silba.) Siento, la señal del paje: alguien se acerca. ¿Qué pie infernal es el que se llega de noche a interrumpir mis pidosos ritos? ¡Y trae una tea encendida! ¡Noche, cúbreme con tu manto! (Entran Romeo y Baltasar)

ROMEO.- Dame ese azadón y esa palanca. Toma esta carta. Apenas amanezca, procurarás que la reciba Fray Lorenzo. Dame la luz, y si en algo estimas la vida, nada te importe lo que veas u oigas, ni quieras estorbarme en -- nada. La principal razón que aquí me trae no es ver por última vez el -- rostro de mi amada, sino apoderarme del anillo nupcial que aún tiene en su dedo, y llevarle siempre como prenda de amor. Aléjate pues. Y si la -- curiosidad te mueve a seguir mis pasos, júrote que he de hacerte trizas, y esparcir tus miembros desgarrados por todos los rincones de este cementerio. Más negras y feroces son mis intenciones, que tigres hambrientos -- o mares alborotadas.

BALTASAR.- En nada pienso estorbaros, señor.

ROMEO.- Es la mejor prueba de amistad que puedes darme. Toma, y sé feliz, amigo mío.

BALTASAR.- (Aparte.) Pues, a pesar de todo, voy a observar lo que hace; -- porque su rostro y sus palabras me espantan.

ROMEO.- ¡Abominable seno de la muerte, que has devorado la mejor prenda de la tierra, aún has de tener mayor alimento! (Abre las puertas del -- sepulcro.)

PARIS.- Este es Montesco, el atrevido desterrado, el asesino de Teobaldo, del primo de mi dama, que por eso murió de pena, según dicen. Sin -- duda ha venido aquí a profanar los cadáveres. Voy a atajarle en su diabólico intento. Cesa, infame Montesco; ¿no basta la muerte a detener tu venganza y tus furros? ¿Por qué no te rindes, malvado proscrito? Sígueme, que has de morir.

ROMEO.- Sí, a morir vengo. Noble joven, no tientes a quien viene ciego -- y desalentado. Huye de mí, déjame; acuérdate de los que fueron y no son. Acuérdate y tiembla, no me provoques más, joven insensato. Por Dios te -- lo suplico. No quieras añadir un nuevo pecado a los que abruman mi cabeza. Te quiero más que lo que tú puedes quererte. He venido a luchar conmigo mismo. Huye, si quieres salvar la vida, y agradece el consejo de un loco.

PARIS.- ¡Vil desterrado, en vano son esas súplicas!

ROMEO.- ¿Te empeñas en provocarme? Pues muere. . . (Pelean.)

PAJE.- ¡Ay, Dios! Pelean: voy a pedir socorro. (Vase. Caer herido Paris.)

PARIS.- ¡Ay de mí, muerto soy! Si tienes lástima de mí, ponme en el se-- pulcro de Julieta.

ROMEO.- Sí que lo haré. Veámosle el rostro. ¡El pariente de Mercutio, el conde Paris! Al tiempo de montar a caballo, ¿no oí, como entre sombras, -- decir a mi escudero que iban a casarse Paris y Julieta? ¿Fue realidad o sueño? ¿O es que estaba yo loco y creí que me hablaban de Julieta? Tu -- nombre está escrito con el mío en el sangriento libro del destino. Triunfal sepulcro te espera: ¿Qué digo sepulcro? Morada de luz, pobre joven. Allí duerme Julieta, y ella basta para dar luz y hermosura al mausoleo. Yace tú a su lado: un muerto es quien te entierra. Cuando el moribundo -- se acerca al trance final, suele reanimarse, y a esto lo llaman el último destello. Esposa mía, amor mío, la muerte que ajó el néctar de tus -- labios, no ha podido vencer del todo su hermosura. Todavía irradia en -- tus ojos y en tu semblante, donde aún no ha podido desplegar la muerte su odiosa bandera. Ahora quiero calmar la sombra de Teobaldo, que yace -- en ese sepulcro. La misma mano que cortó tu vida, va a cortar la de tu enemigo. Julieta, ¿por qué estás aún tan hermosa?

148.

¿Será que el descarnado monstruo te ofrece sus amores y te quiere para su dama? Para impedirlo, dormiré contigo en esta sombría gruta de la noche, en compañía de esos gusanos, que son hoy tus únicas doncellas. Este será mi eterno reposo. Aquí descansará mi cuerpo, libre de la fatídica ley de los astros. Recibe tú la última mirada de mis ojos, el último abrazo de mis brazos, el último beso de mis labios, puertitas de la vida, que vienen a sellar mi eterno contrato con la muerte. Ven, áspero y vencedor piloto: mi nave, harta de combatir con las olas, quiere quebrantarse en los peñascos. Brindemos por mi dama. ¡Oh, cuán portentosos son los efectos de tu bálsamo, alquimista veraz! Así, con este beso. . . muero. (Cae. Llega Fray Lorenzo.)

FRAY LORENZO.- ¡Por San Francisco y mi santo hábito! ¡Esta noche mi -- viejo pie viene tropezando en todos los sepulcros! ¿Quién a tales horas interrumpe el silencio de los muertos?

BALTASAR.- Un amigo vuestro, y de todas veras.

FRAY LORENZO.- Con bien seas. ¿Y para qué sirve aquella luz, ocupada en alumbrar a gusanos y calaveras? Me parece que está encendida en el monumento de los Capuletos.

BALTASAR.- Verdad es, padre mío, y allí se encuentra mi amo, a quien -- tanto queréis.

FRAY LORENZO.- ¿De quién hablas?

BALTASAR.- De Romeo

FRAY LORENZO.- ¿Y cuánto tiempo hace que ha venido?

BALTASAR.- Una media hora.

FRAY LORENZO.- Sígueme.

BALTASAR.- ¿Y cómo, padre, si mi amo cree que no estoy aquí, y me ha -- amenazado con la muerte si yo le seguía?

FRAY LORENZO.- Pues quédate e iré yo solo. ¡Dios mío! Alguna catástrofe temo.

BALTASAR.- Dormido al pie de aquel arbusto, soñé que mi Señor mataba a otro en desafío.

FRAY LORENZO.- ¡Romeo! Pero ¡Dios mío! ¿qué sangre es ésta en las gradas del monumento? ¿Qué espadas éstas sin dueño, y tintas todavía de -- sangre? (Entra en el sepulcro.) ¡Romeo! ¡Pálido está como la muerte! ¡Y Paris cubierto de sangre! . . . La doncella se mueve. (Despierta Julieta.)

JULIETA.- Padre, ¿Dónde está mi esposo? Ya recuerdo dónde debía yo estar y allí estoy. Pero ¿dónde está Romeo, padre mío?

FRAY LORENZO.- Oigo ruido. Deja tú pronto ese foco de infección, ese -- lecho de fingida muerte. La suprema voluntad de Dios ha venido a desbaratar mis planes. Sígueme a un devoto convento y nada más me digas, por que la gente se acerca. Sígueme, Julieta, que no podemos detenernos -- aquí. (Vase)

JULIETA.- Yo aquí me quedaré. ¡Esposo mío! Mas ¿qué veo? Una copa tiene en las manos. Con veneno ha apresurado su muerte. ¡Cruel! no me dejó ni una gota que beber. Pero besaré tus labios que quizá contienen -- algún resabio del veneno. El me matará y me salvará. (Le besa.) Aún siento el calor de sus labios.

ALGUACIL Io.- (Dentro.) ¿Dónde está? Guíadme.

JULIETA.- Siento pasos. Necesario es abreviar. (Coge el puñal de Romeo.) ¡Dulce hierro, descansa en mi corazón, mientras yo muero! (Se hiere y -- cae sobre el cuerpo de Romeo. Entran la ronda y el paje de Paris.)

PAJE.- Aquí es donde brillaba la luz.

ALGUACIL Io.- Recorred el cementerio. Huellas de sangre hay. Prended a -- todos los que encontréis.

¡Horrenda vista! Muerto Paris, y Julieta, a quien hace dos días enterramos por muerta, se está desangrando, caliente todavía. Llamad al Príncipe, y a los Capuletos y a los Montescos. Sólo vemos cadáveres, pero no -- podemos atinar con la causa de su muerte. (Traen algunos a Baltasar.)

ALGUACIL 2o.- Este es el escudero de Romeo, y aquí le hemos encontrado.

ALGUACIL Io.- Esperemos la llegada del Príncipe. (Entran otros con Fray -- Lorenzo.)

ALGUACIL 3o.- Tembloroso y suspirando hemos hallado a este fraile cargado con una palanca y un azadón; salía del cementerio.

ALGUACIL Io.- Sospechoso es todo eso: detengámosle. (Llegan el Príncipe y sus guardas.)

PRINCIPE.- ¿Qué ha ocurrido para despertarme tan de madrugada? (Entran Capuleto, su mujer, etc.)

CAPULETO.- ¿Qué gritos son los que suenan por esas calles?

SEÑORA CAPULETO.- Unos dicen "Julieta", otros "Romeo", otros "Paris", y todos corriendo y dando gritos, se agolpan al cementerio.

PRINCIPE.- ¿Qué historia horrenda y peregrina es ésta?

ALGUACIL Io.- Príncipe, ved. Aquí están el conde Paris y Romeo, violentamente muertos; y Julieta, caliente todavía y desangrándose.

PRINCIPE.- ¿Averiguasteis la causa de estos delitos?

ALGUACIL Io.- Sólo hemos hallado a un fraile y al paje de Romeo cargados con picos y azadones propios para levantar la losa de un sepulcro.

CAPULETO.- ¡Dios mío! Esposa mía, ¿no ves correr la sangre de nuestra -- hija? Ese puñal ha errado el camino: debía haberse clavado en el pecho -- del Montesco y no en el de nuestra inocente hija.

SEÑORA CAPULETO.- ¡Dios mío! siento el toque de las campanas que gufan -- mi vejez al sepulcro. (Llegan Montesco y otros.)

PRINCIPE.- Mucho has amanecido, Montesco, pero mucho antes cayó tu primo -- génito.

MONTESCO.- ¡Poder de lo alto! Ayer falleció mi mujer de pena por el des -- tierro de mi hijo. ¿Hay reservada alguna pena más para mi triste vejez?

PRINCIPE.- Tú mismo puedes verla.

MONTESCO.- ¿Por qué tanta descortesía, hijo mío? ¿Por qué te atreviste a -- ir al sepulcro antes que tu padre?

PRINCIPE.- Contened por un momento vuestro llanto, mientras busco la fuen -- te de estas desdichas. Luego procuraré consolaros o acompañaros hasta la muerte.

Callad entre tanto: la paciencia contenga un momento al dolor.
Traed acá a esos presos.

FRAY LORENZO.- Yo, el más humilde y a la vez el más respetable por mi estado sacerdotal; pero el más sospechoso por la hora y el lugar, voy a acusarme y a defenderme al mismo tiempo.

PRINCIPE.- Decidnos lo que sepáis.

FRAY LORENZO.- Lo diré brevemente, porque la corta vida que me queda no consiente largas relaciones. Romeo se había desposado con Julieta. Yo los casé y el mismo día murió Teobaldo. Esta muerte fue causa del destierro del desposado y del dolor de Julieta. Vos creísteis mitigar le, casándola con Paris. En seguida vino a mi celda, y loca y ciega me rogó que buscara una manera de impedir esta segunda boda, porque si no iba a matarse en mi presencia. Yo le di un narcótico preparado por mí, cuyos efectos simulaban la muerte, y avisé a Romeo por una carta, que viniese esta noche (en que ella despertaría) a ayudarme a desenterrarla. Fray Juan, a quien entregué la carta, no pudo salir de Verona, por súbito accidente. Entonces me vine yo solo a la hora prevista, para sacarla del mausoleo y llevarla a mi convento, donde esperaba a su marido. Pero cuando llegué, pocos momentos antes de que ella despertara, hallé muertos a Paris y a Romeo. Despertó ella, y le rogué por Dios que me siguiese y respetara la voluntad suprema. Ella, desesperada, no me siguió, y a lo que parece, se ha dado la muerte. Hasta aquí sé. Del casamiento puede dar testimonio su ama. Y si yo delinquí en algo, dispuesto estoy a sacrificar mi vida al fallo de la ley, que sólo en pocas horas podrá adelantar mi muerte.

PRINCIPE.- Siempre os hemos tenido por varón santo y de virtudes. Oigamos ahora al criado de Romeo.

BALTASAR.- Yo di a mi amo noticia de la muerte de Julieta. A toda prisa salimos de Mantua y llegamos a este cementerio. Me dio una carta para su padre, y se entró en el sepulcro desatentado y fuera de sí, amenazándome con la muerte si en algo yo le resistía.

PRINCIPE.- Quiero la carta, ¿y dónde está el paje que llamó a la ronda?

PAJE.- Mi amo vino a derramar flores sobre el sepulcro de Julieta. Yo me quedé cerca de allí, según sus órdenes. Llegó un caballero y quiso entrar en el panteón. Mi amo se lo estorbó, riñeron, y yo fui corriendo a pedir auxilio.

PRINCIPE.- Esta carta confirma las palabras de este bendito fraile. En ella habla Romeo de su amor y de su muerte: dice que compró veneno a un boticario de Mantua, y que quiso morir y descansar con su Julieta. ¡Capuletos, Montescos, ésta es la maldición divina que cae sobre vuestros rencores! No tolera el cielo dicha en vosotros, y yo pierdo por causa vuestra dos parientes. A todos alcanza hoy el castigo de Dios.

CAPULETO.- Montesco, dame tu mano, el dote de mi hija: más que esto no puede pedir tu hermano.

MONTESCO.- Y aún te daré más. Prometo hacer una estatua de oro de la hermosa Julieta, y tal que asombre a la ciudad.

CAPULETO.- Y a su lado haré yo otra igual para Romeo.

PRINCIPE.- ¡Tardía amistad y reconciliación que alumbró un sol bien triste! Seguidme, aún hay que hacer más: premiar a unos y castigar a otros. Triste historia es la de Julieta y Romeo.

Miguel de Cervantes Saavedra

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(Capítulos Seleccionados)

JUAN III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Callad entre tanto: la paciencia contenga un momento al dolor.
Traed acá a esos presos.

FRAY LORENZO.- Yo, el más humilde y a la vez el más respetable por mi estado sacerdotal; pero el más sospechoso por la hora y el lugar, voy a acusarme y a defenderme al mismo tiempo.

PRINCIPE.- Decidnos lo que sepáis.

FRAY LORENZO.- Lo diré brevemente, porque la corta vida que me queda no consiente largas relaciones. Romeo se había desposado con Julieta. Yo los casé y el mismo día murió Teobaldo. Esta muerte fue causa del destierro del desposado y del dolor de Julieta. Vos creísteis mitigar le, casándola con Paris. En seguida vino a mi celda, y loca y ciega me rogó que buscara una manera de impedir esta segunda boda, porque si no iba a matarse en mi presencia. Yo le di un narcótico preparado por mí, cuyos efectos simulaban la muerte, y avisé a Romeo por una carta, que viniese esta noche (en que ella despertaría) a ayudarme a desenterrarla. Fray Juan, a quien entregué la carta, no pudo salir de Verona, por súbito accidente. Entonces me vine yo solo a la hora prevista, para sacarla del mausoleo y llevarla a mi convento, donde esperaba a su marido. Pero cuando llegué, pocos momentos antes de que ella despertara, hallé muertos a Paris y a Romeo. Despertó ella, y le rogué por Dios que me siguiese y respetara la voluntad suprema. Ella, desesperada, no me siguió, y a lo que parece, se ha dado la muerte. Hasta aquí sé. Del casamiento puede dar testimonio su ama. Y si yo delinquí en algo, dispuesto estoy a sacrificar mi vida al fallo de la ley, que sólo en pocas horas podrá adelantar mi muerte.

PRINCIPE.- Siempre os hemos tenido por varón santo y de virtudes. Oigamos ahora al criado de Romeo.

BALTASAR.- Yo di a mi amo noticia de la muerte de Julieta. A toda prisa salimos de Mantua y llegamos a este cementerio. Me dio una carta para su padre, y se entró en el sepulcro desatentado y fuera de sí, amenazándome con la muerte si en algo yo le resistía.

PRINCIPE.- Quiero la carta, ¿y dónde está el paje que llamó a la ronda?

PAJE.- Mi amo vino a derramar flores sobre el sepulcro de Julieta. Yo me quedé cerca de allí, según sus órdenes. Llegó un caballero y quiso entrar en el panteón. Mi amo se lo estorbó, riñeron, y yo fui corriendo a pedir auxilio.

PRINCIPE.- Esta carta confirma las palabras de este bendito fraile. En ella habla Romeo de su amor y de su muerte: dice que compró veneno a un boticario de Mantua, y que quiso morir y descansar con su Julieta. ¡Capuletos, Montescos, ésta es la maldición divina que cae sobre vuestros rencores! No tolera el cielo dicha en vosotros, y yo pierdo por causa vuestra dos parientes. A todos alcanza hoy el castigo de Dios.

CAPULETO.- Montesco, dame tu mano, el dote de mi hija: más que esto no puede pedir tu hermano.

MONTESCO.- Y aún te daré más. Prometo hacer una estatua de oro de la hermosa Julieta, y tal que asombre a la ciudad.

CAPULETO.- Y a su lado haré yo otra igual para Romeo.

PRINCIPE.- ¡Tardía amistad y reconciliación que alumbró un sol bien triste! Seguidme, aún hay que hacer más: premiar a unos y castigar a otros. Triste historia es la de Julieta y Romeo.

Miguel de Cervantes Saavedra

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(Capítulos Seleccionados)

JUAN III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

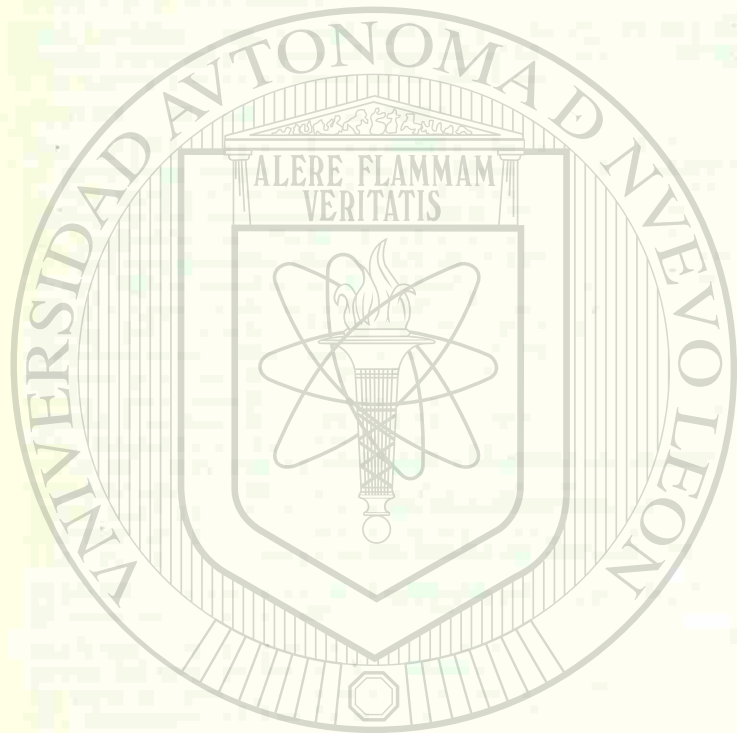
CAPITULO I

QUE TRATA DE LA CONDICION Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO DON QUIJOTE
DE LA MANCHA.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della -- concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba -- la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, -- que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración, dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, -- los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió -- muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber -- dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas entrecadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: "La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de -- tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuesta -- fermosura." Y también cuando leía: "...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen -- merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza" (R)

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, -- que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como -- allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aún saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo --



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza), sobre cuál había sido mejor caballero: -- Palmerín de Inglaterra, o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaban con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. -- Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía, y aún a su sobrina de añadidura.

En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. -- Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa a poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; más a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole

unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que un caballo de caballero tan famosos y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera, que declarase quien había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón, que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponersele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días y al cabo se vino a llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís, no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha, con que a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, -- puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dió a entender -- que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; -- porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin frutos y cuerpo sin alma. Decíase él: "Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, -- o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, -- ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: "Yo, señora, soy el gigante Caraculíambro, señor de la insula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?" ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

CAPITULO VIII

DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMAS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACION.

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

La ventura va haciendo vuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta, o poco más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

-¿Que gigantes? -dijo Sancho Panza.
-Aquellos que allí ves -respondió su amo- de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.
-Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

Bien parece -respondió don Quijote- que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas.

-Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briarneo, me lo habéis de pagar.

Y diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance lo socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rotando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear; tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

-¡Válame Dios! -dijo Sancho-. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento,

y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

-Calla, amigo Sancho -respondió don Quijote-; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; -- cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, -- por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me -- tiene; mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

-Dios lo haga como puede -respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesadoso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

-Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

-A la mano de Dios -dijo Sancho-; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

-Así es la verdad -respondió don Quijote-; y si no me quejo del dolor es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

-Si eso es así, no tengo yo que replicar -respondió Sancho-; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegón de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando

do las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza; que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertar le, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dio un tiento a la bota y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

- Aquí -dijo en viéndole don Quijote- podemos hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

- Por cierto, señor -respondió Sancho-, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y más, que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

- No digo yo menos -respondió don Quijote-; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

- Digo que así lo haré -respondió Sancho- y que -- guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos -- de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; -- mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

- O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa -- aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí pare-

cen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.

- Pero será esto que los molinos de viento -dijo Sancho-. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

- Ya te he dicho, Sancho -respondió don Quijote-, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto, se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca, que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

- Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

- Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino -- dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forzadas princesas.

- Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla -dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta, picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y de nuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aún mal ferido, si no cayera muerto. -- El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, -- apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de -- allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido; y, sin detenerse un puñto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó -- tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin -- todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces

que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando -- con la señora del coche, diciéndole:

-La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mi habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

-Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

-Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

-¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

-Ahora lo veredes, dijo Agrajes -respondió don Quijote.

Y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera -- -- -- apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; más no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote, encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafío

rado golpe, dio una gran voz, diciendo:

-¡Oh, señora de mi alma. Dulcinea, flor de la --- fermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue en un -- tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las -- imágenes y casas de devoción de España, por que Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el -- autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es -- verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa -- historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apasible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le -- halló del modo que se contara en la segunda parte.

CAPITULO XLII

DE LOS CONSEJOS QUE DIO DON QUIJOTE A SANCHO PANZA ANTES QUE FUESE A GOBERNAR LA INSULA, CON OTRAS COSAS BIEN CONSIDERADAS.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron -- pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían -- para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque a Sancho que se adelinase y compusiese para ir a ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dijo:

-Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que, a mi parecer, no había más en toda la tie--

que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando -- con la señora del coche, diciéndole:

-La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mi habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

-Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

-Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

-¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

-Ahora lo veredes, dijo Agrajes -respondió don Quijote.

Y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera -- -- -- apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; más no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote, encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafío

rado golpe, dio una gran voz, diciendo:

-¡Oh, señora de mi alma. Dulcinea, flor de la --- fermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue en un -- tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote; y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso. Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las -- imágenes y casas de devoción de España, por que Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el -- autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es -- verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa -- historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apasible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le -- halló del modo que se contara en la segunda parte.

CAPITULO XLII

DE LOS CONSEJOS QUE DIO DON QUIJOTE A SANCHO PANZA ANTES QUE FUESE A GOBERNAR LA INSULA, CON OTRAS COSAS BIEN CONSIDERADAS.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron -- pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían -- para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque a Sancho que se adelinase y compusiese para ir a ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dijo:

-Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que, a mi parecer, no había más en toda la tie--

rra? Si vuesa señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

-Mirad, amigo Sancho -respondió el Duque-: yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña; que a solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundadosa, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

-Ahora bien -respondió Sancho-, venga esa ínsula; que yo pugnaré por ser tal gobernador, que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de -- probar a qué sabe el ser gobernador.

-Si una vez lo probáis, Sancho -dijo el Duque-, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño lleve a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

-Señor -replicó Sancho-, yo imagino que es bueno no mandar, aunque sea a un hato de ganado.

-Con vos me entierre, Sancho, que sabéis de -- todo -respondió el Duque-; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete; y quédese esto aquí, y advertid que mañana en ese mismo día habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

-Vístanme -dijo Sancho- como quisieren; que = de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza.

-Así es verdad -dijo el Duque-; pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa; que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

-Letras -respondió Sancho-, pocas tengo, porque aun no sé el A, B, C.; pero bástame tener el Cristus en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante.

-Con tan buena memoria -dijo el Duque-, no podrá Sancho errar en nada.

En esto llegó don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano y se fue con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi --

por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

-Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo -- en los principios de aventajarme, y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo, ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento, que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te vees gobernador de una ínsula, -- como quien no dice nada. Todo esto digo ioh Sancho! para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Después to, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está ioh hijo! atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente ioh hijo! has de temer a Dios; -- porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien --- eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado -- puercos en tu tierra.

-Así es la verdad -respondió Sancho-; pero fue cuando muchacho; pero después, algo hambrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme a mí que no hace al caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

-Así es verdad -replicó don Quijote-; por lo -- cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo --- que no te corres, ninguno se podrá a correrte, y preciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperial; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansarían.

Mira, Sancho; si tomas por medio a la virtud y

te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando estés en tu insula alguno de tus parientes no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien con certada.

Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala, y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla, porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el -- cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aún de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa veniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se añague tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal

con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considéralo hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más respándece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPITULO XLV

DE COMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMO LA POSESION DE SU INSULA Y DEL MODO QUE COMENZO A GOBERNAR.

¡Oh perpetuo descubridor de los antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá padre de la Poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y, aunque lo parece, nunca te pones! A ti digo ¡oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre! a ti digo que me favorezcas alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza; que -- sin tí, yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a su lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba la insula Barataria, o ya porque el lugar se llamaba Baratario, o ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar a las puertas de la villa, que era cerrada, salió el regimiento del pueblo a recibirle; tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la insula Barataria -- El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busillis del cuento no sabía, y aún a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron a la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo:

-Es costumbre antigua en esta insula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión desta famosa insula está obligado a -- responder a una pregunta que se le hiciera, que sea algo intrincada -- y dificultosa; de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador, y así, o se alegra o se entristece con su venida.

te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando estés en tu insula alguno de tus parientes no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien con certada.

Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), ensénala, doctrínala, y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla, porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el -- cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aún de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa veniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se añague tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal

con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considéralo hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más respaldece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPITULO XLV

DE COMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMO LA POSESION DE SU INSULA Y DEL MODO QUE COMENZO A GOBERNAR.

¡Oh perpetuo descubridor de los antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá padre de la Poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y, aunque lo parece, nunca te pones! A ti digo ¡oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre! a ti digo que me favorezcas alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza; que -- sin tí, yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a su lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba la insula Barataria, o ya porque el lugar se llamaba Baratario, o ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar a las puertas de la villa, que era cerrada, salió el regimiento del pueblo a recibirle; tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la insula Barataria -- El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busillis del cuento no sabía, y aún a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron a la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo:

-Es costumbre antigua en esta insula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión desta famosa insula está obligado a --- responder a una pregunta que se le hiciera, que sea algo intrincada y dificultosa; de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador, y así, o se alegra o se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decía esto a Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas; y como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido:

-Señor, allí está escrito y notado el día en que vuesañoría tomó posesión desta ínsula, y dice el epitafio: "Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce."

-Y ¿a quién llaman don Sancho Panza?- preguntó Sancho.

-A vuesañoría respondió el mayordomo; que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

-Pues advertid, hermano -dijo Sancho-, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y --- Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones ni donas; y yo imagino que en esta ínsula debe haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días, yo escardaré estos -- dones, que, por la muchedumbre, deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo; que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca o no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno -- vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo:

-Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer (que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito), y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: - "Señor, ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza?" Yo, -- tanteando el paño, le respondía que sí; él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos; adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intención, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que -- ilegamos a cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague o vuelva su paño.

-¿Es todo esto así, hermano?- preguntó Sancho.

-Sí señor -respondió el hombre-; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

-De buena gana -respondió el sastre.

Y sacando en continente la mano de debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

-He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, -- y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio.

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso a considerar un poco, y dijo:

-Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón; y así, yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel, y no haya más.

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a la admiración a los circunstantes, ésta les provocó a risa; pero, en fin, se hizo lo que mandó el gobernador. Ante el cual se presentaron dos hombres ancianos; el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo lo dijo:

-Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese; pasáronse muchos días sin pedirselos, por no ponerle en mayor necesidad, de volvérmelos, que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado, ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto; querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

-¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo? -dijo Sancho. A lo que dijo el viejo:

-Yo, señor, confieso que me los presté, y baje vuesa merced esa vara; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y en tanto, el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que -- por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía -- su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó a tomar su báculo -- el deudor, y bajando la cabeza, se salió del juzgado; visto lo cual Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del -- demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, mandó que le llamasen al viejo --

del báculo, que ya se había ido, Trujéronsele, y en viéndole Sancho, - le dijo:

-Dadme, buen hombre, ese báculo; que le he menester.

-De muy buena gana -respondió el viejo-; hele aquí, señor.

Y púsosele en la mano. Tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo:

-Andad con Dios, que ya vais pagado.

-¿Yo señor?-respondió el viejo-. Pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

Sí -dijo el gobernador-; o si no, yo soy el mayor porro del mundo. Y -- ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese --- y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro; quedaron todos admirados, y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella --- cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba, a su contrario, aquel báculo, en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedían. De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que él había oído contar otro caso - como aquél al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la insula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía -- las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto, o por discreto.

Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual -- venía dando grandes voces, diciendo:

Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré a buscar al cielo! Señor gobernador de mi áni ma, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo, -- siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanque sa en el fuego, o como la lana entre las zarzas, para que este buen hom bre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme.

-Aun eso está por averiguar: si tiene limpias o no las manos este galán -dijo Sancho.

Y volviéndose al hombre, le dijo que qué decía y --- respondía a la querrela de aquella mujer. El cual, todo turbado, respon= dió:

-Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y es ta mañana salía deste lugar de vender, con perdón sea dicho, cuatro puer cos, que me llevaron de alcabalas y socialifias poco menos de lo que ellos valían: volvíame a mi aldea, topé en el camino a esta buena dueña, y el -- diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos; -- paguéle lo suficiente, y ella, mal contenta, asíó de mí, y no me ha deja do hasta traerme a este puesto. Dice que la forcé, y miente, para el ju ramento que hago, o pienso hacer; y ésta es toda la verdad, sin faltar -- meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase, así como -- estaba, a la querellante; él lo hizo temblando; tomóla la mujer y hacien do mil zalemas a todos y rogando a Dios por la vida y salud del señor go bernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos -- aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Ape-- nas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lá-- grimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa:

-Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la -- bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella.

Y no lo dijo a tonto ni a sordo; porque luego partió como un rayo y fue a lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el hombre y la mujer, más asidos y aferrados: que la vez primera, ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible, según la mujer la de fendía la cual daba voces diciendo:

-Justicia de Dios y del mundo! Mire vuesa merced, -- señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme.

-Y ¿háosla quitado? -preguntó el gobernador.

-¿Cómo quitar? -respondió la mujer-. Antes me deja ra yo quitar la vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña! ¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no éste desventurado y asquero--- so! ¡Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes a sacárme-- la de las uñas, ni aún garras de leones: antes el ánima de en mitad en -- mitad de las carnes!

-Ella tiene razón -dijo el hombre-, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para qui-- társela, y déjola.

Entonces el gobernador dijo a la mujer:

-Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.

Ella se la dio luego, y el gobernador se la volvió al

hombre, y dijo a la esforzada, y no forzada:

-Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostráredes, y aun la mitad --- menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieron fuerza. Andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas a la redonda, so pena de doscientos azotes. ¡Andad luego digo, churrillera, desvergonzada y embaidora!

Espantóse la mujer, y fuese cabizbaja y mal contenta y el gobernador dijo al hombre:

- Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar con -- vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.

El hombre le dio las gracias lo peor que supo, y fue se, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando.

Y quédese aquí el buen Sancho; que es mucha la prisa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.

EL ENFERMO IMAGINARIO

MOLIERE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



hombre, y dijo a la esforzada, y no forzada:

-Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrádes, y aun la mitad --- menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas a la redonda, so pena de doscientos azotes. ¡Andad luego digo, churrillera, desvergonzada y embaidora!

Espantóse la mujer, y fuese cabizbaja y mal contenta y el gobernador dijo al hombre:

- Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar con -- vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.

El hombre le dio las gracias lo peor que supo, y fue se, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando.

Y quédese aquí el buen Sancho; que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.

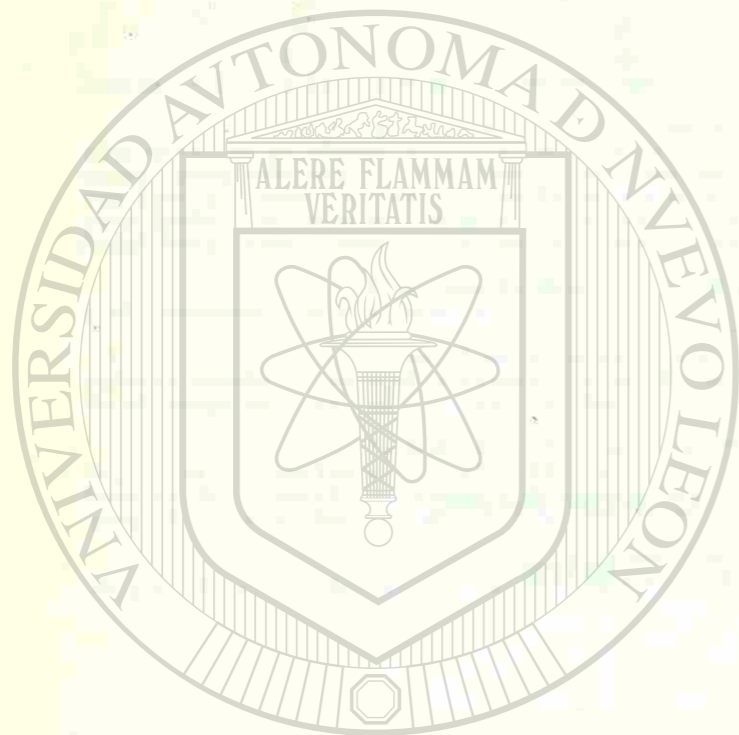
EL ENFERMO IMAGINARIO

MOLIERE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





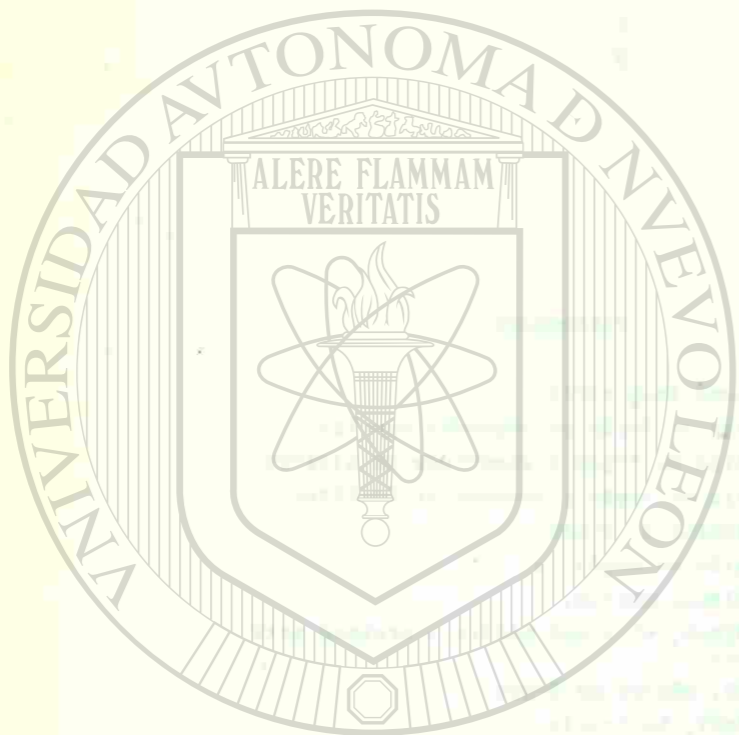
PERSONAJES

ARGAN, enfermo imaginario.
 BELINA, mujer de Argán en segundas nupcias.
 ANGELICA, hija de Argán y enamorada de Cleanto.
 LUISITA, hija de Argán y hermana de Angélica.
 BERALDO, hermano de Argán.
 CLEANTO, galán de Angélica.
 SEÑOR DIAFOIRUS, médico.
 TOMAS DIAFOIRUS, hijo del médico y pretendiente de Angélica.
 SEÑOR PURGON, médico de Argán.
 SEÑOR FLEURANT, boticario.
 SEÑOR BUENAFE, notario.
 TONETA, criada

La acción en París

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Argán, solo en su aposento, donde, sentado a una mesa, revisa las cuentas que le envía su boticario. Comprueba sus cálculos con ayuda de fichas de juego, y mientras computa monologa.

ARGAN.- Tres y dos, cinco, y cinco, diez, y diez, veinte. Tres y dos cinco. (Leyendo.) "Día 24: una lavativa insinuativa, preparativa y emoliente para humedecer y refrescar los intestinos del señor..." Este Fleurant, mi boticario, me agrada por la cortesía con que redacta sus notas: "Los intestinos del señor, treinta sueldos." Vamos, señor Fleurant: no basta ser cortés; hay, además, que no arruinar a los enfermos. ¡Treinta sueldos una lavativa! Soy muy servidor vuestro, pero ya os dije que no. En las demás ocasiones me las habéis puesto a veinte sueldos, y veinte sueldos en lenguaje de boticario son diez sueldos. Helos aquí. "Item más el mismo día; un buen clíster detergente compuesto de diacatolicón superior, con ruibarbo, miel rosada y otros ingredientes según receta, para lavar, limpiar y purgar el bajo vientre del señor, treinta sueldos." Serán diez sueldos, con vuestro permiso. "Item más, el mismo día: un jarabe hepático, soporífero y somnífero preparado para hacer dormir al señor, treinta y cinco sueldos." De esto no me quejo, porque me hizo dormir bien. Por lo tanto apartemos diez, quince, dieciséis, diecisiete sueldos y seis dineros. "Día 25: una buena medicina purgativa y tonificante, compuesta de casia fresca, hojas de sen levantino y otros ingredientes, según la receta del doctor Purgón, para expulsar y evacuar la bilis del señor, cuatro libras." ¡Hola, señor Fleurant, no os burléis! Pensad que habéis de vivir de los enfermos. El doctor Purgón no os prescribió que pusieseis cuatro francos. Sean tres libras, si os place. Apartemos, pues, treinta sueldos. "Item más, el mismo día: una poción analgésica y astringente para calmar al señor, treinta sueldos." Bien, quince sueldos. "Día 26: un clíster carminativo para suprimir los eructos del señor, treinta sueldos." Diez sueldos, señor Fleurant. "Item --

más, el mismo clíster repetido a la noche, treinta sueldos." Señor Fleurant, diez sueldos. "Día 27: una buena medicina compuesta para apresurar la expulsión de los humores perniciosos -- del señor, tres libras." Bien: treinta sueldos; me alegro de -- que seáis razonable. "Día 28: una dosis de suero clarificado y endulzado para suavizar, mitigar y refrescar la sangre del señor, veinte sueldos." Bueno, diez sueldos. "Item más, una poción -- cordial y preventiva, cucharada con doce granos de bezoar, jara-be de limón y granada y otros ingredientes, según receta, cinco libras." ¡Ah, señor Fleurant, teneos, teneos! Si así cobráis -- no habrá quién quiera ponerse enfermo. Contentaos con cuatro -- francos. Por tanto, cuarenta sueldos. Tres y dos, cinco, y cin-co, diez, y diez, veinte. La suma total es sesenta y tres li-- bras, cuatro sueldos y tres dineros. Así, este mes he tomado -- una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho medicinas; y -- una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, -- once y doce lavativas. En cambio el otro mes fueron doce medica-mentos y veinte lavativas. No me extraña, en consecuencia, andar este mes peor que el otro. Se lo diré al doctor Purgón, pa- ra que lo remedie. Ea, que se me quite esto de delante. Pero -- no, no hay nadie. ¡Ya puedo ordenar lo que quiera, que no hay -- modo de que ninguno en la casa esté nunca aquí! Todos me dejan solo. (Empuña una campanilla.) No me oyen jamás y mi campani-- lla hace suficiente ruido. ¡Tilín, tilín, tilín! Nada. ¡Tilín, tilín, tilín! Están sordos. ¡Toñeta! ¡Tilín, tilín, tilín! -- Como si no tocase. ¡Perra, bribona! ¡Tilín, tilín, tilín! (De- ja de tocar y sigue llamando a voces). ¡Tilín, tilín, tilín! -- ¡Oh! ¡Tilín tilín tilín, puerca del demonio! ¿Es posible que -- se deje así solo a un pobre enfermo? ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Cuán lamentable es esto! ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Ay, Dios mío, van a dejarme morir abandonado! ¡Tilín, tilín, tilín!

ESCENA II

ARGAN, TOÑETA

Toñeta (entrando).- ¡Voy!
 Argán.- ¡Ah perra! ¡Ah, perdida!
 Toñeta (fingiendo haberse lastimado).- ¡Diantre con vuestra impaciencia! Tanta prisa dais, que me he golpeado la cabeza contra el pico de una contraventana.
 Argán (encolerizado).- ¡Ah traidora!
 Toñeta (quejándose para impedirle protestar).- ¡Ay!
 Argán.- Hace...
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- Hace una hora...
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- Me has dejado...
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- Calla, pícara; ¿no ves que te reprendo?
 Toñeta.- A fe que está bueno eso después de lo que me he hecho.
 Argán.- Me haces desgañitarme, puerca.
 Toñeta.- Y vos me habéis hecho romperme la cabeza. Váyase lo uno por lo otro.
 Argán.- ¿Cómo, bellaca?
 Toñeta.- Si me reprendéis lloraré.
 Argán.- ¡Dejarme, traidora...!
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- ¿Pretendes perra...?
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- ¿Será posible que no tenga ni el placer de reñirla?
 Toñeta.- Reñid cuanto queráis.
 Argán.- Me lo impides con tus quejas.
 Toñeta.- Si queréis tener el placer de reñirme, yo quiero tener el placer de llorar. No es mucho pedir. A cada uno lo suyo.
 ¡Ay!
 Argán.- Bien: habré de pasar por esto. Quitame estas cosas de aquí, bribona. (Se levanta.) ¿Ha obrado bien mi lavativa de hoy?

Toñeta.- ¿Vuestra lavativa?

Argán.- Sí, ¿He expulsado bastante bilis?

Toñeta.- Yo no me mezclo en esas cosas. Al señor Fleurant le corresponde meter ahí la nariz, puesto que es quien saca partido de ello.

Argán.- Tened agua hirviendo para la próxima lavativa, que debo tomar dentro de poco.

Toñeta.- Ese señor Fleurant y ese señor Purgón sacan buen provecho de vuestro cuerpo. Buena vaca de leche sois para ellos, y me gustaría preguntarles cuál es vuestro mal, que tantos remedios exige.

Argán.- Callad, ignorante; que no os corresponde a vos intervenir en las prescripciones de la medicina. Llama a mi hija Angélica, que debo hablarla.

Toñeta.- Ha adivinado vuestro pensamiento, porque ahí viene.

ESCENA III

Los mismos y ANGÉLICA

Argán.- Acercáos, Angélica. A propósito venís, pues quiero hablaros.

Angélica.- Dispuesta estoy a oíros.

Argán (corriendo hacia fuera).- Dadme el bastón y esperad, que necesito... Vuelvo en seguida.

Toñeta (burlona).- Acabad pronto, señor, acabad pronto. ¡El trabajo que nos da ese señor Fleurant!

ESCENA IV

Angélica, Toñeta

Angélica (Hablando a la sirvienta con confianza y mostrando un talante muy lánguido).- ¡Toñeta!

Toñeta.- ¿Qué?

Angélica.- Mírame.

Toñeta.- Ya os miro.

Angélica.- ¡Toñeta!

Toñeta.- ¿Qué?

Angélica.- ¿No adivinas de qué quiero hablarte?

Toñeta.- ¡Cualquiera lo duda! De vuestro joven galán. Seis días ha que nuestras pláticas sólo se ocupan en él, y nunca os sentís tranquila si no habláis de lo mismo a toda hora.

Angélica.- Si lo sabes, ¿por qué no eres tú la primera en empezar este discurso, quitándome a mí el trabajo de hacerlo?.

Toñeta.- No me dais tiempo, y tan de continuo os referís a eso - que no me permitís anticiparme.

Angélica.- Es verdad que no me canso de hablar de él y que mi corazón aprovecha todos los momentos de hacerte confianza. Pero dime: ¿condenas tú los sentimientos que tengo por mi enamorado?

Toñeta.- Me libraré bien.

Angélica.- ¿Hago mal abandonándome a estas dulces impresiones?

Toñeta.- No digo eso.

Angélica.- ¿Quisieras que fuese insensible a las tiernas seguridades que de su pasión ardiente me da?

Toñeta.- No lo permita Dios.

Angélica.- ¿No hallas, como yo, un efecto celestial y del destino en nuestro inopinado conocimiento?.

Toñeta.- Sí

Angélica.- ¿No encuentras que el tomar mi defensa sin conocerme fue acto de hombre de pro?

Toñeta.- Sí

Angélica.- ¿Y que no pudo hacerlo más generosamente? ®

Toñeta.- De acuerdo.

Angélica.- ¿Y verdad que lo efectuó con infinita gracia?

Toñeta.- ¡Oh, sí!

Angélica.- ¿No te parece que es mozo de buen talle?

Toñeta.- Sin duda.

Angélica.- ¿Y que en sus discursos y acciones hay gran nobleza?

Toñeta.- De cierto.

Angélica.- ¿Que no es posible oír cosas más apasionadas que las que me dice?.

Toñeta.- Es verdad.

Angélica.- ¿Y que es tristísimo que el rigor con que se me mantiene impida toda expansión de ese mutuo ardor que el cielo nos inspira?

Toñeta.- Tenéis razón.

Angélica.- Pero, ¿crees, Toñeta, que me ama como me dice?

Toñeta.- Esas cosas están sujetas a debate. Los fingimientos de amor se parecen mucho a la verdad y yo he hallado en ello grandes comediantes.

Angélica.- ¿Qué dices, Toñeta? Dado cómo me habla, ¿podría engañarme?

Toñeta.- En todo caso pronto lo veréis, ya que os escribió ayer que pensaba pedir os en matrimonio. Esa será buena prueba.

Angélica.- Si me engaña, Toñeta, nunca más creeré a hombre alguno.

Toñeta.- Ahí vuelve vuestro padre.

ESCENA V

Argán, Angélica, Toñeta

Argán (sentándose).- Hija, quiero daros una noticia que quizá no esperéis: me han pedido vuestra mano. ¡Ah! ¿Reís? Ya sé que hablar de casamiento es placentero para las muchachas. ¡Oh, natura, natura! Según veo, hija, no necesito preguntaros si os deseáis casar.

Angélica.- Haré, padre, cuanto os complazca mandarme.

Argán.- Celebro tener una hija tan obediente. Por tanto, sabed que el trato es cosa hecha y que he concedido vuestra mano.

Angélica.- Mi obligación, padre, es seguir ciegamente vuestra voluntad.

Argán.- Mi mujer, y madrastra vuestra, deseaba haceros entrar en un convento, y vuestra hermana Luisita también. Ha mucho que insiste en eso.

Toñeta (aparte).- ¡Sus razones tiene, la bellaca!

Argán.- No quería, pues, consentir en vuestro matrimonio, pero me he impuesto y he dado mi palabra.

Angélica.- ¡Cuánto os agradezco vuestras bondades, padre!

Toñeta.- En verdad, señor, habéis obrado bien; y ésta es la acción más discreta que os he visto en vuestra vida.

Argán.- Aún no conozco a tu futuro, pero me han dicho que nos contentará a ti y a mí.

Angélica.- Seguramente, padre.

Argán.- ¿Acaso lo conoces?

Angélica.- Puesto que vuestro consentimiento me autoriza a franquearos mi corazón, no negaré que el azar me hizo conocerle hace seis días, y que la petición que os ha formulado es efecto de la inclinación que desde que nos vimos experimentamos ambos.

Argán.- No me lo habían dicho así, pero me alegro y vale más que las cosas ocurran de ese modo. Afirmanme que es un mancebo de buen talante.

Angélica.- Sí, padre'mío.

Argán.- De aventajada talla.

Angélica.- Sin duda.

Argán.- De agradable persona.

Angélica.- Cierto.

Argán.- De atractiva fisonomía.

Angélica.- Muy atractiva.

Argán.- Discreto y bien nacido.

Angélica.- En absoluto.

Argán.- Muy honrado.

Angélica.- Honradísimo.

Argán.- Y habla bien el latín y griego.

Angélica.- Eso no lo sé.

Argán.- Y recibirá el título de médico dentro de tres días.

Angélica.- ¿De médico, padre?

Argán.- Sí. ¿No te lo dijo?

Angélica.- No, en verdad. ¿Quién os lo dijo a vos?

Argán.- El señor Purgón.

Angélica.- ¿Le conoce el señor Purgón?

Argán.- ¿Cómo no va a conocerle si es su sobrino carnal?

Angélica.- ¿Es Cleanto sobrino del señor Purgón?

Argán.- ¿Cleanto? Estamos hablando del que te ha pedido en matrimonio.

Argélica.- Ese digo.

Argán.- Pues es sobrino del doctor Purgón, el cual es cuñado del doctor Diafoirus, y tu pretendiente, hijo de Diafoirus, se llama Tomás y no Cleanto. Esta mañana el señor Purgón, el señor Fleurant y yo hemos acordado vuestro matrimonio y mañana vendrán mi futuro yerno y su padre. Más, ¿qué os pasa? Parecéis atónita.

Argélica.- Es, padre, que advierto que vos habláis de una persona y yo de otra.

Toñeta.- ¡Hola, señor! ¿Tan chusco designio se os ha ocurrido? -- ¿Casar a vuestra hija con un médico, teniendo la mucha hacienda que tenéis?

Argán.- Sí, desvergonzada entrometida, que intervienes en lo que no te compete.

Toñeta.- Calmaos, por Dios; siempre empezáis por las invectivas. ¿No podemos discurrir sin incomodarnos? Hablemos con serenidad. ¿Qué razón tenéis para tal casamiento?

Argán.- La razón de que, estando tan enfermo como estoy, me convienen un yerno y unos parientes médicos, a fin de gozar de buen socorro en mis dolencias, de tener en mi familia la fuente de los remedios que me son necesarios, y de hallarme en igual caso respecto a consultas y recetas.

Toñeta.- Eso es dar una razón; y hallo grato discutir con esta -- placidez. Pero poneos la conciencia en la mano, señor, y decidme: ¿acaso estáis enfermo?

Argán.- ¡Y cómo si estoy enfermo, insolente bellaca!

Toñeta.- Bien, señor, no discutamos. Estáis enfermo, enfermo, y -- más de lo que pensáis. Pero quien se casa es vuestra hija, y como no está enferma no necesita médico.

Argán.- Le doy ese médico pensando en mí, y como buena hija se sentirá satisfecha de casar con quien sea útil a la salud de su padre.

Toñeta.- ¿Queréis, señor, que os dé un consejo de amiga?

Argán.- ¿Qué consejo es ése?

Toñeta.- Que no renséis en tal matrimonio.

Argán.- ¿Por qué?

Toñeta.- Porque vuestra hija no consentirá.

Argán.- ¿Que no consentirá?

Toñeta.- No.

Argán.- ¿Mi hija?

Toñeta.- Vuestra hija. Os dirá que nada quiere tener que ver con el señor Diafoirus, ni con su hijo Tomás Diafoirus, ni con todos los Diafoirus del mundo.

Argán.- Aparte lo que dije, el partido es ventajoso. El señor Diafoirus no tiene más heredero que ese hijo, y como el señor Purgón carece de hijos y mujer, cede toda su fortuna en favor del matrimonio, y has de saber que el doctor Purgón posee sus buenas ocho mil libras de renta.

Toñeta.- A mucha gente debe haber matado, para ser tan rico.

Argán.- Ocho mil libras de renta son algo, sin contar la hacienda del padre del novio.

Toñeta.- Todo eso está bien, señor, pero yo insisto en mi consejo de que no convirtáis a vuestra hija en señora Diafoirus.

Argán.- Pues yo quiero que sea así.

Toñeta.- ¡No digáis eso!

Argán.- ¿Cómo que no lo diga?

Toñeta.- No.

Argán.- ¿Por qué no?

Toñeta.- Porque se dirá que habláis sin pensar lo que decís.

Argán.- Digan lo que quisieren, que yo aseguro que cumpliré la palabra dada.

Toñeta.- Vuestra hija no querrá.

Argán.- Querrá o la recluiré en un convento.

Toñeta.- ¿Vos?

Argán.- Yo

Toñeta.- ¡Bueno!

Argán.- ¿Qué significa ese "ibueno!"?

Toñeta.- Que no la recluiréis en un convento.

Argán.- ¿Que no la recluiré?

Toñeta.- No.

Argán.- ¿No?

Toñeta.- No.

Argán.- ¡Pardiez que esto es jocoso! ¿No llevaré mi hija a un convento, si quiero?

Toñeta.- No.

Argán.- ¿Quién me lo impedirá?

Toñeta.- Vos mismo.

Argán.- ¿Yo?

Toñeta.- Si, porque no tendréis corazón para hacerlo.

Argán.- Lo tendré.

Toñeta.- ¡Palabras!

Argán.- No son palabras.

Toñeta.- La ternura paternal os lo impedirá.

Argán.- No me lo impedirá.

Toñeta.- Un par de lagrimitas, un abrazo, un "papaíto lindo" pronunciado con dulzura, bastarán para conmoveros.

Argán.- Todo eso no servirá de nada.

Toñeta.- Sí, sí.

Argán.- Os digo que no.

Toñeta.- ¡Frustrerías!

Argán.- Nada de eso.

Toñeta.- Os conozco y sé que sois bueno por naturaleza.

Argán (airado).- No soy bueno sino malo cuando se me antoja.

Toñeta.- Calmaos, señor, y acordaos que estáis enfermo.

Argán.- Ordeno absolutamente a mi hija que se disponga a tomar el marido que le destino.

Toñeta.- Pues yo se lo prohibo en absoluto.

Argán.- ¿Qué es esto? ¿Osa una pfcara de sirvienta hablar de - tal modo a su señor?

Toñeta.- Cuando el señor no sabe lo que dice, corresponde a la sirvienta corregir sus yerros.

Argán.- (corriendo tras Toñeta). ¡Ah, insolente! ¡Voy a matarte!

Toñeta (huyendo).- Mi deber es oponerme a las cosas que puedan deshonraros.

(Argán la persigue, bastón en mano. Ella le burla co--

rriendo alrededor de la silla, siempre en sentido contrario al que sigue Argán.)

Argán.- ¡Ven, ven, que vas a aprender a expresarte!

Toñeta.- Me intereso, como debo, en privaros de hacer locuras.

Argán.- ¡Perra!

Toñeta.- Nunca consentiré en ese matrimonio.

Argán.- ¡Descarada!

Toñeta.- No quiero que Angélica se case con Tomás Diafoirus.

Argán.- ¡Puerca!

Toñeta.- Y me obedecerá más que a vos.

Argán.- Angélica, sujétame a esa bribona.

Angélica.- Cuidad de que el ajetreo no os perjudique, padre.

Argán.- Si no me la sujetas, te maldeciré.

Toñeta.- Y yo la desheredaré si os obedece.

Argán (dejándose caer en la silla, rendido).- ¡Ah, ah, ah! No puedo más. Voy a morir.

ESCENA VI

Los mismos y BELINA

Argán.- Acercaos, esposa.

Belina.- ¿Qué tenéis, pobre amigo mío?

Argán.- Socorredme.

Belina.- ¿Qué os pasa, hijito?

Argán.- ¡Amiga mía!

Belina.- ¡Amigo mío!

Argán.- Me han hecho encolerizarme.

Belina.- ¡Pobre maridito! ¿Y por qué?

Argán.- Esa bribona de vuestra Toñeta se ha insolentado más que nunca.

Belina.- No os irritéis.

Argán.- Me ha enfurecido, amiga mía.

Belina.- Tranquilizaos, hijo.

Argán.- Me ha rebatido durante una hora las cosas que quiero -- hacer.

Belina.- Vamos, vamos, calmaos.

Argán.- Y ha tenido el descaro de decirme que no estoy enfermo.

Belina.- Es una impertinente.

Argán.- Ya sabéis, corazón mío, si es verdad o no que estoy enfermo.

Belina.- Sí corazón mío, y ella se engaña.

Argán.- Amor mío, esa pícara va a matarme.

Belina.- ¡Bah, bah!

Argán.- Cuanta bilis tengo se la debo a ella.

Belina.- No os incomodéis tanto.

Argán.- Hace no sé cuanto que os dije que la despidierais.

Belina.- ¡Por Dios, hijo mío! No hay criados ni criadas que no tengan defectos. A veces hay que tolerar sus malas cualidades pensando en las buenas. Toñeta es hábil, diligente, cuidadosa y sobre todo fiel, y vos sabéis que ahora es preciso andar muy despiertos con los sirvientes que se toman.

¡Hola, Toñeta!

Toñeta.- ¿Señora?

Belina.- ¿Por qué encolerizáis a mi marido?

Toñeta (melosa).- ¿Yo, señora? ¡Si no pienso más que en complacer al señor en cuanto me manda!

Argán.- ¡Ah, embustera!

Toñeta.- Nos ha dicho que quería casar a su hija con el hijo -- del señor Diafoirus y le he respondido que el partido me parecía ventajoso para ella, pero que valía más llevarla a un convento.

Belina.- No hay en eso nada malo y Toñeta tiene razón.

Argán.- ¿La creéis, amor mío? Es una malvada que me ha dicho -- cien insolencias.

Belina.- Us creo, amigo mío. Sosegaos. Toñeta, si volvéis a enojarse a mi marido, os pondré en la calle. Ea, dadme su -- capa de piel y sus almohadas para que le acomode en su sillón. Ya estáis. Meteos bien el gorro hasta las orejas, porque ningún catarro es peor que el que por los oídos -- se contrae.

Argán.- ¡Ah, amiga mía, y cuán obligado os estoy a los cuidados que por mí os tomáis!

Belina (colocando las almohadas).- Levantaos un poco, para que os ponga ésta debajo. Esta otra para apoyaros por este -- lado, y aquésta para apoyaros por éste. Y ésta más a la espalda, y ésta para que reclinéis la cabeza.

Toñeta (poniendo rudamente una almohada sobre la cabeza de su -- señor, y huyendo).- Y ésta para que os libréis del relente

Argán (levantándose airado y arrojando las almohadas a Toñeta) -- ¿Quieres ahogarme, perdida?

Belina.- ¡Vamos, vamos! ¿Qué os pasa?

Argán (dejándose caer sin aliento en el sillón).- ¡Ah, ah! No puedo más.

Belina.- ¿Por qué os enfurecéis? Ella lo ha hecho por vuestro bien.

Argán.- No conocéis, amor mío, la malicia de esa truhana. ¡Oh! Me ha puesto fuera de mí y necesitaré más de ocho medicamentos y doce lavativas para recobrarne.

Belina.- Ea, ea, amigo mío, apaciguaos.

Argán.- Vos sois todo mi consuelo, amiga mía.

Belina.- ¡Pobre hijito!

Argán.- Para agradeceros el amor que me dedicáis quiero, como -- os dije, hacer mi testamento.

Belina.- No hablemos de eso, amigo mío, os lo ruego. No puedo sufrir esa idea, y sólo oír mencionar vuestro testamento me estremece dolorosamente.

Argán.- Os dije que hablaseis de ello a vuestro notario.

Belina.- Ahí está; lo he traído conmigo.

Argán.- Hacedle entrar, amor mío.

Belina.- ¡Ah, amigo mío! Cuando se ama a un esposo nunca se -- piensa en eso.

ESCENA VII

EL NOTARIO, BELINA, ARGAN

Argán.- Acercaos, señor Buenafé, acercaos. Sentaos si gustáis. Mi mujer, señor, me ha dicho que erias hombre honrado y amigo suyo, y la he encargado que os hablase de un testamento que deseo hacer.

Belina.- Yo no soy capaz de hablar de estas cosas.

Notario.- Vuestra esposa, señor, me ha explicado vuestras intenciones y el designio que tenéis en pro de ella; pero he de deciros ante todo que nada podéis legar a vuestra mujer en el testamento.

Argán.- ¿Por qué?

Notario.- Porque el uso consuetudinario lo rechaza. Si estuvierais en país de derecho escrito, os cabría, pero en París y en los más de los países donde rige el uso consuetudinario, eso no cabe hacerlo y la disposición sería nula. Cuantas ventajas pueden hacerse los casados son dones mutuos mientras viven, y aún así es menester que no haya hijos, sean de uno de los cónyuges o de los dos, cuando el primero de los consortes fallece.

Argán.- Impertinente uso es el que prohíbe a un esposo dejar nada a una mujer que le cuida y ama con ternura. Habré de consultar a un abogado para ver lo que cabe hacer.

Notario.- A los abogados no conviene ir, porque ordinariamente son severos e imaginan que es gran crimen disponer de los bienes propios defraudando la ley. Los juzgo gente dificultosa e ignara de las sutilezas de conciencia. -- Otras personas hay a quienes cabe consultar, por ser -- más acomodaticias y poseer expedientes para eludir a -- calladas la ley y tornar justo lo no permitido. Quienes os digo saben allanar los obstáculos de un negocio y -- hallar medios de evadirse al uso consuetudinario mediante algún sistema indirecto. Si no, ¿qué sería de los notarios? En las cosas hemos de ser complacientes, pues, si no, no haríamos nada, ni daría yo un sueldo por nuestro oficio.

Argán.- Me ha dicho con razón mi mujer, señor, que sois hombre sagaz y honrado. ¿Cómo puedo legarle mis bienes y privar de ellos a mis hijas?

Notario.- ¿Cómo podéis? Pues escogiendo un amigo íntimo de vuestra esposa al que leguéis cuanto os sea dable. Luego él se lo entregará todo a ella. Además, podéis contraer gran número de obligaciones, no sospechosas, en beneficio de diversos deudores que consientan en encubrir con su nombre el de vuestra mujer, en manos de la cual pondrán declaración de que lo que han hecho ha sido sólo en su servicio. También os es viable, mientras viváis, entregar a vuestra esposa todo el dinero contante que os sea posible, y efectos pagaderos al portador.

Belina.- ¡Por Dios! No os atormentéis con esto, hijo mío. Si vos faltáis, para nada quiero continuar en el mundo.

Argán.- ¡Amiga mía!

Belina.- Sí, amigo mío: si tan desgraciada soy que os pierdo...

Argán.- ¡Querida esposa!

Belina.- Para nada desearé seguir viviendo.

Argán.- ¡Amor mío!

Belina.- Y seguiré vuestros pasos para haceros conocer mi ternura por vos.

Argán.- Me desgarráis el corazón, amiga mía. Consolaos, os lo ruego.

Notario.- Inoportunas son esas lágrimas, pues que el caso no ha llegado todavía.

Belina.- No sabéis, señor, lo que es un marido tiernamente amado.

Argán.- ¡Cuánto deploraré, si muero, amiga mía, no tener un hijo vuestro! El señor Purgón me había prometido que me haría engendraros uno.

Notario.- Y aún puede eso ocurrir.

Argán.- Otorgaremos el testamento, amor mío, como dice el señor. Pero, por precaución, quiero entregaros veinte mil francos en oro que escondo en los zócalos de mi alcoba, y dos efectos pagaderos al portador que poseo contra los señores Damón y Geranto.

Belina.- No quiero nada de eso. ¡Ah! ¿Cuánto decís que hay en vuestra alcoba?

Argán.- Veinte mil francos.

Belina.- No me habléis de dinero, os lo ruego.. ¿De cuánto son los efectos?

Argán.- Uno de cuatro mil francos y otro de seis mil.

Belina.- Todos los bienes del mundo, amigo mío, no valen para mí lo que vos.

Notario.- ¿Extendemos el testamento?

Argán.- Sí, pero para ello estaremos mejor en mi despachito privado. Llevadme allá, amor mío, os lo suplico.

Belina.- Venid, pobre hijito.

ESCENA VIII

ANGÉLICA, TOÑETA.

Toñeta.- Ha venido con un notario y la he oído hablar no sé qué de testamento. Vuestra madrastra no se duerme y sin duda pre para contra vuestros bienes alguna conjura.

Angélica.- Que disponga de mis bienes a su capricho siempre que me deje disponer de mi croazón. Ya has visto, Toñeta, cuán violentos designios se hacen contra mí. Te ruego que no me abandones en la extremidad en que me veo.

Toñeta.- ¿Abandonaros yo? ¡Antes la muerte! Por mucho que vuestra madrastra quiera hacerme confidente suya y atraerme a sus intereses, nunca he tenido inclinación por ella y he sido siempre de vuestro partido. Dejadme hacer; emplearé cuanto pueda en vuestro servicio, pero, para ayudaros más eficazmente, voy a cambiar mis baterías, a encubrir mi afecto por vos y a fingir compartir los sentimientos de vuestro padre y vuestra madrastra.

Angélica.- Te ruego que procures avisar a Cleanto de la asechanza que me tienden.

Toñeta.- No tengo para eso otro a quien pueda emplear que Polichinela, un viejo usurero enamorado mío, al que convenceré con unas palabras dulces que no dejaré de decirle, en servicio vuestro. Pero hoy es muy tarde; mañana, pues, muy temprano, le haré buscar y él quedaría encantado de...

Angélica.- ¡Toñeta!

Toñeta.- Me llaman. Buenas noches. Confiad en mí.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

TOÑETA, CLEANTO

Toñeta.- ¿Qué queréis, señor?

Cleanto.- ¿Qué he de querer?

Toñeta.- ¡Ah, sois vos! ¡Qué sorpresa! ¿Y a qué venís?

Cleanto.- A hablar a la amable Angélica, a saber mi destino, a consultar los sentimientos de su corazón y a preguntar le cuáles son sus resoluciones sobre ese fatal matrimonio de que se me ha informado.

Toñeta.- No es tan sencillo hablar a Angélica, sino que ello resulta harto más intrincado. Ya os hemos dicho la estrechez con que se la guarda, sin dejarla salir ni hablar a nadie. A no ser por la curiosidad de una tía anciana, que nos hizo obtener permiso para ver la comedia que sabéis, nunca hubiera tenido lugar de nacer vuestra pasión. Y nos hemos librado muy bien de hablar de tal aventura.

Cleanto.- No vengo aquí como tal Cleanto, ni como enamorado, sino so capa de ser amigo del profesor de música de Angélica, el cual me ha autorizado a decir que le substituyo.

Toñeta.- Ahí veo a mi señor. Retiraos un tanto y dejad que os anuncie.

ESCENA II

Los mismos y ARGÁN

Argán.- El doctor Purgón me ha prescrito que pasee por la mañana, yendo de un lado a otro doce veces y volviendo otras tantas, pero he olvidado preguntarle si debo pasear a la -- largo o a la ancha.

Toñeta.- Señor, aquí está un...

Argán.- Habla bajo, necia, que me trastornas el cerebro con tus voces. No ha de interpelarse así a los enfermos.

Argán.- Veinte mil francos.

Belina.- No me habléis de dinero, os lo ruego.. ¿De cuánto son los efectos?

Argán.- Uno de cuatro mil francos y otro de seis mil.

Belina.- Todos los bienes del mundo, amigo mío, no valen para mí lo que vos.

Notario.- ¿Extendemos el testamento?

Argán.- Sí, pero para ello estaremos mejor en mi despachito privado. Llevadme allá, amor mío, os lo suplico.

Belina.- Venid, pobre hijito.

ESCENA VIII

ANGÉLICA, TOÑETA.

Toñeta.- Ha venido con un notario y la he oído hablar no sé qué de testamento. Vuestra madrastra no se duerme y sin duda pre para contra vuestros bienes alguna conjura.

Angélica.- Que disponga de mis bienes a su capricho siempre que me deje disponer de mi croazón. Ya has visto, Toñeta, cuán violentos designios se hacen contra mí. Te ruego que no me abandones en la extremidad en que me veo.

Toñeta.- ¿Abandonaros yo? ¡Antes la muerte! Por mucho que vuestra madrastra quiera hacerme confidente suya y atraerme a sus intereses, nunca he tenido inclinación por ella y he sido siempre de vuestro partido. Dejadme hacer; emplearé cuanto pueda en vuestro servicio, pero, para ayudaros más eficazmente, voy a cambiar mis baterías, a encubrir mi afecto por vos y a fingir compartir los sentimientos de vuestro padre y vuestra madrastra.

Angélica.- Te ruego que procures avisar a Cleanto de la asechanza que me tienden.

Toñeta.- No tengo para eso otro a quien pueda emplear que Polichinela, un viejo usurero enamorado mío, al que convenceré con unas palabras dulces que no dejaré de decirle, en servicio vuestro. Pero hoy es muy tarde; mañana, pues, muy temprano, le haré buscar y él quedaría encantado de...

Angélica.- ¡Toñeta!

Toñeta.- Me llaman. Buenas noches. Confiad en mí.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

TOÑETA, CLEANTO

Toñeta.- ¿Qué queréis, señor?

Cleanto.- ¿Qué he de querer?

Toñeta.- ¡Ah, sois vos! ¡Qué sorpresa! ¿Y a qué venís?

Cleanto.- A hablar a la amable Angélica, a saber mi destino, a consultar los sentimientos de su corazón y a preguntar le cuáles son sus resoluciones sobre ese fatal matrimonio de que se me ha informado.

Toñeta.- No es tan sencillo hablar a Angélica, sino que ello resulta harto más intrincado. Ya os hemos dicho la estrechez con que se la guarda, sin dejarla salir ni hablar a nadie. A no ser por la curiosidad de una tía anciana, que nos hizo obtener permiso para ver la comedia que sabéis, nunca hubiera tenido lugar de nacer vuestra pasión. Y nos hemos librado muy bien de hablar de tal aventura.

Cleanto.- No vengo aquí como tal Cleanto, ni como enamorado, sino so capa de ser amigo del profesor de música de Angélica, el cual me ha autorizado a decir que le substituyo.

Toñeta.- Ahí veo a mi señor. Retiraos un tanto y dejad que os anuncie.

ESCENA II

Los mismos y ARGÁN

Argán.- El doctor Purgón me ha prescrito que pasee por la mañana, yendo de un lado a otro doce veces y volviendo otras tantas, pero he olvidado preguntarle si debo pasear a la -- largo o a la ancha.

Toñeta.- Señor, aquí está un...

Argán.- Habla bajo, necia, que me trastornas el cerebro con tus voces. No ha de interpelarse así a los enfermos.

Toñeta.- Quería deciros, señor..

Argán.- Te reptio que hables bajo.

Toñeta.- Señor.. (finge hablar en voz baja)

Argán.- ¿Qué dices?

Toñeta (en voz fuerte).- Que ahí está un hombre que quiere hablaros.

Argán.- Que venga.

(Toñeta hace a Cleanto seña de que se acerque).

Cleanto.- Señor...

Toñeta (burlona).- No habléis tan alto, que podéis trastornar el cerebro del señor.

Cleanto.- Señor, satisfácame veros levantado y saber que estáis mejor.

Toñeta (fingiendo ira).- ¿Cómo es eso de que está "mejor"? El señor sigue igualmente mal.

Cleanto.- Había oído decir que estaba mejor y le encuentro muy buena cara.

Toñeta.- ¿Buena cara? El señor se siente muy mal y quienes os han dicho que está mejor son unos impertinentes. Nunca el señor se ha hallado tan mal.

Argán.- Mi sirvienta tiene razón.

Toñeta.- El señor anda, come, bebe y duerme como todos, pero eso no obsta a que esté muy mal.

Argán.- Es verdad.

Cleanto.- Me siento desesperado, señor, viéndoos así. Vengo de parte del profesor de canto de vuestra señora hija, el cual ha tenido que ir a pasar unos días en el campo, por lo que me envía a mí, que soy íntimo amigo suyo, para que le substituya, de manera que vuestra hija no pierda con la interrupción lo ganado ya.

Argán.- Muy bien. Llamad a Angélica, Toñeta.

Toñeta.- Creo, señor, que valdrá más llevar al señor al aposento de vuestra hija.

Argán.- No. Hacedla venir.

Toñeta.- No podrá dar la lección debidamente si no están a solas.

Argán.- Sí, sí.

Toñeta.- Señor, eso os aturdirá y en el estado en que os halláis puede trastornaros el cerebro.

Argán.- No, no. Me gusta la música y me complacerá... ¡Ah, ya viene Angélica! Id vos a ver si mi mujer está vestida.

ESCENA III

ARGAN, ANGELICA, CLEANTO

Argán.- Acercaos, hija. Vuestro profesor de música se ha ido al campo y envía como substituto suyo a este señor.

Angélica.- ¡Oh, cielos!

Argán.- ¿De qué os sorprendéis?

Angélica.- Porque...

Argán.- ¿De qué dimana esa emoción?

Angélica.- Porque sobreviene aquí, padre mío, una asombrosa aventura.

Argán.- ¿Pues...?

Angélica.- He soñado esta noche que me hallaba en el mayor de los aprietos y que una persona igual a este señor se presentaba, me socorría y me sacaba de mi apuro. Grande, pues, ha sido mi sorpresa al ver aquí a quien ha ocupado mi pensamiento durante la noche.

Cleanto.- Fortuna es ocupar vuestro pensamiento, ya estéis despierta o dormida, y en verdad que mi dicha sería grande si os hallaseis en algún trabajo del que pudiera libraros yo. Porque nada hay que no hiciese para...

ESCENA IV

Los mismos y TOÑETA

Toñeta (con irrisión).- A fe, señor, que os apruebo ahora y me desdigo de cuanto dije ayer. Ahí están los señores Diafoirus padre e hijo, que vienen a visitaros. ¡Oh, qué buen yerno vais a tener! Veréis el mozo más ingenioso y mejor dispuesto del mundo. Sólo dos palabras ha dicho y me ha encantado. Y aún más encantada quedará vuestra hija. (Cleanto hace ademán de irse.)

Argán.- No os vayáis, señor. Es que caso a mi hija y aquí viene su futuro, al que no conozco aún.

Cleanto.- Mucho me honráis, señor, haciéndome asistir a tan agradable entrevista.

Argán.- Es hijo de un médico muy inteligente, y el casamiento se hará dentro de cuatro días.

Cleanto.- Bien pensado.

Argán.- Avisadlo al profesor de música de mi Angélica, para que asista a la boda.

Cleanto.- No lo olvidaré.

Argán.- También vos quedáis invitado.

Cleanto.- Mucho honor me hacéis.

Toñeta.- Aquí están.

ESCENA V

Los mismos más el DOCTOR DIAFOIRUS y su hijo TOMÁS

Argán (Llevándose la mano al gorro, pero sin quitárselo).- El -- doctor Purgón, señor, me ha prohibido descubrirme. Como -- vos sois del oficio ya conocéis las consecuencias.

Diafoirus.- En todas nuestras visitas acudimos a aportar socorro y no incomodidad a los enfermos.

Argán.- Recibo, señor...

(Los dos hablan a la vez, estorbando y confundiendo mutuamente sus razones.)

Diafoirus.- Venimos, señor...

Argán.- Con mucha alegría recibo...

Diafoirus.- Mi hijo Tomás y yo...

Argán.- El honor que me hacéis...

Diafoirus.- A testimoniarnos, señor...

Argán.- Y hubiera deseado...

Diafoirus.- Lo encantados que estamos...

Argán.- Ir yo a vuestra casa...

Diafoirus.- De la gracia que nos hacéis...

Argán.- Para daros fe de mi simpatía...

Diafoirus.- Al querer aceptarnos...

Argán.- Pero vos sabéis, señor...

Diafoirus.- En el honor, señor...

Argán.- Que soy un pobre enfermo...

Diafoirus.- De vuestra alianza...

Argán.- Que no puede hacer más...

Diafoirus.- Y aseguraros...

Argán.- Que deciros aquí...

Diafoirus.- Que en las cosas que de nuestra profesión dependan...

Argán.- Que buscará todas las ocasiones...

Diafoirus.- Y en todas las demás...

Argán.- De haceros conocer, señor...

Diafoirus.- Estaremos siempre prontos, señor...

Argán.- Que estoy a vuestro servicio...

Diafoirus.- A testimoniarnos nuestro celo... Venid, Tomás y saludad.

(Tomás Diafoirus es un gran simplón, recién salido de la Facultad y que todo lo hace con torpeza y a destiempo.)

Tomás.- ¿No se saluda primero al padre?

Diafoirus.- Sí.

Tomás.- Señor, vengo a saludar, reconocer, amar y reverenciar en vos a un segundo padre, pero un segundo padre al que me aventuro a decir que debo más que al primero. El primero me ha engendrado, pero vos me habéis escogido. El me -- recibí por necesidad; vos me aceptáis por gracia. De él recibí una obra de su cuerpo; de vos una obra de vuestra voluntad; y como las facultades espirituales son superiores a las corporales, tanto más os debo y tanto más preciosa juzgo esta futura parentela, de la que os rindo -- por adelantado humildísimos y respetuosísimos homenajes.

Toñeta.- ¡Vivan los colegios, que tan inteligentes hombres hacen!

Tomás.- ¿He estado bien, padre mío?

Diafoirus.- Optime.

Argán.- Saluda al señor, Angélica.

Tomás.- ¿La beso?

Diafoirus.- Sí, sí.

Tomás (a Angélica).- Señora, con justicia se os otorga el título de bella; y vuestro marido...

Argán.- No es mi esposa, sino mi hija.

Tomás.- ¿Pues dónde está vuestra esposa?

Argán.- Ahora vendrá.

Tomás.- ¿Espero a que venga, padre?

Diafoirus.- Saludad a la señorita.

Tomás.- Señorita, de la misma suerte que la estatua de Memnón despedía un son armonioso cuando la iluminaban los rayos del sol, así me siento yo animado de un dulce transporte ante la aparición de vuestra belleza. De igual forma que los naturalistas observan que la flor llamada heliotropo gira sin cesar hacia el astro del día, desde este punto mi corazón girará siempre hacia los resplandecientes astros de vuestros ojos, como si ellos fueran su polo único. Tolerad, pues, señorita, que suspenda ante el altar de vuestros encantos la ofrenda de mi corazón, que no aspira a otra gloria sino a ser toda su vida humildísimo, obedientísimo y fidelísimo servidor y marido vuestro.

Toñeta (burlándose).- ¡Lo que tiene el estudiar y qué cosas tan galanas se aprende a decir!

Argán.- ¿Qué os parece?

Cleanto.- Que el señor habla a maravilla, y que si es tan buen médico como buen orador resultará delicioso ser paciente suyo.

Toñeta.- A fe que sí, y que será admirable si hace tan buenas curas como buenos discursos.

Argán.- Ea, pronto: mi sillón y asientos para todos. Acomodaos ahí, hija. Ya veis, señor, que todos admiran a vuestro señor hijo y yo os considero feliz teniendo un mozo como él.

Diafoirus.- No es porque sea su padre, pero estoy muy contento de Tomás. Todos los que le conocen convienen en que no tiene nada de despreciable. Nunca ha poseído la imaginación muy viva, ni acreditado ese espíritu fogoso que en algunos se nota; pero de eso he deducido la ponderación de su discernimiento, cualidad necesaria en nuestra profesión. De pequeño nunca fue lo que se llama un niño vivo y despejado. Siempre se le veía dulce, apacible y taciturno, sin jugar jamás a los entretenimientos infantiles. Costó mucho trabajo enseñarle a leer y nueve años tuvo antes de que supiera. Yo pensaba que los árboles tardíos son los que mejor fruto dan y que, si bien sobre el mármol se graba con más trabajo que sobre la arena, la inscripción en cambio perdurará más.

ra más. En efecto, la comprensión lenta y la imaginación pesada son señales de un futuro buen juicio. Cuando le mandé al colegio tuvo dificultades en él, pero se creció ante los obstáculos, y -- siempre sus profesores me loaban sus esfuerzos y aplicación. En fin, a fuerza de insistir, ha ganado gloriosamente sus diplomas y sin vanidad puedo decir que en los dos años que lleva en los bancos de nuestra Facultad ha promovido en nuestras discusiones más movimiento que todos los candidatos. Se ha hecho temible y no se presenta nunca una tesis sin que él sostenga la contraria. Es -- firme en la polémica, recio como un turco en sus principios, inquebrantable en sus creencias y capaz de llevar sus razonamientos hasta los últimos confines de la lógica. Pero lo que más me place de él es que, a ejemplo mío, se aferra ciegamente a las opiniones de los antiguos, y nunca ha querido comprender ni escuchar las razones y experiencias de los supuestos descubrimientos de -- nuestro siglo, respecto a la circulación de la sangre y otros alegatos del mismo género.

Tomás (sacando un gran róllo de su bolsillo y ofreciéndolo a Angélica).- He redactado contra los partidarios de la circulación sanguínea una tesis que, con permiso del señor, oso regalar a la señorita como homenaje que de las primicias de mi talento le hago.

Angélica.- Señor, inútil es eso para mí, porque nada entiendo de estas cosas.

Toñeta.- Dádselo, dádselo. Siempre valdrá para decorar nuestras habitaciones.

Tomás.- También con permiso del señor, os invito a que vengáis uno de estos días a divertiros viéndome practicar la disección de una mujer.

Toñeta.- Agradable diversión será. Hay quienes ofrecen comedias a sus amadas, pero ofrecer una disección es mucho más galano.

Diafoirus.- En cuanto a las cualidades requeridas para el matrimonio y propagación de la especie, os aseguro, señor, que, según -- las reglas de nuestros doctores, mi hijo es tal como se puede desear, ya que posee en alto grado la virtud proliífica y es -- de temperamento capaz de engendrar y procrear hijos de buenas condiciones.

Argán.- ¿No os proponéis, señor, hacerle entrar en la Corte y buscar

le en ella un cargo de médico?

Diafoirus.- A deciros verdad, ejercer nuestro oficio con los grandes no me ha parecido agradable nunca, y opino que nos vale más desarrollarlo entre la gente común, que es tolerante. Con ella no se ha de responder ante nadie de nuestras acciones, y siempre que se sigan las reglas del arte, nada nos preocupa lo que pueda pasar. Pero resulta calamitoso ver que los grandes, cuando enferman, se empeñan aboslutamente en que sus médicos les curen.

Toñeta.- ¡Bueno es eso! ¡Qué impertinencia la de pedirnos que les curéis! No es tal vuestra misión, sino recibir pensiones y recetar remedios. Y luego, que ellos se curen si pueden.

Diafoirus.- Verdad es. No estamos obligados a tratar a la gente sino según las fórmulas.

Argán (a Cleanto).- Señor, haced que cante mi hija ante los presentes.

Cleanto.- Esperaba vuestras órdenes, señor, y se me ha ocurrido entretener a los aquí reunidos cantando con la señorita cierta escena de una opereta hecha ha poco. Tomad vuestra parte, señora.

Angélica.- ¿Yo?

Cleanto (bajo).- No os neguéis y procurad comprender lo que es la -- escena que vamos a cantar. (Alto.) No tengo buena voz, pero basta que me hagan entender, y espero que tengáis la bondad de escucharme, dada la necesidad en que estoy de hacer cantar a la señorita.

Argán.- ¿Son buenos los versos?

Cleanto.- Son los apropiados a personas que se encuentran de pronto y hablan sin preparación.

Argán.- Bien. Os escuchamos.

Cleanto.- El tema de la escena es éste. Estaba un pastor atento a las bellezas de un espectáculo recién comenzado, cuando atrajo su atención un tumulto que a su lado había. Volviéndose, vio a un grosero que con insolentes palabras maltrataba a una pastora. El pastor toma la defensa de un sexo al que todos los hombres deben homenaje, castiga la insolencia del grosero, se dirige a la pastora, y ve una persona que vierte lágrimas con los ojos más bellos que él haya contemplado ja

más. "Cómo -piensa- hay quien sea capaz de ultrajar a tan amable persona? ¿Qué bárbaro, qué inhumano es el que no se conmueve ante tales lágrimas?" Procura enjugarlas, y la bella pastora le agradece su ligero servicio de manera tan encantadora, tierna y apasionada, que el pastor no puede resistirla y siente que cada palabra y cada ademán es un dardo inflamado que penetra en su corazón. "¿Hay -reflexión- cosa alguna que merezca agradecimiento semejante? ¿Qué servicios no se prestarían y a qué peligros no se correría para atraerse por un solo momento la conmovedora -- dulzura de un alma tan reconocida?" Transcurre el espectáculo sin que el pastor lo atienda, antes bien, deplora que acabe la función demasiado pronto, puesto que ello le separa de su adorable pastora. Desde entonces experimenta un amor tan violento como el que varios años de afecto hubieran podido inspirar; empieza a sentir todos los males de la ausencia; y esta atormentado de no ver a quien por tan corto tiempo ha mirado. Hace cuanto puede para renovar la entrevista que día y noche evoca con ilusión, pero el riguroso encierro en que se tiene a su pastora lo impide. La intensidad de su pasión le lleva a querer pedir la mano de su amada, y para esto solicita y obtiene de ella -- mediante un billete que diestramente le hace llegar -- permiso para su solicitud. Entre tanto se le advierte que el padre de la zagala ha resuelto hacerla contraer otro enlace, para el que todo está ya a punto. Imaginad cuán cruel sufrimiento el del triste pastor. Colmado de mortal dolor, no puede soportar la idea de ver a su amada en brazos de otro, y su desesperado amor le hace buscar medio de introducirse en casa de la pastora, para saber cuáles son los sentimientos de ella y lo que él debe esperar. Llega, hállalo ---- aprestado todo y ve al indigno rival que el capricho de un padre opone a las ternuras de su amor. Encuentra a ese -- rival ridículo, triunfante junto a la bella pastora, con el aire de quien tiene la conquista segura, y tal escena -- cólmale una cólera que difícilmente reprime. Dirige dolorosas miradas a la mujer adorada, mas su respeto y la ---- presencia de su padre, le impiden emplear otro lengua----

je que el de los ojos. Al cabo, venciendo toda su restricción, le habla así (canta):

Abridme vuestros pensamientos; no puedo más, Filis, sufrir.
Declaradme si mi destino
ha de ser vivir o morir.

Angélica (cantando).-

Melancólica y triste, Tircis,
ante este mi enlace me veis.
Por mis suspiros y miradas
lo que siento comprenderéis.

Argán.- ¡Cáspita! No creía yo que mi hija fuese tan diestra que supiese cantar a libro abierto, sin vacilación.

Cleanto.-

¿Será posible, bella Filis,
que de Tircis el gran amor
haya tenido la ventura
de afectar vuestro corazón?

Angélica.-

No negaré en esta congoja
que mi pecho, Tircis, os ama.

Cleanto.-

Repetid, ¡oh, mi dulce Filis!,
vuestras hechiceras palabras.

Angélica.-

Os amo, Tircis.

Cleanto.-

Decidlo más.

Angélica.-

Os amo, Tircis.

Cleanto.-

¿Es de verdad?

Angélica.-

Os tengo, Tircis,
amor sin par.

Cleanto.-

Dioses y reyes; ¿a la mía
compararéis vuestra ventura?

Más de un rival el pensamiento

en esta dicha me conturba.

Angélica.-

Más que a la muerte le detesto
y el verle me es suplicio cruel.

Cleanto.-

Pues quiere un padre a ese suplicio
vuestra ternura someter.

Angélica.-

Jamás, jamás, jamás, jamás,
Antes que en eso consentir
jamás, jamás, jamás, jamás,
preferiré mejor morir.

Argán.- Y el padre, ¿qué dice?

Cleanto.- Nada.

Argán.- ¡Necio padre, que sufre tantas sandeces en silencio!

Cleanto.-

Escuchad, Filis, amor mío..

Argán.- No. Basta. Esa comedia da muy mal ejemplo. El pastor Tircis es un impertinente y la pastora Filis una desvergonzada al hablar de ese modo ante su padre. Mostradme vuestro papel. ¡Hola! ¿Dónde está la letra que habéis cantado? Aquí no veo más que música.

Cleanto.- ¿No sabéis, señor, que se ha encontrado ha poco la invención de escribir la letra con las mismas notas?

Argán.- ¿Sí, eh? Pues soy muy servidor vuestro, y hasta la vista. Podíais haberos ahorrado vuestra impertinente ópera.

Cleanto.- Creí divertiros.

Argán.- Las sandeces no divierten.

¡Ah, ahí llega mi mujer!

ESCENA VI

BELINA, ARGAN, ANGELICA, TORETA, DIAFOIRUS, TOMAS

Argán.- Amor mío, éste es el hijo del señor Diafoirus.

Tomás (iniciando un cumplido que ha aprendido de memoria).- Señora, con justicia se os otorga el título de bella, y vuestro marido ha de estar contento, porque se ve en vuestro rostro...

Belina.- Celebro mucho, señor, llegar con la oportunidad de veros.

Tomás.- Porque se ve en vuestro rostro... en vuestro rostro...

Me habéis interrumpido en medio de mi cláusula, señora, y eso me ha turbado la memoria.

Diáfoirus.- Dejadlo para otra ocasión, Tomás.

Argán.- Quisiera, amiga mía, que hubieseis estado aquí ha poco.

Toñeta.- Sí, señora; que os habéis perdido el segundo padre, la estatua de Memnón y la flor llamada heliotropo.

Argán.- Ea, hija, dad la mano al señor y consideradlo como vuestro marido.

Angélica.- Padre...

Argán.- ¿Qué sucede?

Angélica.- Os ruego que no precipitéis las cosas. Dadnos al menos tiempo de conocernos y de que nazca en nosotros la inclinación que tan necesaria es para formar una unión perfecta.

Tomás.- Por mí, señorita, ya ha nacido y no necesito esperar -- más.

Angélica.- Si tan súbito sois, señor, no sucede lo mismo conmigo y os confieso que vuestro mérito no ha producido -- aún bastante impresión en mi alma.

Argán.- Ya tendréis tiempo de que eso suceda cuando estéis casados.

Angélica.- Os suplico, padre, que nos concedáis tiempo. El matrimonio es cadena a que no deben someterse por fuerza los corazones, y si el señor es hombre honrado, no werrá aceptar a una persona que por imposición se le entrega.

Tomás.- Nego consequentiam, señorita, y puedo a la vez ser hombre honrado y aceptar vuestra mano, pues me la concede vuestro señor padre.

Angélica.- Ruín modo de hacerse amar es emplear violencia sobre la mujer.

Tomás.- Leemos que los antiguos, señorita, tenían la costumbre de raptar por fuerza a las jóvenes con quienes deseaban casarse, arrancándolas así de casa de sus padres, para que no pareciese que ellas daban su consentimiento a entregarse en los brazos de un hombre.

Angélica.- Los antiguos, señor, eran los antiguos, y nosotros -

somos nosotros. En nuestro siglo no se hacen tantos melindres y cuando un casamiento nos agrada, las mujeres sabemos ir a él sin que nos arrastren. Tened paciencia, señor. Si me amáis debéis querer cuanto yo quiera.

Tomás.- Sí, excepto en lo que perjudique a mi amor.

Angélica.- La gran muestra de amor es someterse a los mandatos de la amada.

Tomás.- Distinguo, señorita: en lo que no afecta a la posesión, -- concedo; en lo que la respecta, nego.

Toñeta.- Es inútil que razonéis, Angélica: el señor acaba de salir del colegio y siempre os contestará con justeza. ¿Por qué resistís tanto y os negáis al honor de uniros a un miembro de la médica Facultad?

Belina.- Quizá tenga en la cabeza alguna otra inclinación.

Angélica.- Si la tuviese, señora, sería tal que pudiesen permitírmela la razón y la honradez.

Argán.- ¡Hola! ¡Buen papel estoy yo haciendo aquí!

Belina.- En vuestro lugar, hijo, no la forzaría a casarse. Bien -- sé lo que haría.

Angélica.- Conozco, señora, lo que queréis decir y las bondades -- que tenéis conmigo; pero quizá vuestros consejos no tengan la fortuna de ser ejecutados.

Belina.- Las jóvenes discretas y honradas, como vos, no se preocupan ya de ser sumisas y obedientes a la voluntad de su padre. Eso era bueno antaño.

Angélica.- El deber de una hija tiene sus límites, señora, y la razón y las leyes no se extienden a todo.

Belina.- O sea que pensáis que para casaros podéis escoger esposo a vuestro capricho.

Angélica.- Si mi padre no quiere darme un marido que me agrade, al menos le pediré que no me haga casar con uno al que no puedo querer.

Argán.- Señores, perdonadme todo esto.

Angélica.- Cada uno, al casarse, persigue su fin. Yo no quiero un -- marido más que para amarle de verdad, y confieso que deseo tomar precauciones en lo que ha de ser una unión para toda la vida. Algunas buscan esposo para librarse del dominio de -- sus padres y poder hacer lo que les plazca. Otras, señora,

convierten en granjería el matrimonio y sólo se casan para enriquecerse con la muerte de sus maridos, yendo, sin escrupulo, de esposo en esposo y apropiándose los despojos de todos. Mujeres así no andan con remilgos y se curan poco de la persona.

Belina.- Razonadora estáis y me gustaría saber lo que queréis decir con eso.

Angélica.- ¿Qué puedo querer decir, señora, sino lo que digo?

Belina.- Sois insoportablemente necia, amiga mía.

Angélica.- Bien desearas, señora, hacerme responder alguna impertinencia, pero no os daré esa ventaja.

Belina.- Vuestra insolencia no tiene par.

Angélica.- Decid lo que queráis, señora.

Belina.- Y poseéis un ridículo orgullo y una impertinente presunción que hace encogerse de hombros a todos.

Angélica.- Nada conseguiréis, señora. Seré discreta a pesar vuestro, y para quitaros la esperanza de hacerme decir lo que os proponéis, voy a retirarme.

Argán.- Escucha; aquí no hay términos medios. O te casas dentro de cuatro días con el señor, o vas a un convento. No os enojéis, esposa, que yo sabré hacer entrar en cintura a --

Angélica.

Belina.- Siento abandonaros ahora, hijo mío, pero tengo en la ciudad un asunto inaplazable. Volveré en seguida.

Argán.- Id, amor mío, y pasad por casa del notario para lo que sabéis.

Belina.- Adiós, amiguito.

Argán.- Adiós, amiga mía. ¡Cómo me ama esta mujer! ¡Parece mentira!

Diafoirus.- Nosotros nos vamos, señor.

Argán.- Os ruego que me digáis cómo estoy.

Diafoirus (tomándole el pulso).- Compulsa tú, Tomás, la otra muñeca del señor. ¿Quid dicitis?

Tomás.- Dico que el pulso del señor demuestra que no está nada bien.

Diafoirus.- Justo.

Tomás.- Y que lo hallo algo fuertecillo, por no decir fuerte.

Diafoirus.- Sí.

Tomás.- Tanto, que rechaza el dedo al tocarle.

Diafoirus.- Bene.

Tomás.- Lo noto irregular.

Diafoirus.- Optime.

Tomás.- Lo que señala cierta destemplanza de la parénquima esplénica, es decir, del bazo.

Diafoirus.- Exacto.

Argán.- El doctor Purgón dice que lo que tengo mal es el hígado.

Diafoirus.- Quien dice parénquima, dice ambas cosas, ya que están muy relacionadas mediante el vaso corto del pílono y los meatos colídocos. ¿Verdad que sin duda os ha prescrito comer la carne asada?

Argán.- No, sino hervida.

Diafoirus.- Asada y hervida viene a ser igual. Con prudencia os aconseja y no podéis estar en mejores manos.

Argán.- ¿Cuántos granos de sal me aconsejáis poner en cada huevo?

Diafoirus.- Seis, ocho o diez, esto es, según números pares, así como en los medicamentos se emplean impares.

Argán.- Hasta la vista, señor.

ESCENA VII

BELINA, ARGAN

Belina.- Antes de salir, hijo, vengo a daros aviso de una cosa que debéis remediar. Pasando ante la habitación de Angélica he visto a un hombre que ha huído al divisarme.

Argán.- ¿Un hombre con mi hija?

Belina.- Sí, y Luisita, que estaba con ellos, podrá informaros.

Argán.- Enviádmela aquí, amor mío. ¡Ah, la desvergonzada! Ahora comiendo su resistencia.

ESCENA VIII

LUISITA, ARGAN

Luisita.- ¿Qué queréis, papá? Mamá me ha dicho que me llamabais.

Argán.- Venid acá, volveos, alzad los ojos y miradme. Vamos.

Luisita.- ¿Qué, papá?

Argán.- Andad.

Luisita.- ¿Qué?

Argán.- ¿No tenéis nada que decirme?

Luisita.- Si queréis os diré, para divertirlos, el cuento de la Piel del Asno, o la fábula del Zorro y el Cuervo, que -- hace poco me han enseñado.

Argán.- No te pido eso.

Luisita.- ¿Pues qué?

Argán.- Ya sabéis, astuta, a qué me refiero.

Luisita.- Perdonad, papá, pero...

Argán.- ¿Así me obedecéis?

Luisita.- ¿Qué?

Argán.- ¿No os he recomendado que me dijerais a mí antes que a nadie cuanto vieseis?

Luisita.- Sí, papá.

Argán.- ¿Y lo habéis hecho?

Luisita.- Sí, papá. Os he venido a decir todo lo que he visto.

Argán.- ¿Y no habéis visto nada hoy?

Luisita.- No, papá.

Argán.- ¿No?

Luisita.- No, papá.

Argán.- ¿De seguro?

Luisita.- De seguro.

Argán.- Pues yo voy a haceros ver algo a vos. (Empuña un látigo.)

Luisita.- ¡Oh, papá!

Argán.- ¡Ah, embustera! ¿Por qué no me decís que habéis visto a -- un hombre en el cuarto de vuestra hermana?

Luisita.- ¡Papá!

Argán.- Esto os enseñaré a mentir.

Luisita (arrodillándose).- Os pido perdón, papá. No os lo dije porque mi hermana me mandó que no os lo dijera; pero -- ahora os lo contaré todo.

Argán.- Primero os azotaré por haber mentido. Luego veremos lo demás.

Luisita.- ¡Perdón, papá!

Argán.- ¡No, no!

Luisita.- No me azotéis.

Argán.- Sí.

Luisita.- En nombre de Dios, ¡no papá!

Argán (azotándola).- ¡Vamos, vamos!

Luisita.- ¡Ay, me habéis herido! ¡Ay, muerta soy! (Se finge muerta.)

Argán.- ¡Hola! ¿Qué es esto? ¡Luisita, Luisita! ¡Ay, Dios mío, -- Luisita! ¡Ay, hija mía, pobre y desgraciada hija mía! -- ¿Qué he hecho, miserable de mí? ¡Perro látigo! ¡Peste de látigo! ¡Ah, mi pobre hija, mi pobre Luisita!

Luisita.- No lloréis tanto, papá, que no he muerto.

Argán.- ¡Ah embusteruela! Bueno, bueno, os perdono.

Luisita.- ¡Sí, sí, papá!

Argán.- Pero andad con ojo, que tengo aquí un dedito que me dirá si mentís.

Luisita.- Pero no digáis a mi hermana, papá, lo que os cuente.

Argán.- No, no.

Luisita.- Pues es, papá, que cuando estaba yo en la habitación -- de mi hermana vino un hombre.

Argán.- ¿Y qué más?

Luisita.- Le pregunté qué quería y me dijo que era su profesor de canto.

Argán.- ¡Ah, ésta es la cosa! ¿Qué más?

Luisita.- Mi hermana llegó después.

Argán.- ¿Y...?

Luisita.- Y le dijo: "Salid, salid, salid, por Dios, que me ponéis en un desesperado apuro."

Argán.- ¿Qué hizo él?

Luisita.- No quiso irse.

Argán.- ¿Y qué le dijo?

Luisita.- No sé cuántas cosas.

Argán.- ¿Qué cosas?

Luisita.- Que la ama así, que la amaba andando y que ella era la más bella del mundo.

Argán.- ¿Y después?

Luisita.- Se arrodilló ante ella.

Argán.- ¿Y después?

Luisita.- La besó las manos.

Argán.- ¿Y después?

Luisita.- Y después mamá llegó a la puerta y él huyó.

Argán.- ¿Nada más?

Luisita.- No, papá.

Argán.- Mi dedo meñique gruñe no sé qué. (Se lo lleva al oído.)

¿Eh? ¡Ah, sí! ¡Oh, mi dedo meñique me dice que habéis visto algo más que os calláis!

Luisita.- Vuestro dedo meñique es un mentiroso.

Argán.- ¡Cuidado!

Luisita.- No, papá, no le creáis. Os aseguro que miente.

Argán.- Bien, bien; ya veremos. Idos y andad con cautela en lo que hagáis. ¡Oh, qué hijos! ¡Oh, qué cosas! No tengo tiempo ni de pensar en mi enfermedad. ¡No puedo más! (Se sienta.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ESCENA IX

BERALDO, ARGAN

Beraldo.- ¿Qué tal, hermano? ¿Cómo estáis?

Argán.- Muy mal, hermano.

Beraldo.- ¿Muy mal?

Argán.- Tengo una debilidad increíblemente grande.

Beraldo.- Eso es deplorable.

Argán.- No me encuentro con fuerzas ni para hablar.

Beraldo.- Vengo, hermano, a proponeros un marido para mi sobrina Angélica.

Argán (levantándose de su silla, muy irritado).- No me habléis de esa pícará, hermano. Es una bribona, una impertinente, una desvergonzada a quien recluiré en un convento de aquí a un par de días.

Beraldo.- Me alegro de que recobréis fuerzas y de que mi visita os sienta bien, como lo juzgo por el vigor con que habláis.

ACTO III
ESCENA PRIMERA

BERALDO, ARGAN, TOÑETA

Beraldo.- ¿Queréis que tratemos ahora de asuntos serios?

Argán.- Un poco de paciencia, hermano. Vuelvo en seguida.

Toñeta.- Tomad el bastón, señor, No creáis que podéis aún andar sin él.

Argán.- Tienes razón.

ESCENA II

BERALDO, TOÑETA

Toñeta.- No abandonéis los intereses de vuestra sobrina.

Beraldo.- Haré cuanto sea posible para que consiga lo que desea.

Toñeta.- Es preciso impedir por todos los medios ese extravagante matrimonio que a mi señor se le ha puesto en la cabeza. Yo había pensado que sería buena ocurrencia traer aquí a un médico elegido por nosotros, que le indispusiera con el doctor Purgón y vituperase a éste. Pero como no tenemos a nadie a mano para eso, me ha acudido a la mente -- otro artificio.

Beraldo.- ¿Cuál?

Toñeta.- Una cosa burlesca, que quizá resulte más afortunada que discreta. Dejadme hacer y obrad por vuestra parte. Ya -- vuelve vuestro hermano.

ESCENA III

BERALDO, ARGAN

Beraldo.- Permitid que ante todo os pida que no os acaloréis mientras conversamos.

Argán.- De acuerdo.

Beraldo.- Que respondáis sin aotitud a las cosas que pueda deciros.

Argán.- Sí.

Beraldo.- Y que razonemos con el ánimo libre de toda pasión.

Argán.- ¡Sí, por Dios! ¡Qué largo preámbulo!

Beraldo.- ¿Por qué hermano, teniendo la hacienda que tenéis y no -- teniendo en cambio más que una hija, aparte la pequeña, -- habláis de meterla en un convento?

Argán.- ¿Por qué, hermano, dará la casualidad de que sea yo dueño de hacer de mi familia lo que me plazca?

Beraldo.- Vuestra mujer no deja de aconsejaros que os deshagáis -- de vuestras hijas, y su espíritu de caridad se encantaría viéndolas en un convento.

Argán.- ¿A eso íbamos? ¡Ya está mi pobre mujer en juego! Ella es quien obra mal y quien se concita las iras de todos, ¿no?

Beraldo.- No, hermano, y dejemos el tema. Vuestra mujer acaricia las mejores intenciones hacia vuestra familia, no tiene -- interés alguno, os muestra maravillosa ternura y con vuestras hijas se porta con inconcebibles afecto y bondad. Sobre esto no hay duda. Pero volvamos a lo de vuestra hija. ¿Cómo ha podido ocurrírseos darla en matrimonio al hijo de un médico?


Argán.- Porque quiero, hermano, tener un yerno que me convenga. --

Beraldo.- Pero no le conviene a vuestra hija, a quien se le presenta un partido más adecuado.

Argán.- Ese es más adecuado para mí.

Beraldo.- Mas el marido de vuestra hija, hermano, ¿ha de ser para ella o para vos?

Argán.- Ha de ser, hermano, para ella y para mí, y quiero introducir en mi familia las personas que me hacen al caso.

Beraldo.- Según esa razón, si vuestra hija pequeña fuese ya mujer, podríais darle por marido un boticario... 

Argán.- ¿Por qué no?

Beraldo.- ¿Es posible que sigáis emperrado en vuestros boticarios y médicos y que os empeñéis en estar enfermo a pesar de la gente y de la Naturaleza?

Argán.- ¿Cómo entendéis eso, hermano?

Beraldo.- En el sentido de que no hay hombre menos enfermo que vos y de que no quisiera yo más que una constitución como la -- vuestra. Una gran señal de lo bien que estáis y de que --

vuestro organismo se halla en perfecta salud, es que a pesar de todos los cuidados que os habéis tomado, no habéis podido descomponer vuestro recio temperamento, y las muchas medicinas que os recetan no han logrado acabar con vos.

Argán.- Sabed, hermano, que eso es lo que me conserva, y que el señor Purgón dice que yo sucumbiría si pasara tres días -- sin cuidarme.

Beraldo.- Pues si no ponéis precaución, tantos cuidados os aplicará que daré con vos en el otro mundo.

Argán.- Razonemos, hermano. ¿No creéis en la medicina?

Beraldo.- No, hermano, ni juzgo necesario creer en ella para conservar la salud.

Argán.- ¿No tenéis por verdadera una cosa establecida por todo el mundo y reverenciada por los siglos?

Beraldo.- Lejos de tenerla por verdadera, la considero una de las mayores locuras que prevalecen entre los hombres y, examinando filosóficamente las cosas, no hallo más jocosa farsa ni nada más ridículo que el que un hombre se jacte de curar a otro.

Argán.- ¿Por qué, hermano, no ha de poder un hombre curar a otro?

Beraldo.- Por la razón, hermano, de que los resortes de nuestro organismo son un misterio en que los hombres no ven claro hasta ahora, ya que la naturaleza nos ha puesto ante los ojos velos harto espesos para que podamos advertir nada.

Argán.- Así, ¿creéis a los médicos unos ignorantes?

Beraldo.- Sí, hermano. Conocen en su mayoría las Humanidades, saben hablar en buen latín y nombrar, definir y clasificar en griego todas las cosas, pero en materia de curarlas nada entienden.

Argán.- Convendréis, empero, en que los médicos, en esa cuestión, entienden más que los otros hombres.

Beraldo.- Entienden lo que os he dicho, que no es apto para hacer muchas curas, y toda la excelstitud de su arte consiste en un pomposo batiburrillo, en una especiosa charlantería -- que da palabras por razones y promesas por efectos.

Argán.- Sin embargo, hermano, hay otros hombres tan discretos y sabios como vos, y notad que en sus enfermedades no hay quien no recurra a los médicos.

Beraldo.- Lo que prueba la flaqueza humana y no la verdad de ese arte.

Argán.- Menester es que los médicos lo crean verdadero, ya que a sí mismos se lo aplican.

Beraldo.- Porque algunos de ellos comparten el error popular de que se aprovechan, como otros lo aprovechan sin compartirlo. Vuestro doctor Purgón, por ejemplo, carece de toda sutilidad maligna. Es médico de pies a cabeza, cree en sus reglas más que en todas las demostraciones matemáticas y consideraría crimen ponerlas en tela de juicio. Nada en la medicina ve de obscuro, nada de dudoso, nada de difícil; y con impetuoso arrojo, rígida confianza y brutalidad que desafía el sentido común y la razón, aplica a manos abiertas purgas y sangrías, sin tener otras cosas en cuenta. No hemos de censurarle lo que os haga, pues os lo prescribirá con la mejor fe que quepa, no efectuando, al mataros, sino lo que ha efectuado con su mujer e hijos, como, si ello fuere menester, lo efectuaría consigo en persona.

Argán.- Añejo aborrecimiento tenéis por él, hermano. Pero pasemos a lo importante. ¿Qué ha de hacer el que enferma?

Beraldo.- Nada.

Argán.- ¿Nada?

Beraldo.- Nada. Reposar. La naturaleza, cuando la dejamos obrar, sale por sí sola del desorden que la turba. Nuestra inquietud e impaciencia son las que lo echan todo a perder. Casi todos los hombres mueren víctimas de las medicinas y no de las enfermedades.

Argán.- Estaréis de acuerdo, hermano, con que cabe ayudar a la naturaleza con algunos medios.

Beraldo.- Ideas abstractas con que nos gusta lisonjearnos son esas. En todos los tiempos se han deslizado entre los hombres hermosas fantasías que acabamos creyendo, porque nos halagan y porque quisiéramos que fuesen verdaderas. Los médicos hablan de ayudar, socorrer y aliviar a la naturaleza, quitándole lo que la perjudica y dándole lo que la beneficia, y así platican respecto a corregir la sangre, templar los intestinos y el cerebro, descongesionar el bazo, mejorar el pecho, tonificar el hígado, fortificar el corazón, restablecer y conservar el calor natural y tener secretos para extender largamente la duración de

la vida. Cuando esto dicen, hermano, os cuentan una novela: la de la medicina. Pero, al llegar a la verdad y la experiencia, no se encuentra nada de eso, como sucede con los sueños hermosos, que al despertar sólo os dejan el placer de haberlos creído verdaderos.

Argán.- O sea que toda la ciencia del mundo se contiene en vuestra cabeza y que vos sabéis más que todos los grandes médicos de nuestro siglo.

Beraldo.- Esos grandes médicos son distintos en sus discursos y en sus obras. Habilísimos en lo que hablan, resultan ignorantísimos en lo que hacen.

Argán.- Gran doctor sois, a lo que veo, y mucho me placería que estuviese aquí un médico para rebatir vuestras razones y hacerlos bajar el gallo.

Beraldo.- No me dedico a combatir la medicina, y cada uno, por su cuenta y riesgo, puede creerla tanto como se le antoje. Os hablo en confianza y sólo con miras a sacaros del error en que estáis. Para ello, y para divertirlos, placeríame que vinieseis a ver conmigo alguna comedia de Moliere.

Argán.- ¡Buen impertinente es ese Moliere con sus comedias! ¡Ocurrirísele burlarse de hombres tan honrados como los médicos!

Beraldo.- No se burla de ellos, sino de la ridiculez de la medicina.

Argán.- ¿Quién es él para meterse a gobernar la medicina? Gran necio e impertinente os digo que le juzgo cuando le veo burlarse de consultas y recetas, atacar a la médica corporación y llevar a las tablas tan respetables señores.

Beraldo.- ¿Qué queréis que lleve sino las diversas profesiones humanas? A diario se hacen salir en las comedias reyes y príncipes, que son de tan buena casa como los médicos.

Argán.- ¡Voto al diablo que si yo fuese los médicos me vengaría de su impertinencia, y cuando estuviese enfermo le dejaría morir sin socorro! Ya podría él decir y redecir, que no le prescribiría ni una mala sangría o lavativa menuda, y diríale: "Revienta, y eso te enseñará a volver a burlarte de los doctores."

Beraldo.- Muy colérico estáis contra él.

Argán.- Sí, porque es un indiscreto, y los médicos unos sabios, digase lo que se diga.

Beraldo.- Pues creo que él será más sabio que los médicos y que no les pedirá auxilio alguno.

Argán.- Si no apela a las medicinas, tanto peor para él.

Beraldo.- Tiene sus razones para no quererlas y afirmar que el tomarlas no es viable sino para la gente joven y robusta, capaz de soportar a la vez la enfermedad y los remedios, - - mientras él sólo posee fuerzas para resistir la enfermedad.

Argán.- ¡Oh, sandia razón! Oid, hermano: no hablemos más de ese hombre, porque ello me revuelve la bilis y me causaría mal.

Beraldo.- De acuerdo, hermano, y, cambiando de conversación, os diré que una ligera repugnancia que vuestra hija muestre a casarse, no debe conducirnos a la violenta resolución de llevarla a un convento. Al escoger un yerno no debéis dejaros arrastrar ciegamente por la pasión, y habéis de acomodaros un tanto a la inclinación de vuestra hija, puesto que se trata de cosa para toda la vida y de esa inclinación depende la felicidad en el matrimonio.

ESCENA IV

Los mismos y FLEURANT, con una jeringa en la mano.

Argán.- Con vuestro permiso, hermano mío.

Beraldo.- ¿Qué queréis hacer?

Argán.- Tomar una lavativa. Es cosa de un momento.

Beraldo.- ¿No sabéis estar ni un minuto sin lavativas o medicinas? Dejadlo para otra ocasión y descansad.

Argán.- Señor Fleurant, lo haremos esta noche o mañana por la mañana.

Fleurant (a Beraldo).- ¿Cómo osáis oponeros a las prescripciones médicas e impedir al señor que tome mi clíster? ¡Inaudito atrevimiento es ése!

Beraldo.- Se ve que no estáis habituado a hablar con gente de buen juicio.

Fleurant.- No es admisible burlarse así de los remedios ni hacerme perder el tiempo. He venido con buen fin y diré al doctor Purgón que se me ha impedido ejecutar sus órdenes y cumplir mi función. Ya veréis, ya veréis..

Argán.- Hermano mío, vais a causar alguna desgracia.

Beraldo.- La gran desgracia de no tomar una lavativa prescrita por el señor Purgón. Os repito lo mismo, hermano: ¿no es posible curaros de la enfermedad de los médicos? ¿Queréis pasaros la vida abrumado bajo sus remedios?

Argán.- ¡Dios mío! Vos habláis, hermano, como hombre sano que sois. Si estuviéseteis en mi lugar os expresaríais de otro modo. - Fácil es hablar contra la medicina cuando se goza de plena salud.

Beraldo.- ¿Pues qué mal tenéis?

Argán.- Me desesperáis. Quisiera que padeciéseteis mi mal vos, para que vierais... ¡Ah! Mirad al doctor Purgón.

ESCENA V

PURGÓN, BERALDO, ARGÁN, TOÑETA

Purgón.- ¡Buenas noticias he oído en la puerta! Parece que aquí se chancean de mis prescripciones y se niegan a tomar los remedios que receto.

Argán.- No es eso...

Purgón.- ¡Grandiosa audacia y singular rebelión la de un paciente contra su médico!

Toñeta.- ¡Es espantoso!

Purgón.- ¡Una lavativa que yo mismo había compuesto!

Argán.- No fui yo quien...

Purgón.- Y que preparé con todas las reglas del arte.

Toñeta.- El señor ha hecho mal.

Purgón.- Y que debía producir maravilloso efecto en los intestinos.

Argán.- ¿Veis, hermano?

Purgón.- ¡Rechazar mi clíster con desprecio!

Argán.- Fue mi...

Purgón.- Es un acto exorbitante.

Toñeta.- De seguro.

Purgón.- Un enorme atentado contra la medicina.

Argán.- La culpa...

Purgón.- Sí; un crimen de lesa medicina para el que todos los castigos son pocos.

Toñeta.- Tenéis razón.

Purgón.- Os declaro que rompo todo trato con vos.

Argán.- Però es mi hermano quien...

Purgón.- No quiero más relaciones con vos.

Toñeta.- Haréis bien.

Purgón (desgarrando un papel).- Para concluir todos nuestros tratos, ved lo que hago con la donación que había otorgado a mi sobrino en virtud de su casamiento.

Argán.- Toda la culpa es de mi hermano.

Purgón.- ¡Despreciar mi lavativa!

Argán.- Enviádmela, que me la pondré.

Purgón.- ¡Cuán pronto os hubiera yo sacado de males!

Toñeta.- No lo merece.

Purgón.- Iba a limpiar vuestro cuerpo y a haceros evacuar enteramente todos vuestros malos humores.

Argán.- ¡Ah, hermano!

Purgón.- Una docena más de medicamentos y hubierais echado las últimas heces.

Toñeta.- Es indigno de vuestras atenciones.

Purgón.- Pero ya que no habéis querido que os curara...

Argán.- La culpa no es mía.

Purgón.- Puesto que os habéis substraído a la obediencia que al medido se debe...

Toñeta.- Eso clama venganza.

Purgón.- Puesto que os declararéis rebelde a los remedios que os prescribía...

Argán.- No, no.

Purgón.- He de deciros que os abandono a vuestra mala constitución, a la destemplanza de vuestras entrañas, a la corrupción de vuestra sangre, a la acritud de vuestra bilis y a la feculencia de vuestros humores.

Toñeta.- ¡Muy bien hecho!

Argán.- ¡Dios mío!

Purgón.- Y sentencio que antes de que pasen cuatro días os tornareis incurable.

Argán.- ¡Misericordia!

Purgón.- Caeréis en la bradipepsia.

Argán.- ¡Señor Purgón!

Purgón.- De la bradipepsia en la dispepsia.

Argán.- ¡Señor Purgón!

Purgón.- De la dispepsia en la apepsia.

Argán.- ¡Señor Purgón!

Purgón.- De la apepsia en el estreñimiento.

Argán.- ¡Señor Purgón!

Purgón.- Del estreñimiento en la disentería.

Argán.- ¡Señor Purgón!

Purgón.- De la disentería en la hidropesía.

Argán.- ¡Señor Purgón!

Purgón.- Y de la hidropesía en la privación de la vida, a lo que os habrá conducido vuestra locura.

ESCENA VI

ARGAN, BERALDO

Argán.- ¡Dios, muerto soy! ¡Me habéis perdido, hermano!

Beraldo.- ¿Qué os pasa?

Argán.- Noto que ya empieza la venganza de la medicina. ¡No puedo más!

Beraldo.- A fe, hermano, que estáis loco y que no quisiera por -- nada del mundo veros hacer lo que hacéis. Os ruego que os reportéis, que volváis en vos y que no deis tanto pábulo a vuestra imaginación.

Argán.- ¿No oísteis, hermano, las extrañas enfermedades con que -- Purgón me amenazó?

Beraldo.- No seáis simple.

Argán.- Ha dicho que antes de cuatro días me habré tornado incurable.

Beraldo.- ¿Y qué? ¿Es Purgón algún oráculo? Diríase que él tiene en sus manos el hilo de vuestra vida y que con autoridad suprema lo alarga o acorta a su placer. Pensad que los -- principios de vuestra existencia están en vos mismo, y -- que el enojo de Purgón es tan poco capaz de haceros morir, como sus remedios de haceros vivir. Buena coyuntura se os presenta de desembarazaros de los médicos, y, si sin ellos os es imposible pasar, de elegir otro con quien corráis -- un riesgo menor.

Argán.- Mi hermano conoce sin duda todo mi temperamento y el modo como es menester gobernarme.

Beraldo.- Ha de confesarse que sois hartos aprensivos y que miráis las cosas con extraños ojos.

ESCENA VII

Los mismos y TOÑETA

Toñeta.- Señor: un médico solicita veros.

Argán.- ¿Qué médico?

Toñeta.- Un médico de la medicina.

Argán.- Digo que quién es.

Toñeta.- No le conozco, pero se me parece como una gota de agua a otra gota; y tanto que si no hubiese mi madre sido honrada, diría yo que era el tal un hermanito que se me había dado después de morir mi padre.

Argán.- Hazle entrar.

Beraldo.- Servido estáis a maravilla: un médico os abandona y -- otro se os presenta.

Argán.- Mucho temo que seáis causa de alguna desgracia.

Beraldo.- ¿Otra vez?

Argán.- Tengo clavadas en el alma todas esas enfermedades que no conozco.

ESCENA VIII

TOÑETA, disfrazada de médico, ARGAN, BERALDO

Toñeta.- Señor, consentid en que os visite y os ofrezca mis humildes servicios para todas las sangrías y purgaciones que hayáis menester.

Argán.- Os quedo muy agradecido, señor. ¡A fe que parece Toñeta en persona!

Toñeta.- Señor, os ruego que me excuséis, porque he olvidado dar un encargo a mi espolique. Vuelvo en seguida.

Argán.- ¿No se diría que es la misma Toñeta?

Beraldo.- La semejanza es muy grande; pero no es la primera vez -- que se ven esta clase de cosas, y las historias abundan -- en tales coincidencias.

Argán.- Estoy muy sorprendido y...

ESCENA IX

ARGAN, BERALDO, TOÑETA (ésta se ha quitado tan de prisa su ropón de médico que resulta difícil creer que sea ella misma la que vino disfrazada).

Toñeta.- ¿Qué queréis, señor?

Argán.- ¿Cómo?

Toñeta.- ¿No me llamasteis?

Argán.- ¿Yo? No.

Toñeta.- Deben haberme engañado los oídos.

Argán.- Quédate para notar mejor tu semejanza con ese médico.

Toñeta.- Tengo trabajo y le he visto de sobra.

Argán.- De no ver a los dos me parecerían el mismo.

Beraldo.- He leído cosas pasmosas sobre tal clase de semejanzas y en nuestra época hemos visto una que a todos engañaba.

Argán.- Pues yo me habría engañado en ésta y jurado que era la -- misma.

ESCENA X

TOÑETA, vestida de médico, ARGAN, BERALDO

Toñeta.- Os pido sincero perdón de mi momentánea ausencia.

Argán.- ¡Oh, admirable parecido!

Toñeta.- Espero que os plazca no encontrar mal la curiosidad que he tenido de visitar a enfermo tan ilustre como vos. Vuestra reputación, que por doquier se extiende, puede excusar la libertad que me tomo.

Argán.- Tenedme, señor, por servidor vuestro.

Toñeta.- Notó que me miráis muy fijamente, ¿Qué edad me atribufís?

Argán.- Creo que tendréis, a lo sumo veintiséis o veintisiete -- años.

Toñeta.- ¡Ja, ja, ja! Tengo noventa.

Argán.- ¿Noventa?

Toñeta.- Sí. Es efecto de los secretos de mi arte el conservarme -- lozano y vigoroso.

Argán.- Por mi fe que para noventa años estáis muy bien y muy joven.

Toñeta.- Soy médico ambulante, que voy de ciudad en ciudad, de -- provincia en provincia, de reino en reino, buscando mate-- rias insignes y dignas de mi capacidad, esto es, enfer-- mos apropiados a mis actividades, e idóneos para aplicar-- les los grandes y hermosos secretps que yo he descubier-- to en la medicina. Desdeño el ocuparme en el minúsculo -- fárrago de las enfermedades ordinarias, como son esas -- naderías de catarrros y flujos, fiebrecillas, vapores y -- jaquecas. Yo quiero enfermedades importantes: buenas -- fiebres continuas con delirio, buenas fiebres eruptivas, buenas pestes, buenas hidropesías ya formadas, buenas -- pleuresías con inflamación del pecho. En ésas me complaz-- co, en ésas triunfo, y quisiera, señor, que tuvieseis -- todas las dolencias que acabo de enumeraros, que os ha-- llaseis desahuciado por todos los médicos, desesperado y agonizante, para mostraros la excelencia de mis remedios y el deseo que tengo de servirlos.

Argán.- Mucho os agradezco, señor, las bondades que mostráis con -- migo.

Toñeta.- ¡A ver vuestro pulso! Ya haremos que marche como debe. Ea, os dejaré como nuevo. Este pulso se muestra imperti-- nente, pero sosegaos, pulsillo, que aún no me conocéis. ¿Quién es vuestro médico, señor?

Argán.- El doctor Purgón.

Toñeta.- ¿Purgón? No figura su nombre entre los grandes médicos de mis registros. ¿De qué dice que estáis enfermo?

Argán.- Del hígado.

Toñeta.- ¡Oh, ignorante! De lo que adolecéis es del pulmón.

Argán.- ¿Del pulmón?

Toñeta.- Sí. ¿Qué soléis sentir?

Argán.- Dolores de cabeza de vez en cuando.

Toñeta.- Justo: el pulmón.

Argán.- A veces me parece tener un velo ante los ojos.

Toñeta.- El pulmón.

Argán.- Y noto dolores en el corazón, en ocasiones.

Toñeta.- El pulmón.

Argán.- Lasitud en todos los miembros.

Toñeta.- El pulmón.

Argán.- Y a veces dolores de vientre, como si me asaltase un -- cólico.

Toñeta.- El pulmón. ¿Coméis con apetito?

Argán.- Sí, señor.

Toñeta.- El pulmón. ¿Os gusta beber un poco de vino?

Argán.- Sí, señor.

Toñeta.- El pulmón. ¿No os acomete somnolencia después de comer y no os huelga entonces dormir?

Argán.- Potajes.

Toñeta.- ¡Ignorante!

Argán.- Volatería.

Toñeta.- ¡Ignorante!

Argán.- Ternera.

Toñeta.- ¡Ignorante!

Argán.- Caldos.

Toñeta.- ¡Ignorante!

Argán.- Huevos frescos.

Toñeta.- ¡Ignorante!

Argán.- Por la noche ciruelas pasas para laxar el vientre.

Toñeta.- ¡Ignorante!

Argán.- Sobre todo me recomienda que beba el vino muy aguado.

Toñeta.- Ignorantus, ignoranta, ignorantum. Habéis de beber el vino puro, y para espesar vuestra sangre, que es muy clara, debéis comer buen buey, buen puerco, buen queso de Holanda, pan de flor, arroz, castañas y barquillos, a fin de aglutinar y unir. Vuestro médico es un torpe. Yo os mandaré uno bien escogido y yo mismo os visitaré de vez en cuando, mientras esté en la ciudad.

Argán.- Os lo agradezco mucho.

Toñeta.- ¿Para qué diantre queréis este brazo?

Argán.- ¿Eh?

Toñeta.- En vuestro lugar me lo haría amputar muy luego.

Argán.- ¿Por qué?

Toñeta.- Porque atrae a sí toda la nutrición e impide a este lado que la aproveche.

Argán.- Pero el brazo me es necesario.

Toñeta.- También tenéis un ojo derecho que yo, en vuestro lugar, me haría extraer.

Argán.- ¿Extraer un ojo?

Toñeta.- ¿No veis que incomoda al otro y le roba su sustento? Creedme y hacéoslo sacar pronto; así veréis mejor con el ojo izquierdo.

Argán.- Eso no es urgente.

Toñeta.- Adiós. Lamento dejaros tan pronto, pero he de asistir a una gran junta médica que se hace a propósito de un hombre que murió ayer.

Argán.- ¿A propósito de un hombre que murió ayer?

Toñeta.- Sí, para ver qué pudiera haberse hecho a efecto de curarle. Hasta la vista.

Argán.- Excusad que no os acompañe a la puerta. Ya sabéis que se dispensa de ello a los enfermos.

Beraldo.- En verdad este médico me parece muy experto.

Argán.- Sí, pero se apresura demasiado.

Beraldo.- Todos los grandes médicos son así.

Argán.- ¡Cortarme un brazo y sacarme un ojo en beneficio de los que queden! Prefiero que no se beneficien tanto y no ver me manco y tuerto.

ESCENA XI

TONETA, ARGAN, BERALDO

Toñeta.- ¿Sabéis, señor, que estoy enfadada?

Argán.- ¿Qué os pasa?

Toñeta.- ¡Pues no me quería tomar el pulso ese médico!

Argán.- ¡Parece mentira! ¡a los noventa años!

Beraldo.- Oíd, hermano: puesto que Purgón ha reñido con vos, ¿me dejáis que os hable del partido que a vuestra hija se le ofrece?

Argán.- No, hermano. La recluiré en un convento, ya que se ha opuesto a mi voluntad. Ya veo que en el fondo de esto hay un amorío, y he descubierto cierta entrevista secreta que nadie sabe que yo conozco.

Beraldo.- Y aunque hubiese alguna inclinacioncilla, ¿sería ello ofensivo y criminal? No, si tiende a cosa honesta, como el casamiento.

Argán.- En todo caso, hermano, Angélica será religiosa. Es cosa resuelta.

Beraldo.- Lo hacéis por complacer a alguien.
Argán.- Os entiendo. Volvéis siempre a lo mismo. Tenéis atravesada en el alma a mi mujer.

Beraldo.- Cierto es, hermano. Si he de hablar con franqueza, a vuestra mujer me refiero, y así como no sufro vuestra obstinación en la medicina, tampoco sufro lo obstinado que estáis con vuestra esposa, y no puedo ver con paciencia que os precipitéis de cabeza en cuantas asechanzas os tiende.

Toñeta.- No habléis de la señora, señor. Es mujer irreprochable, mujer sin artificio, mujer sobre cuyo amor por el señor no hay nada que decir.

Argán.- Cuéntale cómo me halaga.

Toñeta.- Es verdad.

Argán.- La inquietud que mi enfermedad le causa.

Toñeta.- Justamente.

Argán.- Los cuidados y penas que se toma por mí.

Toñeta.- Exacto. (A Beraldo.) ¿Queréis que ahora mismo os convenza de cómo la señora ama al señor? Dejadme, señor, que muestre a vuestro hermano su desconocimiento y yerro.

Argán.- ¿Cómo?

Toñeta.- La señora vuelve ahora. Extendeos en vuestro sillón, -- fingiendo estar muerto. Veréis cuánto será su dolor cuando yo le dé esa nueva.

Argán.- Consiento.

Toñeta.- Pero no la tengáis mucho tiempo en su congoja, porque -- podría costarle la vida.

Argán.- No te inquietes y déjame hacer.

Toñeta.- (a Beraldo).- Ocultaos en ese rincón.

Argán.- ¿No habrá algún peligro en fingirse muerto?

Toñeta.- No. ¿Qué peligro puede haber? Tendeos, tendeos. (Alarga el respaldo extensible del sillón y dice a Argán en voz baja.) Será placentera de ver la confusión de vuestro -- hermano. Ya entra la señora. No os mováis.

ESCENA XII

Los mismos y BELINA

Toñeta (Llorando).- ¡Ay, Dios mío, qué desgracia! ¡Qué horrible accidente!

Belina.- ¿Qué ocurre, Toñeta?

Toñeta.- ¡Ay, señora!

Belina.- ¿Qué hay?

Toñeta.- Vuestro esposo ha muerto.

Belina.- ¿Muerto?

Toñeta.- ¡Ay, sí! El pobre difunto ha fallecido.

Belina.- ¿De verdad?

Toñeta.- De verdad, Nadie lo sabe aún, porque yo estaba sola cuando se produjo el caso. El señor acaba de morir entre -- mis brazos. Vedlo tendido en su sillón.

Belina.- ¡Loado sea el cielo, que de tan gran carga me libra! ¡Cuán tonta eres, Toñeta, afligiéndote de esta muerte!

Toñeta.- Creí, señora, que era ocasión de llorar.

Belina.- ¡Bah, no merece la pena! ¿Qué se pierde con él y de qué servía en la Tierra? Un hombre molesto para todos, sucio, desagradable, siempre con una medicina o una lavativa en el vientre, sonándose, tosiendo, escupiendo sin cesar, -- sandio, enfadoso, malhumorado, incomodando de continuo a la gente y gruñendo siempre a criados y criadas.

Toñeta.- ¡Hermosa oración fúnebre!

Belina.- Debes, Toñeta, ayudarme a ejecutar mi designio. Da tu recompensa por segura. Puesto que por fortuna nadie ha advertido el lance aún, llevemos al muerto a su lecho, y ocultemos su fallecimiento hasta que yo haya ejecutado cierto asuntillo. Hay un dinero y papeles de que necesito apoderarme, pues no es justo que haya pasado yo sin -- fruto mis mejores años junto a este hombre. Ante todo, Toñeta, apoderémonos de sus llaves.

Argán (levantándose de repente).- ¡Más despacio!

Belina (sorprendida y espantada).- ¡Ay!

Argán.- ¿Con que así me amáis, señora?

Toñeta.- ¡Ah, el difunto no ha muerto!

Argán (a Belina, que sale).- Mucho me huelgo de ver vuestro cariño y de haber escuchado el buen panegírico que hicisteis de mí. ¡Oportuno aviso al lector y aviso que me hará discreto para el porvenir y me impedirá efectuar muchas cosas que...!

Beraldo (saliendo).- Ya veis, hermano.

Toñeta.- A fe que nunca hubiera yo creído esto. Mas oigo llegar a vuestra hija. Poneos como estabais y oigamos lo que ella dice al creerlo muerto. No estorba saber cuáles son los sentimientos de la familia, y así, pues habéis comenzado, continuad.

ESCENA XIII

ANGÉLICA, ARGAN, TOÑETA, BERALDO

Toñeta (llorando).- ¡Oh, cielos, qué horror! ¡Qué aciago día!

Angélica.- ¿Qué te pasa, Toñeta? ¿Por qué lloras?

Toñeta.- ¡Ay, qué triste noticia tengo que daros!

Angélica.- ¿Cuál?

Toñeta.- Vuestro padre ha muerto.

Angélica.- ¿Muerto mi padre, Toñeta?

Toñeta.- Sí, vedlo ahí. Ha muerto ha poco, de una debilidad que le asaltó.

Angélica.- ¡Oh, cielos, qué infortunio, qué golpe cruel! ¡Ay! - -

¿Por qué he de perder a mi padre, lo único que me quedaba en el mundo? Y, para acrecer mi desesperación, le pierdo en un momento en que estaba irritado conmigo. ¿Qué será de mí? ¡Ah, qué desgraciada soy! ¿Qué consuelo encontraré a tan gran pérdida?

ESCENA XIV Y ÚLTIMA

CLEANTO, ANGÉLICA, ARGAN, TOÑETA, BERALDO

Cleanto.- ¿Qué tenéis, bella Angélica, y por qué lloráis?

Angélica.- Lloro porque he perdido lo más valioso y querido para mí en la vida; lloro la muerte de mi padre.

Cleanto.- ¡Dios mío, qué desastre y qué inopinado golpe! ¡Precisamente cuando había rogado yo a vuestro tío que hablase en mi favor! Ahora venía yo a tratar, con mis respetuosas súplicas, de que inclinase su corazón a acceder a mis deseos.

Angélica.- ¡Ay, Cleanto, no hablemos de nada ya! Dejemos de pensar en nuestra boda. Después de perder a mi padre, renuncio al mundo para siempre. Si, padre mío: pues que tanto resistí a vuestros propósitos, quiero al menos - cumplir uno y reparar con eso el disgusto que pude daros. Mi palabra de ello os empeño, padre mío, y quiero besaros para testimoniar mi sentimiento.

Argán (levantándose).- ¡Ah, hija mía!

Angélica (espantada).- ¡Ay!

Argán.- Ven y no temas. No he muerto. Tú eres de mi sangre, tú eres mi verdadera hija y estoy satisfechísimo de haber visto tu buen natural.

Angélica.- ¡Oh, padre mío, qué agradable sorpresa! Ya que el cielo, con extrema felicidad, os devuelve a mí, permitidme que me arroje a vuestros pies para suplicaros una cosa. Si no sois favorable a las inclinaciones de mi corazón y me rehusáis a Cleanto por esposo, concededme al menos que no haya de casarme con otro. Es la única gracia que os pido.

Cleanto (arrodillándose).- Señor, dejaos convencer por sus súplicas y las mías, y no os mostréis contrario al mutuo anhelo de una tan dulce atracción.

Beraldo.- ¿Seréis capaz de negaros, hermano mío?

Toñeta.- Seréis, señor, insensible a tanto amor?

Argán.- Si Cleanto se hace médico, consiento en la boda. Sí, ha ceos médico y os daré la mano de mi hija.

Cleanto.- Con gusto, señor. Si sólo de ello depende ser vuestro yerno, me haré médico, e incluso boticario. Poca cosa - es ésa cuando tantas emprendería yo con tal de obtener a la bella Angélica.

Beraldo.- Un pensamiento se me ocurre, hermano mío: que os hagáis médico vos mismo. Aún os sería mayor comodidad tener en vos cuanto os fuere menester.

Toñeta.- Cierto. Ese será el verdadero medio de curaros pronto, porque no hay enfermedad tan audaz que se burle de la -- persona de un médico.

Argán.- Creo, hermano, que os burláis de mí. ¿Estoy acaso en -- edad de estudiar?

Beraldo.- ¡Bah, estudiar! Harto sabio sois y conozco muchos médicos menos inteligentes que vos.

Argán.- Pero hay que saber bien el latín, conocer las enfermedades y entender qué remedios se han de preparar.

Beraldo.- En teniendo el ropón y birrete de médico aprenderéis a todo eso y seréis aún más diestro de lo que queráis.

Argán.- ¿Es que se saben discernir las enfermedades cuando se reviste ese hábito?

Beraldo.- Sí. En cuanto se habla ostentando toga y birrete, todo charlatanismo se trueca en sabiduría y toda necedad se convierte en razón.

Toñeta.- Además, señor, aunque sólo fuese por la barba que usáis, ya tendríais mucho adelantado; que la barba en este siglo hace la mitad de un médico.

Cleanto.- En cualquier caso, yo estoy dispuesto a todo.

Beraldo.- ¿Queréis que se haga el asunto ahora?

Argán.- ¿Ahora?

Beraldo.- Y en vuestra casa.

Argán.- ¿En mi casa?

Beraldo.- Sí. Tengo en una facultad muchos amigos, que vendrán - muy luego y celebrarán la ceremonia de doctoraros en -- vuestra sala, sin que nada os cueste.

Argán.- Pero, ¿qué diré y qué responderé?

Beraldo.- Se os instruirá en pocas palabras y se os dará por escrito lo que debéis contestar. Id a poneros un vestido - decente, que yo entre tanto llamaré a mis amigos.

Argán.- Bien: veamos lo que sale de aquí.

Cleanto.- ¿Qué queréis significar con esa Facultad de amigos vuestros?

Toñeta.- ¿Qué designios tenéis?

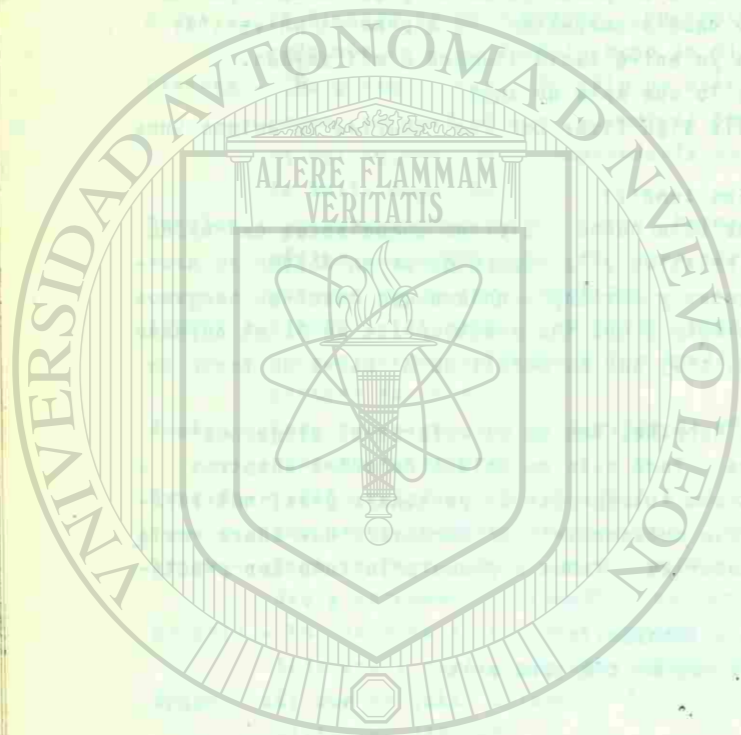
Beraldo.- Divertirnos esta noche. Ciertos comediantes han hecho un entremés relativo a la recepción de un doctor en medicina, con danzas y música, y quiero que nosotros tengamos ese esparcimiento y que sea protagonista de él mi hermano.

Angélica.- Me parece, tío, que os mofáis de mi padre un tanto en exceso.

Beraldo.- Me parece, sobrina, que no es mofarse el plegarnos a - sus fantasías. Todo esto no saldrá de entre nosotros. - Podemos cada uno interpretar un personaje y así nos ofreceremos comedia mutuamente. El carnaval, que ahora empieza, nos lo autoriza. Vamos a prepararlo todo con presteza.

Cleanto (a Angélica).- ¿Consentís?

Angélica.- Sí, puesto que mi tío consiente.



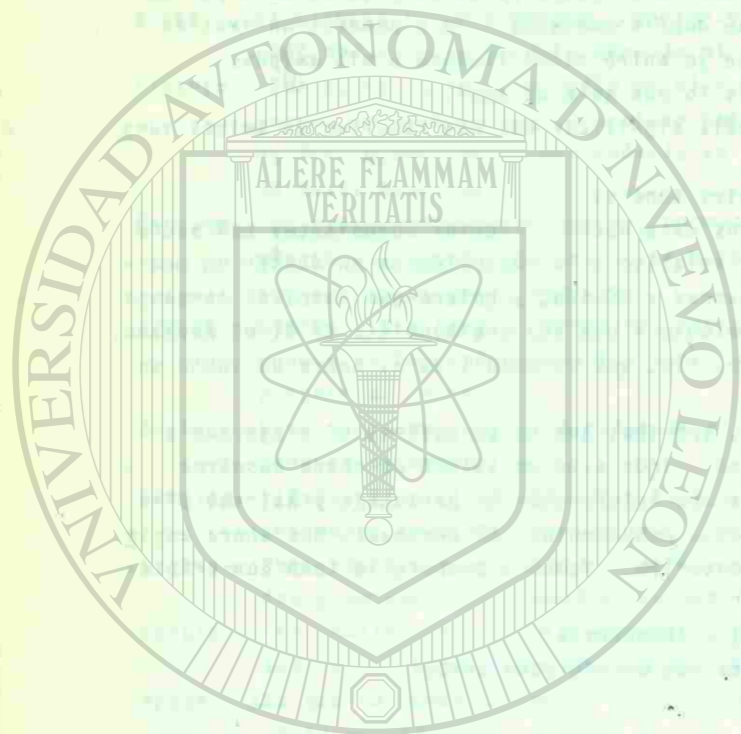
JUANIL

Sor Juana Inés de la Cruz
POESIAS SELECCIONADAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JUANIL

Sor Juana Inés de la Cruz
POESIAS SELECCIONADAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LABERINTO ENDECASILABO

Para dar los años la excelentísima señora condesa de galve, al excelentísimo señor conde, su esposo.

(Léese tres veces, empezando la lección desde el principio, o desde cualesquiera de las dos órdenes de rayas).

Amante,-caro,-dulce Esposo mfo,
festivo y-pronto-tus felices años
alegre-canta-sólo mi cariño,
dichoso-porque-puede celebrarlos.

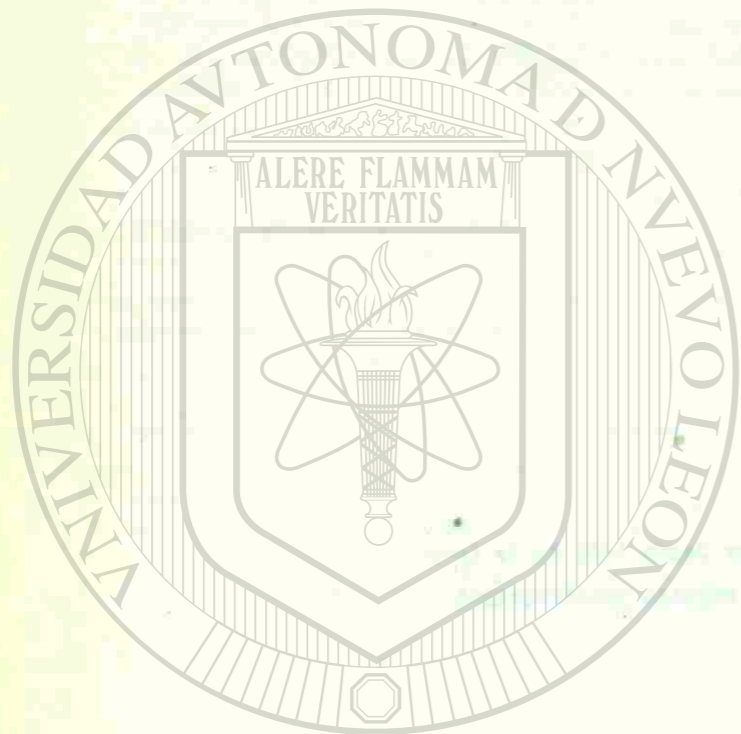
Ofrendas-finas- a tu obsequio sean
amantes señas-de fino holocausto,
al pecho-rica- mi corazón, joya,
al cuello-dulces-cadenas mis brazos.

Te enlacen-firmes,-pues mi amor no ignora
ufano-siempre,-que son a tu agrado
voluntad-y ojos-las mejores joyas,
aceptas-solas,-las de mis halagos.

No altivas-sirvan,-no, en demostraciones
de ilustres-fiestas,-de altos aparatos,
lucidas-danzas,-célebres festines,
costosas-galas-de regios saraos.

Las cortas-muestras de-el cariño acepta,
víctimas-puras de-el afecto casto
de mi amor,-puesto-que te ofrezco, Esposa
dichosa,- la que,- Dueño, te consagro.

Y suple,- porque-si mi obsequio humilde
para tí,- visto,- pareciere acaso,
pido que,-cuerto,- no aprecies la ofrenda
escasa y-corta,- sino mi cuidado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



Ansioso- quiere- con mi propia vida
fino mi-amor-acrecentar tus años
felices,- y yo- quiero; pero es una,
unida,- sola,- la que anima a entrambos.

Eterno-vive:- vive, y yo en ti viva
eterna,- para que-identificados,
parados-calmen- el Amor y el Tiempo
suspensos-de que-nos miren milagros.

SATIRA FILOSOFICA

Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de
los hombres que en las mujeres acusan lo que cau-
san.

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana;
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata, ofende,
y la que es fácil, enfada?

Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejáis en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

EN QUE DESCUBRE DIGNA ESTIRPE A UN BORRACHO LINAJUDO

Porque tu sangre se sepa,
cuentas a todos, Alfeo,
que eres de Reyes. Yo creo
que eres de muy buena cepa;
y que, pues a cuantos topas
con esos Reyes enfadas,
que, más que Reyes de Espadas,
debieron de ser de Copas.

DECIMAS QUE ACOMPAÑARON UN RETRATO ENVIADO A UNA PERSONA.

A tus manos me trasladada
la que mi original es,
que aunque copiada la ves,
no la verás retratada:
en mí toda transformada,
te da de su amor la palma;
y no te admire la calma
y silencio que hay en mí,
pues mi original por tí
pienso que está más sin alma.

De mi venida envidioso
queda, en mi fortuna viendo
que él es infeliz sintiendo,
y yo, sin sentir, dichoso.
En signo más venturoso,
Estrella más oportuna
me asiste sin duda alguna;
pues que, de un pincel nacida,
tuve ser con menos vida,
pero con mejor fortuna.

Mas si por dicha, trocada
mi suerte, tú me ofendieras,
por no ver que no me quieres
quiero estar inanimada.
Porque el de ser desamada
será lance tan violento,
que la fuerza del tormento
llegue, aun pintada, a sentir:
que el dolor sabe infundir
almas para el sentimiento.

Y si te es, faltarte aquí
el alma, cosa importuna,
me puedes tú infundir una
de tantas, como hay en tí:
que como el alma te dí,
y tuyo mi ser se nombra,
aunque mirarme te asombra
en tan insensible calma,
de este cuerpo eres el alma
y eres cuerpo de esta sombra.

QUE EXPLICA CONCEPTOS DE AMANTE

Luego que te ví, te amé:
porque amarte, y ver tu Cielo,
bien pudieron ser dos cosas,
pero ninguna primero.

De mi vida la conquista
tuvo término en quererte;
y porque jamás resista,
Celia, hasta llegar a verte
solamente tuve vista.
Pero, aunque luego te amé;
como para que te amara
necesario el verte fue,
porque vista no faltara,
luego que te ví, te amé.

Pero viendo mi ardimiento
Señora, tu tiranía
quiso, con rigor sangriento,
castigar como osadía
lo que en mí fue rendimiento.
Ofendíote mi desvelo;
mas no porque mi destino
incitado de mi anhelo
ofenderte quiso, sino
porque amarte y ver tu Cielo...

Y el no querer estimar,
fue por no dar a entender
que yo te pude obligar,
como si el agradecer
fuera lo mismo que amar.
Que el mostrarse las hermosas
en ocasión oportuna
ya obligadas, ya amorosas,
aunque casi siempre es una,
bien pudieran ser dos cosas.

Mas con razón estás dura:
 pues para tenerme atado
 en mi amorosa locura,
 era superfluo tu agrado,
 sobrándome tu hermosura.
 Y así, justamente, esmero
 en tu servicio finezas;
 pues que tiene el mundo, infiero,
 después de ti mil bellezas,
 pero ninguna primero.

ESCOGE ANTES EL MORIR QUE EXPONERSE A LOS
 ULTRAJES DE LA VEJEZ.

Miró Celia una rosa que en el prado
 ostentaba feliz la pompa vana
 y con afeites de carmín y grana
 bañaba alegre el rostro delicado;
 y dijo: -Goza, sin temor del Hado,
 el curso breve de tu edad lozana,
 pues no podrá la muerte de mañana
 quitarte lo que hubieres hoy gozado;

y aunque llega la muerte presurosa
 y tu fragante vida se te aleja,
 no sientas el morir tan bella y moza:
 mira que la experiencia te aconseja
 que es fortuna morirte siendo hermosa
 y no ver el ultraje de ser vieja.

AUNQUE EN VANO, QUIERE REDUCIR A METODO RACIONAL
 EL PESAR DE UN CELOZ.

¿Qué es esto, Alcino? ¿Cómo tu cordura
 se deja así vencer de un mal celoso,
 haciendo con extremos de furioso
 demostraciones más que de locura?

¿En qué te ofendió Celia, si se apura?
 ¿O por qué al Amor culpas de engañoso,
 si no aseguró nunca poderoso
 la eterna posesión de su hermosura?

La posesión de cosas temporales,
 temporal es, Alcino, y es abuso
 el querer conservarlas siempre iguales.

Con que tu error o tu ignorancia acuso,
 pues Fortuna y Amor, de cosas tales
 la propiedad no han dado, sino el uso.

QUE EXPRESAN EL SENTIMIENTO QUE PADECE UNA
 MUJER, DE SU MARIDO MUERTO.

A estos peñascos rudos,
 mudos testigos del dolor que siento
 -que sólo siendo mudos
 pudiera yo fiarles mi tormento,
 si acaso de mis penas lo terrible
 no infunde lengua y voz en lo insensible-.

quiero contar mis males,
 si es que yo sé los males de que muero;
 pues son mis penas tales,
 que si contarlas por alivio quiero,
 le son, una con otra atropellada,
 dogal a la'garganta, al pecho espada.

No envidio dicha ajena:
 que el mal eterno que en mi pecho lidia,
 hace incapaz mi pena
 de que pueda tener tan alta envidia;
 es tan mísero estado en el que peno,
 que como dicha envidio el mal ajeno.

No pienso yo si hay glorias;
 porque estoy de pensarlo tan distante,
 que aun las dulces memorias
 de mi pasado bien, tan ignorante
 las mira de mi mal el desengaño,
 que ignoro si fue bien, y sé que es daño.

Estéense allá en su esfera
 los dichosos: que es cosa en mi sentido
 tan remota, tan fuera
 de mi imaginación, que sólo mido,
 entre lo que padecen los mortales,
 lo que distan sus males de mis males.

¿Quién tan dichosa fuera,
 que de un agravio indigno se quejara!
 ¡Quién un desdén llorara!
 ¡Quién un alto imposible pretendiera!
 ¡Quién llegara, de ausencia o de mudanza,
 casi a perder de vista la esperanza!

¡Quién en ajenos brazos
viera a su dueño, y con dolor rabioso
se arrancara a pedazos
del pecho ardiente el corazón celoso!
Pues fuera menor mal que mis desvelos,
el infierno insufrible de los celos.

Pues todos estos males
tienen consuelo o tienen esperanza,
y los más sin iguales
solicitan o animan la venganza;
y sólo de mi fiero mal se aleja
la esperanza, venganza, alivio y queja.

Porque ¿a quién sino al Cielo,
que me robó mi dulce prenda amada,
podrá mi desconsuelo
dar sacrilega queja destemplada?
Y él, con sordas, rectísimas orejas,
a cuenta de blasfemias pondrá quejas.

Ni Fabio fue grosero,
ni ingrato, ni traidor; antes, amante
con pecho verdadero,
nadie fue más leal ni más constante:
nadie más fino supo, en sus acciones,
finezas añadir a obligaciones.

Sólo el Cielo, envidioso,
mi esposo me quitó; la Parca dura,
con ceño riguroso,
fue sólo autor de tanta desventura.
¡Oh Cielo riguroso, oh triste suerte,
que tantas muertes das con una muerte!

¡Ay dulce esposo amado!
¿para qué te vi yo? ¿Por qué te quise,
y por qué tu cuidado
me hizo, con las venturas, infelice?
¡Oh dicha, fementida y lisonjera,
quién tus amargos fines conociera!

¿Qué vida es ésta mía,
que rebelde resiste a dolor tanto?
¿Por qué, necia, porffa,
y en las amargas fuentes de mi llanto
atenuada, no acaba de extinguirse,
si no puede en mi fuego consumirse?

VILLANCICO III

Coplas

Aquel Contador
Mayor de la Iglesia,
que lo que él ajusta,
pasa Dios en cuenta:

Clavero, que guarda
todas sus riquezas,
y de sus tesoros
suele hacer dispensas,

prende a los deudores,
y si acaso niegan
también con censuras
fuertes los apremia;

pero con los pobres
usa de clemencia,
y con confesarla
perdona la deuda.

A los aprendices
que tiene en su escuela,
la regla de tres
en un Credo enseña.

Pudiera del cielo
sumar las estrellas,
del suelo las flores,
del mar las arenas.

Dios es la Unidad,
que su cuenta encierra,
y el cero del orbe
sirve a sus decenas.

Suma según arte
y según conciencia,
pues de cada diez
vemos que uno lleva.

En un templo, un día,
hizo con presteza
de unos pies quebrados
corriente moneda.

Suma los quilates
que de su fe acendra,
porque son de oro
todas sus finezas,

bien que alguna vez,
con inadvertencia,
negó una partida
por yerro de cuenta;

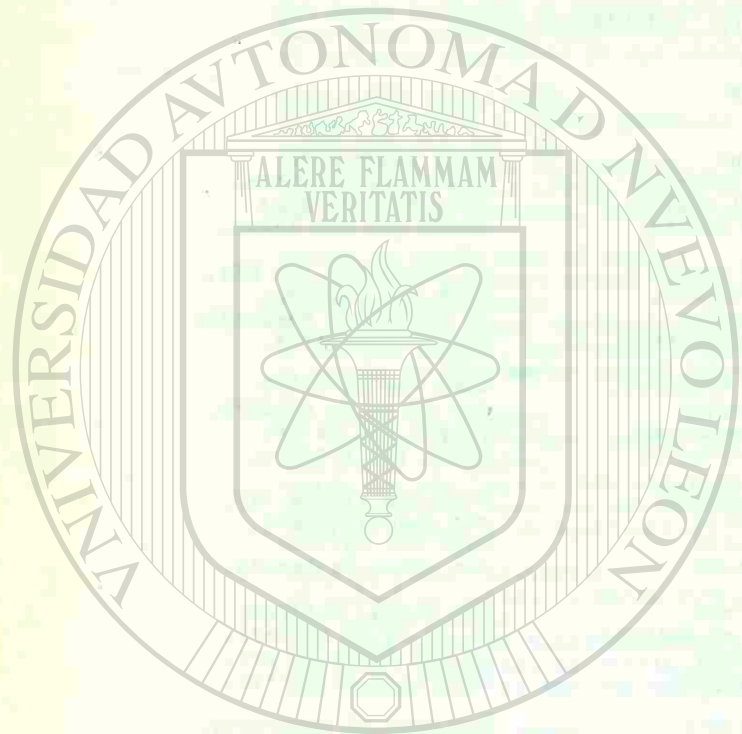
mas luego, soldando
de su fe la quiebra,
lo que faltó en oro,
satisfizo en perlas.

Hoy hace el Cuadrante,
y con Su Excelencia
y el noble Cabildo
reparte la hacienda.

Es gloria mirar
cómo les entrega
primicias de gracias,
diezmos de indulgencias.

Estríbillo

¡Contador divino, cuenta, cuenta, cuenta,
y de tu libro borra las deudas nuestras;
y pues tienes en contar
destreza tan singular,
que multiplicas, sumas, partes, y restas,
multiplicas las gracias y partes las penas!



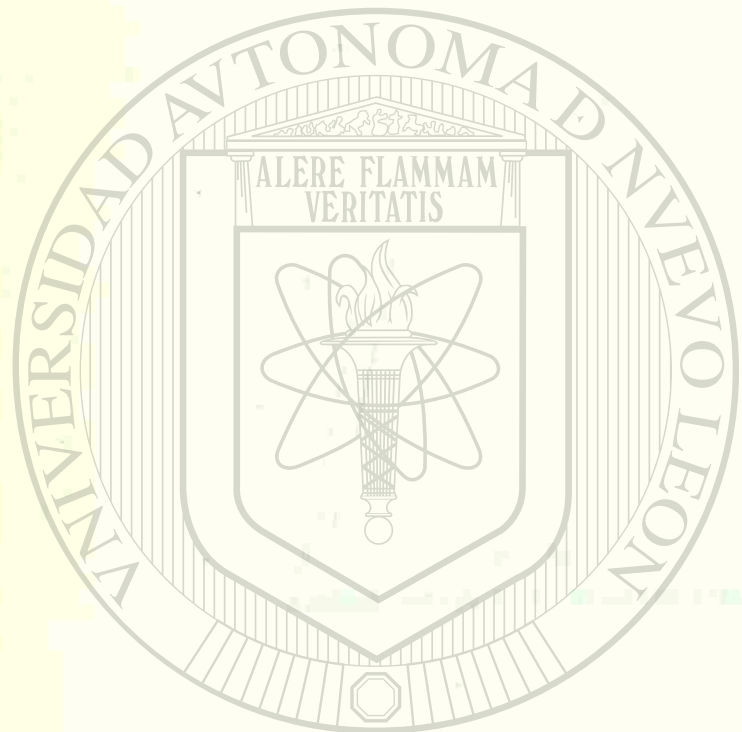
U ANNE

UNIDAD I
DANTE ALIGHIERI Y LA DIVINA COMEDIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DANTE

OBJETIVOS ESPECIFICOS

El alumno, al terminar la unidad:

- 1.1 Describirá el marco cultural de la época de Dante Alighieri.
- 1.2 Mencionará datos biográficos y bibliográficos de D. Alighieri.
- 1.3 Interpretará fragmentos de " La Divina Comedia ".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DATOS BIBLIOGRAFICOS DE DANTE ALIGHIERI.

Dante Alighieri, poeta autor de una obra genial, ofrece grandes lagunas en su biografía; gran parte de sus datos se han reconstruido sobre las referencias de sus obras.

No se sabe el día exacto en que nació, aunque el año fue el de 1265, ya que fue bautizado en Marzo de 1266, cuando ya tenía diez meses. Su familia era gúelfa, esto es, partidaria de los papas, -- contrarios políticos de los gibelinos partidarios del emperador.

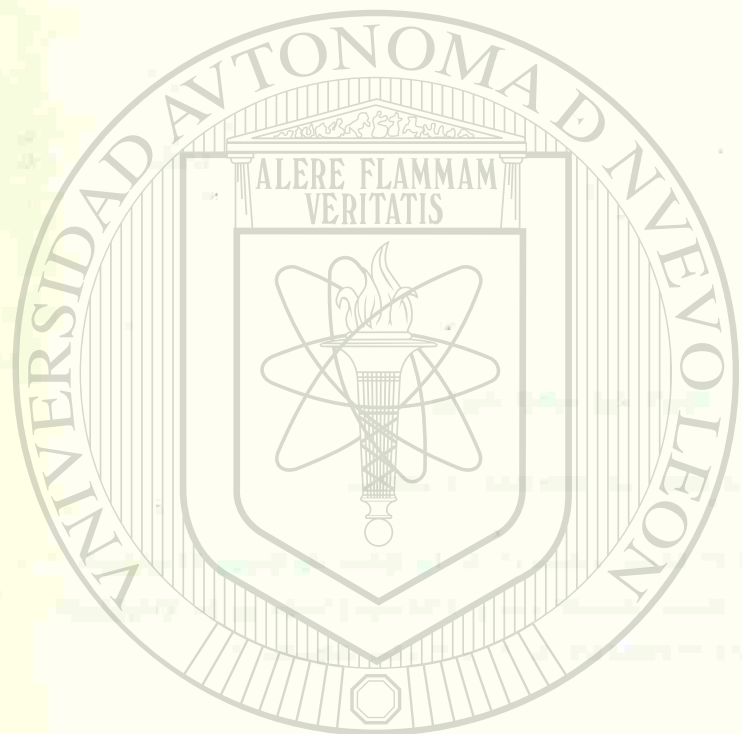
Quedó huérfano en la niñez. No obstante que su familia era de condición social modesta, pudo seguir sus estudios y llevar vida de gentilhomme. Se cree que sus primeros educadores fueron los franciscanos. También en la niñez se sitúa el trascendental episodio de Beatriz, ese personaje tan importante en la obra del poeta; Beatriz se apellidaba Portinari y había saludado recatada y gentilmente a Dante, lo que bastó para que la convirtiera en "gloriosa señora de sus pensamientos."

Realizó también estudios de filosofía, derecho, retórica; a los clásicos en la universidad de Bolonia-Cicerón, Horacio, Lucano, Ovidio, Estacio y por supuesto Virgilio quien es "su guía, su señor y su maestro". Su afición al estudio se completa con arte, ciencias y teología, además de una secreta afición a la astrología.

Por influencia familiar aparece con diversas ocupaciones político-administrativas, ya que Dante era miembro destacado de su ciudad.

Contrajo matrimonio con Gemma di Manetto Donati de la que tuvo tres hijos; para ese entonces contaba con treinta años. Detalle curioso es el resaltar que Dante nunca aludió a su matrimonio ni a su esposa en sus obras; sin embargo a Beatriz, a quien sólo vio en dos ocasiones, la inmortalizó.

Florenia es su punto de partida como poeta, político y filósofo. Hay que recordar que dicha ciudad es el primer estado moderno -



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del mundo. Dante se explica por su época y por su ciudad.

Italia en los siglos XIII y XIV estaba formada por pequeñas entidades políticas. Además, ese ambiente prerrenacentista acrecienta y anticipa fenómenos políticos y culturales que prefiguran la Edad Moderna. Es una época en la que las ciudades adquieren una personalidad singular y Florencia es la que ofrece un mayor valor histórico. En Florencia ocurre la expresión máxima, el florecimiento de las artes, el auge del humanismo, las ansias renovadoras, la exaltación de la personalidad y sobre todo el ambiente de una edad histórica en gestación: el renacimiento.

Por 1301 ocurren los disturbios entre güelfos y gibelinos y estas luchas lo apartaron de su ciudad, en la fecha citada Florencia es tomada por la fuerza y Dante es desterrado; treinta y seis años transcurrieron entre su nacimiento y su destierro sin retorno.

Colaboró en tentativas armadas soñando con el regreso triunfal. Pasó miserias, anduvo errante, leyó sus textos preferidos, alimentó su inspiración poética. Viajó a París donde frecuentó prestigiosos estudios, aunque fue una estancia breve.

Se cansó de acompañarse de rebeldes que luchaban por odio y no por principios o altas miras.

Viajó por Italia hacia 1306. En 1310 el emperador Enrique VII llega a Italia y se ocupa en hacer justicia sin importar si eran güelfos o gibelinos, si del poder negro o blanco. Dante ve en el emperador una esperanza de liberación para Florencia, pero no es así y el poeta tiene que continuar con su vida errabunda. "Monarchia" es escrita cuando Dante ve que Enrique VII no puede rescatar a Florencia del poder negro.

Fue admirado y homenajeado, no viajó por Italia como un desconocido extranjero; pero como añoraba el regreso a Florencia, su ciudad, su miseria en el destierro fue más bien moral que material.

En Ravena escribió gran parte, las dos últimas, de la Divina Comedia. Durante su destierro llevó de un lado a otro los tercetos-

del poema. Murió en 1321 a los cincuenta y seis años.

OBRA LITERARIA DE DANTE ALIGHIERI.

Dante no es un poeta aislado, desde joven había practicado el arte de rimar. Como poeta pertenece al movimiento literario llamado Dolce stil nuovo iniciado por Guido Guinizelli. Dicho movimiento tiene sus raíces en la poesía siciliana y toscana del siglo XIII y establece como dogma el carácter inseparable del amor y de la nobleza del alma, la dama ennoblece cuanto contempla o se le aproxima, es un ángel bajado del cielo.

Los poetas de este grupo escriben por una sincera inspiración y realizan la armonía de la forma y del fondo. Para Dante, como para los otros poetas de este movimiento, la poesía es pura alegoría. El Dolce stil nuovo fue un movimiento de ideas y de gustos en el que se mezclaron elementos religiosos, filosóficos, científicos y poéticos.

Su obra literaria la integran: La Divina Comedia, La Vida Nueva, El Convite y Rimas-escritas en italiano y De Monarchia y De Vulgari Eloquentia, Epístolas y Eglogas-escritas en latín.

Pero veamos una breve explicación de sus obras con el objeto de situar mejor a "La Divina Comedia", que es su obra cumbre.

La Vida Nueva es una obra breve en prosa con numerosos poemas incluidos en el relato. Algunos la consideran como un prólogo a la Divina Comedia. El amor está presente en Beatriz, que es una mujer y no un símbolo. Aunque, por otra parte, Dante ve en la aparición de Beatriz el comienzo de una nueva edad, de una vida nueva. Al morir Beatriz sube al cielo entre un cortejo de ángeles.

En el Convite aparece el segundo amor de Dante, la filosofía. El poeta considera que el don más precioso que Dios ha concedido al hombre es la razón.

En la colección de poemas y rimas, no se incluyen la totalidad

de sus obras líricas breves. Se repiten conceptos, se alaban virtudes como la liberalidad y lealtad; otros poemas aluden al amor.

De Monarchia es un tratado donde se expone la idea imperial de Dante. Aquí se postula que el hombre ha nacido para convivir y entenderse con sus semejantes, y además, aspira a la felicidad y la paz, pero éstas son destruidas por la codicia, la envidia y las ambiciones. Para resolver esto, se debe impartir justicia, y el encargado de hacerlo es el monarca, ya que si es un ser que posee todo no puede torcer su juicio por nada. El hombre busca la felicidad -- temporal y eterna, de la primera se ocuparía el emperador, de la -- segunda el pontífice, en dos esferas distintas de gobierno sin sujeción ni subordinación. En esta organización los traidores son lo -- peor y se merecen un duro castigo. De Monarchia prueba cómo toda la obra de Dante se integra en la Divina Comedia.

De Vulgari Eloquentia es un tratado inconcluso donde se pone -- en cuestión si la lengua vulgar es apta para emplearla en las obras literarias.

Las Epístolas son pocas, revelan su inquietud y su entusiasmo político.

Las Eglogas estan escritas en bellos hexámetros latinos. Esto -- confirma que Dante escogió el italiano para expresar su obra cumbre por convicción y no porque se le dificultara versificar en latín.

La Divina Comedia es compendio y ordenación sistemática de la -- ideología dispersa en las demás. Con este poema Dante alcanzó la cima del arte literario, por otra parte, abarca la historia y la ciencia de su tiempo. El título original fue "Comedia". El epíteto "divina" lo popularizaron las siguientes generaciones, refiriéndose al -- insigne autor y a la obra excepcionalmente bella. El título actual -- quedó a partir de la edición veneciana de Giolito en 1555.

Dante explica qué es comedia en algunos textos suyos, donde re -- mite a la tragedia griega que empieza tranquilamente pero termina -- de manera triste y trágica, y la comedia empieza ásperamente pero --

termina de manera feliz.

Su estructura externa es de una prodigiosa y armoniosa arqui -- tectura, su construcción interna es de una armonía análoga. La unidad estética es inseparable de la unidad conceptual. Su estructura -- externa consta de tres partes: Infierno, Purgatorio y Paraíso. Es -- tas tres partes están divididas en cantos, que suman en total 100. El primer canto es la introducción, aunque vaya después del título. Luego se suceden tres grandes grupos de treinta y tres cantos cada -- uno. Está escrita en verso, en tercetos endecasílabos del principio al fin. La mayor parte de los cantos se desarrolla en un número que oscila entre 115 y 145 versos. Esto quiere decir que hay un equili -- brio en la construcción. El Infierno tiene 4,720 versos, el Purgato -- rio 4,755 y el Paraíso 4,858; el poema entero tiene 14,333 versos, -- salvo error u omisión--.

Su contenido ofrece exploración psicológica de los personajes. En la Divina Comedia alternan figuras del mundo grecorromano y figu -- ras de su mundo propio, de su época; más de medio millar de persona -- jes pululan en la obra: 180 italianos, 90 extranjeros, 250 mitológi -- cos, 80 bíblicos. Los autores clásicos citados son Aristóteles, Vir -- gilio, Ovidio, Cicerón, Lucano, Boecio y Estacio. Lo anterior supone vastas lecturas y conocimientos.

Virgilio llena con su presencia dos terceras partes de la Come -- dia. ¿Por qué eligió Dante a Virgilio, y no a Horacio, Ovidio, Luca -- no o Aristóteles? Parece ser que fue la predicción de Virgilio en -- su Egloga IV consistente en decir que nacería tiempo después un ni -- ño maravilloso-Jesucristo--, esta predicción la hizo cuarenta años -- antes de ese nacimiento. Por otra parte, los habitantes sobrenatura -- les del infierno están tomados de Virgilio, y su topografía moral -- está tomada del esquema aristotélico de los vicios; de hecho, la -- distribución del infierno está basada en la ética aristotélica.

El tema de la obra es una visita al mundo del más allá, al --- ultramundo. Este tema fue frecuente en poetas grecorromanos, en los de la cristianidad medieval y en "romans" caballerescos franceses.

¿De qué manera ha influido su vida en su obra? Revisense:- el episodio de Beatriz y lo que significa en su obra; cómo se reflejan sus estudios en sus escritos, y sobre todo, su destierro.

¿Cuál es el significado de la Divina Comedia? ¿La descripción del ultramundo y la narración de todo lo ocurrido en esa visita? - En El Convivio, así como en una Epístola, Dante advierte que el sentido de la obra no es uno sino cuatro, -lo mismo que para cualquier escrito poético-: 1) El sentido literal que no va más allá de la letra propiamente dicha, 2) el sentido alegórico es el del mensaje oculto bajo la ficción, 3) el sentido moral es el que los lectores deben descubrir en los escritos para utilidad suya y 4) - el sentido anagógico se tiene al exponer un escrito espiritualmente.

Literariamente, Dante representa la culminación de la Edad Media y, en más de un aspecto es prerrenacentista; expresa la concepción medieval a través de una manera clásica. Dante es la puerta de comunicación entre el mundo antiguo y el moderno, maneja los mitos y el mundo clásico con maestría y los funde con la ideología cristiana y la concepción medieval del universo.

UNIDAD I
ACTIVIDADES

- I.- 1) Lee en tu libro el tema Datos Biográficos de Dante Alighieri.
- 2) Relaciona las columnas, colocando el número de la respuesta correcta en el paréntesis correspondiente.
- | | |
|---|----------------------|
| () Sus primeros educadores. | 1) Ravena. |
| () Mujer immortalizada por Dante. | 2) Florencia |
| () Ciudad de la que fue desterrado. | 3) Los Gibelinos |
| () Ciudad que fue el primer estado moderno del mundo y fue el punto de partida de Dante. | 4) Los güelfos |
| () Emperador que influye en su obra literaria De Monarchia. | 5) Gemma di Manetto |
| () Autor latino que es su guía y su maestro. | 6) Beatriz Portinari |
| () Políticos partidarios de los papas. | 7) Los franciscanos |
| | 8) Enrique VII |
| | 9) Virgilio |

- II.- 1) Lee el tema Obra Literaria de Dante Alighieri.
- 2) Lee los párrafos siguientes y completa correctamente ubicando los conceptos siguientes: Eglogas, comedia, La Vida Nueva, De Monarchia, De Vulgari Eloquentia, Dolce Stil Nuovo, La Divina Comedia, Commedia, latín, italiano, El Convite, Epístolas.

_____ Tratado donde se cuestiona el uso literario de la lengua vulgar.

_____ Obra que es compendio de la ideología dispersa en las demás.

_____ Tratado que expone la idea imperial de Dante: dos esferas distintas de gobierno-el pontificado y el imperio-.

_____ Obra considerada como prólogo a La Divina Comedia donde aparece Beatriz que representa el comienzo de una nueva edad.

_____ Es el nombre original de la Divina Comedia.

_____ Según Dante es lo que empieza ásperamente y termina de manera feliz.

_____ Movimiento literario al que pertenece Dante Alighieri.

_____ En este idioma fueron escritas -- Las Epístolas y Las Eglogas.

_____ Obra donde enaltece a la razón -- como el don más preciado que Dios ha concedido al hombre.

_____ Obra en hexámetros latinos que -- prueba que Dante podía versificar en latín.

III.- a) Lee el tema Obra Literaria de Dante. Ubica la información acerca de La Divina Comedia.

b) Lee los postulados y subraya la respuesta correcta.

1) La estructura externa de la obra consta de:

- | | |
|----------------|------------------|
| a) una parte | b) dos partes |
| c) tres partes | d) cuatro partes |

2) Cada parte de la obra consta de 33 cantos, excepto:

- | | |
|---------------------|---------------------|
| a) la primera parte | b) la segunda parte |
| c) la tercera parte | d) la cuarta parte. |

3) Es una obra escrita en:

- | | |
|------------------|------------------------|
| a) prosa | b) verso |
| c) prosa poética | d) lenguaje expositivo |

4) Escritor latino que aparece como su guía en dos partes de la obra:

- | | |
|----------------|-------------|
| a) Aristóteles | b) Ovidio |
| c) Lucano | d) Virgilio |

5) El tema de la obra es:

- | | |
|--------------------|----------------------|
| a) la inmortalidad | b) Dios y el demonio |
|--------------------|----------------------|

- | | |
|-------------------------------------|---------------------------|
| c) una visita al mundo del más allá | d) la redención del alma. |
|-------------------------------------|---------------------------|

6) Es quien guía a Dante por el paraíso:

- | | |
|----------------|--------------|
| a) Beatriz | b) Dios |
| c) los ángeles | d) las almas |

7) En la lectura de La Divina Comedia, ¿cuál es el sentido más fácil de conocer e interpretar?

- | | |
|---------------|-----------------|
| a) el literal | b) el alegórico |
| c) el moral | d) el anagógico |

IV.- 1) Lee la síntesis argumental de La Divina Comedia.

2) Lee La Divina Comedia o cantos seleccionados de la misma.

3) a) Lee las notas explicativas de cada canto.

b) Explica ¿por qué son necesarias las notas explicativas?

4) a) Anota las palabras cuyo significado desconozcas.

b) Explica lo que entendiste del texto sin haber buscado el significado de todas las palabras.

c) Investiga su significado en el diccionario.

d) Ahora, con las palabras ya explicadas, se hace una nueva lectura y se compara la primera comprensión del texto -- con la segunda.

5) a) Interpreta literalmente cada canto.

b) Presenta su resumen, ya sea oralmente o por escrito.

6) ¿Ya interpretaste literalmente La Divina Comedia?

Asesorado por tu maestro, investiga la interpretación alegórica. Pero antes:

a) Investiga qué es una alegoría.

b) Da ejemplos de alegorías muy conocidas.

7) Para completar tu comprensión de La Divina Comedia se te -- presenta, joven alumno, la idea que Dante tenía de la tierra y su posición en el universo.

Para Dante, según el sistema de Tolomeo, la tierra está inmóvil en el centro del mundo. A su alrededor giran las esferas celestes y con ellas el sol, los planetas y las estrellas. En el poema los puntos cardinales son: Jerusalén sobre el gran abismo del infierno, al norte; en dirección --- diametralmente opuesta se encuentra la montaña del purgatorio; el Ganges, al este; y el estrecho de Gibraltar o columnas de Hércules, al oeste.

En resumen: el infierno y el purgatorio están en la --- Tierra. El primero es un abismo que llega hasta el mismo --- centro de la tierra; el segundo es una montaña altísima en cuya cúspide está el paraíso terrenal.

- 8) a) En grupo, y asesorados por el maestro, elaboren el argumento de La Divina Comedia.
 b) ¿Cuál es su tema?

 c) Enumeren los tres personajes importantes del poema.

Alumno preparatoriano, en la presente unidad se te ha dado a conocer uno de los grandes escritores que han trascendido a su tiempo, en este caso, a la Edad Media a la cual Dante Alighieri pertenecía; ya que, con su obra tan excelsa, representa y a la vez sirve de puente de comunicación entre lo medieval y lo renacentista.

Además, se ha pretendido guiarte y apoyarte en tu lectura para que -- adquieras el hábito de leer con método, es decir, con orden; leer, -- anotar o subrayar las palabras que se desconocen, investigarlas en el diccionario, releer y confrontar la comprensión de la lectura.

A las anteriores fases, que puedes aplicar a cualquier texto, se añaden las de:

resumir y sintetizar
 interpretar
 analizar literariamente

Después de leer la Divina Comedia, puedes advertir que las obras literarias no sólo tienen una interpretación literal, sino otras más.

Estos mensajes diferentes no son exclusivos de las obras literarias; y para ratificar esto, transfiere lo que has aprendido aquí a otras formas de expresión: pinturas, carteles, películas, canciones, etc.

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULA ALFONSINA

AUTOEVALUACION

LEE LAS PREGUNTAS Y COLOCA EN EL PARENTESIS LA LETRA DE LA RESPUESTA CORRECTA.

- 1) Ciudad que fue el punto de partida de Dante:
 a) Venecia b) Florencia
 c) Ravena d) Bolonia
- 2) Obra considerada como prólogo de La Divina Comedia:
 a) Eglogas b) Epístolas
 c) El Convite d) La Vida Nueva
- 3) Es una obra escrita en:
 a) prosa b) verso
 c) prosa poética d) lenguaje expositivo
- 4) La estructura externa de la obra consta de:
 a) una parte b) dos partes
 c) tres partes d) cuatro partes
- 5) Cada parte de la obra consta de 33 cantos, excepto:
 a) la primera parte b) la segunda parte
 c) la tercera parte d) la cuarta parte
- 6) Escritor latino que aparece como su guía en dos partes de la obra:
 a) Aristóteles b) Ovidio
 c) Lucano d) Virgilio
- 7) El tema de la obra es:
 a) la inmortalidad b) Dios y el Demonio
 c) una visita al mundo del más allá. d) la redención del alma
- 8) Es quien guía a Dante por el Paraíso:
 a) Beatriz b) Dios
 c) los ángeles d) las almas

- 9) Mujer immortalizada en la obra literaria de Dante:

a) Gemma b) su esposa
 c) Beatriz d) una diosa

- 10) En la lectura de La Divina Comedia, ¿cuál es el sentido más fácil de conocer e interpretar?

a) el literal b) el alegórico
 c) el moral d) el anagógico

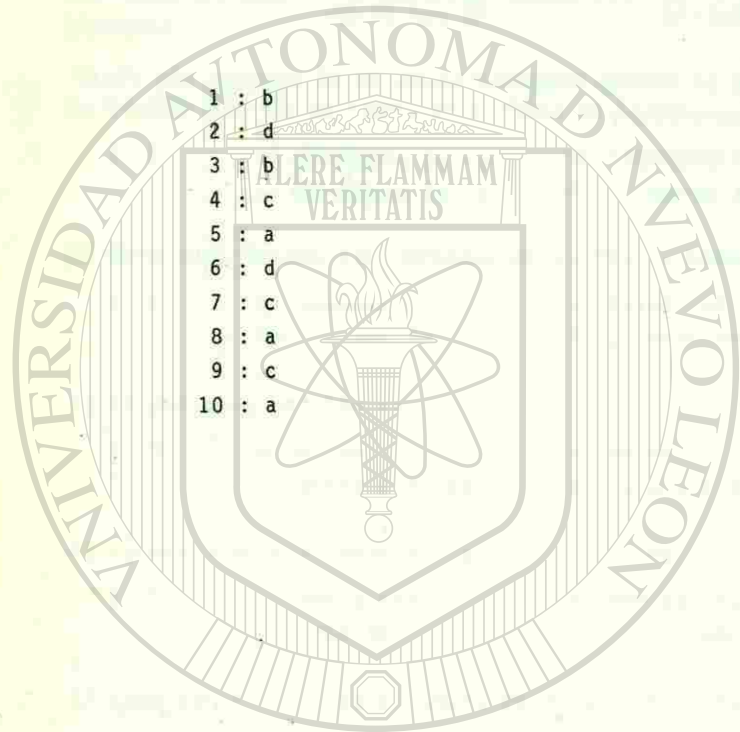
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CLAVE DE RESPUESTAS

UNIDAD I



U A N L

UNIDAD I,
LA OBRA DRAMÁTICA DE WILLIAM SHAKESPEARE

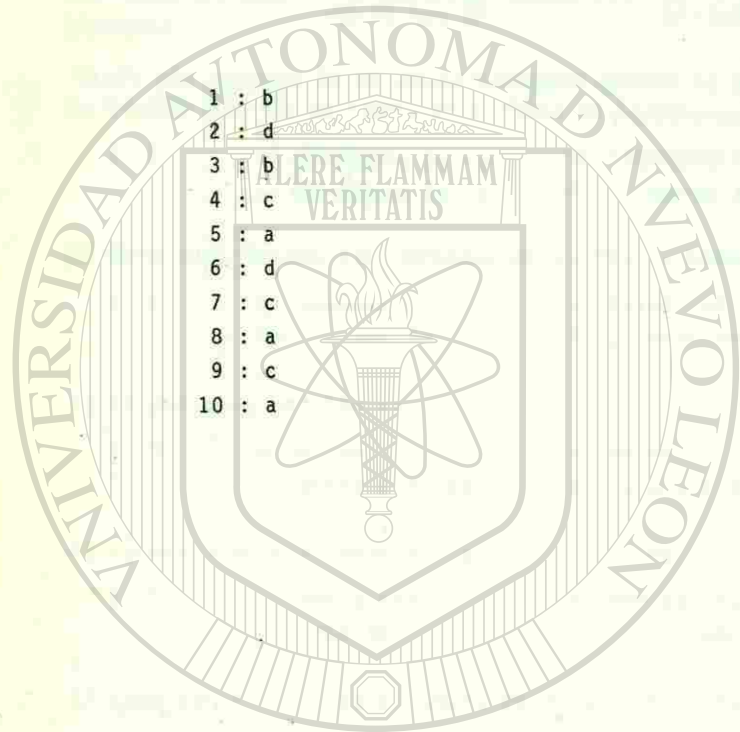
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULA ALFONSO

CLAVE DE RESPUESTAS

UNIDAD I



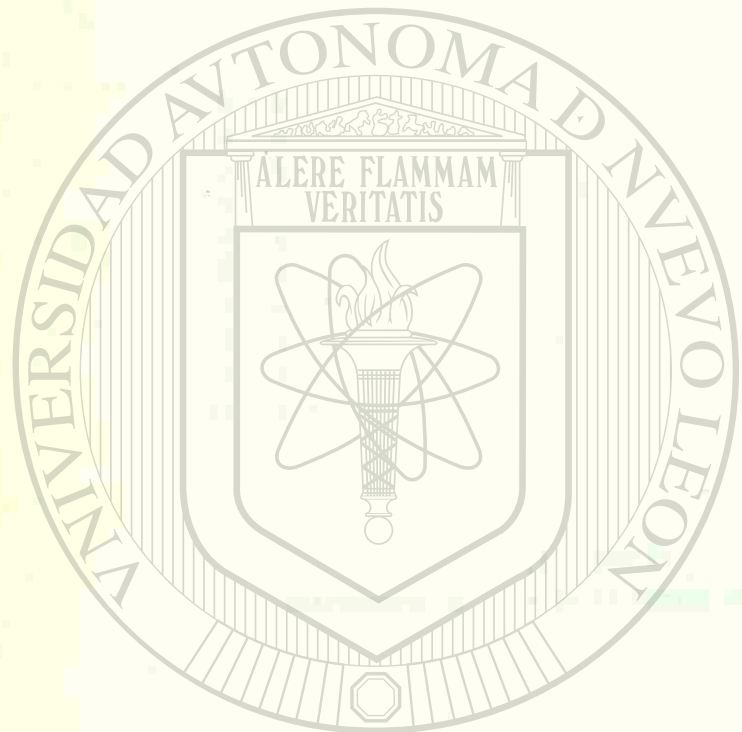
UNANIL

UNIDAD I,
LA OBRA DRAMÁTICA DE WILLIAM SHAKESPEARE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULA ALFONSINA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBJETIVOS ESPECÍFICOS:

Al terminar la unidad, el alumno:

- 2.1 Relatará datos importantes de la vida de William Shakespeare.
- 2.2 Distinguirá las obras más importantes de Shakespeare.
- 2.3 Usará el análisis literario en la obra "Romeo y Julieta".

DATOS BIOGRAFICOS DE WILLIAM SHAKESPEARE

Los orígenes del teatro occidental son de índole religiosa y los podemos situar en la Grecia anterior a Cristo. Se realizaban entonces unas festividades religiosas que distaban mucho de parecerse a las actuales representaciones teatrales, pero que son el inicio del género dramático que está constituido por obras que se representan.

En sus principios, el teatro inglés tuvo un comienzo religioso, como el teatro griego, y se usaba para enseñar temas cristianos o bíblicos; posteriormente pierde su carácter religioso y se hace popular. Para fines del siglo XVI ya ha cobrado gran auge el teatro en Inglaterra y empiezan a construirse los primeros teatros.

A lo largo de la historia literaria ha habido numerosos autores teatrales que imprimen a sus obras, consciente o subconscientemente, las características de la época en que viven o la creación o recreación de un tema bajo un estilo personal. El equilibrio o perfecta adecuación del contenido y la forma de las obras teatrales es, quizá, lo que las convierte en obras maestras. Un genio creador de obras maestras del género dramático es William Shakespeare, de quien se verá que es importante no sólo porque llenó de magnificencia al teatro inglés, sino también al teatro universal.

Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, pero en la parroquia de Stratford upon Avon está registrado su bautizo el 26 de abril de 1564. William fue el tercer hijo de María Arden y de Juan Shakespeare. Pocos son los datos que se pueden certificar acerca de su vida, incluso hasta se ha puesto en duda su existencia y el que su obra literaria haya sido producto de su genio creador, pero éstas son solamente especulaciones.

Su educación escolar se trunca cuando la muerte de su padre lo obliga a ganarse la vida. A los dieciocho años contrae matrimonio



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nio con Ana Hathaway y tiene tres hijos. Años más tarde, hacia -- 1585, se traslada a Londres donde se da a conocer como actor; posteriormente encauza sus actividades como poeta y escritor dramático. Hacia 1592 su nombre es ya conocido como actor y dramaturgo; es por esta época en que se relaciona con los aristócratas isabelinos como el conde de Essex y el conde de Southampton. Participa en la formación de la compañía teatral de Lord Chamberlain y en -- 1598 su compañía construye el primer teatro que llevó el nombre -- de El Globo, teatro del cual más tarde Shakespeare será copropietario. En ese mismo año actúa en "Cada quien según su humor", -- obra de Ben Jonson, dramaturgo que fue amigo entrañable de Shakespeare.

Cuando muere la reina Isabel en 1603 y asume el reino Jaime I, el monarca sigue auspiciando la compañía de Lord Chamberlain y esto favorece las actividades literarias y teatrales del genial dramaturgo inglés, del que se calcula que escribió dos obras por año en el período de 1590 a 1610. Fue empresario teatral privado y ya para esta época es una celebridad que le permite reunir una fortuna y regresar a Stratford. Un incendio destruye su teatro El Globo en 1613, y en ese mismo año compra el teatro Gatehouse, aun que delega su administración en un colega actor; también en esta época asciende al servicio personal del rey.

En marzo de 1616 firma su testamento y muere en su casa de -- Stratford upon Avon el 26 de abril de ese año. William Shakespeare es conocido también como "El cisne de Avon".

OBRA LITERARIA DE WILLIAM SHAKESPEARE

Al leer y analizar sus obras se advierte que han sido inspiradas por muy diversas fuentes: de obras antiguas que se remontan a los autores Ovidio y Plutarco, de obras inglesas, de leyendas danesas, de obras españolas, de narraciones italianas, etc.

Aunque Shakespeare retome leyendas, temas y asuntos de fuentes previas, su versión es siempre la más perfecta por la caracterización de sus personajes, el manejo de los elementos dramáticos-

y su estilo literario.

Su obra en conjunto lo coloca como el mayor genio creador de -- la literatura inglesa; sus obras dramáticas sitúan al teatro inglés en el mismo nivel que el teatro clásico griego (Esquilo, Sófocles, -- Eurípides) o que el teatro español del 'siglo de oro (Lope de Vega, -- Calderón de la Barca, Tirso de Molina). No todas sus obras tienen -- el mismo nivel como para considerarlas obras maestras del género -- dramático, ya que algunas fueron escritas para complacer a un auditorio selecto, porque eran obras para ser representadas ante la corte isabelina. Algunas de estas obras carecen de argumento y son una serie de parlamentos y charlas, como por ejemplo "Penas por amor -- perdidas", que es una serie de episodios y charlas entre campesinos y cortesanos. Por otra parte, es indudable que la reina Isabel fue una gran influencia en el desarrollo de Shakespeare como actor, autor y empresario teatral, influencia y a la vez apoyo que lo favoreció.

Hay otras obras que aunque hayan sido creadas para complacer a la corte isabelina, reflejan también la armonía de los elementos -- que las constituyen, este es el caso de "Sueño de una noche de verano". Entre sus obras escritas para ser gustadas por todos los públicos está "Los dos hidalgos de Verona", que es una comedia que posee afinidades con la obra "Romeo y Julieta". La obra que refleja su madurez como autor es la tragedia "Hamlet", cuyo personaje principal representa la inmensa gama de facetas que tiene la mente humana en ese vaivén incesante entre el bien y el mal; es de Hamlet la tan -- famosa cita:

"To be or not to be, that is the question", "Existir o no existir, -- esa es la cuestión".

Pero veamos la delimitación por etapas que Francisco Montes de Oca ha hecho de las más importantes obras de Shakespeare:

1a. etapa, 1588-1593

Obras primerizas, aunque con ligera brillantez y vitalidad.

2a. etapa, 1593-1601.

Obras que ya reflejan el dominio del género dramático.

3a. etapa, 1601-1608.

Dramas lúgubres con personajes trastornados, pesimistas o meditabundos.

4a. etapa, 1608-1613.

Obras donde vuelve a reflejar serenidad y profunda experiencia.

Penas por amor perdidas

La comedia de las equivocaciones

Sueño de una noche de verano

Ricardo III

Romeo y Julieta

Ricardo II

Enrique IV

El mercader de Venecia

Mucho ruido y pocas nueces

Las alegres comadres de Windsor.

Julio César

Hamlet

Otelo

Macbeth

El rey Lear

Antonio y Cleopatra

Timón de Atenas

Coriolano y Pericles

Cimbalino

El cuento de invierno

La tempestad

Enrique VIII

En el universo shakesperiano podemos distinguir diversos temas y elementos, personajes numerosos de todas las edades y condiciones sociales, a la vez que brujas, monstruos o animales situados en una trama en la que los parlamentos de dichos personajes están expresados en un lenguaje poético, personajes cuyos caracteres reflejan valores o sentimientos vigentes no sólo en la época de Shakespeare, sino en todo tiempo. Véase: la ambición y el anhelo de poder de ---

Macbeth, la pasión y los celos de Otelo, el odio y el deseo de venganza de Shylock -el mercader de Venecia-, la búsqueda del amor desinteresado en el rey Lear, el carácter irresoluto de Hamlet, o el espíritu alegre de Ariel y los bajos instintos de Calibán, personajes de La tempestad.

Por la caracterización de sus personajes, por la trama de sus obras y por su lenguaje poético, es considerado Shakespeare el escritor más genial de la literatura inglesa. La universalidad de su obra hizo expresar a su amigo el dramaturgo Ben Jonson: "...no era de una época, sino de todos los tiempos". El más grande dramaturgo de todos los tiempos: William Shakespeare.

Amigo estudiante, con el objeto de profundizar en el conocimiento de la obra de Shakespeare, se ha escogido para tu lectura la obra "Romeo y Julieta". En las actividades de la presente unidad encontrarás indicaciones y sugerencias que te facilitarán la lectura comprensiva y el análisis literario de la obra.

SEGUNDA UNIDAD

ACTIVIDADES

I.- 1) Lee en la Unidad II el tema Datos biográficos de William - Shakespeare. Contesta las siguientes cuestiones:

2) Para ubicarlo en el tiempo, cita las fechas de su nacimiento y muerte. _____

3) Shakespeare es reconocido mundialmente como autor teatral, menciona otras actividades desarrolladas por él. _____

4) ¿Qué representó en la vida del dramaturgo la corte de la reina Isabel? _____

5) ¿Fue celebrado y reconocido como autor dramático, o fue repudiado en su época? _____

6) Cita su epíteto. _____

II.- 1) Lee en la Unidad II el tema La obra literaria de William - Shakespeare y responde a las preguntas siguientes:

2) ¿Cuál es el sitio de Shakespeare en la literatura inglesa? _____

3) Menciona épocas y obras teatrales que hayan sido equiparadas con el teatro shakespeareano. _____

4) Shakespeare fue inspirado por diversas fuentes, algunas de ellas son: _____

5) Si sus obras son recreaciones de temas ya tratados anteriormente, ¿en qué radica su importancia como autor dramático? _____

6) Su obra ha sido clasificada en cuatro etapas, explica las características de cada una y advierte su evolución como autor dramático.

1a. _____

2a. _____

3a. _____

4a. _____

7) Sus personajes están caracterizados con la predominancia de valores o sentimientos que tienen vigencia en todo tiempo. Menciona la característica de los siguientes personajes shakespeareanos:

Hamlet _____

Macbeth _____

Otelo _____

Shylock _____

El rey Lear _____

III.- Lee comprensivamente la obra "Romeo y Julieta".

Leer comprensivamente significa que se entiende y comprende todo lo leído. Los términos cuyo significado desconozcas, consúltalos en el diccionario; si es un párrafo el que te ocasiona dudas, pregunta a tu maestro para que lo explique.

1) Lee la enumeración de todos los personajes de la obra.

2) Lee el prólogo.

- 3) "Romeo y Julieta" es una obra dramática y por lo tanto sus divisiones constan de actos y escenas. El recurso expresivo de las obras dramáticas es primordialmente el diálogo - directo - sólo intervienen los interlocutores-. Lee con -- atención los diálogos.
- 4) Las acotaciones de las obras teatrales suelen ir entre paréntesis y son indicaciones sobre el lugar en que se encuentran los personajes, cómo van vestidos, qué movimientos realizan, si entran o salen de la escena. Pueden ir al principio del acto o de la escena, también entre los diálogos de los personajes.
- 5) Lee detenidamente cada escena y sintetízala. Anota los personajes que intervienen, qué hacen, el lugar donde se encuentran las indicaciones de tiempo-fechas y horas del día.
- 6) Asesorado por tu maestro selecciona las escenas más representativas o de mayor tensión dramática. Repártanse los personajes y léanlas en voz alta y modulada.

IV.- Procedimiento para el análisis literario.

- 1) Terminada la lectura, ya puedes determinar la estructura externa de la obra que está constituida por sus partes y divisiones.

Completa: Romeo y Julieta tiene _____ actos. El primero consta de _____ escenas, el segundo _____, el tercero _____, el cuarto _____ y el quinto _____.

Además el acto _____ lleva prólogo.

- 2) Localiza en la obra los tres momentos de la acción:

Exposición (es el inicio de la obra donde se plantea la situación o el problema) _____

Clímax o nudo (parte en la que la acción o problema llega a su punto culminante) _____

Desenlace (momento o manera como se resuelve o termina el conflicto) _____

- 3) El tiempo objetivo de la obra consiste en el tiempo que -- ocupa la acción para desarrollarse. ¿Cuánto dura el tiempo objetivo en "Romeo y Julieta": días, semanas o años? _____
- _____
- _____

- 4) El espacio es el lugar o lugares donde se desarrolla la acción. En "Romeo y Julieta" el espacio lo constituye(n): _____
- _____
- _____

- 5) Clasifica los personajes de "Romeo y Julieta".
 PROTAGONISTAS (personajes principales que realizan la acción). _____
- _____
- _____

SECUNDARIOS (apoyan la acción de los principales y no se pueden suprimir porque son necesarios para el desarrollo de la acción). _____

AMBIENTALES (dan ambiente, "decoran", no importa su identidad). _____

- 6) Ordena los personajes secundarios de mayor a menor, según su importancia en el desarrollo de la acción. _____
- _____
- _____

AUTOEVALUACION

I.- COMPLETA LO SIGUIENTE:

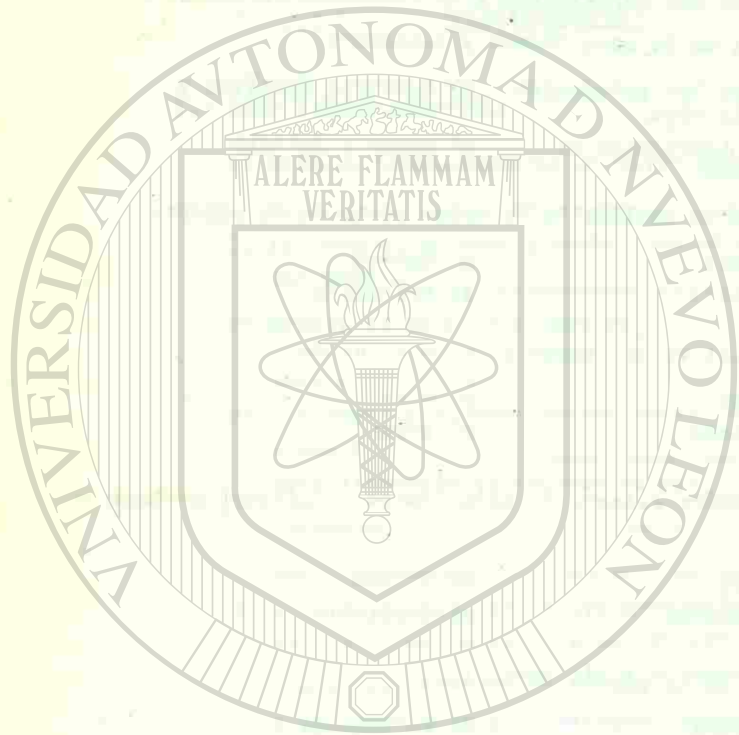
- 1) William Shakespeare es el mayor exponente de la literatura _____.
- 2) Es reconocido mundialmente como el mejor autor de obras -- del género _____.
- 3) Además de autor fue también _____ y _____.
- 4) Los temas y asuntos de sus obras ¿son originales o recreacionales? _____. No obstante, su obra literaria es reconocida por _____, _____ y _____.
- 5) La caracterización de sus personajes es de vigencia universal; así, los celos y la pasión son características de _____, _____, la ambición y el anhelo de poder de _____, y la indecisión y el carácter irresoluto de _____.

II.- Identifica a los personajes. Relaciona las columnas colocando el número en el paréntesis.

- | | |
|---|------------------------|
| () Joven enamorado de Rosalía al inicio de la obra. | 1) Julieta |
| () Padres de Julieta. | 2) Sr. y sra. Capuleto |
| () Criados de los Capuleto | 3) Sr. y sra. Montesco |
| () Personaje que ayuda a los protagonistas a realizar su amor. | 4) Paris |
| () Jovencita de catorce años. | 5) Mercutio |
| () Rival en amores de Romeo. | 6) Teobaldo |
| () Primo de Julieta. | 7) Romeo |
| () Amigo de Romeo. | 8) Fray Juan |
| () Mensajero frustrado. | 9) Gregorio y Sansón |
| | 10) Fray Lorenzo |
| | 11) Abraham |

III.- Subraya el inciso que corresponde a la respuesta correcta.

- 1) Protagonistas de la obra "Romeo y Julieta":
 - a) Todos los personajes de la obra.
 - b) Familias Montesco y Capuleto.
 - c) Los habitantes de Verona.
 - d) Romeo y Julieta.
- 2) Espacio donde se desarrolla la mayor parte de la acción:
 - a) Verona
 - b) Mantua
 - c) Venecia
 - d) Florencia
- 3) El tiempo objetivo de "Romeo y Julieta" es de:
 - a) horas
 - b) días
 - c) semanas
 - d) años
- 4) Por su estructura externa la obra "Romeo y Julieta" pertenece al género:
 - a) épico
 - b) lírico
 - c) dramático
 - d) didáctico
- 5) Tema que motiva la acción de la obra:
 - a) el odio
 - b) la riqueza
 - c) la religión
 - d) la obediencia
- 6) Recurso expresivo primordial de las obras dramáticas:
 - a) la narración
 - b) la descripción
 - c) el diálogo indirecto
 - d) el diálogo directo.



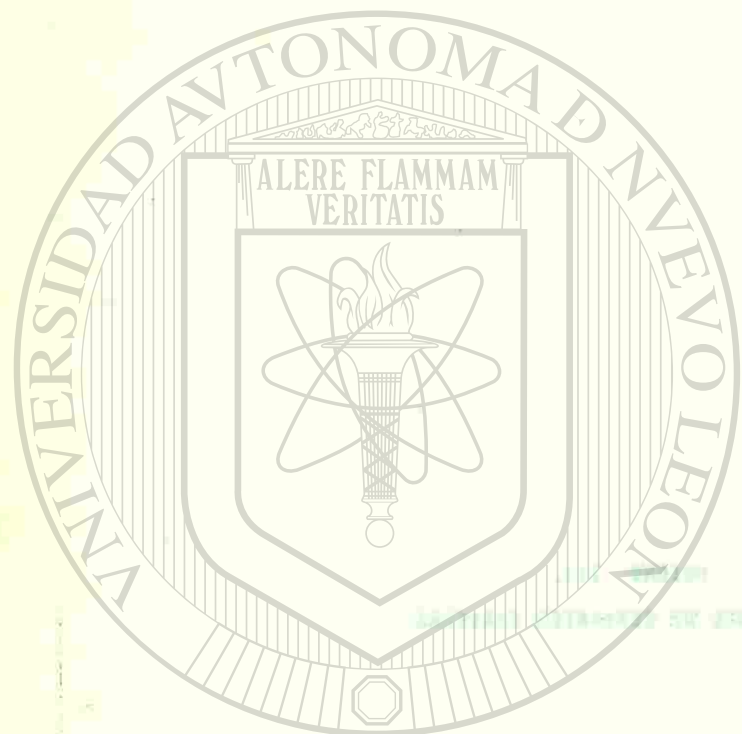
UANL

UNIDAD III
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





OBJETIVOS ESPECIFICOS

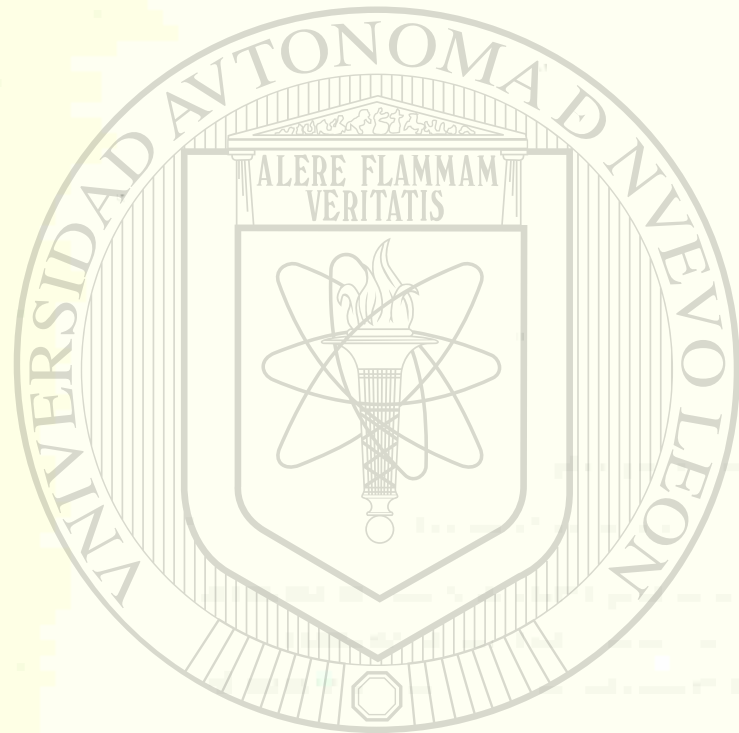
El alumno, al término de la unidad:

- 3.1 Mencionará datos biográficos de Miguel de Cervantes.
- 3.2 Clasificará las obras literarias de Cervantes.
- 3.3 Interpretará fragmentos de "El Ingenioso Hidalgo Don

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.- Datos Biográficos y Bibliográficos.

Miguel de Cervantes Saavedra realizó su autorretrato y lo presentó en el prólogo de Las Novelas Ejemplares:

"...Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes; la boca pequeña; los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies: este que digo es el rostro del autor de La Galatea y de Don Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viaje al Parnaso, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño.

Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, -- Carlos V, de felice memoria..."

Nació en Alcalá de Henares en el año 1547. Realizó sus primeros estudios en su ciudad natal y los continuó en Sevilla y Madrid. Además de soldado, fue camarero del cardenal -- Aquaviva en Roma, y de sus cinco años de cautiverio en Argel, fue rescatado por los frailes trinitarios que pagaron 500 escudos de oro. Fungió también como aprovisionador de galeras de Indias y cobrador de alcabalas en Granada, funciones que debido a administraciones erradas le valieron la prisión. Fué miembro de varias cofradías religiosas y protegido por el conde Lemos y por el arzobispo de Toledo. Su esposa fue doña-

Catalina Salazar. Cervantes murió en 1616.

El príncipe de los ingenios cultivó los tres géneros literarios.

Sus poesías abarcan la forma de: romances, sonetos, elegías, epístolas, letrillas y poemas alegóricos. Estas composiciones las intercaló en sus obras en prosa -novelas- o en sus comedias, aunque no han tenido el reconocimiento que alcanzaron sus otras creaciones que le han dado fama universal. El mismo Cervantes dijo:

"Yo que siempre me afano y me desvelo por parecer que tengo de poeta la gracia que no quiso darme el cielo".

Sus obras teatrales son: Ocho comedias y ocho entremeses, El Trato de Argel y El Cerco de Numancia. Ciertamente que Cervantes no puede competir como dramaturgo con los autores españoles de su época, el gran siglo de oro; sin embargo, sus entremeses, pequeñas obras teatrales cuyos personajes son tipos, poseen calidad, estilo y fuerza cómica. Si bien su trama no es complicada ni sus personajes numerosos -recuérdese que se representaban en los entre-actos de las obras teatrales mayores- sus temas se desarrollan en ambientes llenos de vida y alegría.

Son obras escénicas y jocosas en un acto, acaso también intenten moralizar; por ejemplo en El juez de los divorcios, donde el personaje principal -el juez- ordena recapacitar y no accede a divorciar a las parejas que acuden a él para terminar sus matrimonios.

Los entremeses cervantinos son los mejores del teatro español, sus títulos son los siguientes: La guarda cuidadosa, El retablo de las maravillas, El juez de los divorcios, El rufián viudo, La elección de los alcaldes de Daganzo, El vizcaíno fingido, La cueva de Salamanca y El viejo celoso.

Cervantes también cultivó el género narrativo que es el que le ha dado fama universal. Las novelas que escribió fueron: La Galatea, Las Novelas Ejemplares, El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha y Los trabajos de Persiles y Segismunda.

Los títulos de las Novelas Ejemplares son: La gitanilla,-- El amante liberal, Rinconete y Cortadillo, La española inglesa,-- El licenciado Vidriera, La fuerza de la sangre, El celoso extremeño, La ilustre fregona, Las dos doncellas, La señora Cornelia, El casamiento engañoso y El coloquio de los perros. Como su nombre lo dice, de todas se desprende un ejemplo, además, lo anecdótico de las mismas sigue vigente; véase La Gitanilla: niña de familia rica y noble raptada por los gitanos, se forma como uno -- de ellos, cuando crece se enamora de un joven de buenas familias y su amor cristaliza en matrimonio, hasta que se descubre el origen de la gitanilla.

El mérito de Cervantes como narrador consiste en que espagnoliza la novela, sobre todo las novelas cortas, como sus Novelas Ejemplares. Las narraciones anteriores (El Conde Lucanor, El Corbacho, Cárcel de Amor e incluso La Galatea de Cervantes) todavía muestran influencias de las novelas italianas, o sea, falta de unión en lo narrado y una atmósfera idealizada. Cervantes abre y cierra los tipos de novela europea de su tiempo.

La obra cumbre de Cervantes es El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. La primera parte de la novela se publicó en 1605 y consta de dedicatoria al Duque de Béjar, prólogo, diez poemas laudatorios a la obra y 52 capítulos. La segunda parte -- apareció en 1615 y está formada por una dedicatoria al conde de Lemos, prólogo y 74 capítulos.

El Quijote apareció en el cruce de los siglos XVI y XVII y por esto sintetiza el espíritu de ambos siglos y recoge todos los subgéneros literarios narrativos de moda. Su época es el renacimiento y éste se manifiesta en diferentes formas de ficción narrativa:

- 1) La novela pastoril pretende la recreación de la Edad de Oro de la mitología grecolatina, no presenta a los pastores como rústicos; sino como personajes idealistas y estilizados.
- 2) la novela de caballerías de origen medieval -en lo que se refiere a los ideales caballerescos- fue un género de gran éxito a principios del siglo XVI, no obstante su irrealidad y su

fantasía, pero decae en el siglo XVII.

- 3) La novela morisca refleja la realidad de los musulmanes, que son un grupo marginado, y narra desde el punto de vista árabe las relaciones de moros y cristianos.
- 4) La novela picaresca, la más realista de su época, posee también carácter satírico y de crítica social y clerical; sus personajes son pobres, incultos, sin sentimientos ni valores.

Cada una de estas novelas refleja un aspecto de la realidad -- de la época y cada una posee su especial manera de expresión o -- lenguaje.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha no puede clasificarse en alguno de los tipos de novela mencionados porque los engloba a todos. En la novela pueden encontrarse las siguientes características:

influencia pastoril } Crisóstomo y Marcela
Las bodas de Camacho

picaresca } Aventura de los galeotes
Maese Pedro
La venta de Maritornes
Algunos rasgos de Sancho Panza

caballerías } Parodia a los libros de
caballerías en:
Don Quijote en Sierra Morena

novela sentimental

Cardenio
Luscinda
Dorotea

tema de cautivos

Cautivo
El curioso impertinente

Don Quijote, como libro, es una novela que puede ser comprendida por todos, no obstante sus arcaísmos -- que se explican -- por el contexto donde aparecen. Además, posee un humano humorismo que hace reír lo mismo que hace llorar.

La relación de la obra literaria con la vida del autor es evidente, Cervantes tuvo una vida desventurada y a la vez heroica, aprendió dolorosamente con sus vivencias alternando con soldados, venteros, pícaros, cautivos, mujeres de la vida y damas honestas; si en alguna ocasión tuvo dinero y honores, fueron -- escasos.

La síntesis argumental podría reducirse a lo siguiente:
Alonso Quijano, un hidalgo de la Mancha muy aficionado a la lectura, especialmente a las novelas de caballerías, decide cambiar su vida y enaltecerla asumiendo los ideales caballerescos para gloria propia, de su dama y de su patria, sin importar las objeciones de su sobrina y de su ama.

Sale tres veces de su casa. En la primera salida llega -- hasta una venta donde es armado caballero: con una armadura -- vieja y enmohecida, su lanza en ristre, su caballo Rocinante, su dama Dulcinea y su nuevo nombre Don Quijote de la Mancha. En la segunda salida convence a Sancho Panza de que lo acompañe dándole el cargo de escudero y desde aquí en adelante se de

dicarán a "enderezar entuertos" y tendrán una serie de aventuras provocadas por la ideal fantasía del caballero, en choque constante contra la realidad y la malicia de los numerosos personajes de la novela, en especial Sancho Panza. La obra termina cuando Don Quijote regresa a su casa después de haber sido vencido por el Caballero de los Espejos, el bachiller Sansón Carrasco disfrazado. Vuelve a la cordura, a ser Alonso Quijano, para morir instantes después.

Los personajes son numerosos y de diversas clases sociales: labriegos, caballeros, duques, clérigos, soldados, arrieros, mozas del partido y seres irreales o idealizados por la mente de Don Quijote.

Los protagonistas son Don Quijote y Sancho Panza.

Don Quijote es un loco idealista que lee libros de caballerías y de tanto leer y poco dormir perdió el juicio. ¡Es un caballero andante!

Don Quijote es la caricatura de un caballero armado con una enmohecida armadura, portaba una espada y una lanza sacadas de un armario, cubierto por una bacfa de barbero. Totalmente anacrónico. A lo anterior se añade el complemento de tal caballero: Rocinante. Es la caricatura de un caballo, incluso su nombre explica su figura, es una palabra derivada de "rocín".

El personaje de Don Quijote es interpretado por algunos como símbolo de la Edad Media, otros lo ven como el paradigma más elevado de las mejores virtudes de la naturaleza humana o como el idealismo personificado.

Sancho Panza es el contrapunto de Don Quijote, nos son presentados en oposición, ambos simbolizan la dualidad fundamental de todo lo que vive. Pero veámoslos descritos por el cura: "Veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin

las necedades del criado no valdrían un ardite".

Sancho Panza con su materialismo, rusticidad y sabiduría popular -refranes- mostrará diligencia, equidad y justicia cuando gobierna la insula, algo verdaderamente asombroso. Y es que "...Don Quijote influencia a Sancho en el quijotismo y Sancho influencia a Don Quijote en el sanchismo..." dice Salvador de Madariaga.

Otro personaje importante es Dulcinea, símbolo del amor ideal, el mismo Don Quijote justifica su existencia: "...digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque -- tan pronto y tan natural les es dado a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas..." Pero Dulcinea sólo existe en la mente del caballero de la triste figura, porque la dama es en realidad una moza campesina llamada Aldonza Lorenzo.

Otros personajes importantes son: la sobrina y el ama de Alonso Quijano, el cura y el barbero del lugar y el bachiller Sansón Carrasco. Todos ellos están adaptados a su época, son -- cuerdos y por lo tanto, comunes y corrientes,

Ahora se pasará a la lectura de capítulos seleccionados de la novela.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD III

ACTIVIDADES

I.- A. Lee el tema Datos Biográficos y Bibliográficos de Miguel de Cervantes Saavedra.

B. Contesta las preguntas:

1) ¿Dónde presentó Cervantes su autorretrato?

2) Enumera los oficios o trabajos que desempeñó:

3) ¿Dónde nació?

4) ¿Cuál es la fecha de su nacimiento?

¿ y la de su muerte? _____

5) Miguel de Cervantes es llamado también "El manco de Lepanto". Cita los géneros que cultivó.

6) ¿A qué género literario pertenecen los entremeses cervantinos?

7) Define los entremeses cervantinos.

8) Escribe títulos de entremeses cervantinos. _____

9) ¿Es su poesía tan importante como su obra narrativa?

10) ¿Cuáles son las narraciones con las que españoliza la novela corta?

11) Explica lo anecdótico de la Gitanilla.

12) ¿Por qué sigue en vigencia lo anecdótico de la Gitanilla?

13) Cita diferentes formas narrativas de la época.

14) Explica los subgéneros narrativos citados.

C. 1) Explica la estructura externa de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

2) ¿Por qué no puede ser clasificada como novela pastoral, picaresca o de caballerías?

3) ¿Qué relación hay entre la vida del autor y su obra cumbre?

4) Expresa oralmente la síntesis argumental de la novela.

5) Investiga por qué Don Quijote simboliza el idealismo y Sancho Panza el realismo.

II.- Lee capítulos seleccionados de 'El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.'

III.- Contesta a las preguntas:

1) ¿Cuál era el lugar de origen de Don Quijote?

2) Escribe el nombre del hidalgo.

3) Menciona su nombre de caballero andante.

4) Describe a Don Quijote.

5) Cita personajes que vivían con Don Quijote.

6) a) ¿Qué lo indujo a ser un caballero andante, si él era un hidalgo?

b) ¿Para qué se dedicó a la caballería andante?

7) ¿Cuál era el verdadero nombre de Dulcinea del Toboso?

8) ¿Cómo fue armado caballero?

IV.- 1) Lee el capítulo XLII "De los consejos que dio Don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas".

2) Resume el capítulo leído.

3) Lee el capítulo XLV de la segunda parte.

a) Explica la anécdota del sastre y las caperuzas.

b) Resume el episodio de los dos ancianos.

c) Comenta la anécdota de la honra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIDAD III
AUTOEVALUACION

Lee y selecciona la respuesta correcta colocando el número adecuado en el paréntesis.

- 1). Epíteto de Miguel de Cervantes:
() a) El Quijote de los ingenios
b) El caballero de la Triste Figura
c) El Manco de Lepanto
d) Escritor idealista por excelencia
- 2). Principal obra dramática de Cervantes:
() a) Poemas laudatorios
b) Entremeses
c) Novelas Ejemplares
d) El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.
- 3). ¿A qué género literario pertenece El Quijote?
() a) narrativo
b) lírico
c) dramático
d) didáctico
- 4). La gitanilla pertenece al subgénero:
() a) égloga
b) entremés
c) comedia
d) novela
- 5). Es un entremés cervantino:
() a) El cerco de Numancia
b) El juez de los divorcios
c) El trato de Argel
d) La Galatea

- 6). La estructura externa del Quijote consta de:
() a) dos partes, con prólogos y dedicatorias
b) cien capítulos, prólogo y poemas
c) dos actos y novelas intercaladas
d) varias novelas cortas enlazadas
- 7). Personajes que vivían con Don Quijote:
() a) el ama y su sobrina
b) Dulcinea
c) Aldonza Lorenzo
d) el bachiller Sansón Carrasco
- 8). Don Quijote es:
() a) un caballero andante
b) un hidalgo de la Mancha
c) el caballero de los espejos
d) el príncipe de los ingenios
- 9). Dulcinea era en realidad:
() a) una duquesa
b) su esposa
c) una campesina
d) su ama
- 10). Personaje que derrota a Don Quijote, disfrazado como Caballero de los Espejos:
() a) el cura
b) el barbero
c) el bachiller Sansón Carrasco
d) Sancho Panza
- 11). Personaje que gobierna una ínsula:
() a) Sancho Panza
b) Don Quijote
c) Los Duques
d) Sansón Carrasco

- 12). Es el símbolo del idealismo:
 a) Miguel de Cervantes
 b) Aldonza Lorenzo-Dulcinea
 c) Don Quijote
 d) los molinos de viento
- 13). Simbolizan la dualidad del ser humano.
 a) el ama y la sobrina
 b) Don Quijote y Sancho
 c) el cura y el barbero
 d) Alonso Quijano y Don Quijote
- 14). Don Quijote fue armado caballero por:
 a) un ventero
 b) un duque
 c) un rey
 d) su dama
- 15). La actividad principal de Don Quijote y Sancho era:
 a) rescatar tesoros
 b) viajar por España
 c) enderezar entuertos
 d) imaginar aventuras

UNIDAD III
 CLAVE DE RESPUESTAS

- 1 : c
 2 : b
 3 : a
 4 : d
 5 : b
 6 : a
 7 : a
 8 : b
 9 : c
 10 : c
 11 : a
 12 : c
 13 : b
 14 : a
 15 : c

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





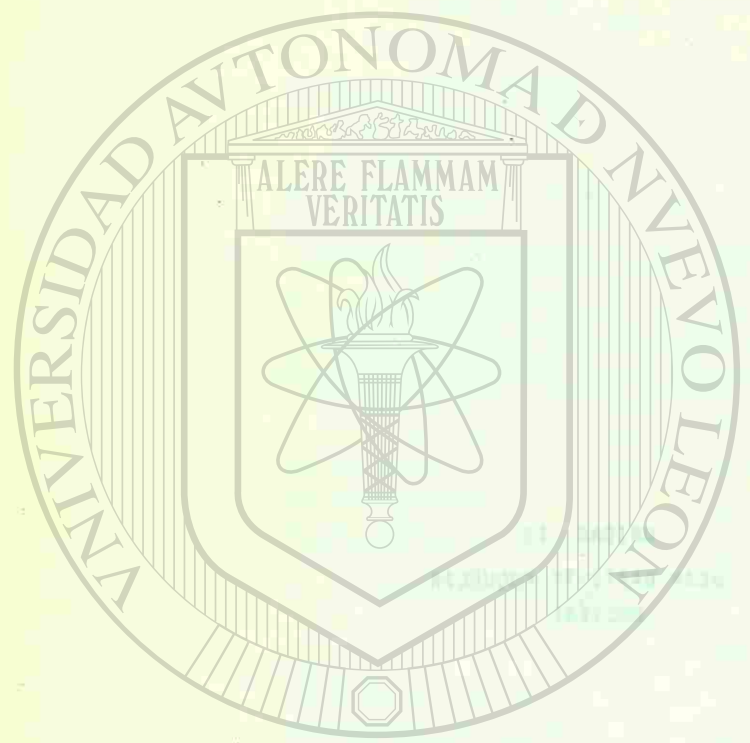
UANL

UNIDAD IV
JEAN BAPTISTE POQUELIN
MOLIÈRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

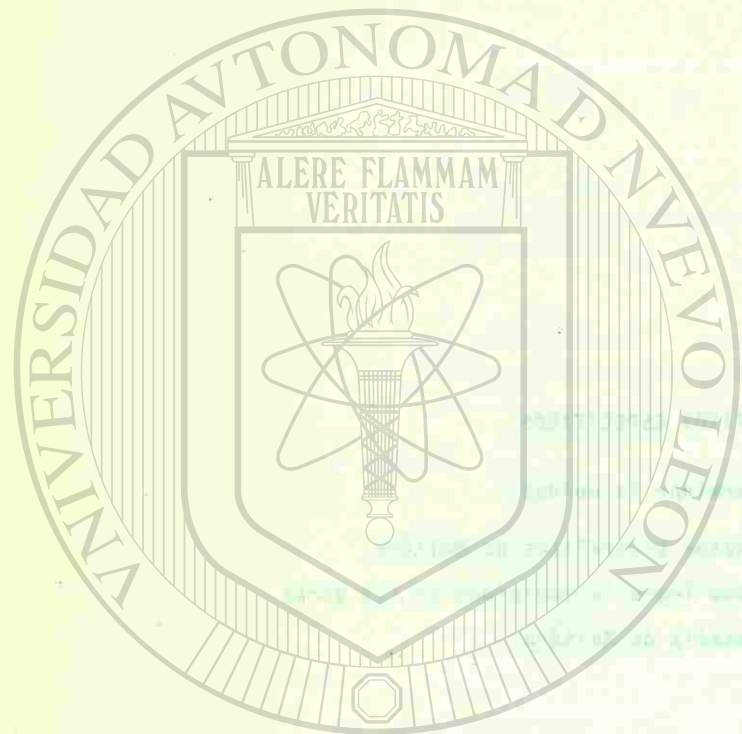
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBJETIVOS ESPECIFICOS.

El alumno, al terminar la unidad:

- 4.1 Mencionará datos biográficos de Molière.
- 4.2 Explicará cómo logra la comicidad en sus obras.
- 4.3 Leerá una comedia de Molière.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.- Datos Biográficos de Jean Baptiste Poquelin.

Molière, cuyo nombre verdadero era Juan Bautista-- Poquelin, nació en París el 15 de enero de 1622. Tuvo -- oportunidad de realizar estudios en el colegio de Cler-- mont donde se relacionó con personas de origen noble. Realizó estudios de filosofía y derecho a la vez que sen -- tía atracción por los espectáculos parisienses y por las representaciones teatrales que él admiraba como especta-- dor.

Abandonó sus estudios cuando tuvo que asumir el -- oficio de tapicero real, cargo heredado de su padre y de su abuelo. Para ese entonces su personalidad literaria -- estaba a punto de ebullición. Ese grado lo alcanzó al -- conocer a la actriz Magdalena Béjart, que influyó en él -- para hacerlo comediante. Juan Bautista dejó el oficio de tapicero, pidió a su padre la herencia correspondiente -- y, junto con Magdalena y la familia de ésta, formó la so -- ciedad llamada L'illustre Théâtre, con la que recorrie-- ron diversos lugares de Francia.

El nombre de Molière fue compartido con un músico, un bailarín y un autor; aunque su fama no igualó a la de Juan Bautista. Otra teoría supone que tomó su pseudónimo de una aldea de ese nombre: Molière.

Molière fue actor, director, empresario teatral y -- comediógrafo --en ese orden--. En ocasiones interesó al -- rey Luis XIV con sus comedias o espectáculos musicales; -- aunque el aprecio del monarca resultó veleidoso, ya que -- le permitió al comediante Lulli el monopolio de la ópera -- en toda Francia.

Su posición de comediante lo situaba como margina-- do en la sociedad de su época; a pesar de la mala fama, -- muchos de los que seguían esta profesión vivían honesta-- mente.

Respecto a su vida matrimonial se sabe que fue engañador y engañado. Cuando Magdalena Béjart envejeció, - otra mujer de nombre Armanda lo acompañó; Molière realizó esa unión siendo veinte años mayor que ella. La anterior es una situación vital que aparece en alguna de sus comedias: el hombre maduro casado con la mujer joven que no lo ama, pero al que tolera por conveniencia.

Por otra parte, un niño de nombre Barón fue adoptado por Molière cuando aquél tenía trece años, la relación de Armanda y el autor se vio afectada por las atenciones que le daba al niño, esto motivó la adjunción de Barón a otra compañía teatral. El rey intercedió y Barón pudo regresar cuando contaba con diecisiete años. A su regreso, Armanda cambia su antipatía por amor y ambos -- huyen, traicionando así a Molière. La ruptura con Barón y Armanda influyó en la elaboración de El misántropo, -- una de sus mejores comedias.

Las venturas o desventuras no lo amargaron. Además de sus infelices episodios matrimoniales, su vida fue -- afectada por la persecución del Santo Sacramento, una so- ciedad secreta que lo acosó por largo tiempo debido a -- los ataques de Molière contra ella, en su obra Tartufo.

De los sinsabores de su vida Molière decantó humo- rismo.

Molière murió cuando representaba el papel de Ar- gán, el enfermo imaginario, el 17 de febrero de 1673. Los médicos a quienes repetidamente ridiculizó se negaron a atenderlo. Sus compañeros, al verlo enfermo, le pidieron que descansase, a lo que Molière contestó: "Ni pensarlo. Hay cincuenta pobres obreros que no tienen más que su sa- lario para vivir... No me perdonaría yo el haber descui- dado la obtención de su pan un solo día, cuando, en ri- gor, nos es posible dárselo..."

II.- Obra Literaria de Molière.

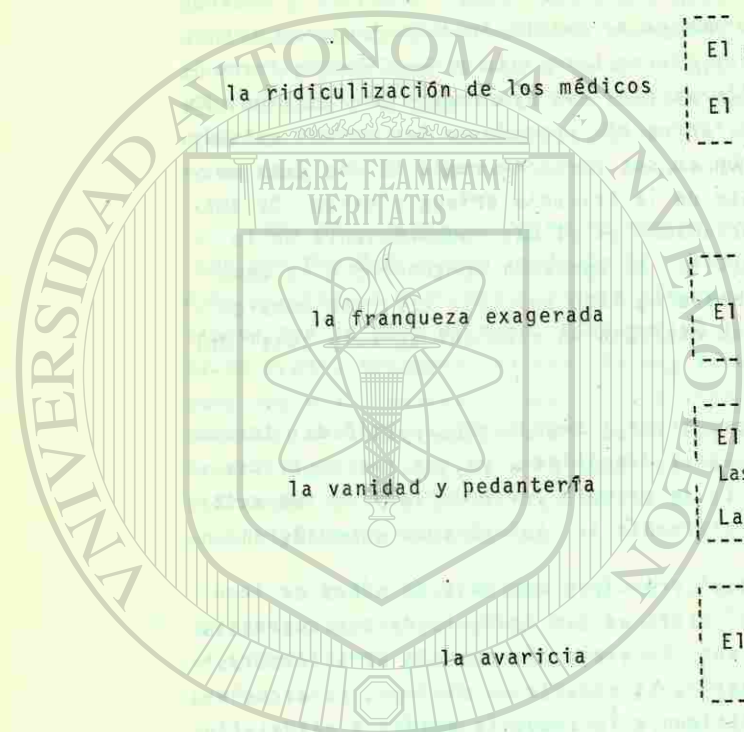
Molière pertenece al teatro francés del gran siglo: el XVII. Junto con Pierre Corneille y Jean Racine forma-- el trío de escritores clásicos franceses. Sin embargo, Ra- cine y Corneille fueron más apegados a las normas estable- cidas y observaron en sus obras la regla de las tres uni- dades, proveniente de la tragedia griega clásica. De los- tres autores mencionados es el más independiente en lo -- que respecta a estilo. Su compañía perteneció a la Come-- dia Francesa, fundada en 1680 por Luis XIV; sin embargo, -- el comediógrafo no disfrutó en vida del aprecio total del monarca.

Molière, como autor y comediante, partió del teatro mismo para hacer obras dramáticas, ya que fue su oficio - por muchos años. En la primera parte de su vida fue actor y director, posteriormente se realizó como comediógrafo.

Se dice que al principio improvisaba sobre un tema- dado. Se ignora el orden en que aparecieron sus comedias, algunas de ellas son: El avaro, El burgués gentilhomme, -- El enfermo imaginario, La escuela de maridos, La escuela- de mujeres, El matrimonio forzado, El médico a palos, El- misántropo, Las mujeres sabias, Las preciosas ridículas y Tartufo.

En ellas no observaba las reglas del género, se afa- naba por agradar, divertir y sobre todo por ridiculizar - los vicios. Molière señalaba que la mejor manera de enmen- dar la exageración, la avaricia, los celos, la pedantería y la vanidad, era burlarse de ellos ridiculizándolos. De- hecho, el factor constante en las obras de Molière es la- ridiculización, el mofarse de las situaciones ajenas y -- propias, con un aire de simpatía para señalar las malas - costumbres. Así hacía reír el autor a la sociedad de su - época, les provocaba diversión al enmarcarles sus propias fallas y defectos.

En el párrafo siguiente se determinan los temas do- minantes de algunas de sus comedias:



El médico a palos

la ridiculización de los médicos

El enfermo imaginario

El misántropo

la franqueza exagerada

El burgués gentilhomme

Las preciosas ridículas

la vanidad y pedantería

Las mujeres sabias

El avaro

la avaricia

III.- La comedia es un subgénero del género dramático. Sus orígenes en la literatura occidental se remontan a Grecia (Aristófanes y Menandro). De la obra literaria de Menandro se derivaron las comedias romanas (de Plauto y Terencio) y éstas, a su vez, sirvieron de modelo a los comediógrafos del renacimiento italiano (Maquiavelo), cuyas comedias populares culminaron en la "comedia dell'arte". Otras manifestaciones de la comedia se dieron en el barroco español (Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca); en Inglaterra (Shakespeare) y en el clasicismo francés.

Algunas comedias de Molière tienen influencia de Plauto; la comedia donde se advierte claramente esta característica es El avaro, obra de corte similar a la

Aulularia del comediógrafo latino.

La comedia es una acción teatral que nace de la intervención de lo cómico y, con frecuencia, en ella se da forma a las más diversas modalidades de defectos humanos. Desde la comedia griega se usan en la tradición cómica los siguientes factores: el disfraz, la confusión o enredo, el truco, la sorpresa y la presentación reiterada de defectos característicos de los personajes, reiteración que provoca risa.

De los elementos anteriores Molière subrayó los defectos y los ridiculizó con fino humorismo, él creía que el mayor poder destructivo contra los vicios consistía en reírse y burlarse de ellos; todo esto dio por resultado personajes como: el avaro, Tartufo, el misántropo y Argán.

Para tu lectura y análisis literario se ha escogido El enfermo imaginario. Al finalizar tus actividades podrás distinguir en ella las características de la comedia y el sello tan particular de Molière.

UNIDAD IV
ACTIVIDADES

I. A) Lee el tema Datos Biográficos de Juan Bautista Poque-
lin.

B) Relaciona las columnas colocando en el paréntesis el
número correcto.

- | | |
|---|------------------------------|
| () Actriz que lo inició en la actividad teatral. | 1) El Santo Sacra-
mento. |
| () La ruptura y su traición -
influyó en la obra "El mi-
sántropo". | 2) Armada y Barón |
| () Sociedad secreta que lo --
persiguió incesantemente. | 3) Racine y Cornei-
lle. |
| () Colega que obtuvo de Luis-
XIV el monopolio de la ópe-
ra. | 4) Médico |
| () Con Molière forman el trío
de autores dramáticos del-
clasicismo francés. | 5) Tapicero real |
| () Oficio ridiculizado por --
Molière. | 6) Magdalena Béjart |
| | 7) Lulli |
| | 8) Plauto y Terencio |

C) Comenta oralmente si la vida de Molière tuvo influencia
en su obra literaria.

II.-1) Lee el tema Obra Literaria de Molière.

2) Enumera títulos de sus comedias.

3) Señala el tema de las siguientes comedias:

Tartufo _____
El misántropo _____
El médico a palos _____
Las preciosas ridículas _____

4) Investiga lo que es comedia. Escribe su definición.

5) Cita algunos elementos característicos de la comedia a
través de los tiempos.

6) La comedia es un subgénero o especie literaria del gé-
nero: épico, lírico o dramático?

7) ¿Cuál es el elemento cómico reiterado en las obras de-
Molière?

III. 1) Lee El enfermo imaginario de Molière.

2) Elabora oralmente el argumento.

3) ¿Cuál es su tema?

4) Explica la estructura externa de la comedia (partes en
que está dividida).

Esas partes se subdividen en _____

5) A continuación se han enumerado los personajes. Identí-
ficálos con su caracterización en la obra. Beraldo, --
Cleanto, Argán, Tomás, Diafoirus, Angélica, Belina, To-
ñeta, Purgón, Fleurant, Buenafé. ®

_____ el enfermo imaginario
_____ su segunda esposa
_____ médico ridículo pretendien-
te de Angélica.
_____ joven enamorado de Angélica
_____ hermano del enfermo imagina-
ginario.

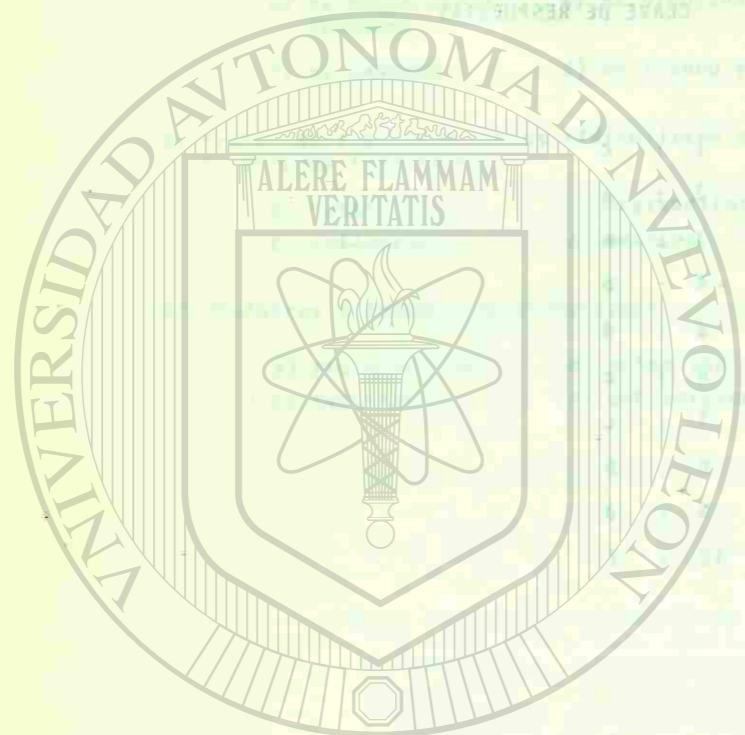
- 8) Defecto de Argán que se resalta en la obra.
- a) es exagerado y vanidoso. b) es hipocondríaco
c) es pedante d) es franco y grosero
- 9) Profesión o actitud que es ridiculizada al máximo en -
El enfermo imaginario.
- a) notarios b) pretendientes interesados
c) boticarios d) médicos
- 10) Diafoirus y Purgón son personajes:
- a) protagonistas b) primarios
c) secundarios d) ambientales

UNIDAD IV
CLAVE DE RESPUESTAS

- 1 : c
2 : a
3 : b
4 : b
5 : d
6 : c
7 : c
8 : b
9 : d
10 : c

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUANIL

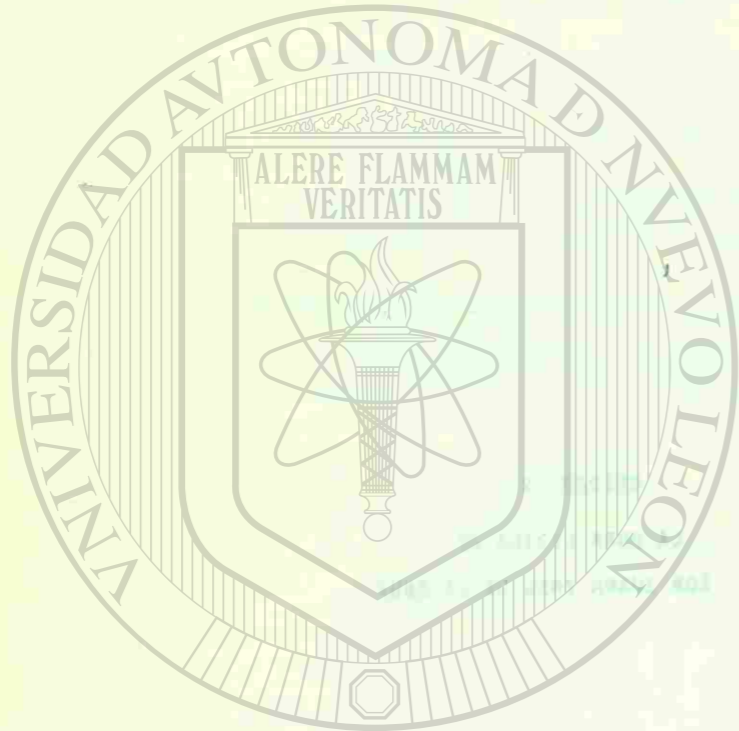
UNIDAD V

LA OBRA LIRICA DE
SOR JUANA INES DE LA CRUZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JUANA

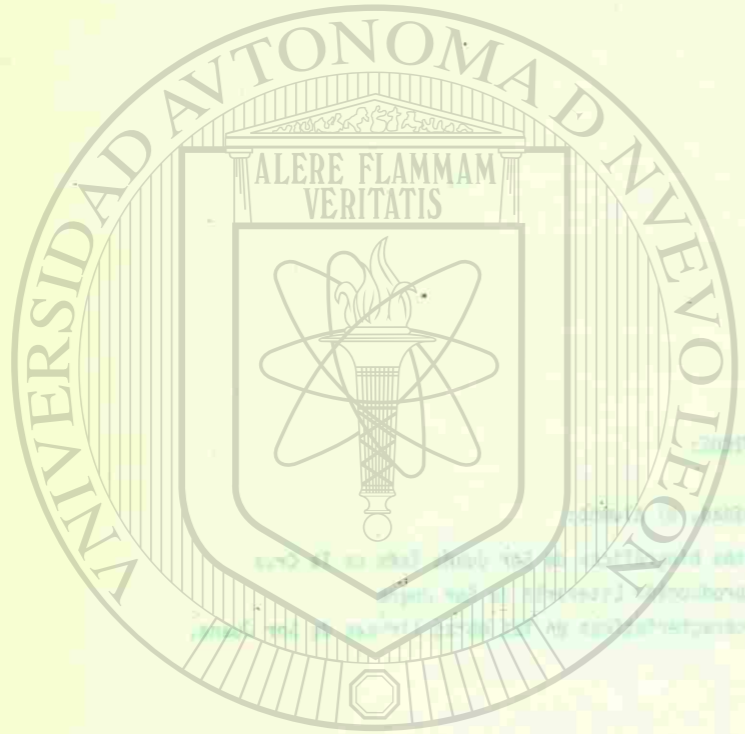
OBJETIVOS ESPECIFICOS:

Al terminar la unidad, el alumno:

- 5.1 Mencionará datos biográficos de Sor Juana Inés de la Cruz
- 5.2 Enumerará la producción Literaria de Sor Juana
- 5.3 Diferenciará características en las obras líricas de Sor Juana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.- Datos Biográficos de Sor Juana Inés de la Cruz.

Su nombre laico fue el de Juana Inés de Asbaje; la fecha de su nacimiento es vaga, noviembre de 1648 o de 1651; el lugar, San Miguel Nepantla, jurisdicción de Amecameca. Fue hija natural, condición que influyó en su vida. Uno de los primeros detalles -- asombrosos de la poetisa consiste en que aprendió a leer a los tres años.

"... Enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer, en una de las que llaman "Amigas", me llevó a mí tras ella la travesura, y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, le dije que mi madre ordenaba que me diese lección". En dos años aprendió a leer, escribir y contar, además de expresarse naturalmente en verso y componer a los ocho años una Loa. Su afán de saber la hace intentar el ingreso a la -- Universidad de México; al no lograrlo, se conformó -- temporalmente con la biblioteca de su abuelo materno, con el que vivía desde su infancia. Otro destello de su extraordinaria capacidad de aprendizaje lo demuestra el haber dominado el latín en veinte lecciones. Se fijaba metas y plazos al adquirir nuevos conocimientos; cuando no las alcanzaba, se cortaba el cabello, porque consideraba injusto "que estuviese vestida de cabello cabeza que andaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno".

Su fama influyó para que fuese dama de honor de la Virreina; desde los diecisiete años formó parte -- de la corte del virrey Marqués de Mancera quien, --- asombrado de la sabiduría de Juana Inés, reunió alrededor de cuarenta profesores de la Universidad, hom-

bres doctos y eruditos en ciencias y artes, para que - la examinaran, situación de la cual salió airosa.

Juana Inés era, además de inteligente, bella. No obstante decide llevar una vida religiosa, decisión -- que es apoyada por la Virreina.

Mucho se ha especulado el motivo de su decisión. Ella lo explicó así: "Entréme religiosa porque aunque conocía que tenía el estado cosas que repugnaban a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más de cente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación, a cuyo primer respeto, como el más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no tener ocupación alguna obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros". Cabe aclarar que la anterior explicación la hizo siendo ya monja.

Ingresó al convento de las carmelitas descalzas cuya rigidez no soportó y al que la enfermedad hizo - abandonar meses después. Posteriormente pasó al convento de San Jerónimo, en el cual vivió hasta su muerte. En el claustro consagró la mayor parte de su tiempo al afán de saber, que constituía su razón de vivir.

Casi al final de su vida, el obispo D. Manuel Fernández de Santa Cruz escribió una carta firmada con el pseudónimo de Sor Filotea, iba dirigida a Sor Juana -- felicitándola por una impugnación hecha por la monja - a un sermón del Padre Vieyra; aunque al mismo tiempo la instaba a consagrarse por entero a la religión y a olvidarse de los estudios. La carta de Sor Filotea motivó una respuesta de Sor Juana, y esta carta es el mejor documento que existe para trazar su biografía. Cabe señalar que en ella se declara en pro de la cultura

de la mujer, dato significativo si se considera la época en que se hizo: siglo XVII.

Sin embargo, la carta de Sor Filotea hizo mella en la monja jerónima y, poco después, vendió los cuatro -- mil volúmenes de su biblioteca y demás instrumentos -- músicos y científicos; los beneficios de dicha venta se ofrecieron a los pobres.

Dos años después una epidemia asola el convento, - Sor Juana atiende a sus hermanas enfermas hasta que --- ella misma se contagia y por esta causa muere a los cuarenta y cuatro años, el 17 de abril de 1695.

II.- Obra literaria de Sor Juana Inés de la Cruz.

Sor Juana fue autora oficial del virreinato, ella misma confiesa, en la respuesta a Sor Filotea, que solamente escribió por su gusto y voluntad *El Sueño*, y la mayoría de su obra fue hecha a instancia de peticiones amistosas o de órdenes superiores.

El primer género que cultivó fue el dramático y, - aunque pocas, también escribió obras en prosa.

En seguida se clasificarán por géneros las obras - más importantes de la monja jerónima: ®

Prosa

Carta Athenagórica-la impugnación al padre Vieyra-
Respuesta a Sor Filotea

	Loas
	Los empeños de una casa
Profano	Amor es más laberinto
	Sainete Primero
	Sainete Segundo
Teatro	El cetro de José
	El mártir del Sacramento
Religioso	El divino Narciso
-Autos sacramentales-	
Poesía	sonetos
	liras
	silvas
	romances
	redondillas
	villancicos
	poema filosófico El Primer Sueño

Ya se ha dicho la trascendencia que tuvieron las obras en prosa de Sor Juana -Carta Athenagórica y la respuesta a Sor Filotea-.

De su teatro religioso, el mejor de los autos sacramentales es El divino Narciso. Del profano, su mejor obra es la comedia de enredo Los empeños de una casa, donde refleja la influencia de los españoles -- Lope de Vega y Calderón de la Barca. Por otra parte,-

los Sainetes: en el primero nos muestra ideas filosóficas, además de la literatura y costumbres del siglo; en el segundo refleja la época y el ambiente en que -- fue escrito y representado. Las loas fueron un subgénero que usó Sor Juana desde que era una niña.

La obra lírica de Sor Juana ofrece obras de difícil composición -como los sonetos de influencia culterana- pero también estrofas escritas para llegar a lectores menos cultivados- redondillas-. Su obra más extensa y complicada en este género es el poema filosófico Primer Sueño, de características barrocas.

El barroquismo en la lírica de Sor Juana muestra alternativamente tendencias culteranas y conceptistas. El culteranismo prefiere el ingenioso juego de vocablos y el conceptismo busca la estructura complicada; es decir, aquél es rebuscado en el contenido y éste en la forma.

La mayor parte de su obra lírica y dramática fue circunstancial, o sea, por encargo. Cabe señalar que la poesía amorosa fue cultivada por Sor Juana aun en su vida conventual. ¿Entonces sus temas son ajenos a su vida? Más bien supo interpretar ajenas experiencias dada su imaginación, inteligencia y fina sensibilidad; por ejemplo: las redondillas, que son un reproche a su madre y a una hermana- recuérdese su condición de hija natural-.

Sus obras circularon primitivamente en copias manuscritas, hasta que en 1689 se publicó en Madrid el primer tomo de ellas, y donde se le adjudicó el epíteto "décima musa" a Sor Juana Inés de la Cruz. La monja Jerónima es uno de los principales baluartes de la poesía mexicana.

A C T I V I D A D E S

I. 1) Lee el tema Datos Biográficos de Sor Juana Inés de la Cruz.

2) Cita su nombre laico.

3) Nombra detalles asombrosos de su vida.

4) Explica su función como "autora oficial del virreinato".

5) ¿Cuál es la relación entre la vida y la obra literaria de Sor Juana?
¿Hay aspectos autobiográficos?

6) Cita su epíteto.

II. 1) Lee el tema Obra literaria de Sor Juana Inés de la Cruz.

2) ¿Qué géneros literarios cultivó?

3) ¿Cuál es el fundamento para clasificar sus obras teatrales en profanas y religiosas?

4) ¿Cuál es su comedia profana más famosa?

5) Enumera sus obras dramáticas de corte religioso.

6) Cita su obra en prosa y explica su importancia.

7) Explica la diferencia entre el lenguaje en prosa y en verso.

8) Escribe el título de su obra lírica más extensa y complicada.

9) Investiga la definición de los siguientes términos:
Barroco

Conceptismo

Culteranismo o gongorismo _____

10) Lee la definición de los siguientes conceptos:

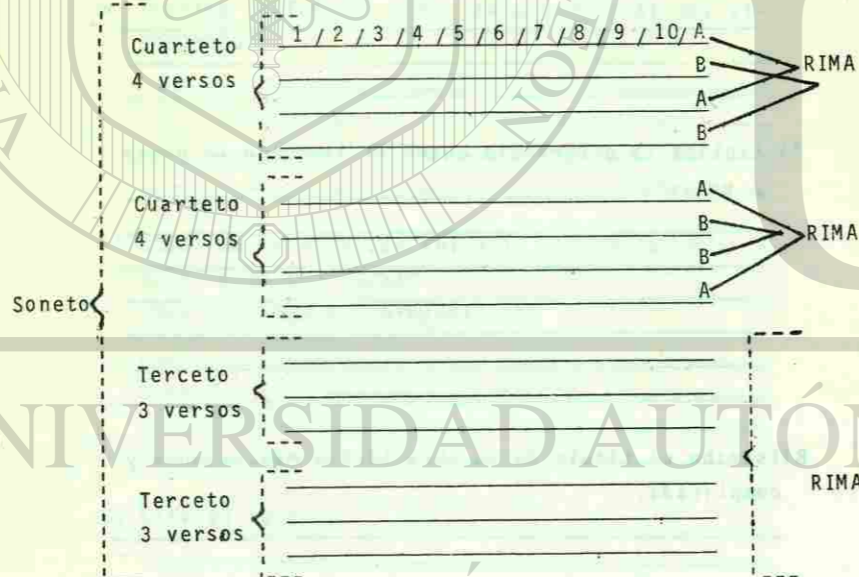
Metro: medida o número de sílabas que se repite en cierta combinación.

Rima: igualdad o semejanza a partir de la última vocal acentuada.

Estrofa: combinación o suma de versos.

Verso: cada línea o renglón en la estrofa.

Véanse aplicados en la siguiente estructura gráfica:



Explicación de la estructura gráfica del soneto: El soneto es una estrofa de catorce versos formada por dos cuartetos y dos tercetos. La rima de los cuartetos puede ser: el primer verso con el tercero y el segundo con el cuarto o primero y cuarto, segundo y tercero. La rima de los tercetos puede continuar la de los cuartetos o seguir otro orden. Si los versos constan de once sílabas se llaman endecasílabos; si ocho, octosílabos, etc.

La rima puede ser consonante o asonante, es consonante cuando es exactamente igual a partir de la última vocal acentuada, y asonante cuando sólo las vocales son iguales.

III. 1) Lee en la antología las poesías seleccionadas de Sor Juana.

2) a) Lee el soneto de Sor Juana "Escoge antes el morir que exponerse a los ultrajes de la vejez".

b) ¿Cuántos versos componen la estrofa?

c) ¿Cuál es su rima?

d) Es un soneto compuesto de versos endecasílabos (11 sílabas)

Mi/rô / Ce/lia / u/na / ró/sa / que en/el / pra/do
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

Son once sílabas poéticas debido a que en la cuarta y en la octava se formaron dos sinalefas, es decir, se unieron las sílabas terminadas en vocal con las que empezaban en vocal y de dos -

sílabas gramaticales se formó una sílaba poética. Cuando el proceso es a la inversa -de una sílaba-- gramatical se forman dos poéticas- se llama hiato.

- e) De acuerdo a lo anterior, distingue las sílabas -- poéticas del soneto mencionado. Todos los versos-- son endecasílabos, investiga cuántas sinalefas o --hiatos hay en el poema.
- 3) a) Lee las "Décimas que acompañaron un retrato enviado a una persona".
- b) En la métrica, a los versos agudos se les suma una sílaba. Observa que si se forma la sinalefa en los versos segundo, tercero, octavo y noveno, resultan ser heptasílabos, pero como tienen rima aguda -- -última sílaba aguda- se convierten en octosílabos.
- c) Localiza los versos que terminan en sílaba aguda - de las restantes estrofas.
- d) Escribe las rimas agudas que encuentres. Determina la estrofa y el verso.

- e) Explica la estructura de la décima leída.

clase de Estrofa: _____

Metro: _____

Rima: _____

- 4) Explica oralmente el contenido de los siguientes - poemas: "Que expresan el sentimiento que padece -- una mujer de su marido muerto", "Laberinto endecasílabo" y "Villancico".

- 5) a) Lee las redondillas "Hombres necios que acusáis". Observa el juego de palabras, la estructura y la rima.
- b) Elabora, en grupo y asesorado por el maestro, la -- prosificación del poema.

Unidad V

AUTOEVALUACION

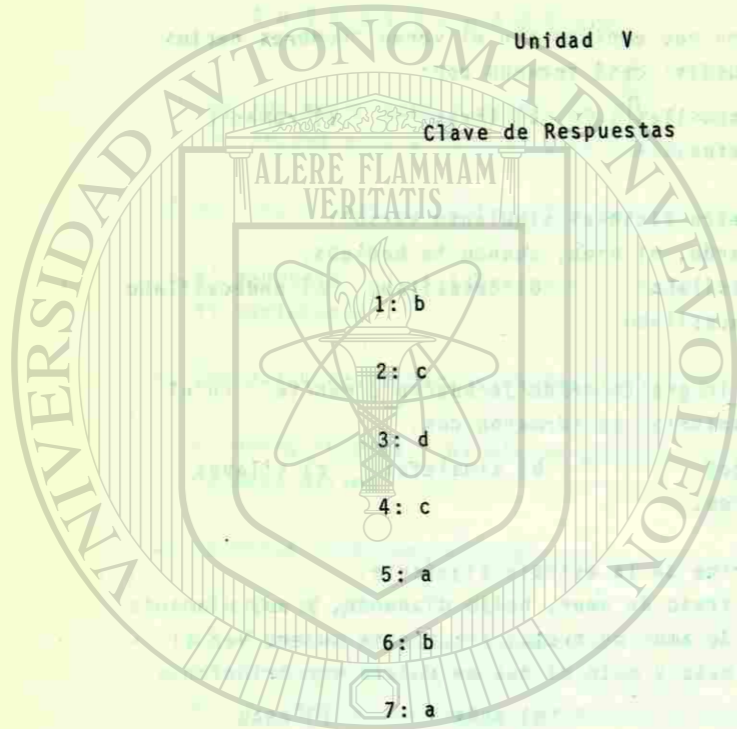
Lee los enunciados y coloca en el paréntesis la letra correspondiente a la respuesta correcta.

- 1) Sor Juana Inés de la Cruz fue una poetisa:
()
a) española b) mexicana c) catalana
d) portuguesa
- 2) Sor Juana es llamada también:
()
a) monja rebelde b) divina poetisa c) décima musa
d) musa divina
- 3) La monja jerónima cultivó:
()
a) sólo el género lírico
b) el género lírico y dramático
c) el género dramático y narrativo
d) los géneros narrativo, dramático y lírico.
- 4) "Los empeños de una casa" pertenece al género:
()
a) lírico b) didáctico c) dramático
d) narrativo.
- 5) Subgénero literario que cultivó desde la edad de ocho años:
()
a) loa b) autos sacramentales c) comedias
d) poemas filosóficos
- 6) Estrofa compuesta por dos cuartetos y dos tercetos:
()
a) romance b) soneto c) lira
d) décima

- 7) El poema que empieza con el verso "Hombres necios que acusáis" está formado por:
()
a) redondillas b) liras c) romance
d) sonetos.
- 8) ¿Qué metro tiene el siguiente verso?:
()
Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba.
a) eneasílabo b) decasílabo c) endecasílabo
d) dodecasílabo
- 9) Al/que in/gra/to/me/de/ja/bus/co a/man/te. En el verso anterior se formaron dos:
()
a) hiatos b) sinalefas c) sílabas
d) metros.
- 10) Es la rima de la estrofa siguiente:
()
Al que trato de amor, hallo diamante, y soy diamante
al que de amor me trata; triunfante quiero ver al --
que me mata y mato al que me quiere ver triunfante.
a) AABB b) ABAA c) ABAB
d) ABBA

Unidad V

Clave de Respuestas



1: b

2: c

3: d

4: c

5: a

6: b

7: a

8: c

9: b

10: d

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOGRAFÍA

ALIGHIERI, Dante. La Divina Comedia.
(Col. Sepan Cuantos No. 15)
1a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1962.

Obras Completas.

2a. ed., BAC.
Madrid, 1965.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.
(Col. Austral 150), 20a. ed.
Editorial Espasa Calpe.
Madrid, 1965.

Novelas Ejemplares.

5a. ed., Edit. Jackson.
Buenos Aires, 1968.

Obras Completas.

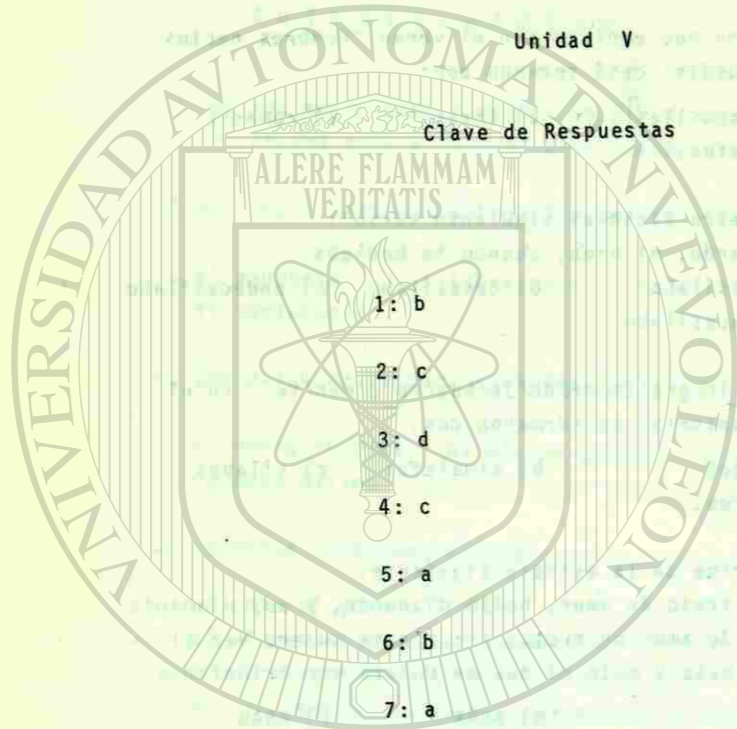
15a. ed., Edit. Aguilar.
Madrid, 1967.

DE LA CRUZ, Sor Juana-Inés. Obras Completas.
(Col. Sepan Cuantos No. 100)
1a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1977.

DE LA PEÑA, Carlos H. Historia de la Literatura Universal.
7a. ed., Edit. Jus.
México, 1961.

Unidad V

Clave de Respuestas



1: b

2: c

3: d

4: c

5: a

6: b

7: a

8: c

9: b

10: d

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOGRAFÍA

- ALIGHIERI, Dante. La Divina Comedia.
(Col. Sepan Cuantos No. 15)
1a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1962.
-
- Obras Completas.
2a. ed., BAC.
Madrid, 1965.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.
(Col. Austral 150), 20a. ed.
Editorial Espasa Calpe.
Madrid, 1965.
-
- Novelas Ejemplares.
5a. ed., Edit. Jackson.
Buenos Aires, 1968.
-
- Obras Completas.
15a. ed., Edit. Aguilar.
Madrid, 1967.
- DE LA CRUZ, Sor Juana-Inés. Obras Completas.
(Col. Sepan Cuantos No. 100)
1a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1977.
-
- DE LA PEÑA, Carlos H. Historia de la Literatura Universal.
7a. ed., Edit. Jus.
México, 1961.

DEL VALLE DE MONTEJANO, Margarita. Terminología básica para los cursos de metodología de la lectura de textos, literatura y seminarios.

ITESM.
Monterrey, 1974.

DIEGO PEREZ, Ismael. La Filosofía del Simbolismo y del Mito.

1a. ed., Edit. Orión,
México, 1971.

GONZALEZ PEÑA, Carlos. Historia de la Literatura Mexicana.
7a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1960.

MOLIERE. Comedias.
(Col. Sepan Cuantos No. 144)
7a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1978.

MONTE DE OCA, Francisco. La Literatura en sus Fuentes.
2a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1969.

Literatura Universal.
15a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1970.

MULLER, Udo. Diccionario de Literatura.
Ed. Rioduero.
Madrid, 1977.

RAMIREZ ESPAÑA, Guillermo. La familia de Sor Juana Inés de la Cruz.
Imprenta Universitaria.
México, 1947.

SHAKESPEARE, William. Romeo y Julieta.
(Col. Sepan Cuantos No. 86)
8a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1970.

Otelo, El Rey Lear y otras.
(Col. Sepan Cuantos No. 94)
10a. ed., Edit. Porrúa.
México, 1972.

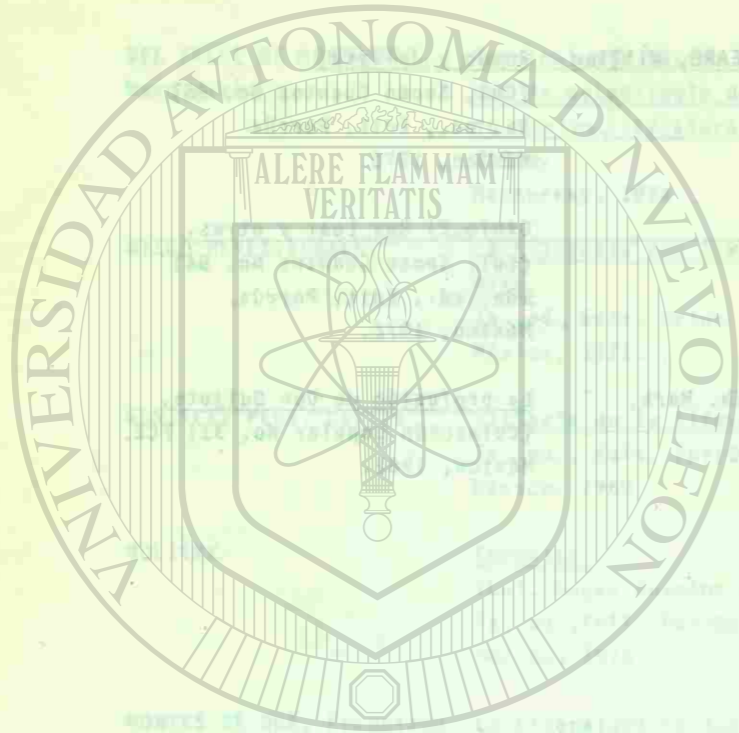
VAN/DOREN, Mark. La profesión de Don Quijote.
(Colección popular No. 31) FCE.
México, 1962.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I N D I C E

	Pag.
La Divina Comedia de Dante Alighieri	5
Romeo y Julieta de William Shakespeare	87
El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes Saavedra	151
El enfermo imaginario de Molière	171
Poesías Seleccionadas de Sor Juana Inés de la Cruz	231
UNIDAD I	
Dante Alighieri y La Divina Comedia	243
UNIDAD II	
La Obra Dramática de William Shakespeare	261
UNIDAD III	
Miguel de Cervantes Saavedra	277
UNIDAD IV	
Jean Baptiste Poquelin Molière	297
UNIDAD V	
La Obra lírica de Sor Juana Inés de la Cruz	313
Bibliografía	331



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apuntes literarios y actividades:

LIC. DELIA HINOJOSA VIELMEG

Antología.Selección de obras:Jefes de academia del Taller de Lecturas Literarias.

Lic. Cecilia Nieto de Rangel	Preparatoria No. 1
Lic. Juan de Dios Sánchez Esparza	Preparatoria No. 2
Lic. Himilce Compeán Barrios	Preparatoria No. 8
Lic. Rosa Ma. Jiménez	Preparatoria No. 8
C.P. Carlos P. Sáenz	Preparatoria No. 17
Lic. Ma. Esthela Jiménez F.	Preparatoria No. 19
Lic. Graciela Martínez de G.	Preparatoria Técnica Pablo Livas
Lic. Enedelia Reynaga de V.	Preparatoria Técnica Médica

Revisión:

Profra.- Ma. Guadalupe Cantú de Vilchis.

Esta primera edición se acabó de imprimir
el 19 de Marzo de 1981 en la imprenta de
la Dirección General de Escuelas Prepara-
torias de la Universidad Autónoma de Nue-
vo León, Monterrey, Nuevo León, México.

Se tiraron _____ ejemplares. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA